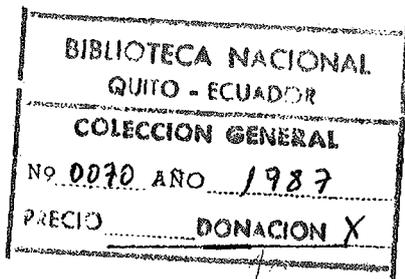


MISCELANEA LITERARIA

POR

ROBERTO ESPINOSA,

INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA ACADEMIA ECUATORIANA,
CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA DE LA LENGUA Y DE LA REAL
DE BUENAS LETRAS DE SEVILLA.



QUITO.

IMPRESA DEL GOBIERNO.

1888.

E 868

E 88

Al Sr. Dr. D. Leoni.
das Batallas, de parte de
su leal amigo y muy
estimador,

R. Espinosa.
Oct. 30/88.

A 442

PROLOGO.

En los pueblos que han alcanzado alto grado de cultura, no sorprende la diaria aparición de libros nuevos, y para que las miradas del público se detengan sobre un autor, es preciso que se presente ante él con una obra maestra, ó á lo menos que se aproxime á serlo; mas en los pueblos que, como el nuestro, se andan ansiosos de civilización, pero no muy avanzados, como es natural, porque son pueblos niños, la publicación de un libro es casi un acontecimiento.

Empero, si el Ecuador va haciendo cola en la larga procesión de las naciones que se encaminan al templo de la civilización, en vez de ir hombréándose con ellos, es ló cierto que adelanta. Podemos dar testimonio de esto los que hemos vivido ya más de medio siglo, y no dejándonos arrastrar perezosa y estérilmente por los años, nos hemos acostumbrado á observar y comparar ló que va de tiempo á tiempo. Pruébanlo asimismo los libros con que se

va enriqueciendo nuestra literatura, puesto que no abundantes, sí generalmente buenos. Aun los malos á causa de sus ideas erróneas y de los dañados afectos de que alardean, tienen mérito por la pulcritud y gallardía de la forma, y prueban que sus autores tienen talento y han estudiado con provecho el arte de hablar bien, y perfeccionado su gusto con lecturas selectas.

Se ha observado, y con justicia, que los partos de la prensa son los que más hacen patente el estado moral é intelectual de un pueblo. Hasta los periódicos desempeñan este papel, no obstante ser poco ó nada meditados, ligeros, insustanciales á veces, como obras de la necesidad que asalta y perurge á sus autores todos los días, sin darles espacio á que se preparen, y á pesar también de que en ellos campean por lo común las pasiones individuales ó de bandería, antes que la razón y las convicciones dominantes en la sociedad. Al través de aquellos defectos, cual tras un velo, alcánzase á divisar la fisonomía del pueblo, cuya vida moral se ha pegado, si así puede decirse, al periodista, para que con ella se presente al mundo en las columnas de su diario ó de su semanario.

Los libros son la parte más seria y sustanciosa de las publicaciones de la imprenta.

Hay, es verdad, muchos autores que escriben un libro como si escribiesen un periódico, y de esta manera de hacerlo vienen los libros desnudos de mérito, que nacen hoy para que mueran mañana, sin que nadie vuelva á acordarse de ellos; pero lo común suele ser que el autor de una obra destinada á compaginarse para ser leída muchas veces y ocupar un hueco en un estante, estudia y piensa más, y pone mayor cuidado en su labor, que un periodista. No cabe duda que en el libro se refleja lo mismo que en el periódico el sér íntimo de su autor; pero ese mismo sér se muestra como impregnado de las ideas y sentimientos de la sociedad en cuyo seno vive, ideas y sentimientos que aparecen con más claridad, por cuanto se hallan libres, por lo común, de las influencias dañinas que rodean y subyugan al periodista.

Hay libros que son la persona misma del autor transformado en papel y letras; pero hay autores que son su pueblo en persona. Esto sucede especialmente con los poetas y noveladores. Beranger fué el pueblo francés, y pueblo francés son casi todos sus escritores de novelas hoy en día; Cervantes encerró á toda España en su nunca bastante celebrado Quijote, y España son, en nuestros días, Larra, Mesonero, Valera, Alarcón, Trueba y otros ciento. Y apartado lo que nos toca de la

raza india, los americanos españoles ¿no estamos también con nuestro cuerpo y con nuestra alma en las obras de esos ingenios inmortales?

Hay libros que son cabezas, y los hay que son corazones, según dominan en ellos las ideas ó los afectos. Los hay asimismo que son á un tiempo cabeza y corazón, y éstos suelen nacer de los ingenios especialmente favorecidos por la naturaleza, que son pocos. Lo común es que las ideas medren á costa del sentimiento y lo sufoquen, ó que éste tome vuelo con detrimento de aquéllas. ¿Cuál de estos libros es preferible? El que junta las dotes de la cabeza y el corazón en perfecta armonía. Pero ¿y entre los otros? Yo me atrevo á decidir: conozco buenos libros—cabezas y excelentes libros—corazones: únos y ótros me han aleccionado para la vida y me han hecho bien. No hagáis, eso sí, la pregunta á una mujer, porque preguntaréis cosa cuya respuesta la tenéis ya sabida: la mujer prefiere, á cierra ojos, los segundos. Si su lectura la hace llorar, tanto mejor: derramar lágrimas es dulcísima delicia de pechos femeninos.

Pero hay también hombres que tienen más dispuesto el corazón á dejarse mover por las voces de otro corazón, que abierta la ca-

beza para dejar penetrar en ella la luz de otra cabeza.....

El volumen en cuyas primeras páginas escribo las presentes líneas, es un buen libro, y es de aquéllos en que palpita el corazón de su autor. Contiene, sin embargo, una cosa muy mala en la más acabada de sus piezas, cual es el discurso leído por él en su recepción en la Academia Ecuatoriana; pues no queriendo mi amigo Espinosa dejar nada por decir de cuanto pudiera mostrar por sus cabales, su noble y bonísimo corazón, me ha pintado con los colores que le prestó su cariño fraternal para conmigo, y no con los de la justicia. Mis enemigos me han retratado de diversa manera, y ellos han visto quizás más claramente mis defectos, que Espinosa mis virtudes. Aspirar á poseer éstas no es ser virtuoso ni menos servir para *modelo*; y yo no soy sino un pobre aspirante. ¡Oh mi amado Roberto! no aconseje Ud. á nuestros queridos jóvenes compatriotas que me imiten; aconséjeles que me escuchen; porque, eso sí, en medio de mis imperfecciones, cuido de decirles cosas buenas—las que he aprendido en las enseñanzas del Evangelio y de la Iglesia. Les doy lo que me han dado, y en esto no hay mérito de mi parte.

Dadas por no dichas esas frases encomiásticas de mi persona, voyme adelante.

Espinosa gusta siempre de lo serio y grave, y así se presenta en sus escritos. Se queja con frecuencia, no ríe nunca, y cuando busca flores para esparcirlas en sus páginas, las rocía de lágrimas; por eso cuando *interpreta*, por ejemplo, *algunas páginas de un autor francés* y escribe la "Leyenda del cielo", lo hace con fruición. Esta inclinación á la tristeza y á las lágrimas, y el buscar la inspiración más bien que en las armonías y bellezas exteriores de la naturaleza, en el fondo de las almas y en el mundo inmaterial en que ellas viven, se explican fácilmente en Espinosa: el dolor le ha herido repetidas veces; y cuando el dolor hiere á una alma delicada y sensible, es para obligarla á sacudirse del polvo y aproximarse á las regiones espirituales á donde la llama su destino.

Un escrito alegre no siempre agrada; pero juzgo que la verdadera tristeza, expresada en el lenguaje del corazón, nunca deja de agradar, porque no hay quién en este mundo pueda lisonjearse de hallarse virgen de pesares.

A mí me agrada la gravedad y tristeza de los escritos de mi amigo Roberto, y eso que, aunque también he meditado mucho tristemente y he salpicado de llanto gran parte de mis versos y de mi prosa, porque como él he sido

visitado por la desgracia y el dolor, he leído bastante, incitado por las *cosas de los hombres*, y por ver de hacerles algún bien riendo y burlando de ellas. ¡Ah! y cuántas veces pudiera descubrirse en mí la fisonomía de Heráclito tras la máscara de Demócrito!.....

Intus es acaso artículo de menos quilates que ótros de la colección de este libro, y, no obstante, es el que más he leído. Me parece que en él hay algo para mí, como creo haber escrito yo algo para Espinosa. Al leer ese artículo se me vienen á la memoria los versos que ahora diez años escribí anegado en lágrimas, y que Roberto pudiera apropiárselos:

“Dulce delicia de mi amante pecho,
Hijo de mi alma, Alfredo, Alfredo mío!

.....

Yo ví tus ojos por la vez postrera,
Ya apagada su luz, á mí volverse;
Tu mustio labio ví, cual si quisiera
Mi nombre pronunciar, tardo moverse.

Al estrecharte, en fin, entre mis brazos,
Sentí en tu corazón el movimiento
Del desatarse los vitales lazos
En el sublime postrimer momento.

“¡Vete al cielo, hijo mío!” pudo apenas
Mi lengua balbucir; torné á abrazarte;
Breve, tenue suspiro, dulce suena:
Recójele en mis labios; tu alma parte.....”

¡Qué recuerdos! Y después de ese golpe terrible del infortunio que arrugó mi frente y encaneció mi cabeza, ¡cuántos, cuántos otros he sufrido igualmente abrumadores! Roberto y todos mis amigos saben cuáles son ¿No pudiera exclamar yo también como él: "¡Qué saña la del destino para conmigo?" No, no lo puedo, porque en esto, sí, no estoy en una con mi amigo. ¿Quién es ese *Destino*? No lo veo, no lo conozco: lo que veo en mis desgracias, así como en mis dichas, es la voluntad de Dios que nos las da ó quita según nos conviene. Abramos los brazos y el corazón para recibirlas sin debilidad y sin orgullo!

Una de las condiciones que hacen recomendable la *Miscelanea Literaria*, es la de que todos pueden leerla sin ningún inconveniente. Yo la pondré sin temor en manos de mis hijas.

Espero que el público recibirá con favor este volumen, sin que sea menester que mi pluma, ni ninguna otra más autorizada se lo recomiende. Después de leerlo, creo que no habrá quién no repita conmigo: Roberto Espinosa nos ha regalado con un buen libro.

J. LEÓN MERA.

Octubre 6 de 1888.

DISCURSO LEIDO EN LA RECEPCION SOLEMNE
EN LA ACADEMIA ECUATORIANA CORRESPONDIENTE DE LA REAL
ESPAÑOLA, EL 2 DE FEBRERO DE 1887.

SEÑORES ACADÉMICOS,

SEÑORES:

Llamado por vosotros, con raro favor, á participar en vuestras útiles y fructuosas labores literarias, aquí me tenéis, Señores, si bien confuso y receloso. De ordinario acontece, en trances como el en que me hallo,—y aun cuando la memoria, de atrás lo haya tenido presente y la voluntad ambicionado—, que con ser deseada la honra, nos enajena y confunde, ora por la grave responsabilidad que de ello se deriva, ora también por la exigüidad de fuerzas y facultades para corresponder dignamente á la gracia recibida. Y siendo cierto lo que alguien dijo, “que mano que embarga el dolor no puede manejar la pluma”, y haciendo mía esta frase, con ocasión de la grande calamidad que, no há mucho, me ha visitado, y que enferma trae mi alma de amargura incurable, aquí estoy, Señores, que no he querido diferir para más tarde este, para mí, solemne día, aunque excusable hubiera sido mi tardanza. Si desconfiado y temeroso me hallo, por el escaso propio merecimiento, excede, y con mucho, vuestro favor para que yo cobre aliento y me haya de-

cidido á aceptar tan subida honra, á muy pocos dispensada y por muchos apetecida. Mas, no quiero ser excesivo en ponderar vuestra benevolencia para conmigo, ni en convenceros de mi poca suficiencia, que es común achaque, y por lo mismo rutinario, de quienes han alcanzado singular favor. Básteme, pues, mostrarme hondamente agradecido por el que de vosotros recibo.

Cuando apenas se sentían los bienhechores influjos de la pública tranquilidad, y se despertaba el anhelo de afianzar la paz y de emprender labores de reconocida utilidad, vosotros también, Señores académicos, recomenzabais las faenas intelectuales de esta ilustre Corporación, por algún tiempo interrumpidas. Y para acabar el número de los individuos que deben constituiría, nombrasteis—generosidad desusada—á cuatro amigos que, unidos con fraternal lazada, se han dado de tiempo atrás á los plácidos y amenos ejercicios literarios en uno como pequeño Atenco (1). Es éste para nosotros asilo sosegado de la amistad, refugio á donde vamos á encontrar distracción y alivio á los duros quebrantos de la vida activa y donde, en la íntima comunicación, se confía cuanto ha guardado recóndito el corazón en su justificable egoísmo. ¡Cuán dichoso yo, que en esa reducida junta hallé hermanos, que no tan sólo amigos, quienes con su afecto han suavizado los padeceres de mi trabajada existencia! Ya les veo ocupar puesto entre vosotros, en este sagrado recinto de las letras, cual premio debido á sus literarias labores. Mas, en

(1) Los Señores Doctores Don Honorato Vázquez y Don Carlos R. Tobar, Don Quintiliano Sánchez y el autor de este escrito.

cuanto á mí, á quien sin ejecutoria de hombre de letras, habéis nombrado individuo de número de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española, debo reputar como singularísimo favor vuestra elección.

Y ya que nombré á la Real Academia Española, cuya legítima derivación es la nuestra, me permitiréis que, siquiera sea de paso, manifieste los títulos nobiliarios de Cuerpo tan ilustre, cuya honra y prestigio también nos corresponden de derecho.—El célebre prócer español, Don Juan Manuel Fernández Pacheco, Marqués de Villena, sujeto de gran saber y de sumo prestigio y autoridad, fué quien primero solicitó la Real protección para fundar una Academia, que se ejercitase en cultivar la pureza y elegancia de la lengua castellana; solicitud que fué favorablemente acogida por Felipe V; y en 6 de Julio de 1713 celebróse la primera junta, en la propia casa del Marqués, y continuaron las demás una vez por semana. Aquel sabio Monarca sancionó la fundación de la Real Academia Española, el 13 de Mayo de 1714. Corrido algún tiempo, el ilustre Marqués y sus inteligentes y celosos colaboradores, Barcia y Casani, pusieron mano, como en obra la más importante, en la formación del famoso *Diccionario de Autoridades*, rematado á los doce años de asidua labor y publicado en seis gruesos volúmenes, en 1739. ¿Por qué no he de apuntar que los monarcas de España le han prestado valiosa protección, y que Fernando VI le proporcionó regia habitación en la Real casa del Tesoro, y, finalmente, Carlos IV le donó la casa, que aún conserva, en la conocida calle de Valverde, asignándole la gruesa su-

ma de sesenta mil reales al año para que atendiera á los gastos de publicaciones? Las juntas solemnes, que en antes se tenían á puertas cerradas y sólo entre hombres, hoy son públicas y muy más solemnes, desde que se da en ellas lugar distinguido al sexo que, con sus encantos y atractivos, nos enfervoriza y eleva.—Ojalá entre nosotros se estableciese tan galana costumbre. En el glorioso padrón de la Real Academia Española, se cuentan varones insignes por la ciencia y el ingenio, como Feijóo y Luzán, Capmany y Durán, Jovellanos, Donoso Cortés, nuestro insigne Baralt, Quintana, Martínez de la Rosa y otros, que aún viven para honra y prez de las españolas letras.

Hé aquí, Señores, los abolengos con que contamos, y que deben no sólo despertar en nosotros noble y justo orgullo, sino alentarnos para ser dignos, con nuestra perseverante labor, de la distinción recibida. Hoy, por dicha, nos unen los más ingenuos y leales vínculos de familia y amistad con la Madre Patria, y es deber nuestro fomentar aquella buena inteligencia, desterrando toda añeja preocupación y hasta la memoria de pasados agravios. Ya dije en otra ocasión, y hoy lo repito, Señores; la confraternidad literaria, más que los tratados públicos, más que las diplomáticas relaciones, afirma y estrecha recíprocamente el afecto de los pueblos.

Quiero, Señores, llamar vuestra consideración, antes de entrar en el plan de mi discurso, sobre un hecho notable y de vosotros conocido.—De quince años acá, mayormente en el último lustro, hemos ob-

servado en nuestra juventud decidida tendencia de saber, siendo el cultivo de la propia lengua tan preferente, que, para honra de las ecuatorianas letras, ha llegado á notable altura. No, sino, tráigase á juicio de cotejo los escritos de ahora veinte años, compárense con los que al presente se publican, y se comprobará la verdad de lo que afirmo. Demos, pues, la enhorabuena á nuestra juventud, aquí por muchos representada, que es ella corona de la Patria y riqueza del porvenir.

Hay dos géneros de literatura que en el siglo XIX han sido y son todavía estudiados y conocidos más que otros; éstos son la novela y el drama, si bien distintos en la forma, idénticos en el argumento y ejecución. Quiero, pues, llevar mi razonamiento sobre asunto tan importante y de actualidad reconocida.

En su acepción más general, es la novela narración de hechos imaginarios, pero exornada con las galas de la poesía y con antecedentes, si no reales, verosímiles. Título de gloria y de estimación es para la novela el arrancar desde remotas épocas. Los griegos la conocieron y cultivaron, y tienen sus novelas gran interés, aún en nuestros días. Es tal el mérito de las de Heliodoro, que Racine confiesa fueron ellas el embeleso de su juventud. Pero fué en la Edad Media cuando surgió el romanticismo caballeresco de la novela, que tanto se había propagado, y también del que tanto se abusó después. Vino Cervantes, y alcanzó en ella lo que Platón, lo que Sócrates en la filosofía: cambiar su tendencia y darle gran

prestigio y soberana alteza. Don Quijote de la Mancha será siempre y donde quiera la obra monumental y única en este linaje de creaciones intelectuales; ella constituye, junto con la mayor gloria de España, la admiración del mundo literario.

En gran parte constitúan el teatro griego leyendas nacionales y mitológicas, de donde sacaban los griegos sus mejores concepciones. Los hechos que guardaba su historia, sus creencias religiosas y antiguas tradiciones, eran, pues, fecundo argumento para aquellas especulaciones literarias. Esquilo, genio altivo y avasallador, y poeta de los más famosos de su época, explotó admirablemente la fábula griega sobre Prometeo, narrada por Hesíodo. En ella se ve, Señores, la personificación asombrosa del sentimiento de la libertad, inmanente y activo en el hombre, y que, ahora como en remotos tiempos, se halla en perdurable pugna con el egoísmo y las preocupaciones, tan antiguas como las sociedades humanas donde residen.

En los tiempos que corren, es sin duda la novela el género de literatura más importante y generalizado, así en las naciones donde se habla la lengua española, como en Francia, Inglaterra y ótras. Bulwer, Walter Scott y Wiseman, Saint-Pierre y Feuillet, Manzoni y Massimo d' Azeglio, Alarcón y Fernán Caballero, vivirán, aun en remotas edades, como voceros de la verdad ataviada con los atractivos de la poesía. Fernán Caballero, Señores, cuyas preciosas novelas, así en España como en nuestra América, constituyen el encanto del hogar y la enseñanza del

literato, con su amena, variada y sabrosa lectura, donde abundan á maravilla los sentimientos delicados y cristianos, junto con los primores de la rica habla castellana. Del origen del drama pudiéramos decir lo mismo, como quiera que tiené mucha semejanza y conexión con la novela; y estos dos ramos de la literatura son muy buscados y leídos con avidez, en tanto que los largos poemas y las historias, más largas todavía, van cayendo en desuso y siendo relegados á lamentable olvido.

Balzac, hombre singular por muchos conceptos, con mente vigorosa y fecundo ingenio, fué quizá el primero que dió el ejemplo, tan seguido después, de mezclar, como lo hizo en su *Seraphita*, al más puro materialismo una como impalpable atmósfera de un misticismo vago y fastuoso. Después, una muchedumbre de mal regidos ingenios siguió aquel ejemplo, que priva aún entre infinidad de lectores. La escuela de Eugenio Sue, de Dumas y de Zola es la misma creada por Balzac, y que se extiende con creces en el terreno de la prostitución y de la licencia. El incrédulo ha de invocar á Dios, en medio de sus blasfemas negaciones; el materialista ha de levantar en ocasiones su espíritu, y la mujer, puesto que liviana y sensual, y aun en medio de las enervantes fruiciones materiales, mezclará frases místicas á los desapacibles y entrecortados conceptos que le arrancan los brutales deleites. Hé aquí el carácter predominante en el caudal de obras literarias de este linaje, que vienen apareciendo desde el primer tercio del siglo que corre, con marcada tendencia á la propaganda, y que hacen prosélitos, y muchos, en estos malaventurados

tiempos de novelérfas, de pugna y de trastornos. Con tal enseñanza se pretende desterrar del corazón toda idea de deber, de religión, de dignidad moral, entronizando el vicio, justificando el crimen, y dando suelta á las más aviesas pasiones. ¿Cuál será la cosecha que recoja la posteridad de semejantes doctrinas? ¡Ah, Señores, no puede ser ótra que gran copia de frutos de maldición y de muerte! Con sobrada razón decía el sabio Guizot, que “nuestra época está tocada de un mal deplorable: no cree en la pasión sino cuando viene acompañada de desorden. El amor infinito, la abnegación perfecta; los sentimientos ardorosos, exaltados, señores del alma, no los juzga posibles sino fuera de las leyes morales y de las conveniencias sociales. Toda regla es á sus ojos un yugo que paraliza, y toda sumisión una esclavitud que abate; toda llama se extingue si no llega á convertirse en incendio (1)”.

Goethe, casi coetáneo de Balzac, fué gran artista, en la más alta acepción de la palabra, y quien con su autoridad y prestigio caracterizó las tendencias de la literatura alemana, desde los comienzos del presente siglo. Genio observador y reconcentrado, profundo y universal, conoce el mundo moral en sus varias manifestaciones, sin que las múltiples voces de la naturaleza dejen de hallar resonancia en esa grande alma que abarcó desde los atildamientos y la forma plástica del antiguo arte helénico, hasta los libres, extendidos y caprichosos vuelos del romanticismo caballeresco. Cosa singular, Goethe, en todo género, ora

(1) *De l'Amour dans le Mariage.*

antiguo, ora oriental ó romántico, se muestra en sus obras perfecto, levantado, original.

Es indudable que los hábitos é inclinaciones de los hombres de letras, su carácter y temperamento, siempre, ó casi siempre, se manifiestan en sus acciones y en sus escritos. Fuera menester supina hipocresía, fruto de constante estudio y de prolijo cuidado, para no dejar entrever en los exteriores actos y en la expresión de las ideas, los móviles internos que los determinan; todo lo cual, en admirable síntesis, se halla comprendido en esta sentencia, de todos conocida: *el estilo es el hombre*. Y tanto es así, que, en leyendo un libro, allí se nos presenta su autor, con sus defectos y donaires, con sus inclinaciones y propósitos, con sus dudas y creencias.

En su primera juventud escribió Gœthe su famosa novela intitulada "*Werther*", que alguien la califica de *suicidio literario*. Es lo cierto que pocos libros han causado mayores estragos á la sociedad: en Alemania se cuentan por centenares los suicidios ocasionados por su lectura. Es Werther el tipo más perfecto del sentimentalismo novelesco, la creación más desoladora y cruel que, para daño del hombre, pudo forjarse la mente del poeta.

¿Queréis saber cómo se produjo aquel libro que lleva en sí el más exagerado escepticismo, bajo formas risueñas y halagadoras? Oídllo, pues; el mismo Gœthe es quien nos habla:—"Arrastraba yo, dice, una existencia lánguida; parecíame que no había alcanzado el objeto de mi vida, y mi orgullo se erguía contra un destino ageno á mis deseos, sin contrapeso ni

CONFITURA
BIBLIOTECA

grandeza. El estudio incesante en que me absorbía, acrecentaba la intensidad de mis tristes meditaciones. Acontece que en la situación más feliz que cabe imaginar, la falta de actividad, junto con un vivo anhelo de acción, nos precipita á la urgencia de la muerte, á la sed persistente de la nada. Pedimos á la existencia mucho más de lo que puede darnos, y lo que nos da no alcanza, ni con mucho, á saciar nuestro inmenso anhelo; de aquí que apeteceamos ¡insensatos de nosotros! librarnos de una vida que no corresponde ya á las exigencias de nuestro pensamiento..... La nombradía que ha alcanzado Werther, me prueba que estas ideas enfermizas no me eran del todo particulares”.

Y en otro paraje de sus *Memorias* entra Goethe á mayor confianza y nos dice: “Todo me parecía monótono en la vida. Entregado al disgusto, insensible al amor, no oía aquella dulce voz de la naturaleza que nos llama á gozar de sus maravillosas metamorfosis. Con razón Lessing se indigna contra el eterno verdor de los campos, y conocí á un inglés que se suicidó por librarse del fastidio de vestirse diariamente, y á un honrado jardinero que impaciente exclamaba: ¿por qué habré de ver siempre esas malditas nubes que cruzan de una parte á ótra del cielo? El poder de esta enfermedad moral es harto grande, y quien la padece, es por todo extremo desdichado..... Fatigados en esta lid interminable, ¡cuán desvalidos somos en la lucha contra nuestros vicios!

“Recaemos á la continua en los mismos errores que se hallan como enlazados con nuestras propias virtudes, é impotentes para separar aquéllos de éstas,

desesperados de nuestra incurable flaqueza, decidimos triunfar de ella con una estocada..... Necesitaba, pues, una obra poética, donde pudiese conseguir, para descanso mío, estos tristes pensamientos, que sólo expresándolos podría darles vuelo y librarme de ellos. A la sazón cundió la noticia del suicidio del joven Jerusalem, conocido mío, y al punto quedó trazado el plan de Werther, y en breve rematado el libro”.

Ya veis, Señores, cómo y en qué estado intelectual de Goethe se escribió Werther, libro de lo más perfecto en la forma y buena distribución. En poco tiempo cundió por toda Europa, y asomaron Werthers, ya en Inglaterra, ya en Francia y otras partes; mas, eran pigmeos y de baja ralea, comparados con la novela del autor de *Fausto*.

La vida no es más que enigma inexplicable, uno como triste y pavoroso sueño para el desdichado Werther; mal hallado con el mundo, presa de agitaciones estériles, desvanecido el encanto de su existencia, á la cual no considera ya con objeto, se refugia tranquilo en el abismo de un eterno reposo; pues, según su filosofía, cuando no hay medio alguno para salir del laberinto de las múltiples fuerzas que contra uno obran, necesario es morir. El sello de la desesperación y de la más honda congoja persiste en todas las ideas de esta novela, al través de un exagerado sentimentalismo, mal encubierto con la filosofía de la duda y de la absoluta negación. “¡Cuántas penas, exclama Werther, para continuar esta pobre vida, y cuántas dudas mortales pesan sobre nuestro destino!..... Felices los que piensan y proceden con in-

dependencia y con verdad. Los tales, á lo menos, guardan en el fondo de su corazón la dulce idea de la libertad, y pueden salir de esta prisión cuándo y cómo les plazca”. Y luego agrega, con cierta calma que pone espanto en el corazón:—“Tengo ánimo para morir..... pero aún no es llegada mi hora..... Estoy sentado como una vieja que pide limosna de puerta en puerta para prolongar algunos instantes su triste y desfallecida existencia..... En ninguna parte me hallo bien, y en todas partes me hallo. Nada quiero, nada deseo..... ¡Ah, cuánto mejor sería que yo me fuese!.....” Y se fué en efecto, Señores, aquel desdichado joven, dejándonos funestísimo ejemplo, cuyos desoladores resultados presenciamos aún en nuestros días!

Werther es, en suma, la verdadera y simpática apología del suicidio, la cual, en el curso de la novela, está exornada con poéticos y seductores atavíos. (1)

(1) Hay un drama que se distingue entre la gran copia que ha producido la literatura de la duda y el materialismo de estos tiempos; se denomina *Chatterton*, y su autor es Mr. Alfredo de Vigny. Podemos afirmar que, tanto como Werther, ha sido causa de grandes desgracias sociales, singularmente en Francia. Si bien es cierto que en teoría no justifica el autor el suicidio, lo atenúa, lo excusa y hasta lo declara como un hecho inocente y que á nadie perjudica. *Chatterton*, que se mata porque es pobre y desdichado, y porque hay ricos duros y soberbios, exalta é idealiza el suicidio.—Cuéntase de un joven que concurrió cierta noche al teatro, donde debía representarse *Chatterton*, llevando consigo una pistola para matarse en el momento mismo en que, sobre las tablas, se envenenara el héroe del drama.—Este hecho confirma la terrible exaltación á que habían llegado los espíritus al influjo de aquella peligrosa representación.

Un autor francés afirma, que la vanidad es una de las principales causas del suicidio; ridícula y pueril ansia de celebridad que de nada aprovecha á quien la busca.—Há pocos años ocurrió en París el lamentable suicidio de dos jóvenes literatos, *Escousse y Lebras*, quienes se mataron por el desgraciado éxito que tuvieron en una obra literaria.

Pero conviene decir, por honra del poeta alemán, que, corridos pocos años desde la aparición de Werther, y como asustado de sus consecuencias, escribió otra novela, en desagravio y del todo opuesta á las tendencias de aquélla. Fué ésta *Wilhelm Meistér*; mas no alcanzó en Alemania la alta nombradía de la primera.

Parece indudable que Byron, en su juventud, se inspiró con la melancolía y los dolores de Werther. De aquí el tedio del bardo inglés por el presente, la zozobra y desesperación por el pasado y la vaga inquietud por el porvenir. Aquella lectura modificó acaso sus tendencias poéticas en el sentido que las conocemos y que tanto caracterizan al autor de *Child-Harold*. Leroux encuentra gran afinidad entre las mejores obras de Gœthe y las de Byron, pero da al bardo inglés mayor intensidad y grandeza, como poeta característico de la época. En *Werther* y *Fausto* se observa cierta indefinible vaguedad de deseos ardientes, de pensamientos que, oprimiendo el alma con in-

Sobre la mesa del cuarto de *Escousse* se encontró un papel con estos versos, escritos con su propia mano poco antes de matarse :

*Adieu, trop féconde terre,
Fleaux humains, soleil glacé !
Comme un fantôme solitaire
Inaperçu j' aurai passé.
Adieu, palmes immortelles,
Vrai songe d' une âme de feu,
L' air manquait, j' ai fermé mes ailes ;
Adieu !*

Escousse, tan tristemente cantado por Alfredo de Musset, había agregado una nota, que muestra el ansia de publicidad y de ruido que le preocupaba hasta en el último instante de su vida ; en esa nota decía : "Quiero que los diarios que noticien mi muerte agreguen esta declaración :—*Escousse* se ha suicidado porque no tenía lugar en el mundo ; porque á cada paso que daba, ya adelante, ya atrás, le faltaban las fuerzas, y, en fin, porque el amor á la gloria ya no exaltaba su alma, en el supuesto de que hubiese alma".

mensa pesadumbre, no encuentran modo y camino de manifestarse por exteriores actos, ya que la vida actual no responde á la matadora actividad de nuestra alma. No así en Byron: la enfermedad es muy más grande, más decisivos y manifiestos los síntomas. A la gran discordancia entre nuestros sentimientos y el mundo que nos rodea, ha sucedido en las concepciones de Byron, profundo desprecio por toda creencia humana, por toda religión. Duda de Dios, duda de todo, y cuando el ateísmo le devora y se enfada y reuerce en sus congojas, exclama: *hay exuberancia de vida en nuestro despecho, hay gran vitalidad de veneno!* (1) Hecho notable, Señores; Byron no ha tenido imitadores en Inglaterra, ni su poesía ha ejercido influencia en su patria. Si bien los ingleses aplauden friamente al poeta, condenan al escéptico, al satírico implacable que insulta su religión y sus leyes, que se burla de sus costumbres y que, mal avenido con el carácter inglés, pasa la mayor parte de su vida en voluntario destierro y muere en lejanas costas (2).

(1) *There is a very life in our despair,
Vitality of poison*

(2) Byron, con su vida tumultuosa y con sus obras, es el creador de la escuela del *verbo delirante*, si así vale decirlo, que pregona la impiedad audaz, la estéril duda y la desesperación espantosa. Poesía es ésta que, aunque se inspire en el sentimiento vivo y profundo de la época, concurre á determinar y establecer la anarquía y la licencia, la duda y el desorden del entendimiento humano. Nunca la literatura de *orgia* y de *licencia* creará nada verdaderamente bello, ni serán estables sus producciones.—Un escritor francés de estos tiempos dice: "*Chose étrange! L' influence de Lord Byron, nulle dans son pays, fut immense dans le nôtre*". El mismo autor escribía, allá por el año de 1858, esta terrible verdad: "*Depuis un quart de siècle, la littérature n' a guère offert que le spectacle d' une immense orgie. L' art s' est dégradé comme à plaisir. Le beau n' a plus été pour lui que la splendeur du mal, et il semble s' être donné pour tâche de soulever dans les âmes tout ce qu' il y a de limon au fond de la nature humaine*".

Nunca sería yo tan temerario que comprendiese á toda la literatura moderna, de los dos géneros que examino, en mis censuras y observaciones. Hay, por dicha, novelas y dramas harto estimables únos, y excelentes ótros, por varios respectos. Concretándome sólo á España, Fernán Caballero y Valera, Alarcón y Pereda, Ayala, Eguílaz y Larra, son acreedores á justos y entusiastas elogios, por cuanto vienen, de veinte años acá, enriqueciendo la literatura española con sus buenas novelas y dramas, ya se mire el fin, casi siempre moral que encierran, ya también la propiedad y gallardía del lenguaje. En las obras de estos autores acaso no se encuentran pinturas simpáticas y atractivas del vicio, ni la apoteosis de la pasión sensual, ni la declaración de independendencia, en cuanto concierne á los sagrados vínculos de la familia y de la sociedad, con lo que topamos al volver de cada hoja de muchas novelas y dramas franceses. Molière, cuando en sus admirables tipos nos presenta al avaro y al hipócrita en toda su repugnante manifestación, no pretende hacernos simpáticos defectos tan aborrecibles como son la hipocresía y la avaricia; al contrario de Gœthe, que en su Werther, nos hace amable y atractivo el suicidio. ¡Ah, Señores! el mundo tangible, la vida real y ordinaria, con sus tranquilas y naturales situaciones, no es lo que hallamos en los *Misterios de París*, *La Dama de las Camelias*, ni en *el Judío Errante*, ni en las *Memorias del Diablo!* Las heroínas de éstos son de ordinario mujeres que, llevadas de exagerado sentimentalismo, dudan y desconfían de todo, y que con cierta personal adoración de sí mismas y sin encontrar nada digno de ellas aquí en el mundo, se suicidan. Ved si no cómo pone tér-

mino á su existencia la Adriana de Eugenio Sue, heroína á la cual rodea el autor de cierto aire espiritualista, pero sin perjuicio de su manifiesta inclinación al refinamiento de los placeres sensuales, que constituyen su culto, su religión. Deja, pues, de vivir en medio de las embriagueces de los sentidos, de la voluptuosidad del éxtasis, exclamando: "Ya lo ves, dice á su amante, el cielo quiere que seamos uno de otro.... Nuestras almas inmortales van á exhalar en nuestros besos y alzarse juntas y llenas de amor hacia el trono del Dios adorable que es todo amor...." Por lo dicho hasta aquí, bien pudiéramos asentar, que la literatura contemporánea no es, como se afirma, el reflejo fiel de las tendencias y costumbres del siglo á que hemos alcanzado: lo real, lo cierto y ordinario de la vida que llevamos, se halla harto distante de lo que es, en las descripciones de las obras que se escriben; allí se miente y se calumnia, se niega todo bién, toda acción noble y heroica, se justifica el crimen y se compeadece al malvado, en fin, se anatematiza á la ley y á la sociedad. Con sobrada razón declara un literato francés, que la corrupción es el carácter general, sistemático y persistente de la literatura moderna; corrupción que se encubre con un manto místico, pero recamado de materialismo y con ideas del todo paganas. En la forma esmerada, el atildamiento de la frase y el concepto rebuscado, estriba el mérito literario; por lo demás, y en cuanto á las ideas, necesario es que el autor se distinga por lo extravagante, absurdo y hasta escandaloso de ellas.

La apoteosis del crimen, en sus múltiples manifestaciones, el desprecio y vilipendio de las cosas más

santas, socapa á las veces de falso respeto; la hipocresía con que se disfrazan los principios más escandalosos y disolventes, son el ya gastado argumento de la mayor parte de las novelas de estos tiempos. En los varios caracteres que se pintan, obsérvase una como identidad entre ellos. Los hombres son siempre vulgares y licenciosos y las mujeres livianas, astutas y desenvueltas. En ellas se ha personificado el ideal de seres que sólo existen en la alterada imaginación de los autores; son adorables, divinas, puesto que culpadas, y bien está que se las ame y sirva, pero conforme al nuevo evangelio que se han forjado, esto es, con los sentidos solamente. Aspiraciones y tendencias desoladoras, antes que creencias y principios rectos; justificación de todo linaje de crímenes, antes que sanción que los condene y castigo que los corrija. “¡Pobres mujeres! Cuánto mejor les va en la desdichada vida real, en que ofrecen descanso y alivio al trabajo y á las penas de sus padres y esposos, y de ellos reciben protección, tiernas y castas caricias y hasta mal encubierta obediencia”; así exclama un sabio escritor de nuestros días.

Hay un libro, escrito en estos tiempos, buscado con avidez, elogiado sobremanera, de lectura deleitosa y amena, donde campean el lirismo más levantado junto con los donaires del bien decir. Su autor, ó autora, mejor dicho, es la conocida George Sand, de la escuela espiritualista á la moderna, quien la personifica en *Lelia*, nombre del libro de que hablo. Allí encontraréis, en medio de los poéticos desvaríos más delicados, de los arrebatos del misticismo más fervoroso, el ateísmo desesperante y el brutal materia-

lismo. ¡Qué Dios, el Dios á quien Lelia reconoce! Implacable y ciego, é inaccesible á nuestras miserias y dolores, mora, como ha dicho un filósofo, *en las profundidades del infinito, sobre el desierto trono de su silenciosa eternidad*. Tan inaccesible está y tan distante, que los hombres, y sus injusticias, y sus clamores, no llegan á Él, perdidos en su infinita pequeñez. Contrista el corazón, Señores, ver cómo una mujer de peregrino ingenio y afectos delicados, haya sobrepasado á Rousseau, á Quinet y á Sue, en el extremo de la negación y la blasfemia, en la absurdidad de forjarse á Dios, según su capricho y loco antojo. ¡Cuán cierto es que la viudez del alma, desposeída del mayor consuelo y prerrogativa, cual es la fe, privada de la dulce esperanza, consecuencia de ésta, extraña á los suaves contentamientos del amor puro y cristiano, lleva á la mente á semejantes extremos absurdos!

Rousseau, en ocasiones, invoca á un Dios grande y clemente, y pide que su voluntad siempre se haga; pero el Dios de *Lelia* es terrible y frío, es la personificación del absurdo que nos espanta y desconciela. Ved cómo le define:—“¿Me preguntáis si yo adoro al espíritu del mal? *El espíritu del mal y el espíritu del bien no son sino un solo y mismo espíritu, son Dios*: misteriosa y desconocida voluntad que está sobre nuestras voluntades. El bien y el mal son únicamente distinciones que nos hemos creado!....” (1). He aquí, Señores, el terrible Dios de George Sand;

(1) “*Vous demandez si j'adore l'esprit du mal? L'esprit du mal et l'esprit du bien est un seul et même esprit, c'est Dieu. C'est la volonté inconnue et mystérieuse que est au dessus de nos volontés. Le bien et le mal, ce sont des distinctions que nous avons créés*”.

Lelia, tome 1.º, page 17.

enigma impenetrable,

“Esfinge muda que la vista admira
Y que insensible el corazón no adora”,

diremos con el renombrado Quintana. Angustia, en verdad, y desconsuela el alma cuando se considera á qué extremo de extravagancia y degradación ha llevado á los mejores ingenios del siglo el moderno filosofismo. Pero, seamos justos, Señores, y confesemos con el reputado académico Señor Cueto, que “estos poetas de la duda y la desesperación, por seguir ciega y arrebatadamente el rumbo excepcional de su índole aviesa, no son menos grandes. Su propio desvío de la senda común suele ser en ellos funesta señal de su fuerza y de su grandeza. El áspero camino que la Providencia ha trazado á la humanidad viene estrecho á su orgullo y á su ambición. Buscan lo absoluto en la tierra, y la verdad eterna en el entendimiento humano; y esta aspiración temeraria, que aquí jamás se verá satisfecha, trastorna su ánimo y envenena su vida. La resignación y la caridad, que son á la vez fuerza y consuelo, no disponen su alma á sobrellevar ni á disculpar las imperfecciones humanas, de que ellos mismos no están exentos..... Su corazón se exaspera y se despedaza, y la sociedad, que los admira, ni los sigue, ni los consuela, y rara vez los compadece”.

Hay hombres predestinados á llevar dentro de sí al demonio implacable de la duda y de la cruel zozobra, y á este linaje pertenece la escritora de quien vengo hablando. La idea de Dios representada como una concepción chocante y absurda, desde luego que en ella se confunden y hermanan los más opues-

tos extremos, como son bien y mal, virtud y vicio, luz y tinieblas, justicia é injusticia. ¿Queda, por ventura, en tan monstruosas afirmaciones siquiera la noción del Dios justiciero y misericordioso?

Para cerrar esta triste página de la novela de la célebre escritora francesa, quiero citar las últimas frases con que remata el libro.—*Lelia*, atormentada por la duda, desesperada y casi moribunda, prueba á reunir en sí los siempre estériles esfuerzos de la humanidad y su brega constante y trabajosa en la sucesión de los siglos, para alcanzar la verdad, y exclama en hondo gemido que traduce la insólita amargura del despecho:—“Verdad! verdad! jamás te revelaste á los humanos! Há diez mil años que te busco y no te encuentro; y después de diez mil años, por única respuesta á mis clamores, por único alivio á mis congojosas agonías, oigo que se cierne sobre esta maldiciada tierra el grito desesperante y prolongado del deseo impotente!” (1)

¡Ah, Señores! cuando la fe se halla ausente de nuestra alma, cuando se alberga en ella la duda, y el materialismo triunfa, y se desprecia á Dios y á la humanidad..... no hay remedio; sin luz que nos alumbré y dirija por el camino cierto de la vida, ignorantes del porvenir misterioso que nos espera, sin conciencia de lo que somos y de á dónde vamos, extraños al conocimiento de los tenebrosos problemas del humano destino, las horrruras del vicio, el caos del

(1) “*Verité! tu ne t'es pas révélée. Depuis dix mille ans je te cherche, et je ne t'ai pas trouvée. Et depuis dix mille ans, pour toute réponse à mes cris, pour tout soulagement à mon agonie, j'entends planer sur cette terre maudite le sanglot désespéré du désir impuissant*”.

Lelia, 6^{me} partie, § 67.



desorden, el trastorno moral, en fin, la desolación del espíritu, formarán el pavoroso cortejo de la pobre humanidad en su trabajosa marcha por el mundo! Pero se rehuye y no se sufre que se declaren estas alzadas verdades, y cuando no, una sonrisa de compasión se pinta en la faz de los hombres sin fe. . . . Me asalta, Señores, el deseo de repetiros unos hermosos versos de Peza, el delicadísimo poeta del hogar; contando con que vosotros me lo consenteréis, cedo á mi deseo.—Habla el poeta mejicano de la ausencia de la fe en el alma y del desquite que toma el desdichado desposeído de tan alta prerrogativa, y dice:

“Si se muere la fe, si huye la calma,
Si sólo abrojos nuestra planta pisa,
Lanza á la faz la tempestad del alma
Un relámpago triste: la sonrisa”.

El hombre vive de esperanzas y de plácidos devancos que constituyen el entretenimiento, el encanto de su existencia; quitádselos del todo, convencedle de que nada tiene que esperar aquí en la tierra, ni mucho menos para la vida futura, y luégo al punto le tendréis verdaderamente desdichado. Desfallecido de ánimo, agobiado por la duda, cansado de padecer y de buscar vanamente asidero para salir de tan congajosa situación, decidme: ¿qué hará sino poner fin á su existencia? Le culparéis por esto? ¡ah! nó, porque es el necesario resultado del materialismo y del descreimiento, que los novadores han erigido en sistema; nó, porque la enseñanza dogmática y filosófica que le habéis dado, anulando su libertad moral, matando su esperanza, legitimando la tendencia de la pasión, haciendo que renuncie á toda felicidad en este mundo, negando la existencia de ótra y mejor

vida, le conduce irremediamente al suicidio! . . .
“Cuando la vida de un hombre es dañosa para algunos, carga abrumadora para sí propio é inútil para los demás, dice George Sand, el suicidio es un acto legítimo que buenamente puede practicarse”. (1)
Qué moral y qué doctrina, Señores! Y se contrista aún más nuestro espíritu al considerar que quien las recomienda y enseña es una mujer de levantado ingenio. Pero, ¿no vemos en esta paladina confesión la lógica, precisa consecuencia de las enseñanzas que abundan en la novela y el drama modernos? ¡Ah! quisiéramos preguntar á los partidarios de semejante doctrina, el provecho que alcanzan de anticipar violentamente aquella inevitable hora, y de disputar algunos míseros días á la existencia, aunque éstos no sean contados sino por las zozobras y males que les acompañan! (2).

(1) “*Quand la vie d' un homme est nuisible à quelques-uns, à charge à lui-même, inutile à tous, le suicide est un acte legitime et qu' il peut accomplir*”.

Jacques, t. II, p. 418.

(2) Curiosas é interesantes son las frases con que el célebre crítico, E. Caro, abre su libro, *Nouvelles Etudes morales*, al hablar del suicidio; dice el autor: *J' inserirai, dès les premières lignes de cette étude, un chiffre qui, à lui seule, en fera comprendre l' intérêt.—Une statistique modérée porte à près de trois cent mille le nombre des suicides accomplis en France depuis le commencement du siècle jusqu' en 1850. Le fait on une juste idée de cette necropole, aussi peuplée qu' une des villes les plus florissantes du monde.* Hecho que pasma, á la verdad. En 50 años, y sólo en Francia, trescientos mil suicidios, lo que equivale casi á la cuarta parte de la población de nuestro Ecuador!—Otro escritor francés contemporáneo dice al respecto: *De toutes les maladies morales, il n' en est point que se propage avec une si terrible puissance que la passion du suicide. Ce fléau a servi de nos jours avec une violence inouïe: il a été un mal véritablement endémique. . . . Si on consulte les documents officiels, ils apprennent que, depuis un quart de siècle, le nombre de suicides s' accroît constamment d' année en année, et cet accroissement est tel qu' en cet espace de temps le nombre en a doublé”.*

En cuanto al teatro moderno, debemos agregar que sigue las tendencias de la presente época, y no se halla separado de la índole característica del filosofismo material de estos tiempos, del descreimiento y escándalo que hemos visto en la novela. La casi ilimitada libertad de la prensa que hoy impera; la propagación del error, por medio de principios de un exagerado liberalismo; las novaciones peligrosas que hoy en día cunden por donde quiera, propagándose, ora en la pública enseñanza, ora en la constitución misma de los estados, y, finalmente, la tolerancia con que se sufre la difusión de doctrinas que atacan, no tan solamente el principio de autoridad que constituye la gobernación de la sociedad, pero también las bases de la moral, son argumento harto extenso y variado para llamar el interés y ocupar la atención y las labores de muchos poetas dramáticos. Hay, además, otro móvil poderoso en sus creaciones artísticas: la vanidad y el lucro, el ansia de gloria y de renombre. Así, Señores, ¡cuánto no se deslustra y rebaja la dignidad de las bellas letras! Cómo no se prostituyen las excelencias del arte, al que antes deberían dignificar con culto respetuoso! Pero muy al contrario, hoy en el teatro se presentan groseras y hasta monstruosas concepciones, sin belleza, sin ideal, sin verdadero arte. Heroes baladés y de baja condición, jóvenes cínicos y corrompidos, viejos viciosos y mujeres del partido, el adulterio y la prostitución, vienen á ser los principales resortes para el mejor éxito del drama; así, con enseñanza abominable, quieren adoctrinar y educar al pueblo (1). Su an-

(1) En lo que llevo dicho no hay exageración alguna.—Poitou, en su excelente obra *De la Roman et du Théâtre*, premiada por el Insti-

helo es conocido: halagar las aviesas pasiones de la muchedumbre, puesto que ellos mismos están muy lejos de creer y profesar las doctrinas que exponen, por cuanto no pueden escondérseles cuán hostiles y perniciosas son á la moral pública y á la privada. Con cuánta verdad asienta Poiteau, que este género de literatura *vende veneno, con el único fin del lucro, representando así el papel de ciertas mujeres sin nombre, cuya infame industria alienta al vicio para explotarlo!*

El amor, que es como el fondo y el eterno argumento de la literatura, de cuán poco dignos modos

tuto de Ciencias, se expresa, hablando de la literatura contemporanea, en estos términos: "*Vous demandez quel mal a fait la littérature? Ouvrez les yeux; interrogez les faits. Regardez où nous ont conduits les idées, les doctrines morales, les théories philosophiques et sociales prêchées depuis vingt-cinq ans. Cherchez d'où vient le trouble profond que s'est produit dans les conditions de sa vie morale. Demandez-vous qui l'a faite ce qu'elle est, c'est-à-dire, matérialiste, esceptique et méprisante, trois caractères qui la distinguent tristement aujourd'hui. Qui? sinon la littérature dont elle a été nourrie, saturée. . . . On peut affirmer que les âmes sont bien enervées, là où l'excès du mal passe pour supériorité, là où les grands vices sont considérés comme l'apanages de fortes natures, là où le crime même se fait applaudir par cela seul qu'il est terrible. Et nous en sommes venus cependant à ce point de délire et de honte. Cette morale, elle a été mise en action sous nos yeux par tous les drames et les romans modernes*".—Y más adelante agrega estas enérgicas frases:— "*Le peuple romain s'était corrompu et endurci aux spectacles sanglants du cirque: nous nous sommes désmoralisés aux spectacles ignobles du vice et du crime. La fièvre moral s'est aussi endurci en nous. Nous avons perdu cette susceptibilité de conscience qui est comme la pudeur de l'âme. Tourmenté de la soif des émotions violentes et des écores joissances qu'elles procurent, la foule, non pas seulement celle de la rue, mais aussi la foule élégante et dorée, a couru aux tragédies véritables qui se jouaient dans l'enceinte du Palais de Justice, comme elle courait aux drames du théâtre. . . . En dépit de nos prétentions philosophiques, le matérialisme est le vice profond de ce temps-ci; matérialisme pratique, sinon spéculatif*".

no ha sido tratado por los poetas eróticos y románticos de estos tiempos! El amor! anhelo constante y delicias de la espiritual poesía que, á modo de bendición del cielo, nos pone aptos para grandes empresas, facilitándonos la entrada á la inmortalidad y á la gloria, y por quien vive y alienta cuanto de grande y singular ha creado la mente humana! El amor! pasión del cielo, cuando casto, espiritual y místico, es á modo de sospecha de los goces celestiales. Esa pasión, Señores, que nos lleva á la plácida ascensión de los delicados afectos del alma cristiana, sobreponiéndose á los tentadores atractivos que subyugan los sentidos; ésa que nos eleva y engrandece y dignifica, sujetándonos con el suave freno del deber y de la propia dignidad; este purísimo afecto, digo, engendrador de grandes hechos y de alzadas virtudes, jamás es conocido en esta alteza ni tiene intervención entre los personajes de la novela y el drama modernos. Hay en el amor intenso y puro tal potencia de elevación, que arranca al alma degradada del grosero sensualismo y del brutal deleite; la vivifica y la transforma y, como activa llama, consume toda antigua impureza. Cosa singular, toda pasión grande,alzada y verdadera, tiene el gran privilegio, no sólo de destruir las pasiones vulgares y transitorias, sino de engendrar nobles y generosos sentimientos y acciones abnegadas. Sin el amor, personificado en la divinamente hermosa Beatriz, el Dante nunca hubiera penetrado con su poderosa imaginación hasta donde mortal alguno jamás supo llegar, ni le hubiera circundado auréola de celestiales resplandores, cuyos destellos nos deslumbran todavía. Sin el amor, esa sublime, infinita locura, ese *hervor de osadía y de te-*

mor, ni Milton, ni el Petrarca, ni Calderón, Señores, con su ingenio milagroso, habrían llegado hasta nuestros días con el sello de la inmortalidad impreso en sus peregrinas obras de altísima inspiración. Pero el funesto realismo, proclamado hoy en día en sistema, en los dominios de la literatura, no concibe así el amor; de aquí que pervierte el gusto, aleja la inspiración y mata la poesía del espíritu. ¿Ni cómo podía tener cabida esta pasión del cielo, allí donde el vicio, la licencia y el crimen juegan papel principal, y son exaltados, ennoblecidos, casi santificados, como acciones heroicas, como sublimes sacrificios; allí donde la prostitución y el escándalo son tenidos como acciones buenas y recomendables? Con justa indignación exclama Nocedal cuando dice: “Levantad en alto figuras de prostitución y de infamia; convertidlas en objeto de estimación pública, y presentadlas como modelo de virtud y grandeza moral; recoged de en medio de las calles la más perdida y repugnante hija del vicio, y ponedla frente á frente de la mujer honrada y laboriosa para que la ultraje y la venza; trazad vuestros planes de modo que el libertinaje arranque aplausos á los hombres y lágrimas á las madres de familia; combinad con diabólico artificio las cosas para que interese la muerte de las Magdalenas novelescas, que ni se arrepienten ni se enmiendan, pareciéndose á la del Evangelio únicamente en que lloran, bien que lloran tan sólo (á diferencia de aquélla) porque se les acaba la salud ó el dinero; presentadlas como ángeles de generosidad y abnegación, y habréis dado al traste, en primer lugar, con la sociedad, y en segundo, con la bella literatura”. Así, Señores, la poesía no existiría, y pres-

to, muy presto tendríamos que asistir á los funerales del arte.

Desdicha es, y grande, que en nuestra virgen América haya cundido el contagio del moderno realismo, con asombrosa rapidez; pero ello es obvio, como quiera que es más hacedero y fácil imitar los objetos reales y tangibles que nos rodean é impresionan, que no levantar la mente inspirada á las serenas regiones del ideal, en que moran, majestuosas y puras, la belleza y la verdad. No se os esconderá que aquellas concepciones no se alzan del estrecho círculo del mundo terrenal, puesto que se hallan sin alas con que volar. Mas, para almas vulgares, del todo absorbidas en el tráfico de los intereses materiales que hoy empeñan á los hombres, el levantado espiritualismo se grangea, si no absoluto desdén, si quiera estúpida indiferencia.

Tremendo será el juicio de la posteridad cuando sean llamados á cuenta los apóstoles de la religión de los sentidos, á cuya ley subordinan el alma, é inclinan su voluntad ante la caprichosa autoridad del instinto, y quienes, por seguir desatentados su aviesa y desmandada inclinación, traen pugna, y escándalo y desconcierto à la sociedad. Ellos, los corifeos de la licencia, reconocerán al fin el resultado fatal de sus afirmaciones; sentirán arrepentimiento, pero tardío. *Sembradores son de engaños, y tienen de cosechar frutos de corrupción y de muerte.* Desdichados, cuya fuerza de ideas, siendo bien dirigida, cuya grandeza de espíritu, siendo bien empleada, dado hubieran á la sociedad frutos de bendición! Pero, ¡ah!

cuán raro es que lo bueno, lo realmente perfecto se encuentre en las veredas de la tierra: la bondad, la perfección absoluta, la eterna verdad residen sólo en Dios.

El romanticismo, hoy tan en boga, inventa mayor copia de males que los que, por desdicha, afligen á la humanidad; encona las imaginarias llagas del alma, nos quita toda esperanza y todo remedio, condenándonos á vivir sin paz en el corazón, sin consuelos en el espíritu. La historia nos dice que los escritores de la Restauración importaron á Francia, de la romántica Alemania, este género literario, el cual, ya en poder de los franceses, ha cambiado, con perjuicio de la literatura, su índole nativa: tales son el abuso y exageración con que se los explota en el día! La filosofía material y descreída del siglo XVIII, engendradora de la revolución más gigantesca y desoladora que registra la historia, cundió por toda Europa, no sólo alterando las creencias religiosas y los principios morales y políticos, sino creando aquella poesía melancólica y enfermisa, fruto de la duda y sobresalto en que se encontraban los ánimos. De aquí que en Alemania, Inglaterra y Francia se produjera aquella muchedumbre de poetas escépticos, entre quienes se cuentan, como los más levantados, Gœthe y Schiller, Victor Hugo y Byron.

Los románticos franceses, dice un reputado escritor contemporáneo, han eclipsado con la inmoralidad cínica y refinada de sus creaciones, aquellas pinturas audaces que, aludiendo á Shakspeare, llamaban ellos "*monstruosidades británicas*". El dicho au-

tor trae á la cuenta una revista inglesa muy acreditada, y que aún sigue publicándose: *The Quarterly Review*. En ella se encuentra una estadística criminal de los diez más famosos dramas, y á la sazón muy aplaudidos, de la escuela romántica francesa. Escuchad, Señores, y admiraos de lo que aquella estadística nos cuenta de los tales dramas.—Figuran en ellos ocho mujeres adúlteras, cinco prostitutas, seis víctimas de la seducción, cuatro madres enamoradas cada una de ellas de su propio hijo, once amantes de ambos sexos que asesinan al objeto de su ternura, seis bastardos que se ensañan contra la sociedad y la legitimidad del nacimiento, y otras lindezas de tan escabroso linaje que la decencia pública obliga á callar.—¡Y los que tales obras escriben se atravén á murmurar de Shakspeare, el genio más levantado y poderoso de la humanidad, que cual ninguno profundizó el conocimiento del corazón humano! Y los que tales obras escriben tachan á los personajes de los dramas del literato británico, sin considerar que en éstos se presenta el vicio y otras flaquezas humanas, no como esencia primordial y único fin de la composición literaria, sino como auxiliares necesarios de que há menester el arte para los contrastes en que estriba el mejor éxito de la obra! Y á tan grande ingenio apellida el cínico Voltaire el *bárbaro borracho* (1)!

Pero el hombre de sana inteligencia no puede

(1) Alude sin duda Voltaire al hecho siguiente, que los biógrafos de Shakspeare refieren.—Hallábase éste, en una noche de verano, en compañía de algunos jóvenes de ambos sexos, al pié de un hermoso manzano; el vino tornóle alegre y afectuoso, y en tal coyuntura, prendóse de una graciosa aldeana, Ana Hatway, con quien poco después se casó. El gran poeta á la sazón tenía solamente diez y ocho años.

soportar indiferente el desasosiego y secreta congoja que causa la duda; inquiere, estudia, pregunta dónde está la verdad para seguirla y cuál es el camino cierto para llegar á ella; y cuando alcanza dichoso á columbrarla con sus hechizos y suaves reclamos, se lanza en pos de ella con el ímpetu infinito del alma sedienta por conocer su centro, por ascender á la región de placidez donde tiene y debe morar feliz y eternamente.

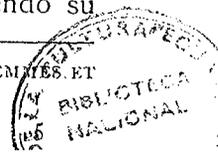
Antes, Señores, se estudiaba el alma, en sus tendencias y vuelos encumbrados; hoy, triste cosa es confesarlo, lo que se estudia, lo que se analiza, son las inclinaciones de los sentidos y la pasión brutal y degradante, como móviles determinantes de las acciones humanas. Lo más triste de estas aberraciones literarias es que el desconcierto de las ideas, el estragamiento del gusto y las aviesas inclinaciones, van donde quiera cundiendo. El conocimiento de lo bello se pierde, bien así como la noción de lo verdadero y de lo bueno; la anarquía desapoderada se extiende por las plácidas regiones del arte, y todo es desorden, y pugna y confusión en el campo literario. Y, cosa extraña, se elogia desmedidamente á los apóstoles de tan funesta invasión, y tanto, que se les iguala á los más esclarecidos ingenios de pasadas edades. La historia sólo nos enseña que hubo un Homero, un Dante y un Calderón; pero hoy tenemos, al decir de la prensa periodística, Homeros, y Dantes y Calderones á granel.

Tiempos vendrán, Señores, y todo nos anuncia que no se tardarán, en que, con el advenimiento de

las buenas ideas, se condenará á perpetuo olvido aquella literatura encervada, licenciosa y sin vigor, y en que, merced á saludable reacción, sobrevivirá únicamente lo bello, lo verdadero, lo moral. Y para así alcanzarlo, y concretándome á nuestro país, contamos con una falange de escritores nacionales, entre los cuales formáis vosotros como los primeros, llenos de ardor y de ciencia, quienes sabrán guardar el culto del arte, dignificando el amor desinteresado de las letras y la religión de lo bello, en noble y santa alianza. Tiempos vendrán en que, pasada esta moda funesta de gustos extraños, que estiman y aplauden sólo aquello que lleva escándalo y licencia, ora en la novela, ora en el teatro, imperen el respeto y el deber moral, la alteza y dignidad de las letras, el culto del arte, todo, todo cuanto se ha olvidado, se ha prostituído por aquellos autores que, tornando la literatura en arte de medicina y de disección, dejan la pluma para tomar el escalpelo, y en quienes, lo repetimos, no existen sino dos móviles: ansia, y grande, de popularidad, y empeño, más grande todavía, de adquirir, con sus dramas y novelas, mucho dinero. Así, no es extraño que el renombrado Teófilo Gautier afirme, "que en el mundo sólo dos cosas son harto deseables: las mujeres y el dinero (1).

¿No vemos en estos días escritores dramáticos y noveladores que escriben á destajo y lo mismo y con semejante labor que el zapatero que cose sus zapatos? No vemos que el autor contrata con el periodista ó librero la novela ó el drama, pidiendo su

(1) *Il n' y a ici-bas que deux choses désirables: LES FEMMES ET L' ARGENT*".—MADEMOISELLE DE MAUPIN,



valor en razón de la mayor ó menor extensión de la obra, que ni aún está en mientes, y ofreciéndola entregar en tiempo prefijado? ¿No es esto, Señores, una obra mecánica que no difiere de la que ejecuta el zapatero? Y habrá, pregunto yo, en tales producciones excelencias que interesen á los hombres de ciencia y de buen gusto? El zapatero, cuando el tiempo le estrecha, remata mal y por mal cabo, como por aquí solemos decir, la obra que se le encomendó. Lo propio hacen, pues, los Montepins, Escriches, y Richeburgs, que hoy pululan en la república de las letras, ya francesas, ya españolas. Pedid á estos escritores, concisión, claridad, buena trabazón en la obra, y les habréis pedido lo que nunca tienen. El desleimiento de la frase, la indigesta aglomeración de epítetos y lo inadecuado de éstos, son, por hoy, achaque que inficiona el campo literario, sobre el cual pesan como una gran desgracia. La concisión, la sobriedad, la corrección del estilo, no son para ellos primores del bien decir ni antecedentes precisos en obras literarias. Esto que pasa, desalienta sobremanera y hace caer la pluma de la mano de escritores concienzudos é ilustrados, quienes desmayan en presencia de esta irrupción bárbara y corruptora en el campo de la bella y amena literatura. Las mujeres, suavés é impresionables de natural, son las que con mayor afán buscan novelas y las leen con avidez, como quiera que forman el embeleso de su imaginación, sin advertir que en ellas beben sus desprevenidos corazones los gérmenes funestos que traen todo linaje de desdichas á las familias, hasta hundirlas en los abismos de la infelicidad. Y cuando llega á convertirse en hábito aquella lectura que mantiene la imagina-

ción en regiones puramente ideales, cóbrase profundo disgusto de las cosas serias de la vida real, se descuidan los deberes de la familia y no se halla contento ni en las tranquilas y plácidas escenas de la vida ordinaria.

Una observación más, y será la última en esta parte de mi discurso.—El género literario que acabamos de examinar, y que han dado en la flor de apellidarlo espiritualista, debía, á lo menos, al través de sus vicisitudes y contradicciones, salvar la libertad humana, como quiera que es la única salvadora tabla en medio del naufragio en que nos hallamos, el supremo testimonio de su grandeza moral. Pero no así, porque el error y la licencia tienen también su lógica, y bien como el abismo atrae al abismo, de la propia manera el error engendra y produce error, y la licencia, matando el orden, destierra la autoridad y el bienestar de la familia humana.

Réstame para dar remate á este imperfecto trabajo mío, entrar en algunas consideraciones tocante á la novela americana; y al quererlo así, saltean á mi memoria los nombres de un gran poeta ecuatoriano, y de una excelente novela suya; éstos son: Mera y "Cumandá". Mas, no se alarme vuestra paciencia, que serán cortos mis razonamientos. Poco habrá de mí propia cuenta, pues echaré mano al juicio de personas autorizadas.

Si bien en lo político nuestras repúblicas poco tienen que envidiar en punto de corrupción á las na-

ciones del Viejo Mundo, en la vida social é íntima guardan todavía, al calor vivificante del hogar, la virginidad de los apacibles sentimientos de familia, cuanto delicados y veraces, así profundos. El corazón se asila aún al sagrado de la casa, como al teatro más recóndito de sus afectos: no busca las conmociones callejeras y tempestuosas, ni el aparato teatral de los contrastes de la vida, ni el lujo escénico y bullicioso de la pasión. De aquí que las más geniales de las creaciones poéticas americanas, participan de este carácter de sencillez de nuestras costumbres privadas: dejamos de ser naturales en nuestra poesía desde que, olvidados de nuestro modo de ser, remedamos las costumbres y tendencias de un estado psicológico que no es el nuestro, que dista mucho para serlo. El ilustre Bello es más americano y más poeta cuando pasea por nuestras selvas y llora con el devoto pueblo entre los escombros del templo arruinado, que no cuando traduce y parafrasea la "Oración por todos" y los "Duendes".

Viniendo á la novela, creación en que entra más el elemento personal y el social, que en la poesía lírica, no tienen cabida en nuestra república literaria las ficciones maravillosas de los Dumas y Hugos, buenas sólo para conmover á almas que, sin avenirse con la quietud y silencio de la vida doméstica, necesitan entretener la imaginación con maravillosas invenciones que les abstraigan de la realidad de una vida que llega á serles monótona y tediosa, en fuerza de la tendencia que hoy se presenta, disolvente de los vínculos sagrados de familia y del lazo con que ellos tienen estrechada al alma á un mundo de

tranquilas afecciones.—Por esto, la novela americana, para ser propiamente tal, no puede salir aún del hogar doméstico, de las escenas ordinarias de nuestra vida en el teatro de nuestra espléndida naturaleza.

Si queréis hallar el tipo de la novela americana, ahí tenéis, Señores, la “María” de Jorje Isaacs, en su género, obra monumental de nuestra literatura, como lo es “Cumandá” en el descriptivo. Un cuadro del hogar, escenas de familia, ordinarias y quizá prosaicas para lectores de corazón gastado por la sensación; la historia de la adolescencia que despierta en brazos del amor, arrullado por la esperanza, ahogado luego por la muerte. Quien escribió este libro, lleva camino de inmortalizar su nombre. “María” ha subido á las regiones de “Beatriz” y de “Laura”, de “Virginia” y de “Atala”; y no me ciega el amor patrio, Señores, al contemplar á “María” más espiritual, más tierna que sus compañeras, al ver desenvolverse la historia de su corta vida con más naturalidad y placidez que la de ellas. En la “María” nada hay que no sea fiel copia del hogar, nada está calculado matemáticamente de antemano, porque esa historia no la narró el esfuerzo del novelador, pero sí la pasión de un espíritu juvenil. “Beatriz” es la única que podría disputar á “María” la espontaneidad de la historia de su corta vida; pero, aún así, la figura de ésta es en la novela colombiana mucho más completa: nada se trunca en esa vida fuera de la vida misma: el efecto es úno, no está contrabalanceado por ótro para que pudiera quedar allá como á la sombra alguna antítesis desfavorable á esa virginal pureza del alma, que aperece á la consideración del lec-

tor como un manso y fresco caudal de agua dormida entre las flores de la casa paterna, no rizada por los vientos sino por el amoroso aliento de un adolescente que se contempla espejado en el fondo de esas aguas, á la par de unas nubes que pasan, de un ave negra que vuela, de una aurora que se extingue. “Atala”, “Virginia”, son hermosas creaciones, pero de contrastes que á fuerza de artísticos son raros. “María” es tan hermosa, á fuerza de original, que es una fotografía de nuestra familia. Leedla, Señores, y vuestra memoria se rejuvenecerá con los recuerdos de la adolescencia.—“¡María, María! cuánto te amé!... cuánto te amara!”...—Así exclama Efraín. Hoy ese amor único y purísimo continúa inmortalizado por el genio.

Pero, hablemos ya de nuestro Mera.—De largos años atrás me une franca amistad con el autor de “Cumandá”. Cierta semejanza de carácter, aspiraciones y afectos casi los mismos y afición invencible al cultivo de las bellas letras, han hecho duradero y fraternal aquel afecto que, día á día, se afirma y avigora. Así y todo, no el cariño, Señores, no la parcialidad me mandan declarar que Mera es, como literato, como poeta, quien más gloria ha dado á la Patria y más nombradía á nuestras letras con el caudal de sus valiosas producciones. Pero hay virtudes en él que le recomiendan muy más que las prendas ya enunciadas: Mera es ejemplar del hombre honrado y modesto y del virtuoso padre de familia. La justicia me fuerza á encarecer el merecimiento del autor de “Cumandá”, obra, en su género, la más excelente de cuantas se han escrito hasta la época presente en la

América latina. Que "Cumandá" sea la mejor novela descriptiva que se ha producido en estos tiempos, lo comprueban los testimonios de la prensa nacional y extranjera; justo es, pues, que tales antecedentes hayan grangeado á su autor lugar alto y distinguido en las letras ecuatorianas.

¿Por qué no confesarlo? grandes temores y vacilaciones me han asaltado al intentar abrir juicio sobre esta obra nacional, aunque hoy como siempre la imparcialidad preside en mis apreciaciones. Juzgar en orden al mérito literario y artístico una obra contemporánea, trayendo á la cuenta el carácter del autor, la naturaleza que le impresionaba y otras condiciones de clima y de costumbres, es tarea muy más ardua y escabrosa de lo que á primera vista parece. En caso al mío semejante, decía Heine, con su habitual y picante desenfado:—"Göethe es el rey de nuestra literatura; cuando hay que aplicar á un soberano el cuchillo de la crítica, debe procederse con la cortesía que el caso lo requiere, á la manera del verdugo que decapitó á Carlos I, quien, antes de cumplir su encargo, se arrodilló delante del príncipe para pedirle humildemente perdón".

Y no es, en verdad, cosa fácil eso de valorar la inspiración que dominó al poeta en el acto de la concepción y ejecución de la obra y de las bellezas de la naturaleza que describe; apreciar la estética que se muestra en el conjunto y los detalles, la naturalidad y perfección de las descripciones; pues vale tanto como medir los alcances, el gusto y la fuerza creadora y artística del autor; es, por lo mismo, y como tengo dicho, empresa ardua y escabrosa. Declaro, Seño-

res, que, á pesar de la voluntad que me asiste, me faltaría el verdadero gusto literario, al querer apreciar, en su justa medida, la obra literaria de que vengo hablando. Mas, por dicha mía, plumas doctas y ejercitadas ya lo han hecho. Así que, no haré sino manifestaros su juicio en orden á las excelencias de "Cumandá".

Bien sabéis que Mera vive abstraído de la sociedad, en grato retiro, á las orillas de su *ambateño río*, por él tan dulcemente cantado. Los plácidos y suaves embelesos del hogar de la familia constituyen su mayor felicidad. Como su inspiración, así también su genio, ameno, dulce, atractivo. Su pluma no descansa, aunque el cuerpo descaezca y la salud se quebrante. Lo que lleva escrito bastaría para llenar seis gruesos volúmenes: sospecho que no alcanzaremos á ver publicadas todas sus obras; pues no se os esconden la ímproba labor y grandes dificultades con que aquí topa el escritor que se propone imprimir un libro.

Es ya tiempo de que hable otra lengua, y muy más autorizada que la de sus compatriotas.—Don Pedro Antonio de Alarcón, el literato insigne de estos tiempos, escribía, há pocos meses, á nuestro digno Director una importante carta en que, hablando de "Cumandá", se expresa así:—"Notabilísima es esta obra por muchos conceptos, especialmente por el sentimiento infinito de la gran naturaleza ecuatoriana. Dijérase que está escrita por un Fenimore Cooper del Sur, más caliente y brillante que el del Norte. No hay en él brumas, ni aguas frías, sino

toda la pompa india de Occidente.—Chateaubriand es siempre reflexivo y triste.... Repito que es Cooper! Su misma exhuberancia le da encanto y verdad. Se conoce que el autor ha sentido aquéllo, y que por ende lo hace sentir en toda su magnificencia aterradora.—Los indios se palpan.

Es un enorme poeta! Su obra es una fotografía de maravillosos cuadros, y quedará, como todo lo *d'après nature*, como un Humboldt artístico.—En fin, con un poco más de economía, de intención estética, de arte, hubiera sido también un monumento literario..... Para serlo, le sobran más cosas que le faltan". (1)

Después de lo que acabo de copiar, ¿qué valdría el subido elogio, aunque justo, de mi desautorizada palabra? Cedo, pues, á la imposibilidad de dar mayor realce á la obra de nuestro *enorme* poeta, oídos los conceptos de D. Pedro Antonio, gran autoridad en asuntos de literatura, y quiero más bien, en gracia de la materia en que me ocupo, comprobar con un hecho lo que arriba dejé asentado, y fué, que Mera posee virtudes muy más estimables que su peregrino ingenio, entre las que descuellan, en primer término, la ingenua modestia y la verdadera humildad cristia-

(1) Censura, ó más bien observación análoga á la que hace D. Pedro Antonio de Alarcón, consignó antes Núñez de Arce, en carta escrita á Pérez Bonalde, con ocasión de haber leído las magníficas poesías del vate venezolano. Dice el autor de "Los gritos del combate":—"Por regla general, la Musa americana, rica de color y de fantasía, suele extremar estas cualidades con imágenes desmesuradas é hipérbolos excesivas. Esto es, para mi gusto, un defecto que nace de la abundancia de la imaginación, no refrenada ni contenida, y que quizás responde á las condiciones peculiares de esos climas, donde la naturaleza se muestra siempre y en todo exuberante y pródiga".

na, infinitamente opuestas y extrañas á la baja humillación y á la ridícula gazmoñería de ciertas gentes. Con ocasión de haber visto publicada la carta de la cual he copiado un trozo, y sabiendo que fuí yo quien la dió á la estampa, con los conceptos que bien se merecen el insigne autor de ella, como el personaje de quien se ocupa, me escribió, desde su poético retiro de Atocha, lo que sigue: “La carta de D. Pedro A. de Alarcón es tentadora: cuánto decir de mi pobre novelita!.....Pero no crea U. que tan grandes elogios puedan envanecerme: lo que hacen es avergonzarme. Si tengo por ventura algún talento ¿acaso me lo he dado yo mismo? ¿no es necedad enorgullecerse de algún dón que se ha recibido? qué mérito hay en esto? Si Dios fuese capaz de orgullo, Él sería quien debiese tenerlo, pues es autor de todo el bien intelectual, moral ó material que goza el hombre; éste sólo puede, en el caso de que hablo, hacer una cosa buena: agradecer y humillarse”.

“El Señor Alarcón quisiera en “Cumandá” un poco más de economía y de sentimiento estético. En cuanto á lo primero, no tengo yo la culpa, sino la naturaleza que he tratado de describir, pues peca de exuberancia, de exceso de vida y animación, especialmente en las regiones orientales, teatro de mis heroes. Por lo que respecta á lo segundo, ¡qué sé yo qué es estética! Esta es ciencia que menos he estudiado, lo confieso; para escribir mis obrillas, yo no hago otra cosa que ver y oír con atención á la gran maestra Naturaleza, penetrar un tantico y revolver un poco el corazón humano, estudiar á aquella y á éste, así, así, meditar, y después.....dejar co-

rrer la pluma. ¡Vamos! querido Roberto! don Pedro Antonio ha pintado un *enorme* poeta, y para hacerlo, tuvo sin duda presente ótro que no yo. En cuanto á mí, me veo en el espejo de mi conciencia y me hallo diverso del retrato: chiquitín y contrahecho. Mi "Cumandá" ha sido simpática al gran escritor español, y hé aquí el único origen de aquel *enorme* elogio. Así y todo, estoy muy agradecido del Señor de Alarcón".....

Ya habéis escuchado lo que en justo elogio de Mera acaba de escribirse, ahora espero me digáis si ando descaminado en mis conceptos, tocante al amigo fiel de quien vengo hablando.

Verdad, bondad y belleza son á modo de trinidad magnífica que debe acompañar, para ser perfecta, á toda alta concepción literaria; mas, al presente, y por lo general, anda perdida en los tenebrosos abismos de la duda y del descreimiento que imperan en las sociedades modernas cuán grande son. Cuando Pascal dudaba, llevando fluctuante su poderoso entendimiento entre contrapuestos principios, creyó al fin, y creyó, porque la duda *es estéril*, como él mismo lo afirma enérgicamente.

Mera, aunque nos dice que no ha estudiado estética, la conoce por intuición, y es verdadero artista, pues ha comprendido que el arte no trabaja sólo para y dentro del arte, sino que tiene un fin más noble y levantado; que debe ser libre y digno: libre en la varia manifestación de las ideas que lo constituyen, digno y nuevo en la brillantez de la forma. Pero conviene observar que el artista que estudia aten-

tamente á la sociedad, á quien trata de dirigir y enseñar, cobra mayor entusiasmo y nuevos bríos, cuando ve desenvolverse en las masas la inteligencia, la afición al trabajo y el empeño en participar de los asuntos de la Gobernación.

Al hablar de Mera, y estudiando sus obras, bien podría decirse lo que, respecto al Duque de Rivas, dijo su ilustre biógrafo, y es que, “dentro de la rectitud moral, que no le abandona nunca, se deja llevar algún tanto por los ímpetus de la imaginación, que, si suele ser guía insegura, también sirve de impulso y fuerza que engrandece y levanta las ideas”. Pero hoy, Señores, debido á cierto fatal enervamiento, causado por la absorción de la mente en el tráfigo de negocios puramente materiales y de lucro, es preciso demostrar, y con grande ahinco, lo que en pasados tiempos sólo era menester sentir para convencer. El fuego del entusiasmo, los ímpetus de la pasión, están casi extinguidos, y pocas veces se alcanza conmovér y casi nunca trasportar á un auditorio serio y razonador. No son, pues, los dejos y acentos de una musa liviana y retozona, ni la atildada forma, donde se descubre el amancramiento, sino las expresiones delicadas y sencillas del veraz afecto, de la dulce correspondencia, las que se encuentran en las obras de nuestro poeta, por lo cual nos trasportan y embelesan.

La espontaneidad, la gracia y un sabor del todo americano, son el carácter distintivo de la poesía de Mera, y es dón singularísimo suyo el narrar bien, sobria y propiamente; cualidades que el análisis y la crítica más severa no pueden menos de elogiar. Muchos de nuestros escritores americanos pecan por la

superabundancia y aglomeración de epítetos; Mera se separa de los de este numeroso gremio. Cuán útil fuera que se tuviese presente la sobriedad y precisión de los buenos escritores ingleses!

La poesía del género á que más se ha aplicado, desde su juventud, y de que mejores muestras nos ha dado, es la indiana; magnífica y fiel manifestación, no tan sólo de las grandes fuerzas de su imaginación, pero también de la exhuberante naturaleza ecuatoriana y del venereo rico y glorioso de las tradiciones nacionales, no explotado todavía por nuestros poetas. Y no es aquel género el único en que ha sobresalido.—En días amargos para la Patria, cuando un poder usurpado y despótico nos traía con vergüenza y humillación, Mera combatió vigorosamente con *la espada del canto*, valiéndome de la hermosa expresión de Alcardi. La Patria oprimida y maltratada y sus mejores hijos perseguidos ó desterrados, dieron á su musa acentos elevados y de honda queja, como leemos en el *Miserere de la Patria* y en las *Querellas de la musa*, modelos perfectos de odas elegíacas. Ley ineludible, Señores, y por lo mismo cruel é implacable; no se gozan las inefables fruiciones del espíritu, ni se alcanzan los vuelos arrebatados de la mente inspirada, sino á trueco de la pérdida de la salud y de las fuerzas vitales del cuerpo. Por eso vemos á nuestro amigo consumirse en la hoguera del pensamiento, que enferma y postra, y en las labores del prolijo estudio, que abrevian los días de la existencia.

¡Ah, Señores! Malos tiempos fueron los pasados, y acaso los que hemos alcanzado no son menos:

en antes, como hoy, pugna constante, insurrecciones tumultuosas y despiadadas, el encono y hasta el odio, como patrimonio de los opuestos bandos políticos que vienen militando de cincuenta años acá. Bien se os alcanza que la justicia y el respeto, no diré el amor, jamás tienen asiento en el pecho de los adversarios. Y Mera fué víctima de la animadversión y saña de los contrarios, para quienes nada valieron sus virtudes, su talento y sus excelentes producciones literarias. Quizá la ingratitud de sus conciudadanos, ha sido causa del retraimiento y voluntario olvido en que vive hace ya largos años. Ciertamente que las traiciones é ingraticudes de los hombres, los desengaños de la vida, cuando ya entramos en edad proveyda, y, como fruto del padecer, cierta dolorosa indiferencia á la gloria, hacen que el hombre de ingenio se refugie voluntariamente, como á la única salvadora tabla en el general naufragio de ilusiones esperanzas, y propósitos, en el caliente, y dulce y sosegado hogar de la familia, donde derraman satisfacción y contento la dulce y tierna esposa y los hijos de nuestra alma. Si entonces se abre el corazón á otros afectos, fuera de los lindes del propio albergue, es para dar cabida á la santa y consoladora amistad, lenitivo y fuerza cuando ya nos aproximamos al ocaso de la vida.

Jóvenes inteligentes y estudiosos que me escucháis; bien sabéis que siempre fuí vuestro y que nunca menguan mi solicitud y afecto para vosotros. Ahora bien: quiero haceros una amonestación á modo de súplica: estudiad á nuestro Mera; seguidle

atentamente, ora cuando muy joven y casi desconocido discurría por las hermosas vegas del Ambato, inspirándose en aquella poética naturaleza; ora también en su carrera pública y literaria, laboriosa y fecunda como pocas. Ingenio, lo tenéis muchos de vosotros; dedicación al cultivo de las bellas letras, tampoco os falta. Con tales antecedentes, y con el modelo que os propongo, alcanzaréis á ser, no tan sólo reputados literatos, sino, y lo que es más, virtuosos ciudadanos, excelentes padres de familia y amigos leales y sinceros.

Nuestro sol ecuatorial, fulgurante y abrasador cual ninguno, inflame la poética fantasía y reflejado se vea en vuestras obras de ingenio. El estruendo de las armas cesa ya:—plegue al cielo que nunca más se escuche ni en nuestras ciudades, ni en nuestros campos!—Nueva éra de progreso comienza, y como que ya alboréan días de pública tranquilidad y bienestar; que únicamente al influjo de la fecunda libertad de nuestras instituciones republicanas, se desenvolverán y crecerán los gérmenes de donde se derivan la fuerza y el firme apoyo de la Nación.

Coyuntura es ésta, Señores académicos, para que os diga, como mi última palabra, que, aunando nuestros esfuerzos, trabajemos con tesón para acabar de formar y establecer una literatura propia, nativa, que por sus tendencias, no desdiga de su origen y que sea del todo nuestra, con sus peculiares caracteres de naturaleza, como son propios y muy nuestros el Chimborazo, el Pichincha y el Azuay, el Marañón y el Guayas, maravillas del mundo y pasmo de cuantos, viniendo de fuera, los contemplan.

Plegue al cielo que las letras patrias alcancen la alta nombradía que aquellos portentos de la creación! ¿“Por qué no tenemos una literatura original?—preguntaré con Mera;—¿por qué no damos á nuestras producciones un colorido local y aspecto americano? Queremos dar á nuestras obras traza de cansada vejez, que está en contradicción con el mundo de bellezas originales, frescas y risueñas, entre las cuales se desliza nuestra vida”. Seamos, pues, eco fiel de nuestra historia y tradiciones, con sus grandes recuerdos y gloriosos hechos. Despertemos, finalmente, con nuestros estímulos, con nuestro ejemplo, mayor afición en nuestra juventud inteligente por el cultivo de las bellas letras. Ya os dije, Señores, al comenzar mi discurso: la juventud es riqueza del porvenir y corona de la Patria.

INTUS.

¡Qué saña del destino! Como si costara tanto dejar en paz el bien ageno! La suerte pudo ser buena conmigo. . . . ¿Qué le costaba haberme dejado vivir tranquilo en la serenidad de mi hogar, con mi dulce compañera y rodeado de mis hijos, criados con tantos sacrificios en la vida?

E. Calcaño.—HORAS AMARGAS.

I

Días há que discorro desasosegado y triste y receloso más que nunca lo estuve, y esto con ser que, de ordinario, es la atmósfera en que vivo. Días há que vanamente y con fatigoso empeño, busco paraje oculto y apacible donde reposar del quebranto que la ruda labor de la desdicha en mí ha labrado. Este desasosiego y este afanar congojoso, ¿presagio serán de mayores desventuras que cuantas hasta hoy me han visitado? . . . Mas, preparado estoy: ni las temo ni rehuírlas quiero:

Al caso adverso
Opongo un corazón inquebrantable.

Aunque el tema de mis infortunios y dolores es
harto usado ya, pero no acaba:

Hoy más triste que ayer,
Nuevo dolor hiere el alma

Y es que conozco con evidencia dolorosa que
todos los humanos somos verdaderamente desdicha-
dos. El infortunio nos cierra y nos oprime, cual si
nos encontrásemos dentro de cerco sin salida. Lar-
gos días, oscuros y calamitosos nos visitan, con ser
que la vida es breve, difícil y espinosa. En naciendo,
á morir caminamos, y pasan los instantes de la exis-
tencia entre amarguras ciertas, anhelos estériles y es-
peranzas que agonizan.

El lleno de los humanos deseos, el bien cumpli-
do, en suma, la verdadera felicidad, son cosas buenas
sólo para ideadas y apetecidas, que no para gustadas
en la vida. ¿Ni cómo ni con qué satisfacer aquí en
la tierra el ansia inacabable, la creciente sed del alma?

II

¡Qué saña la del destino para conmigo! La so-
segada alegría de mi hogar, hase convertido, al co-
rrer de breves días, en honda tristeza y desamparo.
Quien con su presencia, su palabra dulce é insinuan-
te y el aroma de sus virtudes nos daba contento y
paz, dejónos para siempre de improviso. Se fué, sin
que hubieran sido parte bastante á contenerla estos
pequeñuelos, pedazos de sus entrañas, que en torno
mío discurren pesarosos. ¡Tenacidad desesperante
y cruel la del pensamiento! la ha seguido hacia el in-

finito con insistencia dolorosa, y h le al fin, después de labor tan tormentosa, desfallecido y ex nime!

Y fué no mucho antes de la partida de mi buena esposa, que mi Nicolás, mi  ngel querido, se fué también. * Qu  saña la del destino para conmigo!* Qué lujos de infelicidad y desolación el que me rodea! . . . Vivir como vivo yo, después de la partida de un  ngel al que tánto amamos, que fué luz, y alegría y esperanza nuestra; ser padre huérfano del hijo muerto; sentir truncada la existencia y como mutilado el corazón; andar   tientas y sin motivo por este oscuro valle de miserias y de inacabable tristeza, y preguntar con pla nidera voz   cuantos encontramos: decid,  qu  es de mi hijo? qué ha sido de mi  ngel?; y verse en adelante como atado junto   un sepulcro que nada responde á nuestros clamores. . . .  ser , por ventura, existir? Habrá en la humanidad dolores más profundos y más supremas agonías? Pues todo esto y más, si cabe imaginarlo, ha soportado mi padecido corazón.  Ah! cuánto mejor me hubiera sido morirme abrazado de mi muerto amado, cuando, retenido entre mis brazos, en el instante supremo de su agonía, exhaló el alma! . . .  Por qué permites, Dios mío, que tus hijos predilectos sobrevivan   tan soberanos dolores? Al acabar yo entonces,  ah! de cuán tremendo y nuevo dolor hubi ra me librado! El hijo muerto fué el precursor de otra infinita desdicha, que muy luégo me sobrevino  Oh! suspirada luz del alma mía! mensajero de grandes infortunios fuiste para mí!

III

Triste y sombríamente misterioso es mi porvenir; el encendido recuerdo de la felicidad perdida agrava duramente mi martirio. Bien presente lo tengo: cuando mi ya muerta compañera velaba en las largas horas de la noche el inquieto sueño del niño que se nos moría, y cuando el angelito se nos fué, ¡cómo pude prever fuese este pesar preludio no más de mayores desventuras! Y así fué en verdad; y yo . . . ¡ay! para llorarlos sólo vivo!

¡Ah! desde que os fuisteis, he vivido mucho, porque cuando se padece á la continua, hartos se vive, bien que á expensas de la vida del corazón que presto acaba.

IV

Así, ¿quién se atreverá á negar que aquí abajo nos hallamos sometidos á la dura inflexible ley de la desgracia? Nacemos para ser desdichados; y no habremos comprendido la vida, en su verdadera y alta significación, hasta el día en que reconozcamos que es menester sufrir, que la felicidad, tan buscada y deseada, es casi del todo extraña en la tierra, ¡Felicidad! pero, ¿quién la conoce, quién la ha sentido? Misteriosa fada á quien todos buscamos sin tregua, por este valle oscuro, *Cedrón de nuestros dolores*, regado con nuestras lágrimas, ensordecido con nuestros gemidos. Pero no, no es del todo desconocida en las veredas del mundo. Se la vislumbra en ocasiones, casi la palpamos, sintiendo su suavísima fragancia, que es como reminiscencia de las del paraíso.

No, no es la felicidad del todo extraña aquí en la tierra.—Ella salvó, como afirma un grande ingenio, con el primer hombre las puertas del perdido Edén, cuando delincuente y desterrado discurría por las solitarias veredas de la estéril tierra, y sigue, desde hace largos siglos, como nosotros, desterrada, como nosotros, peregrina. Y llega un día en que llama á nuestra puerta, se sienta en el hogar, desierto ó bullicioso, penetra dulcemente en nuestro corazón, la sentimos que inunda nuestro sér, y nos arranca aquella lágrima única, á cuya transparencia leemos lo que ella es Yo la he sentido alguna vez y he bendecido á Dios.

Mensajera del ciclo, se revela en la lágrima de la madre que torna á encontrar á su hijo, después de penosa y larga ausencia; la miramos también en el dolor voluntariamente aceptado y en la resignación sublime, cuando se ve el hogar, antes alegre y bullicioso, ahora triste y desolado como el mío ¡Y cuántas de este linaje no habremos derramado, en situaciones únicas de nuestra vida, cuando el alma, por íntimo y hondo afecto avasallada, se ha mostrado en nuestras húmedas miradas!

V

En medio de la común desdicha, patrimonio del hombre degradado, conviene que, para bien vivir, consideremos lo que somos y cómo debemos conducirnos, sin olvidar que

Gran desgracia es el nacer,
Honda congoja vivir;

Y entre gozar y sufrir,
Y creer y no creer,
Vivimos hasta morir.

Debemos pensar en la desgracia, como en huésped que, tarde ó temprano, tiene que llamar á nuestra puerta; y como nos será forzoso recibirle, arreglemos con tiempo la mejor manera de vivir con ella. Es la novedad, lo inopinado, lo que sobrecoje el ánimo y hace profundas nuestras emociones. La ausencia de reflexión seria y calmosa inquieta el espíritu y abulta los acontecimientos adversos cuya aproximación tememos.

Gran provecho sacaremos siempre de la reflexión, como quiera que nos da una como experiencia anticipada y, además, quita á las desdichas que nos sobrevienen ese temeroso cortejo de novedad y de horror: el aparato es lo que más sobrecoge al ánimo. Alguna vez lo habréis visto: cuando el hombre prudente y reflexivo experimenta contratiempos, no padece grandes mortificaciones, porque de antemano ha conocido y valorado los pesares que le sobrevienen y ha previsto igualmente su remedio; y cuando esto no obtiene, ármase de energía y fortaleza y triunfa del caso adverso.

Será, pues, tamaña necedad aguardar á que la adversa suerte nos alcance con sus dardos; antes probemos á embotar sus armas con voluntad resuelta, con previsión y fortaleza; así, si á herirnos alcanza, nunca podrá rendirnos ni acabarnos. Sin preocuparnos ni atristarnos, pensemos en que el infortunio y el padecer podrán agobiarnos un día, pero co-

bremos desde ahora fortaleza, retemplando el espíritu y considerando que el dolor es transitorio, y no alcanzará á turbar del todo nuestro sosegado presente.

Pasión y razón: he aquí los adversarios que pugnan y batallan porfiadamente con nosotros y dentro de nosotros. Débiles combatientes, flacos de voluntad, remisos y siempre inclinados á ceder en la menor oposición, nos hallamos arrojados en esta arena del mundo, bien así cual cobardes gladiadores que, tocados de temor y de espanto, ceden el campo al enemigo, aun sin haber siquiera medido las propias fuerzas.

Y esto, por cuanto hay dentro de nosotros principios de grandeza y principios de miseria juntamente; iras sin misericordia, soberanos horrores y designios espantables, junto con subidísimos afectos de abnegación, de generosidad y alteza. De aquí, como necesario resultado, las contradicciones y pugnas que se encuentran y chocan dentro de nosotros.

De cuantas condiciones y cualidades pudiésemos ahora hablar, para bien vivir, la previsión es quizá la más necesaria, pero al propio tiempo la más difícil de reglamentar; mas, con esto y todo, preciso, indispensable es que ella nos asista y éntre en nuestros cálculos y determinaciones, si bien con la debida parsimonia. Al excedernos en la práctica de ésta como virtud, luégo al punto nos veremos atormentados por desgracias puramente imaginarias.

Busquemos, en medio de las desventuras de la

vida, seguro y defensa en una santa resignación ; y, en alcanzándola, veremos que el infortunio pierde su atormentadora actividad, y podremos disfrutar, en cierta medida, placidez y bienestar de ánimo, que es mucho como la fruición que da la felicidad.

VI

Nuestra vida, cual aquí la sentimos y palpamos, es un movimiento armónico y fecundo que tender debe incesable hacia su grandioso fin ; la muerte, inmovilidad estéril y silenciosa, nos abre las puertas que nos dan entrada á lo infinito, á lo radioso, á lo inenarrable. Por esto el hombre mora con el deseo, con la aspiración constante de su mente, en las inconcebibles soledades de la eternidad, donde todo es luz y espacios sin horizonte.

Bien lo conozco : yo, cual nosotros también, he recibido al venir al mundo un corazón de hombre, con todas sus grandezas y monstruosidades, con sus pugnas y desfallecimientos, con sus tendencias de ángel é inclinaciones de demonio, y el abismo que sentís en el fondo del vuestro, existe también en el mío, y lo siento, y lo palpo, y me lleva á la continua con grande sobresalto y mucha pena. Y es que el hombre tiene de ángel y de bestia, como afirma Pascal, siendo su desdicha que, cuando quiere proceder como ángel, obra como bestia.

Mas, cuando con quebrantado corazón elevemos nuestras plegarias al cielo, que no sea nuestra voz pregonera de estériles quejas, sino eco de la glorifi-

cación del sufrimiento, de la voluntaria aceptación de la desgracia.

Aceptemos la vida tal cual es, con su parte de dolores y de consuelos, de sacrificios que santifican y de altas esperanzas que nos llevan casi contentos por en medio de este triste golfo de miserias y dolores, de lágrimas y de sombras. Aceptemos la vida con sus dudas y zozobras, que de aquí no pasan, pero con la confianza de que la resignación consuela y dignifica el dolor. *Cosa que dura poco vale poco*; y los dolores pasan, y el infortunio no es eterno; en tanto que la esperanza es bálsamo que conforta y nos hace superiores á las humanas penalidades.

Y quien esto os enseña y os apremia para que lo practiquéis, lleva anohecida su alma y su esperanza moribunda. . . . ¡Desdichado!

Quito, 1886.

JULIO ZALDUMBIDE.

La excelencia del hombre está en la virtud,
que es manantial de bienes imperecederos.

J. ZALDUMBIDE.

Bien pocos días há que dejó de existir quien, por sus prerrogativas harto raras y sus virtudes públicas y domésticas, alcanzó estimación y respeto de sus compatriotas. El Señor D. Julio Zaldumbide fué víctima de una larga y penosa enfermedad, soportada con fortaleza de ánimo y cristiana resignación. Su muerte fué plácida, tranquila, porque la tumba no tiene horrores para el hombre de bien y de elevada inteligencia, cuando ha empleado su vida, larga ó corta, en la práctica de la virtud.

Fueron de lo más solemne y concurrido que hemos visto las honras fúnebres que se le hicieron en el suntuoso templo de la Compañía de Jesús. Tributo justo y merecido ofrendado al ingenio y á las raras virtudes públicas y privadas que poseía el notable amigo que hemos perdido. Al costado izquierdo del templo, y junto al catafalco, formaba el duelo, compuesto de los numerosos parientes y algunos

amigos del fallecido; al frente, y presididos por su Director, se hallaban todos los individuos de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española. Zaldumbide fué Académico, y de los más antiguos y distinguidos.

¿Quién negará que desdicha, y grande, nos ha sobrevenido con la nueva tumba que acaba de abrirse? Hemos alcanzado días calamitosos y malos, y lo poco bueno, y digno y levantado que poseíamos, y que constituía nuestra grandeza y esperanza, se nos está yendo de corto tiempo acá. Existencias preciosas para la Patria y para la familia hemos visto desaparecer de 15 meses atrás, y hemos quedado como pasmados, contemplando los sepulcros que guardan las cenizas de quienes fueron, ya gloria de este suelo, ya honra de las letras, ya también pan del menesteroso y felicidad de la familia. Nuestra sociedad nunca olvidará los nombres de Villacís y Gómez de la Torre, Chiriboga, y Ampudia y Zaldumbide.

La voz de la amistad se ha dejado oír ya en sentidas frases que han manifestado algunos de los méritos del fallecido: que la nuestra vaya también á aumentar el coro de cuantas se alzarán, dentro y fuera de la República, para lamentarse de su fallecimiento y para dignificar su memoria. Nunca fué injusta ni novelera nuestra sociedad, y vemos que su sanción se manifiesta siempre, cuando es llegado el caso, serena é inflexible para condenar lo avieso y malo, donde y en quién quiera que se halle, sea opulento, noble y elevado, ó bien oscuro y menesteroso, y pronta también á aplaudir y enaltecer la virtud, el ingenio y los servicios prestados á la Patria. Por esto

Zaldumbide ha sido justamente llorado, y la sociedad y las letras ecuatorianas han hecho duelo.

La opinión pública jamás se engaña; así que la honra que en vida y muerte ha dispensado al ilustre difunto, convence de que hartó la merecía. El hombre por sí sólo, bien poca cosa es; lo que puede, lo que alcanza á ser sobre el vulgo de los demás, lo debe á la opinión de sus semejantes; opinión establecida por hechos singulares y nada comunes.

Zaldumbide, de cuna distinguida, viene de ilustres abolengos, y por sus venas discurría sangre de uno de los próceres que, con esfuerzo heroico, lidiaron por la emancipación del territorio que hoy constituye la Patria: bien se ve, por su vida y por sus hechos, que heredó de su ilustre antecesor el amor á la libertad, al progreso y á la independencia del suelo donde nació. Si no fué larga la vida del amigo cuya muerte deploramos, con esto y todo, fecunda fué en hechos que le distinguieron y levantaron á puesto honroso entre las notabilidades ecuatorianas. Su hacienda, más que suficiente, y su alteza y dignidad de carácter, dábanle aquella rara y envidiable independencia que levanta al hombre sobre la muchedumbre de medianías y de aspirantes que, á trueco de granjerías y conveniencias, sacrifican dignidad, carácter y conciencia. Por natural inclinación, se dedicó al cultivo de las bellas letras, y con excelentes dotes intelectuales, alcanzó profundos conocimientos de la literatura española, inglesa é italiana. Conocía y manejaba á maravilla la lengua castellana; estudió los clásicos ingleses, italianos y franceses, y tradujo, con la gran labor de su educación intelectual, y con éxito

der y proclamando la más escandalosa dictadura: nadie entre nosotros tampoco ignora que desde ese día fué desmoronándose el poderío del gobernante atrevido que así afrentó á la Patria, y que en breves meses fueron á tierra dictadura y dictador, ahogados por la poderosa opinión de los pueblos.

Algunos meses después de constituido el actual Gobierno del Señor Caamaño, se confió á Zaldumbide la cartera del Ministerio de Instrucción Pública, culto y beneficencia. Bien conocidas son las importantes mejoras que, en el desempeño de su honroso encargo, introdujo en la instrucción pública, y sus resultados beneficiosos se reconocen en la actualidad. Como su salud se minorase día á día, renunció aquel destino, y hasta su última hora se dedicó á cuidar de su familia y de su hacienda.

Feliz nuestro lamentado amigo que finalizó esta trabajosa y miserable vida dejándonos raro ejemplar de grandeza y recto proceder que imitar; desdichados los que aún quedamos, sobrellevando una existencia tormentosa, mezcla de esperanzas y quimeras, que nos lleva en perpetua ansiedad y sobresalto.

Agosto de 1887.

LEYENDA DEL CIELO.

(CONSAGRADA Á LA DULCE MEMORIA DE UN ÁNGEL).

*Ton souvenir est toujours là,
Oh! toi qui ne peux plus m' entendre!*

Quelle douce immortalité que celle qui
commence ici-bas dans le cœur de ceux
qui vous regrettent!

(Palabras de Alberto).

LEYENDA DEL CIELO.

INTERPRETACIÓN DE ALGUNAS PÁGINAS DE UN
AUTOR FRANCÉS.

*On ne perd jamais ceux qu'on aime en
Celui qu'on ne peut perdre.*

Os confieso, lectores, que es atrevimiento, y grande, el mío, pretender interpretar algo siquiera del amor, de los celestiales trasportes, del sacrificio sublime de dos almas, quizá *únicas*, en este prosáico mundo en que vivimos, en eso de sentir, de elevarse, de fundirse en la hoguera de la pasión más activa, y casta y encendida.

Un incidente, que lo tengo por dichoso, puso en mis manos la más bella, poética y conmovedora leyenda de cuantas se han escrito, ya en los pasados como en los presentes tiempos. Es leyenda forjada por el mismo Dios, y tal, que sólo Él pudo concebirla y comunicarla, para que la ejecutasen, á dos seres predestinados al mayor y más sublime de los sacrificios: el sacrificio de la felicidad que da el amor intenso y puro en aras de la abnegación, del deber, de la renunciación de sí propio.

¿Qué autor, por grande ingenio que tuviese, probaría á escribir otra historia de María, de Pablo y Virginia ó de Werther y Carlota casados? Bien comprendéis que el ardua empresa tenida sería como tamaño atrevimiento. Hay obras de tal originalidad, y que encierran tal cúmulo de bellezas y raros contrastes, que no admiten semejanza ni comparación con ótras, por excelentes que sean. Y á este linaje de creaciones pertenecen nuestra novela americana, ya citada, las de Goethe y Saint-Pierre.

Pero la verdadera historia, que en breves frases, y á la manera como la hemos entendido, os vamos á referir, fué compuesta por Dios, el poeta por excelencia, como ya lo tenemos dicho en otra ocasión. Así, las pobres y mezquinas concepciones de los hombres, la brega y el esfuerzo de su ingenio, ¿podrán, en manera alguna, serle comparables? No importa sea Dante ó Milton, Shakspeare ó Calderón. El humano ingenio tiene sus lindes señalados á los cuales nunca le ha sido dado traspasar.

Dios escogió dos seres dignos de su amor, de su predilección, y derramó sobre ellos cuantas gracias puede concebir y apetecer una alma levantada; éstos se conocieron y comprendieron, se amaron y, finalmente, uniéronse con eterno y santo vínculo. Alberto de la Ferronnays y Alejandrina d'Alopeus son los nombres de estos dichosísimos amantes.

Quiso Dios que aparecieran y se dejasen ver en en esta prosáica y fría región de la humana vida, en

la cual, y señaladamente en los tiempos que corren, la poesía, el sentimiento como que espiran ya, faltos de alas esplendorosas y ligeras con que remontarse á las altísimas esferas del cielo, y donde la belleza y las concepciones del arte no se alzan de la esfera material.

No olvidaremos decir que el esposo y la esposa escribieron por sí propios los regalados dejos, y los elocuentes delirios y los dulcísimos y castos sentimientos que de sus tiernos encendidos corazones se desbordaban. Una mano fraternal—la de la ternísima Paulina, hermana de Alberto—para regalo y ejemplo de muchos, ha recogido aquellos bálsamos puros, saludables, encantadores, casi divinos, como podrá comprender el lector cuando, en el curso de esta narración, dejemos la pluma para escuchar los arrebatos sublimes de la santa pasión que alentaba en el pecho de los esposos.

Mr. Luis Veuillot afirma, con su encantador lenguaje, que, cuando estuvo en Roma, halló no sé qué vestigios de esas almas amorosas y grandes, que parece que se ciernen aún sobre las basílicas de la ciudad eterna. Alberto y Alejandrina se encontraron, por la primera vez, en Roma el 17 de Febrero de 1832. Y luego agrega este escritor: Nunca ví en la tierra á aquellos amantes, pero yo los conozco, y puedo decir que con ellos he vivido: ¡tanto han penetrado en mi corazón la dulcísima sinceridad de sus palabras, los vuelos infinitos de su pasión! Sus ecos suspirantes suenan siempre en mi alma con suave

resonancia, á modo de reminiscencia de las melodías del paraíso.

Roma los vió, Roma los sustentó; en su bendito suelo unieron para siempre sus destinos. Tengo para mí, lectores míos, que tan hermoso y delicado lazo, como el que blanda y amorosamente atóles para la eternidad, no pudo formarse en otra parte.

Pero Roma no es ni harto grande, ni bastante santa para que haya podido ser el suelo natal de semejante amor; este amor, encarnado en el suelo, fué un enseñamiento de Dios: su misericordia quiso dar un ejemplar único á los pobres terrenales corazones que niegan y desprecian, deslustran y deshonoran el amor verdadero.

Alberto de la Ferronnays, católico, vió en Roma, como ya dijimos, á Alejandrina d'Alopeus, que era protestante. Visitaba un día Alberto á la madre de Alejandrina, cuando ésta, que á la sazón contaba ya venticuatro años, presentóse en el salón, y saludó con indiferencia á Alberto, á quien no encontró gallardo, si bien atrájó su atención la profunda expresión de sus ojos. La madre de Alejandrina, que mucho amaba á Alberto, quizá como á un hijo, decía de él, "*que hay todo un cielo en sus ojos*". Mas, en cuanto á Alberto, esta primer entrevista decidió de su amor; y creía que aun antes de haberle hablado, de haberle dicho que *la amaba como un loco*, ya la amaba. Presto creció y se robusteció este amor, y sintiendo y conociendo que la amaba con todo el corazón y toda el alma, hizo secretamente un voto so-

lemne.—Rogó á Dios que le diera á Alejandrina por esposa, y al propio tiempo ofrecióle su vida á trueco de que ella se convirtiera y conociese la verdad. Y para que Dios se dignase escucharle, con fe profunda y humilde, hizo la romería de las siete Basílicas, en traje de peregrino, con los piés desnudos y bajo los ardores de un sol abrasador. Pero, hecho singular y misterioso; cuando Alejandrina apenas contaba quince años, inteligente y piadosa como era, hizo también á Dios secreta promesa de renunciar á toda felicidad aquí en la vida, en cambio de alcanzar la luz de la verdad. ¡Cuán dulce inmortalidad la de aquellos que la principian amándose aquí abajo para después completarla, en perdurable dicha, allá en el cielo!

Veinte años contaba por entonces Alberto, y ya su alma se alzaba sobre los lindes ordinarios; alma ardorosa y ávida, alma siempre intensamente atormentada por grandes, incenarrables deseos. ¡Qué de cambios y trasportes en su sér y en su existencia desde que principió á amar á Alejandrina! Cómo derramaba en sus cartas y en su libro de memorias íntimas los afectos de su alma apasionada! Con cuánto ternísimo afecto escribía en éste: “¡Oh tú, á quien nombra sólo mi corazón, yo te veo por todas partes, y, en tí, veo á Dios!” (1).

Por entonces escribía Alberto á su íntimo amigo, Mr. de Montalembert, cartas en que derramaba todo el sentimiento y el ardor de su alma. En una de ellas, escrita á las cuatro de la mañana, encontramos estas melancólicas frases:—“Amigo querido,

(1) *Toi! qu'en mon cœur seul je nomme, je te vois par tout, et, en toi, je vois Dieu!*

sabe que me siento muy mal, muy enfermo; hace dos noches que no cierro los ojos, y en la última ni siquiera me he acostado. El tiempo era delicioso, y he escrito en mi ventana hasta las cinco”.

¿Queréis saber lo que escribió Alberto en aquella noche? Pues leed, para regalo vuestro, la siguiente carta escrita á Alejandrina.

Miércoles, á las dos de la mañana.

“¿Qué diréis al reconocer mi letra? Juzgaréis mal de mí—así me lo temo—, y tenéis sobrado derecho de enfadaros. Pero, qué queréis! vos, sólo vos me habéis hecho sentir que tenía una alma, y habéis prendido en ella la hoguera del entusiasmo por todo cuanto es bello; os debo el fervor, la adoración: cuánto, pues, no os debo adorar! Mas, cuando me encuentro junto á vos, yo no sé, yo no puedo decir nada. Me avasalláis, me domináis; harto lo conozco.

“¡Cuán buena estuvisteis anoche! os esforzasteis para hacerme feliz. No me creáis presuntuoso, y guardad para quienes las merezcan aquellas palabras que proferís *sin pensar*. Dejadme únicamente gozar en silencio de la felicidad de miraros; dejadme comunicar á vuestra alma lo que hará vivir á la mía!—Si pudiese estar con vos algunos instantes, ¡ah! cuánto bien me haría aquello! Aquí me creen contento, y en ello se gozan; pero os aseguro que siento un no sé qué, que harto me hace sufrir.

“¡Oh! sí, me culpo de amaros, aun de decíroslo; pero lo que me impele hacia vos es más poderoso que mi razón. Decidme siquiera que me perdo-

náis Estuve resuelto á partir para Amalfi, por unos quince días; no para probar á olvidaros—que para ello soy nada poderoso y me faltaría la voluntad—cuanto para libraros un poco de mi presencia. Mas, pensé al punto, que el próximo viernes no tendríais quizá quién os ofreciese el brazo al salir del teatro.

“No conozco á la Señora H , pero yo me encontraré allí, en la puerta del palco, cuando salgáis. Sólo os pido me digáis si permaneceréis hasta el final de la representación.

“Nada os he dicho, y con todo, tiemblo de haberos dicho demasiado. ¡Ah! tened indulgencia y compadeceos de mí! Estoy solo, la noche está hermosa, y vos estáis tan presente delante de mí, que no puedo dormir.

“Creedme, os lo juro; cuando estoy junto á vos, pareceme presentir un presagio seguro de otra y mejor vida. ¿Ni cómo tan hondas emociones, como las que experimento, no podrían salvar la tumba?

“¡Oh! no, no, yo no creo que se pueda amar con inocencia, con fervor En fin, yo no creo que se os pueda amar, *á vos*, sin estar penetrado de religión, de inmortalidad.

“Adiós! os dejo ya Dañaría, causaría mal á quien se amparase de mí Llamad á esto delirio, locura, éxtasis, cuanto queráis Mas yo creo oír una música de ángeles ¡Ah! y vos os encontráis con ellos! ¡Oh! y cuán divinamente hermosa allí os contemplo!”

Como Alejandrina le dijese al día siguiente que había estado exagerado en sus sentimientos, le contestó, en carta escrita el sábado por la noche, lo siguiente:—“Me acusáis de exagerado, y, con todo, no dan mis palabras sino pálida apariencia de lo que siento . . . ¡Ah! si pudieseis leer en mi corazón, hallaríais algo más verdadero, más íntimo! Yo, casi no sé hablar: no me oigáis, pero os ruego que me comprendáis. ¿Qué diréis cuando leáis esta carta? Quizá os reiréis. Pues bien, sí, reíd: soy un niño, soy un loco, pero no soy ridículo, *porque os amo*. Adiós, pero ante todo, sed feliz.—Son las tres de la mañana; no tengo el menor deseo de dormir, ¿ni para qué? Sueño tan deliciosamente estando despierto!”

Algunas semanas después, cuando ya Alberto se hallaba convencido de que era amado, y como tuviese la dicha de tener el *libro verde*, confidente de los pensamientos de Alejandrina, escribió en su diario, así, que concluyó la lectura del librito:—“Tengo fiebre; la noche gastada en leer este precioso libro, me ha ocasionado un acceso de locura. Vano sería que probase á describir los diversos sentimientos que han llenado mi alma: honda tristeza por sus pesares, desbordes de infinita ternura, celos hasta hacerme verter lágrimas, en fin, amor ¡amor que me mata!

“Son las seis de la mañana, y aún no me he acostado: no puedo dormir. Sólo tengo necesidad de verla, de hablarle, de decirle cuánto me hace sufrir. . . . Y cuando la veo, decía Alberto en otro escrito, una felicidad mezclada de congoja me rompe el corazón,

y, en ocasiones, preferiría mil veces verla muerta, antes que saber que sin mí fuese feliz”

¡Cuán cierto es que la muerte se halla siempre mezclada entre la verdadera poesía y el amor puro, puesto que ella nos trae la realización de la una y del otro.

Sería no acabar nunca si pretendiésemos trasladar aquí cuanto de tierno y apasionado encierran los *diarios* de Alberto y de Alejandrina. Lo que dejamos copiado dará alguna idea de las sublimes bellezas que encierra el libro que nos ha inspirado esta *leyenda*. Mas, no podemos resistir al deseo de copiar, como las últimas de esta parte, unas pocas líneas, que son el más delicioso desvarío del amor. Una de las cartas de Alberto concluye así:—“No, yo no puedo morir sin tí; estamos uno á otro como atados. . . . ¡Cuánta dicha morir así! y juntos volaremos de la parte de nuestra patria. ¿No miráis que el Señor nos tiende los brazos? Cuánta hermosura, cuánta claridad le rodea! . . . ¿Y qué es lo que así fulgura? ¡Oh! ya lo sé! son las almas de los bienaventurados. ¡Oh! ven, ven, Alejandrina! yo sabré llevarte á aquel paraje!”

Pero hablemos también algo de Alejandrina. Se ignora si fué harta bella, pero es de suponer que lo fuera. Hemos visto su retrato; mas esa imagen cuya representa á la mujer ya entrada en años; lleva el negro vestido de la viuda, y su rostro tiene la expresión del dolor tranquilo y profundo que con resigna-

ción se sobrelleva. Pura y espaciosa es su alba frente. Quienes la vieron en el esplendor de su juventud, cuando se le apareció á aquel *único* á quien debía amar, dicen que encantaba, que quienes la miraban no podían olvidarla; pero ignoran si fué bella. El mismo Alberno nos hace su retrato en estos términos:—“Acompañábale cuanto constituye las grandes y nobles pasiones: la gracia, la timidez y la decencia, junto con una de esas almas apasionadas por el bien, que aman porque viven y que no podrían vivir sin amor. . . . Su cuerpo es delicado y esbelto y posee todo aquello que anuncia la debilidad y dependencia, pero con una alma tan fuerte y valerosa, que desafiaría á la muerte por defender á la virtud”.

También acompañaba á Alejandrina la gracia inexplicable del ingenio, del candor, de la bondad; era algo como una sonrisa plácida, como una plegaria, como una ignota armonía. Alguno de sus relacionados, que era hombre de ingenio, ha dicho hablando de ella:—“Imaginaos que veis pasar, con forma corporea, una melodía de Mozart, pero la más dulce, la más sentida, la más inspirada: tal era Alejandrina cuando, pálida y sufocada con las lágrimas que se tragaba para que el mundo no las viese, pobre voluntaria y servidora de los pobres, vestida en traje de duelo, se hallaba próxima á morir. Sí, tal era Alejandrina moribunda”.

En los años de la juventud, vivió ella en espléndida corte, en medio de la riqueza, del fausto, de la elegancia; irradiaba sobre su frente una diadema de ingenua felicidad. Pero allá en lo íntimo de su corazón una mortal angustia le salteaba á menudo asom-

brando sus placeres. Se ponía triste y distraída; mas, cristiana y piadosa como era, se interrogaba acerca de su fe, y mantenía el espíritu en continua plegaria. El Cristo que le daba el protestantismo, no era el Cristo del amor, de la ternura, á quien buscaba su alma apasionada. No, no podía bastarle aquel Dios que se contenta con que se le ruegue en pie; y se preguntaba, cómo este Dios, que no ama á su madre, podrá amar á sus hijos. Alejandrina oraba, y oraba fervorosamente y de rodillas en los templos, y se volvía hacia los altares de la Virgen Madre, y era entonces más íntima su plegaria, y se sentía católica, y tenía miedo de serlo Sí, tenía miedo; y hallándose dudosa, combatida por encontrados sentimientos y casi desfallecida en esta continuada y oculta lucha, ofreció secretamente á Dios toda su felicidad terrena, en cambio de que le hiciese conocer la verdad. Tierno y conmovedor sacrificio para una alma profundamente enamorada como la suya.

Hecho singular y misterioso. Cuando le dijo Alberto que la amaba, hacía tiempo que Alejandrina lo sabía, y cuando miró dentro de su propio corazón, conoció que ya se lo había dado. Hay en nosotros un sentido íntimo, una como intuición poderosa que nunca engaña, que nos avisa y dirige, que nos inspira é ilumina, que es la inspiración, el éxtasis del poeta, la adivinación de lo que no está al alcance de nuestros sentidos. Alejandrina conoció y obedeció á aquel misterioso sentimiento.

Un año había corrido de vida íntima, confiada y deleitosa para los amantes; pero luégo vino la separa-

ción de las dos familias que habían vivido casi juntas en la poética Italia. Alberto y los suyos partieron á Francia, si bien después de la ida de Alejandrina y su familia á Alemania. Alberto, sin duda á causa de esta separación, cayó enfermo y de gravedad. La madre de Alejandrina, que era suave y de buen natural, como que consentía en el amor que se profesaban, y Alberto fué objeto de su ternura, de su cariño. Pero la ausencia, de un lado, y la terrible enfermedad que ya principiaba á sentir Alberto, de ótro, mudaron su manera de sentir; Alejandrina, que así lo comprendiera, sufría inmensamente en su alma.

Cierto: la mujer que ama de veras tiene tal potencia de concentración y de sentimiento, que, en ausencia, vive y comunica como si estuviese en presencia del sér querido. El libro que leía, el paseo que frecuentaba, la flor que prefería, como que se convertían para Alejandrina en una parte del amado ausente, y ya no estaban sin alma, si cabe decirlo así. En situaciones como ésta, el corazón se aquieta, y al descubrir tántos nuevos tesoros, en ese tan delicioso mundo de recuerdos, no conoce aquel matador fastidio que nos postra, ni la inquietud, ni el desfallecimiento que causan la soledad, y que son los verdaderos pesares de la ausencia. En este bello, encantado mundo, y en esta atmósfera, vivió Alejandrina durante la ausencia de Alberto.

Hubo, pues, obstáculos que impidieron el matrimonio; sí, hubo difíciles, casi insuperables obstáculos. Mientras duró esta prueba, fué su amor muy más fuerte que cuantos estorbos impedían su felicidad. Se hizo presente á Alejandrina que Alberto era pobre,

muy joven y sin carrera; pero, ¿qué le importaba la pobreza? Se le dijo también que Alberto era enfermo y que sufriría mucho viéndolo así, y ella respondió:—*Siendo yo su esposa, tendré la felicidad de asistirle y de cuidarle* (1).

Al fin se les unió. Su matrimonio se efectuó en Nápoles, el 17 de Abril de 1834. En tanto que Alejandrina se ataviaba con su ajuar de novia, y como se pudiese un collar de gruesas perlas, su madre le pidió que se las quitase, diciéndole: *Las perlas, hija mía, presagio son de lágrimas*. Reemplazó, pues, al collar, una hermosa cruz montada con brillantes, que le había obsequiado Alberto. Este cambio agradó mucho á Alejandrina; pues la cruz, símbolo de amor, le fué dada por amor.

Entramos ya en la segunda época de nuestra historia, y sin duda en la más interesante y tierna, puesto que es la más triste.

¡Cuán cruel y doloroso es considerar que entre

(1) *Si du moins j'étais sa femme, si du moins je pouvais le soigner, cela me serait plus doux.*—DIARIO DE ALEJANDRINA.—Por entonces escribió Alejandrina estos hermosos pensamientos:—“Tengo en ocasiones cierta curiosidad de saber si habrá *carreras* en el cielo; si los ministros, generales y grandes de aquí, serán más considerados allá que aquellos de quienes no se ha hablado en el mundo. . . . ¡Carrera! ha llegado á serme insoportable esta palabra. Contribuir á la defensa de la patria, cuando la necesidad exija, hé aquí lo que es bueno y honroso. Que se diga á una joven: No os caséis antes de haber asegurado lo bastante para alejar la miseria, es razonable y trae su origen de una bondad previsora; pero que un poco más ó un poco menos de dinero atraiga la consideración ó el desprecio, hé aquí lo que clama venganza al cielo”.

los embelesos y trasportes de la más cumplida felicidad se ciernen sombras de muerte que presagian grandes, inacabables desdichas, y se empapa con acerbísimas lágrimas del corazón el tálamo nupcial recién estrenado!

A placeres transitorios, lijeros pesares; á grandes dichas, dolores inmensos. Tal consideración hizo estremecer á Alejandrina, que, ilusa, había imaginado alcanzar la suprema felicidad. ¡Ah! y cuán leal le fué su corazón!

Casados ya, se trasladó la feliz pareja á la campiña pintoresca de Castellamare; luégo se les reunieron las hermanas de Alberto, y la felicidad de los desposados fué completa; pero no duró sino diez días, que fueron como una aurora fugitiva, como un sueño encantador presto disipado. Diez días que vivieron sin temores ni inquietudes en uno como éxtasis amoroso no interrumpido. Y sin embargo, duró demasiado.... ¡Diez días! y diez días de plena, absoluta felicidad en la tierra, sin una nube, sin un contratiempo, sin un ligero pesar, es cosa por todo extremo rara y que muy pocos la disfrutan. Y Alberto y Alejandrina tuvieron el raro privilegio de alcanzarla durante el espacio de tiempo de diez días. ¿Hay, por ventura, muchos en el mundo que prueban, siquiera por un instante, el lleno de sus esperanzas y deseos?....

En la tarde del décimo día, como paseasen bajo el espléndido cielo de Castellamare, entre los fragantes naranjos en flor, fué acometido Alberto de una tos violenta: lleva precipitadamente el pañuelo á la

boca . . . ¡el pañuelo queda teñido en roja sangre! . . . La muerte, sí, la muerte se acercaba, inexorable, próxima, terrible! . . . ¡Ah! cuán cierto es que la felicidad cumplida, cual puede alcanzarse aquí en la tierra, jamás es duradera! . . . ¡Cuán transitorio y breve es cuanto acaba!

Sí, la muerte no dejó ya de asomarse, en los días subsiguientes, y de aproximarse con seguro paso. Ellos, los felices, asustados, cogidos de espanto, probaron á huir; pero ella avanzaba, avanzaba siempre . . . Toda esperanza fué pronto desvanecida.

Al fin se resolvió que debían dejar á Castella-mare, cuyos aires no convenían á la maltratada salud de Alberto, y la, ayer no más, dichosa pareja, se trasladó á Sorrento, la poética cuna del Tasso. Allí aumentaron la inquietud y la vaga melancolía que de Alejandrina se iban apoderando. Insufrible es la *prosa* que arroja la enfermedad sobre la vida y sobre el amor. Cierta día dejó oír este grito desgarrador, exhalado como un suspiro hacia la eternidad:— “¡Dios mío, Dios mío! ¿no existe, por dicha, sino la sombra de la felicidad aquí en la tierra? ¿Por qué lo que solamente vemos de lejos nos parece encantador, y cuanto alcanzamos y poseemos pierde al punto sus hechizos y atractivos? Poesía verdadera no se encuentra sino en el amor de Dios, y somos tan pobres y menesterosos, que esto no puede bastarnos, y nos queda la sed persistente de idealizar, de deificar lo que en la tierra nos seduce! . . . ¡Oh! ¿no nos hallamos aquí y á la continua consumidos del deseo de llegar á una región en que uno esté seguro de cuanto ve, de cuanto ama, sin falsos temores ni sospechas,

y donde, finalmente, *sin inquietud*, busquemos con toda el alma un sér igual al nuestro? Aquella región, si la alcanzamos, es el Cielo; agonizamos de deseo y, con esto y todo, sea por debilidad, sea por negligencia, nada hacemos para conseguirla”.

En varios climas, ya en Nápoles y en Pisa, ya en Viena, bajo la influencia de más benigno sol, en medio de otros campos y otras flores, el negro aterrador fantasma se mostraba á los esposos. Pero Dios avanzaba también en su camino. La muerte no tuvo el privilegio de ahuyentar el amor ni de traer la desesperación á sus amantes corazones; bien al contrario, cual ángel del buen Dios, trájoles la esperanza, la luz, el día. Con esta luz principió Alejandrina á ver el Cielo Alberto ya contemplaba á Dios.

Tan insegura felicidad y agonía tan á la continua, duraron tres años. Pero la hora de Dios se acercaba; la hora del fin, la hora del principio; hora suprema, augusta, solemne “Son ya diez y ocho meses que me casé, exclama pesarosa Alejandrina, y, con todo, no he disfrutado quince días de tranquilidad por la mala salud de Alberto. ¡Ah! y cuántas inquietudes y temores se han mezclado en mi felicidad!” Así son las cosas de este mundo: la duda, el peligro y el dolor andan siempre próximos y junto al contento y á la dicha terrenal, como para recordarnos que nunca se da con la felicidad cumplida en las veredas del mundo.

La tristeza, el sobresalto y la inquietud se habían apoderado de Alejandrina. Ni la hermosura del sol,

ni el azul purísimo del mar, ni las floridas campiñas la distraían de su pena; antes eran argumento para dar creces á sus pesares. Y pensaba que aquel soberbio y fulgurante sol, es muchas veces causa de muerte y de grandes calamidades, y ese mar, aunque azulado y tranquilo, ¿no se traga todos los días centenares de hombres? El peligro y el sufrimiento nos rodean, nos cierran en estrecho círculo, ¡y el hilo de nuestra existencia es tan tenue, tan quebradizo!

“¡Oh! Paulina, Paulina mía, cómo se han trocado en espinas las rosas que veía en el porvenir! Todas mis flores, inclinadas hacia el suelo, están marchitas! ¿Por ventura, el vivificador rocío de una hermosa mañana, no las hará recobrar su pristina lozanía?” Así exclamaba la triste ya, la sin ventura Alejandrina.

La última vez que Alejandrina se atavió para asistir á un banquete, fué en Vicna, el primero de Octubre de 1835. Al día siguiente dejaron esta hermosa ciudad y se dirigieron á Italia. Alberto se mostró taciturno y triste durante este viaje, y al llegar á Ospedaletto, dijo á Alejandrina, que al entrar nuevamente á Italia presentía grandes desgracias. Tan triste presentimiento la inquietó profundamente. Siete años después, cuando ya viuda y sola, escribía en sus memorias estos hermosos y delicados pensamientos.

“Y aun ahora, después de tantos dolores, no se ha extinguido mi pasión por Italia; la siento más fuerte, más activa cada día; pues ya conozco por qué

amo tan profundamente esta tierra encantadora; ya sé de qué origen se escapa ese delicioso perfume que se expande por sobre la Italia.

“Allí el pueblo cree en una vida eterna; se halla rodeado de almas invisibles, quienes participan de sus alegrías y dolores. Allí cada ciudad, cada aldea ve á Dios realmente presente, expuesto á la continua adoración de piadosa multitud.

“Yo amo este país en que las almas y las flores esparcen más perfumes que en otras partes: que vió nacer á Francisco de Asís y á otros dos Franciscos de ardoroso corazón. Tierra es ésta en la cual todas sus fiestas son religiosas y en cuyos caminos se encuentra el hábito de San Benito, de Santo Domingo, San Ignacio y cien ótros más, mensajeros de bondad, de gloria y de milagros, dejados al mundo por hombres cuyos ilustres nombres, que nunca morirán, están escritos en el libro de la vida.

“Dulcísimo país, en donde tántas oscuras y santas existencias concluyen en el fondo de las aldeas, bien así como en los claustros, por una santa muerte.

“Yo amo este país que encierra la ciudad donde reina el Representante de Cristo victorioso; la ciudad santa, la ciudad de las virtudes supremas, á donde han acudido á fortificarse todos los grandes bienhechores de la humanidad.

“¡Oh tierra incomparable, en que el trigo y la viña crecen para emplearse en el más sagrado de los misterios! País dulcísimo al alma, país encantador á

los ojos; cuanto más se os contempla más se regocija uno con la esperanza de morir, porque se espera ver mejor patria que la Italia!".....

Así cantaba esa alma ya celestial, en los instantes de abandonar el paraíso de destierro donde había conocido y gustado los más poderosos y activos encantos, en la época tan corta de la encendida pasión por su Alberto.

Mr. L. Veuillot, antes citado, dice, después de entusiasmarse con estos suaves brotes de un cristiano corazón:—"Tengo para mí, que algo de Alejandrina y de Alberto ha quedado en la claridad de este limpio y profundo azul del cielo—el de Italia—; en la sombra de los santuarios, en esos prolongados y sordos gemidos que se expanden con el viento. Creo oírles en medio del divino silencio de la campiña; creo verles en el rayo de oro purísimo que besa el blanco mármol de las basílicas; en las ondas vaporosas del incienso que sube al altar..... No gimen como las almas viciadas y adúlteras, cuyos hondos suspiros nos hace oír el poeta florentino. Sus manos entrelazadas por el verdadero amor, permanecen así unidas delante de Dios, y de sus castísimos labios sale y se espacia dulce y ferviente el eterno *Aleluia*".

A los fines del mes de Febrero de 1836, sintió Alberto notable mejoría, lo que tranquilizó algún tanto el conturbado espíritu de Alejandrina; pero esta tregua duró bien poco. En uno de esos días escribió ella en su libro *cerrado con llave* estos melancólicos

pensamientos:—“Dios mío, goces íntimos me has concedido en la vida, pero me has rehusado el sosiego No murmuro, Dios mío, y que se haga tu voluntad, porque cuánto tu haces está bien hecho. ¡ Oh! Padre adorado! yo te pido—porque permites que se te pida—yo te pido, por tu Hijo, nuestro Señor, á quien prometiste no rehusar nada de cuanto te pidiese, yo te pido me concedas vivir, morir y renacer con mí Alberto amado. Le amo con exceso, Dios mío, le amo mucho en Tí, y le amo así porque te ama, ¡ oh Dios mío! Guárdanos juntos en tu amor, y jamás nos separes En fin, dignate alumbrarme y hacer que luzca la verdad en mi alma”

Hay un sentimiento vago, dulce, indefinible que se señorea en la mente de la mujer, cuando sospecha que va á ser madre por vez primera. El amor adquiere mayor intensidad y ternura más apasionada aún, y su imaginación divaga gratamente y en plácido abandono por regiones de luz, de músicas y poesía. Es que no hay, para la mujer, sentimiento más indefinible y tierno que el de la previsión de la maternidad. La conciencia de la coexistencia de dos vidas, de las que la madre es el elemento de conservación de una otra vida dependiente de ella, nacida del amor, guardada por la esperanza, ofrecida en holocausto perenne á Dios en cada respiración, con la que pide al ambiente vida para el sér que lleva en sus entrañas, y á Dios bendiciones para ese espíritu venido del Cielo, y confiado á la madre en su viaje de regreso al Cielo,—todo esto ha-

ce del hogar en esas supremas circunstancias una especie de templo en el que, presente Dios, sacerdotisa la mujer, ofrenda la vida que germina, debe ser el padre respetuoso adorador en ese silencioso culto tributado por el amor y la esperanza. Parece que nunca está Dios más presente en la sociedad humana, que cuando los corazones de los padres sueñan en la familia que viene y van desvaneciéndose ya los misteriosos ensueños de amor que precedieron su llegada. Es que entonces Dios prepara los caminos á un nuevo ciudadano del Cielo, y el Angel que se destina á su guarda dialoga con los de los padres, y todos ellos conmueven los corazones que en el hogar palpitan con la previsión de tan inefable dicha.

Esto experimentaban Alejandrina y Alberto cuando, poco tiempo después de llegados á Pisa, cayó enferma ella, y se atribuyó esta dolencia á una causa que, por desdicha suya, no existía, pues harto deseaba la felicidad de ser madre, y Alberto se exaltaba también con la esperanza de que lo fuera. El cielo nunca fué propicio á sus deseos. Encontramos en una carta escrita por entonces á su queridísima Paulina estas notables palabras: *tres muertos ó un nacido podrán únicamente volverme católica.*

La esperanza de que Alberto recobrase la salud iba desvaneciéndose en el corazón de Alejandrina. Era el 4 de Marzo; el desfallecido Alberto se encontraba en su lecho, y como observase que lloraba silenciosamente Alejandrina, la llamó junto á sí, la acarició con ternura y le dijo con celestial dulzura:— “Y bien, querida mía, si al buen Dios le pluguiese llamarme á sí” y ella le interrumpió con grande agi-

tación y le dijo: "*Le beberé al buen Dios*". Nada le repuso, pero en la expresión y en la mirada de Alberto conoció ella cuánto y cuán dulcemente habían penetrado su alma esas palabras.—Si aquí no hay belleza y sublimidad únicas, decimos que somos profanos en punto á conocer lo verdaderamente bello.

Alberto padecía horriblemente; un dolor atroz al pecho le impedía hablar, y respiraba con gran fatiga. Alejandrina pregunta al médico el nombre de la enfermedad que consumía á su Alberto; se le dice por fin que es *tisis pulmonar*. Entonces siente que se desvanece del todo su esperanza. Se ocurre por un confesor con presteza, y la desolada esposa, como aturdida exclama: "¿A esto hemos venido á parar? á esto hemos venido á parar? *Ahora ya soy católica*".

Alberto iba á morir, Alejandrina iba á nacer. En su diario, correspondiente á esta fecha—seis de Marzo—encontramos esta apasionada frase:—"Gracias, Dios mío, porque me disteis á Alberto, y Alberto me ha dado á vos!"

La carta que va á leerse, dirigida á Paulina, fué escrita durante estas horas de angustia y de cruel incertidumbre. Las lágrimas que Alejandrina vertía sobre el papel, mientras la escribió, la han hecho casi ilegible.

*Venecia, miércoles 9 de Marzo de 1836,
á media noche.*

Vive, Paulina, vive; pero ¡ay! que ya no me asiste la esperanza! y esto con ser cosa que tan difi-

ilmente se pierde, y apesar de que muchas veces me han dicho que podía morir de un momento á otro. . . . ¡ Oh! cuán duro, cuán difícil es, aun cuando se haya alguna vez experimentado, creer que lo que mucho se quiere pueda morir! Aquí estoy sola en su alcoba de muerte; sin madre, sin hermanas, sin hermanos, en cuyos brazos pudiera hacer que estalle mi horrible dolor, yo que en todo ocasión de mi vida he tenido tanta efusión de alma! ¡ Ah! debo escribirte para que no me sufoque el dolor.

“Hé aquí, pues, el triste término de nuestro desdichado amor. . . . *Diez días* de felicidad, en dos años escasos de matrimonio, y amándose cuanto es posible amar! ¡ Oh! Dios mío, Dios mío! diez días! . . . pues sólo diez días he vivido agena á todo temor por su salud. Dios me ha preparado lenta, casi imperceptiblemente—acaso por piedad—; pues siempre he preferido los largos dolores á las sacudidas que nos cogen de sobresalto.

“Voy á calcular *friamente* lo que será de mí.— Desde luego, ¡ oh! Dios mío! que este ángel querido no sufra tanto como hasta aquí, y que todas las celestiales alegrías le rodeen dándole una felicidad eterna. Después, y en cuanto á mí, cuya vida será sobrado dura, no me quedará otra felicidad sobre la tierra que el amor de Dios. Éste debe ser el amor más grande; pero he sido siempre tan débil, he necesitado siempre de tal ternura, que me espanta la idea de que, ya á mi edad, aquellas dulzuras han acabado. Así que, mi único descanso será sentirme del todo inconsolable; pues yo mismo me causaríá horror si pensase poner un pié en el lugar de una fiesta, en tor-

nar al mundo, cualquiera que fuese el motivo que á ello me obligase. Y con todo, harto deseo volver á ver á otros seres queridos para mí. He pensado que me haría religiosa, luégo he reflexionado que mi firmeza no sería bastante grande para ello; y después, el ardiente deseo de ver á mi madre, á vosotras, hermanas mías, me acongojaría. Necesito soledad, pero libre, con alguna persona querida. ¿Y quién me querrá más que mi madre? creo, pues, que iré hacia ella. Pero, en casa de mi madre, tendré la fe de Alberto; yo no quiero, yo no puedo creer otra cosa que lo que *él cree*. (1) ¿Te acuerdas, Paulina mía, que alguna vez, te dije, que únicamente *tres muertos ó un nacido podrían volverme católica?* Aquello fué un presentimiento que Dios lo ha realizado en brevísimo tiempo, y ¡ay! no por el único medio dichoso!

“Después, si pasados algunos años tuviese yo el valor bastante para hacerme *hermana gris* en Francia, y ver nuevos dolores y muertes, y salvar quizá con prolijos cuidados á un enfermo del pecho, y agradecer á Dios porque ótros sean más felices que yo. . . . ¡Oh! bien deseo proceder así! Pero no, jamás poseeré grandes virtudes. Así, para no pecar con exceso, ¿no convendría que Dios me llevase bien pronto? ¡Oh! que me haga ver á mi Alberto, á mi padre! El hombre no puede pensar en nada más grande, y bello y dulce que en la existencia de un paraje, en una vida mejor que esta miserable vida, que tánto me disgusta y en la cual no hay un solo día de felicidad.

(1) La madre de Alejandrina era protestante, y siempre pedía y suplicaba á ésta que jamás dejase la religión de sus padres.

“¡ Oh ! que no me encuentre yo sola cuando le cierre los ojos !—no podré fiarme de mis propias fuerzas—; aquellos ojos tan hermosos, siempre tan hermosos ! cuyas miradas tan amorosas, tan dulces, tan vivas las tengo siempre presentes. Mas hoy, el brillo de sus miradas se ha apagado, aunque conservan su bella y dulce expresión, la cual, en ocasiones, es tan triste que me penetra el corazón. ¡ Y debo empeñarme, esforzarme en parecerle alegre !.... Y este esfuerzo me ahoga, me atormenta ; y por desgarrador que fuese, preferiría hablarle descubiertamente de su muerte y probar á consolarnos úno á ótro por la fe, por el amor y la esperanza !.....

“¡ Oh ! Dios, Dios de amor y de misericordia ! si dolores como los míos son seguidos de una beatitud, de una reunión eterna, seguro es que te agradeceremos el haberlos sufrido, y hasta su recuerdo doblará los gozos perdurables.

“Ora fervorosamente por mí y más continuo que nunca, mi buena, mi querida Paulina ; yo óro muy mal.

“¿ Sabes, Paulina, que una tristísima idea me acompaña en medio de mi dolor ? Es que, acaso, mi terquedad, mis contradicciones le han hecho mal, agravando la irritación de su delicado pecho. ¡ Infeliz de mí, que he acelerado este horrible estado ! quizá si yo hubiese sido buena, habría habido remedio para su enfermedad !

“¡ Dios mío ! ¿ existe la felicidad en alguna parte ? ”.....

El doce de Marzo se encontraba Alberto mejorado, tanto que se levantó para recibir el viático. Hacia la tarde, sintiéndose fatigado, volvió á la cama, y pidió á Alejandrina que estuviese á su lado; ella se arrodilló delante de este bien amado, como á menudo lo hacía.—“Me habló—no sé en qué términos—dice la desolada esposa; me dijo que yo volvería á casarme después de su muerte, y mis lágrimas bañaban abundantes mi rostro y sollozaba desesperadamente. Entonces me dijo:—“*¡Oh! sí, eres todavía muy joven! te volverás á casar;* y me lo dijo con una melancolía y un dolor infinitos”.

Estamos á los términos del mes de Marzo; el enfermo tenía sus alternativas de gravedad y de mejoría, como acontece en esta enfermedad. Alejandrina no abrigaba otro deseo que el de que no muriese Alberto antes de abrazar á sus padres y hermanos; y así aconteció. En ese mismo día escribió Alejandrina una extensa carta al mejor de sus amigos, Mr. de Montalembert, y de ella sacamos estas enérgicas frases:—*Sería más dichosa, viuda y católica, que siendo siempre la esposa de Alberto, pero siempre protestante.* Y en otro paraje de la carta dice:—“Me hace sufrir vuestro celo *cruel*; ¿por qué decís que, si por dicha de Alberto y desdicha mía, sanase de su mal, yo retrocedería en mi determinación? ¡Oh! querido amigo, me impaciento por ser de los vuestros; y no debéis creerme capaz de debilidad, de tibieza, de indiferencia. A menos que Dios me acabe, comulgaré con Alberto juntamente; esta es mi resolución inquebrantable”.

Alberto había mejorado notablemente, y la es-

peranza alentada en el corazón de Alejandrina. Una tarde—fué el 25 de Mayo—iba Alejandrina con Eugenia al mes de María en San Esteban del Monte; antes de salir se despidieron de Alberto, quien se asomó tras el vidrio de su ventana para verlas hasta que desaparecieron. Alberto, solo en su cuarto, escribió en su libro de memorias lo siguiente:—“Señor, en otro tiempo os decía noche y día: Haced que *ella* sea mía; concededme esta felicidad, aunque no dure sino un día. Me habéis oído, Dios mío . . . ; De qué tengo que quejarme? Indecible ha sido mi felicidad, puesto que corta; y ahora, lo que falta á mi demanda va á cumplirse (1); vuestra divina voluntad conciente que *mi ángel* éntre al seno de la Iglesia, dándome así la seguridad de volverla á ver dentro de poco, allá donde nos perderemos en vuestro inmenso amor” (2).

Poesía y sentimiento y sacrificio de este linaje, téngolos como peregrinos en los actuales días que corren. Aquellas fueron las últimas palabras escritas por Alberto, ya casi moribundo. Testamento sublime de tierna resignación, de sacrificio y de amor heroico que una alma cristiana haya jamás inspirado al corazón de un esposo.

(1) Ofreció su vida para que Alejandrina conociese la verdad.

(2) *Seigneur, autrefois je vous disais nuit et jour: Permettez qu' elle soit miennne, accordez-moi ce bonheur, sa durée ne dût-elle être que d' un jour. Vous m' avez ecouté, mon Dieu! Qu' ai-je à me plaindre? Mon bonheur fut indicible, s' il fut court; et maintenant que le reste de ma demande va s' accomplir, votre volonté divine permet que mon ange rentre dans le sein de l' Eglise, me donnant ainsi l' assurance de la revoir dans peu où nous nous perdrons dans votre immense amour.*

Veamos cómo refiere Alejandrina la ceremonia de su abjuración, efectuada el 29 de Mayo, día de la Santísima Trinidad; lo copiamos de su diario.

—“Muy por la mañana salí á misa; de regreso me puse un vestido blanco y una ancha cinta azul cruzada sobre el pecho: ¡los colores de la Virgen Madre que han sido siempre mis colores favoritos!

“El padre Martín de Noirlieu dijo la misa, en un altar preparado en el cuarto de Alberto; después, llamándome aquél á sí, me hizo arrodillar en su presencia. Mandóme entonces que hiciera la señal de la cruz, y, así que la hice, me hizo leer en alta voz mi abjuración.

“Terminada la ceremonia, me arrojé á los brazos de mi Alberto; luego abracé á los parientes y amigos que allí se hallaban, entre los cuales estuvo Montalembert. El padre Martín, acercándose, me dijo: “Ahora tenéis amigos en todo el mundo”. Y me sentí como trasportada á nueva vida, feliz, sí, muy feliz!”

Alejandrina, ya católica, sentía gozo indecible, y su corazón se desbordaba en afectos de celestial ternura, departiendo íntimamente con las hermanas de Alberto. En aquel fausto día de su conversión consignó en su *diario* estas frases encantadoras:— “Dios mío, haz que, aun por Tí, no olvide á mi madre y á mis hermanos, ni que desatienda los cuidados que debo á mi Alberto. Jesús mío! haz que yo acompañe á mi pobre amigo, á quien Tú mismo me diste por esposo: que yo le acompañe siempre y don-

de quiera, ya en las sombras de la muerte, ya en la plenitud de su vida; en el sueño de la tumba, como junto á su lecho de dolor; que me encuentre siempre allí, mirándome en sus ojos, como sér harto conocido y amado, cual voz que le consuele y le levante, compañera que comparta de sus alegrías y dolores. Que yo no desée otra cosa, Jesús mío!"

Alberto iba de mal en peor; Alejandrina, desesperada, resolvió exigir al doctor Hahnemann, médico que asistía á Alberto, le dijese la verdad, tocante al estado del paciente. (1) La respuesta fué terrible y anonadó á la pobre Alejandrina. No había, pues, la menor esperanza, y el enfermo podía espirar de un momento á ótro. El doctor agregó, que había peligro en que ella durmiese en el mismo cuarto que el enfermo, lo cual hizo sonreír á Alejandrina que, sólo con la probabilidad del contagio, sintióse dichosa.

Por este tiempo tenía ella una idea fija que la inquietaba, que la afligía sobremanera; creía que nunca había amado á Alberto con la intensidad, con la ternura, y abnegación que él merecía. Y experimentaba algo como alivio en imponerse pruebas, en cierta manera *tangibles*, para convencerse de su amor. Así, su indiferencia y hasta su contentó, con el anuncio de su propio peligro, comprueban lo dicho. Sorprenderá acaso que haya abrigado semejantes dudas; pero, esas penalidades sin razón alguna, que

(1) El Doctor Hahnemann, célebre inventor de la homeopatía, murió en París, á la edad de más de ochenta años, en 1843. Este famoso médico, que tan vivo interés tuvo por la salud de Alberto, dijo un día á Alejandrina tendiéndole la mano:—"De sesenta años acá que yo curo, no he visto una sola mujer que ame tánto á su esposo como vos".

abulta la imaginación al dolor ya padecido, podrán ser comprendidas sólo por los que real y verdaderamente hayan amado y sufrido: el amor verdadero no conoce medida por los sufrimientos que cuesta. (1)

Estamos en los momentos más solemnes de la vida de los esposos. Alejandrina va á hacer su primera comunión, Alberto va á recibir el viático. Misteriosa amalgama de dulzura, de solemnidad, de tristeza y de lágrimas.

Es media noche: en la alcoba del moribundo, donde se celebrarán los santos misterios, se ha levantado un altar adornado con luces y con flores. El padre Gerbert ha confesado á Alejandrina; el célebre Monseñor Dupanloup es el confesor de Alberto.

Como leyese Alejandrina en un capítulo de la *Imitación* estas palabras: *El amor es más fuerte que la muerte*, sintió elevarse su alma, y en un raptó de entusiasmo exclamó:—“¡El amor es más fuerte que la muerte! Dios mío, gracias, gracias! Cuán grande merced la que me hacéis! Y después de esto, ¿cómo no podría yo tener fe? Me asiste la convicción de que bajaría contenta con él á los temerosos antros de la muerte. . . . Dios mío, nunca separada de él, jamás Dios mío! Él necesita de mí, y yo, sólo con él, no echaría menos nada de lo que yo dejase en la tierra. Dulce amigo mío, tan padecido, y que tanto me has amado, no temas que te abandone. Dios me concederá la gracia de que esté junto á tí durante tu agonía. Sí, no temas, y que tus hermosos ojos me miren así dulcemente, y que no

(1) *Verus amor nullum novit habere modum.*—Propercio.

sea despedida eterna la que me des. Yo te sostendré entre mis brazos, aunque mis huesos se rompan de dolor al verte morir Y después, Dios mío, como Vos queráis, cuanto vos queráis, cuando lo queráis Si vivo, seré feliz; si muero, con tal que yo esté con él, lo seré también. Jesús mío! la fe, la vida, la verdadera fe ansía mi alma Nada quiero, y todo lo quiero. Amen”.

A la caída de la tarde vino el médico; interrogado si podría morir Alberto en aquella noche, contestó afirmativamente. Alejandrina se vistió con un traje de muselina blanca, y caía velando su frente el mismo velo de su desposorio! Alberto se hallaba acostado en su lecho, y Alejandrina, arrodillada en el suelo y cerca de él, cogió la mano del moribundo; así principió la misa. Entonces Alberto, retirando suavemente su mano de la de su esposa, le dijo:— “Aparta, aparta, ahora sé toda de Dios”.

El sacerdote, después del sacrificio, dividió la sagrada hostia en dos partes: una dió á Alberto espirante, ótra á Alejandrina católica que hacía su primera comunión.

En este día—cinco de Junio—escribió Alejandrina en su diario lo que sigue:—“¡Comulgar con Alberto por la primera y por la última vez!—él por la última, yo por la primera!—Y, con todo, unión completa, y rota sin embargo! . . . Dios mío, no importa cómo nos lo concedes; menester es agradecerle por habernos dado lo que ambos deseábamos”.

Alberto se puso triste y taciturno; luégo se no-

tició á Alejandrina que se hallaba así viendo que ella se ocupaba menos de él, lo cual hizo llorar á Alejandrina. El esposo la llamó dulcemente á sí, la acarició y le pidió perdón, diciéndole:—“He sido malo; pero . . . es que estaba celoso de Dios”. Alejandrina se retiró al cuarto inmediato, y en un largo gemido exclamó así:—“¡Oh! Dios mío, Dios mío! pienso que amaré hasta exhalar mi vida en un profundo suspiro, suspirando tan hondamente, cuanto es hondo mi sufrimiento” (1). Y luégo agregó con indecible amargura:—“¡Miserable de mí! No deseaba ya felicidad: sólo quería verme ajena á los remordimientos, y no ser causa de la aflicción de nadie; y hé aquí que mi esposo me hace experimentar estos dos horribles males, contra los que ningún valor me asiste. Le he afligido, y siento por ello crueles remordimientos. ¡Ah! razón tiene; no soy su guarda fiel. Mi pesar le ha lastimado, y me ha pedido perdón. . . . ¡pobre amigo mío! pues me dijo:—*Estuve celoso de Dios . . .* ¡Oh! Dios mío! qué cruel expiación la mía! Alberto, desde el Cielo, me ve morir de pesar por él. ¡Oh! que no tenga mi Alberto, ni aquí, ni allá, una sombra siquiera de celos, ni aun de Ti, Dios mío! . . . La cabeza se me rompe; me siento mal. . . . Luz, descanso, Dios mío!”

Al solaz y distracción que Alejandrina encontraba en escribir, en medio de sus inquietudes y dolores, debemos estos dulces, encantadores al par que tristes

(1) *Oh! mon Dieu, mon Dieu! je viens de penser que j'aimerais à exhaler ma vie dans un profond soupir, à soupirer comme je souffre.*

recuerdos. Aquel día—el cinco de Junio,—se desprendió de un precioso collar de perlas, que lo vendió para distribuir entre los pobres su valor. Éste fué el primer hecho de desprendimiento, al que se siguieron ótros y ótros, hasta haber quedado desprovista de cuanto poseía.

Al vender su valioso collar, escribió en su diario estos poéticos, dulcísimos pensamientos:

“¡Perlas! símbolo de lágrimas!

Perlas! lágrimas del mar;

Recogidas con lágrimas en el fondo de sus abismos;

Llevadas á las veces con lágrimas en medio de las fiestas del mundo;

Dejadas hoy con lágrimas en el más grande de los dolores terrenales:

Id, en fin, id á secar lágrimas, convirtiéndoos en pan”:

Contra toda previsión—y es fenómeno que se produce en esta enfermedad—Alberto mejoró notablemente, y aun se pensó en trasportarle á Boury, á donde deseaba ir. Pero tal aparente mejoría no duró más de ocho días; luégo sobrevino la fiebre, las fuerzas del paciente iban á menos y el delirio era más frecuente. En uno de estos angustiosos días—el 16 de Junio—escribió Alejandrina en su diario este doloroso pensamiento de su dicha ya pasada:—“¡Alberto mío, amigo querido! ¡Ah! que no pueda aún decirte: ¡Te acuerdas de nuestros bellos, perfumados días? Días bellos, perfumados, pero tan cor-

tos! . . . ¿Te acuerdas cuando me adornaba, para parecerte hermosa, y de esas horas, cuyo recuerdo me embelesa todavía, en que pasábamos solos en la intimidad más grata? . . . Y ahora, allí te veo, abrumado de dolores, casi moribundo en ese lecho! . . . Después, llena de estos pensamientos, se acercó á Alberto y le dijo:—“¡Oh! te acuerdas? . . . pero éste, como adivinando lo que iba á decirle, interrumpióle, y, con voz triste y desfallecida, murmuró:—“¡Tiempo que fué!”

Al día siguiente, como se encontrase Alejandrina junto al lecho de Alberto, ve que el moribundo se incorpora de improviso, y rodeándole con sus brazos el cuello, exclama:—“¡Yo me muero! y hubiéramos sido tan felices!” Alejandrina quedó como pasmada, sintiendo que se le destrozaba el corazón. De seguida agregó Alberto:—“Que Dios te bendiga!” Y después de un corto intervalo de tiempo dijo:—“¡Adiós!” Alejandrina quedó sobrecogida, y miraba á Alberto con ojos desvariados como de loca. Entonces, como para tranquilizar el acongojado espíritu de la esposa murmuró:—“Buenas noches”.

Durante el delirio, que á intervalos se apoderaba de Alberto, se le oía hablar de los preparativos para salir al campo, y á cada instante repetía estas palabras:—“¡Ella viene conmigo! ella viene conmigo!”

Monseñor Dupanloup le administró la Extramaunción. Durante la ceremonia Alejandrina sostuvo á Alberto, cruzándole el brazo derecho por las espaldas. Y pensaba Alejandrina con dolor que es-

te sacramento se le administraba acaso para purificarle de su ardiente amor hacia ella. Concluída la ceremonia, Monseñor Dupanloup abrazó efusivamente al moribundo, y éste á los demás circunstantes. Cuando abrazó á Alejandrina, se le inundaron los ojos en lágrimas; luégo hizo seña á la Hermana de la Caridad que le asistía para que se acercase; pues no quiso olvidarla en este general y tristísimo adiós. Cuadro doloroso y conmovedor, pero á la vez dulce y tranquilo. El enfermo durmió sosegadamente algún tiempo; Alejandrina, sentada á su lado, tenía entre las suyas una de sus manos.

El padre Martín le dió la absolución. Alejandrina, que permanecía arrodillada junto al lecho de Alberto, le dijo:—“¡Oh! bésame!” Con esfuerzo levantó su cabeza debilitada, acercó á ella sus labios y la besó; luégo le pidió Alejandrina que le dejase besarle los ojos; los cerró en señal de consentimiento, y ella los besó con toda su alma. “Pocos minutos después, dice Alejandrina, ansiando yo derramar nuestras almas úna en ótra, y queriendo aprovechar de los últimos instantes que aún me quedaban, le dije:—“¡Oh! Alberto, Montal (1) me ha traído tus cartas, y me embelesan tánto!” Alberto me detuvo:—“Basta, basta, no me agites”, me dijo. Entonces con el ímpetu del amor desesperado exclamé:—“¡Alberto, Alberto, yo te adoro!”. . . . Grito fué éste salido de mi corazón destrozado por no poder hablarle”.

Primera ocasión que Alejandrina veía tan de cerca la muerte, y primera también que experimen-

(1) Así llamaban Alberto y Alejandrina á Montalembert.

taba por esta causa un dolor extraño y agudo, jamás sentido antes por ella. Y á la verdad, no podía darse espectáculo más desgarrador y cruel. Alejandrina, de temor de inquietar á Alberto en los últimos instantes de su vida, se calló, pero sus labios se sellaron con la última palabra de amor pronunciada en un rpto de pasión sublime y que fué escuchada por el moribundo, acaso con interior satisfacción, pues Alberto decía en ocasiones á Alejandrina, que harto deseaba, cuando se hallase ya moribundo, oír de sus labios aquella tierna y apasionada frase: *Yo te adoro.*

Aquí nuestra palabra enmudece: atrevimiento sería intentar siquiera describir lo que pasó en la última noche de la vida de Alberto; que hable la desolada Alejandrina.

—“Quise pasar en vela toda la noche; pero estaba ida la cabeza, y no sé si fué dolor ó sueño lo que sentía; lo cierto es que yo procedía como loca. Cogida de espanto, tuve la conciencia de que realmente estaba loca, y Eugenia me obligó con grandes instancias á entrar en cama. A ella, sobre todos, encarecí que me despertase á tiempo. Una ó dos veces, en los cortos intervalos de mi inquieto sueño, desperté sobresaltada, juzgando que ya *fuese tiempo* y que me llamaba Eugenia.

“Hacia las tres de la mañana—en aquella noche del 28 al 29 de Junio—miré á Eugenia delante de mi cama. Quedé sobrecogida de pena. Ella me tranquilizó, refiriéndome que Alberto le había dicho:—

“¿Dónde está Alejandrina?”—“¿Quieres que venga?” repuso Eugenia.—“¡Oh! sí, bien que lo quiero!” dijo el enfermo. Inmediatamente le sobrevino el delirio. Dejé el lecho, pasé dos veces por delante de Alberto, me dirigí al cuarto contiguo, y no me di cuenta de ello ni supe lo que hacía.

“Eugenia, hermana de Alberto, se le acercó llevando un crucifijo que se lo había dado Monseñor Dupanloup. Ella se me apareció entonces como el ángel bueno de la muerte: aquel crucifijo fué como la señal de los últimos instantes de vida. Alberto lo tomó con efusión y lo besó exclamando:—“Gracias, Dios mío, gracias”; y luego quedó tranquilo.

“Se le cambió de lugar, de modo que su rostro daba frente al sol que nacía. Se durmió; su cabeza querida, medio inclinada, descansaba sobre mi brazo izquierdo. Yo me mantenía de pié, y temí caer; la Hermana de la Caridad instaba por ocupar mi puesto; Eugenia lo impidió diciéndole que me encontraba bien. Al despertarse, nos habló con voz clara y natural.

“A las seis de la mañana—se encontraba entonces sentado en un sillón junto á la ventana que estaba abierta—ví, conocí que el momento había llegado: Entonces sentí dentro de mí tal fuerza, que nada me habría arrancado de mi lugar en que me mantuve de rodillas á su lado. Mi hermana Eugenia permanecía junto á mí.

“Al otro lado estaba su padre, también arrodillado; la pobre madre de mi Alberto se mantenía de

pié é inclinada sobre su cabeza, y á su lado el padre Martín.

“¡Oh! Dios mío! en tan tremendos instantes no se escucharon otras palabras que las de su padre, palabras de bendición y de esperanza, sublime acompañamiento á la agonía de un hijo:—“Tú, que jamás nos has afligido, el mejor de los hijos, bendito seas! ¿Me escuchas aún? Miras á tu Alejandrina?—y sus ojos ya inmóviles se volvieron hacia mí—¿la bendices también?”

“La Hermana de la Caridad rezaba las letanías de los agonizantes.

“¡Y yo, su esposa! sentí lo que nunca habría imaginado; sentí que la muerte era la felicidad! y me decía interiormente: *Ahora, Jesús mío, el Paraíso para él!*

“El padre Martín comenzó las palabras de la absolución final y el alma de Alberto voló al Cielo antes que las hubiese concluído!”

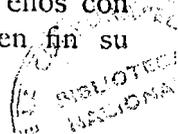
Aquí debería rematar la historia de Alejandrina; pero su vida, durante los doce años de viudez que sobrellevó, ofrece argumento sobrado para otra *leyenda*, acaso tan interesante como la presente. Así, si el tiempo y el estado de nuestro ánimo lo consienten, pondremos mano muy luégo á este trabajo. *Amor inmortal* será el nombre de la relación que pensamos escribir.

Ahora, entremos en algunas consideraciones en orden á la historia que hemos referido.

Ya lo hemos dicho: Alberto ofreció su vida en holocausto, con tal que Alejandrina llegase á conocer la verdad; Alejandrina, para conocer la verdad, ofreció igualmente su felicidad en este mundo: entrambos fueron oídos, y Dios se dignaba aceptar el precio que úno y ótra habían puesto á la gracia demandada. Pero á la vez,—¡oh compensación prodigiosa!—daba Dios, á Alberto, la verdadera, la perdurable vida, á Alejandrina, la mayor felicidad.

Bien pudo decir Alberto cuando veía que, á impulso de la enfermedad que le acababa, pocos días de vida le quedaban. “Me siento mal. En la ruina de toda mi esperanza, entreveo grandes goces y fruiciones para mi alma; daría por la felicidad de ella aun más que la vida, si me fuese posible”.

Ella permaneció siempre viuda, vertiendo sobre la sagrada tumba del amado esposo ardientes solitarias lágrimas, exhalando sus fervientes plegarias, ofrendándole su amor, que la muerte jamás pudo vencer. *Fortis ut mors dilectio*; frase fué ésta que la repetía á cada instante. Y consideraba también que todos los amores terrenales son á modo de rayos desviados del amor que se debe á Dios. Lloraba, pero hallando consuelos en sus lágrimas; veía la vida del otro lado, del lado de la esperanza, de lo radioso, de lo perdurable. Esperaba, pero presintiendo que no esperaría largo tiempo. Se consagró al servicio de las pobres, derramando sobre ellos con larga mano sus joyas, fortuna, vestidos, en fin su



tiempo; sí, su tiempo que hasta entonces lo había empleado en la oración y en la triste pero dulce meditación de sus recuerdos. Esposa de Jesús crucificado, curaba y besaba las llagas de los enfermos.

Acostumbraba Alejandrina visitar á menudo, en unión de Paulina, el cementerio que guardaba las cenizas de Alberto. Era una hermosa tarde de primavera, y el moribundo sol trasponía el monte vecino. Alejandrina y Paulina, sobre la losa del sepulcro de Alberto, habían orado fervorosamente y regresaban á su castillo, absorbidas en dulce y tierna conversación. De improvísio le dice Paulina:—“¡Ah! cuánto me place mirar al sol que se muere!”—“A mí nó, repuso Alejandrina; después de mis grandes desdichas, la puesta del sol me entristece; su ausencia trae la noche, y yo no gusto de la noche; me place la mañana, la primavera, porque ellas me representan la realidad de la vida eterna”. Luégo agregó Alejandrina:—“Oye, hermana mía, piensa que todo cuánto nos deleita profundamente aquí en la tierra, nó es sino una sombra; la verdad de todo esto está en el Cielo. Por ventura, ¿no es cierto que amar y siempre amar es lo que hay de más dulce en este mundo? Paulina le dijo entonces:—“¿Y si Dios quisiese devolverte á tu Alberto con todas las embriagueces de tu amor?”... Y ella interrumpiéndole respondió:—“Cuando yo sea inmortal se me devolverá á mi esposo inmortal. Escucha, hermana mía: Cuando me hube despojado de cuanto en este mundo poseía, principiaron mi felicidad, y mis deleites y mi amor”.

¡Pobre y miserable lenguaje humano! no eres

poderoso á interpretar el sentimiento: sólo el alma alcanza á traducirlo!

Quien lea este poema del verdadero, del casto amor, de ése que todo lo domina y de todo se señora, conocerá algo de los misterios y profundidades del alma cristiana; escuchará los acordes de las grandes y sublimes poesías del corazón, cuando abrasado en divinos incendios, tendrá el tipo viviente é inmortal del prodigioso poder de la pasión regida por la mano de Dios, y las almas hechas para esas magníficas manifestaciones del sufrimiento, del deseo, del sacrificio, en fin, de la alegría suprema, liarto compadecerán las mentiras y trivialidades de la imaginación literaria de estos tiempos, entendida tan sólo en la manera de rebajar engriendo á la flaca humana naturaleza. El sensualismo torpe y el desnudo realismo van matando la verdadera poesía.

Digimos al principio, que Dios fué el autor de este poema y que hizo en él importante papel; pues el principal artista que aparece en escena, no es más que el enviado que lleva un mensaje de Dios. Aquí, el divino artista, ha pintado á maravilla las bellezas y excelencias todas del corazón del hombre. Autor de aquellos seres tan puros como únicos, reunió los augustos y encantadores tipos de padre, y madre, y hermanos y amigos. Hay en el poema bellísimas y animadas descripciones de los parajes más hermosos del mundo, donde moran sólo dichosos corazones. Allí la vida de afección se desenvuelve con maravillosa abundancia, y fluye en toda su plenitud

la vida intelectual; las aspiraciones, las dudas é ilusiones que ocupan y llenan la vida, hablan lenguaje verdadero.

Alberto, ya tan grande, ya tan hombre á los veinticuatro años; consumido de felicidad, preparado para el sacrificio, en sazón para la muerte, si así vale decirlo, es Werther, pero Werther católico que aspira, que prueba á ser santo. ¡Cuán mezquina y pequeña, falsa y vana, es la creación de Goethe en presencia de este carácter lleno á la vez de juventud y serenidad! Bien pudo decir Alberto: “muero joven, y morir así fué siempre mi mejor deseo. Muero joven, y sin embargo, he vivido tanto, tanto!... ¡Ah! yo no quiero inquietar su sueño, ni su corazón. Unas pocas lágrimas y unos de esos constantes recuerdos que duran toda la vida sin destruirla. (1) La leyenda de Goethe se desenlaza triste y miserablemente por el suicidio. Werther sale de entre las revueltas olas de su tormentosa y agitada vida, para precipitarse en la nada medrosa y estéril. Alberto, por el ímpetu y transporte del amor, entra en la luz, y, dejando tras sí la luz, y sin desaparecer del todo, se abisma magestuosamente en la insondable eternidad.

Habrá quien dude de la existencia real de estos dos amantes; y los que así juzguen, andarán del todo errados. Tuvieron alma, y corazón é inteligencia nada comunes; aspiraron á un inmenso pero verdadero ideal, y lo alcanzaron. Su pasión, persistente

(1) Este pensamiento nos recuerda la lindísima romanza que tan bien cantaba Alberto, cuyo comienzo es así:

*Ton souvenir est toujours là,
Oh! toi qui ne peux plus m' entendre!*

y activa, siempre estuvo sujeta con el freno divino, y nunca se pensó en romperlo. Murieron jóvenes, pero lucharon y vencieron toda la vida. A la verdad, llenado su deseo, ya nada tenían que hacer en el mundo. Alberto, anciano, no podría ser comprendido; acabó, remató su obra, terminó su gran conquista el día en que Alejandrina fué católica. Y la placida luz que ve finalmente Alejandrina, luz que la conduce á Dios, es el cirio amarillo que retiene Alberto agonizante entre sus trémulas manos. Los poetas verdaderos, esto es, los poetas del espíritu, que no los de la materia, sienten esto, y aun más, instintivamente, y lo sienten, porque conocen las arrebatadoras y misteriosas armonías del alma.

El precio del profundo, del verdadero amor es la vida del amante; y esto aun del amor extraviado que se fija en las criaturas. El sér que ha prabado, que ha inspirado el verdadero, el casto y encendido amor, no tiene ya para qué prolongar su vida: ello sería descaecer y rebajar, pues harto demasiado es la recompensa del amor. He aquí por qué cuando los poetas crean un sér al cual han dado el privilegio de amar y de ser amado intensamente, no le dejan la vida largo tiempo: qué más tendría que dar, ni mucho menos que recibir? todo lo ha dado, todo lo ha recibido: ¡qué sea, pues, sepultado en esa radiosa claridad y en esa fragancia del amor intenso y grande!.....

Pero Alejandrina sigue viviendo, y vive para que se cumpla y realice en ella la perfección del amor, la cual es dar la vida, como llevamos dicho. Alber-

to hizo el sacrificio de ésta desde el primer instante en que conoció á Alejandrina; ella ofreció toda su felicidad en este mundo, que vale aún más que la existencia misma. Goethe, en su bella y tristísima novela de Werther, hace desaparecer á Carlota, que no es más que un ídolo profano y atractivo; el mismo poeta hace también morir á Mignón, que sólo es un delicado ensueño de poeta. Bernardino de Saint Pierre ahoga en las mismas olas embravecidas á Pablo y á Virginia juntamente, y del propio modo procede Chateaubriand en su incomparable Atala. Pero el poeta divino—si me es permitido emplear este término—, no se halla embarazado con el personaje que ha creado; prolonga unos pocos años la vida de Alejandrina, le impone la gran labor de alcanzar su santidad, mostrándole el precio de la verdad que deseó sin conocerla. Sí, porque la verdad suple á todo: ella levanta, y purifica y completa el amor, y la felicidad que da es muy mejor que aquélla á cuyo trueque se alcanzó.

¡Cuán bello y encantador espectáculo el que nos ofrece esta leyenda! Historia celestial, historia sin artificios! bella y divina en el esplendor de lo sencillo, de lo verdadero

Cosas se dicen aquellos dos amantes de elocuencia y dulzura incomparables. Alberto dice:—“que su amor llena su alma con tal abundancia de vida, que le ahoga, que le mata”. Como receloso de vivir dice también:—“¡Y qué sería para mí el ruido del mundo cuando los sumos goces de la vida interior me han sido revelados!” Y después, hablando de Alejandrina, agrega:—“¿No es preferible á todo

en el mundo el plácido crepúsculo de mi lámpara irradiando sobre su rostro divino?”.....

¡Oh! poetas, intérpretes de la verdad y el sentimiento! leed y meditaad los pensamientos, los cantos de Alejandrina, que se deslizan á manera de suave oleada escapada de un océano de sentimiento y que, acariciando el alma, la consuelan y levantan. Comparadlos con los de Mignón, que huérfana y moribunda en las frías brumas del Norte, exhala en ardientes, apasionados suspiros su amor por la bella Italia, á donde no regresará y en donde fué amada y dichosa. Cotejadlos también, si lo queréis, con los de Carlota y Virginia y otros personajes de novela, y luégo al punto comprenderéis la inmensa distancia que media entre una alma cristiana y el *animal encantador* que apellidan mujer.

Pocas horas después de la muerte de Alberto, y apoyando el papel sobre su féretro, escribía Alejandrina al padre Gerbert estos tiernos sublimes pensamientos:—“Hace algunas horas que Alberto me dejó. ¡Oh! Dios mío! cuán dulce fué su muerte! espiró apoyado sobre mi pecho, y morir así fué su mayor desco..... La fe, tal como la ambiciono, no es todavía en mí otra cosa que una gran esperanza..... Inmensa es mi amargura; pero no así mi dolor; porque la esperanza se mantiene en el fondo de mi alma, y es mayor que mi infortunio..... ¿No sería yo ingrata si dudase aún del inmenso amor de Dios, cuando en medio de estos sufrimientos terrenales—cuya necesidad no comprendo todavía—me ha concedido

lo que más ardientemente deseaba? Y no es la vida de Alberto lo que yo con más vehemencia he deseado, sino el estar unida con él por toda la eternidad: fué amar á Dios como él le amaba sobre todo, y ser amada del propio modo y hasta donde se pueda en esta miserable tierra y, en fin, que su muerte fuese tranquila, que su última mirada se dirigiese á mí, y que su alma volase presto al Cielo Y Tú me oísteis, Dios mío! Dulce me hubiera sido pasar con él toda mi vida; mas, por poco que se ame y que se crea en el Cielo, ¿cabrá tristeza alguna al ver que la persona amada llega á la perdurable felicidad antes que nosotros?"

Y después escribió Alejandrina en su *diario* lo que copiamos:—“¡Alberto! Alberto! amigo querido! ya no estás conmigo Esposo, hermano, amigo, confidente, ¡ah! debo vivir sin tí! Sólo ahora comprendo cuánto te he querido. Sólo tú existías para mí en el mundo! Indigna de tí he sido, pero te he amado tanto! Qué corazón el tuyo! qué alma tan encantadora, qué lealtad, qué ternura! Te dormiste entre mis brazos, y despertaste en el paraíso. Cuando tu mano cesó de sentir que la retenía entre las mías, y tus ojos, aunque mirándome, ya no me veían, si aún te quedaba algún conocimiento, debías haber experimentado una vaga dulzura al sentirme junto á tí, al sentirte sostenido por mí. ¡Cuán grata y eterna unión, Dios mío! gracias, por haberme hecho gustar felicidad tan deliciosa, por haber así llenado mi vida!

“Jesús mío! te he dado mi felicidad: dame tu fe”

Alejandrina no dejó de proseguir escribiendo en su *diario*, aun en los días de gran desolación y de amargura que se siguieron al de la muerte de Alberto. Aquellos cristianos y delicadísimos sentimientos se verán en otra leyenda que, como llevamos ofrecido, nos ocupará en breve. Para concluir, sólo nos resta agregar unas pocas líneas, que resumen todo el amor, y la ternura y los dolores de que se compone esta historia, bien así como la esperanza inmortal que le sirve de corona.—Ocho días después de la muerte de Alberto, escribió Alejandrina las líneas siguientes:—“¡Dios mío! no separes lo que tú mismo has unido. Acuérdate de que siempre nos hemos acordado de Tí! Recuerda que siempre y juntos te hemos dirigido nuestras oraciones! Acuérdate, en fin, de que siempre hemos querido que nuestro amor fuese eterno!”.

“Pero yo volveré á ver á mi Alberto”, solía decir Alejandrina con gran seguridad. La madre de Tobías lloraba, y lloraba amargamente, *y no quería ser consolada* por la partida de su hijo, aunque ésta hubiese sido ordenada por Dios. No así Alejandrina, cuya viva fe la llevaba como transportada, y decía también:—“Espero, y espero absolutamente, porque la difícil, dolorosa felicidad que Dios me ha acordado, la ha convertido en una virtud”. Sí, porque *no puede ser sino divina la Religión que ha hecho de la esperanza una virtud.*

LA POLITICA ACTUAL

en sus relaciones con la literatura.

I

Verdad que no siempre las definiciones del Diccionario de la lengua, andan conformes con el sentido y aplicación que el uso y costumbre suelen dar á muchas palabras. De esta consideración se nos viene el que, á los que se ha dado en la flor de llamar hombres políticos, ni por asomos les cuadre la denominación, si paramos mientes en las cualidades y circunstancias que han de dar ejecutoria en esta tan usada cuanto poca entendida ciencia. Veamos cómo la han considerado algunos sabios.

Según Aristóteles, el fundamento de la política, ó ciencia social, debe ser la honradez y la justicia. Platón asienta, que la verdadera ciencia política consiste en hacer moderados y sabios, virtuosos y felices á los hombres. Para este gran filósofo, la política está llamada á establecer el reinado de la justicia en el Estado. Mas,—¡triste condición la humana!—semejantes principios, antes que observarse en la práctica, son tenidos por contrarias máximas en la generalidad de los que gobiernan, para quienes,

al decir de un sabio jurisconsulto moderno, el arte de gobernar bien es arte de engañar, de corromper y de hacerse temer.

Maquiavelo quiere que la política estribe en la intriga y el engaño, y Hobbes en la fuerza. Pero Fenelón, Montesquieu y otros grandes ingenios les han salido al encuentro, asentando principios que del todo armonizan con la religión, con la justicia y la moral. De lo expuesto podemos concluir afirmando, que la buena, la verdadera política debe fundarse en la moral, en la franqueza y la probidad.

Dejamos apuntado, si bien sintéticamente, el fin de esta apellidada ciencia; y la historia no cuenta por docenas, que digamos, los hombres á quienes pudiéramos llamar grandes y profundos políticos. Alejandro y César, Luis XI, Enrique IV y Pedro el Grande, Federico II, Napoleón, Sully y Washington se cuentan entre los famosos políticos de todos tiempos.

Pero entre nosotros, y en los días que corren, es harto diferente, y nada tan fácil como alcanzar el dictado de político. No, sino oíd lo que dice un escritor nuestro:—“Una sola ciencia es la que en nuestros días puede tratar cualquier *quidam*, como familiarmente decimos, sin haberla cursado en las aulas, ni profundizado en la práctica, ni haberse acreditado en ella con hechos positivos de consumado maestro. Esta ciencia es la ciencia política ó de la gobernación de los Estados; ciencia en la cual, sin duda por ser tan sencilla, todos somos profesores, desde Platón y Aristóteles hasta el último gacetillero; ciencia que tiene tantas cátedras cuantos son los periódicos y pa-

peluchos que rebosan de las prensas, las esquinas en que se puede cómodamente charlar al sol, y las mesas de los cafés medianamente concurridos”.

Allí donde sin tregua ni respiro luchan las pasiones políticas, turbulentas, encarnizadas y rencorosas, los elementos del progreso social habrán de desaparecer; se amortiguan los principios de la sana moral, y por ende las buenas costumbres se relajan y caen en olvido; se nota con dolor la ausencia de sentimientos nobles y levantados, el apocamiento de los caracteres viriles y la postración de las fuerzas vitales del Estado. La instrucción pública, fuente de verdadero progreso, la educación y el fomento á las bellas artes é industrias, no serán cosas que ocupen al Poder en aquellas condiciones, absorbido de todo en todo en combatir y aniquilar esos contrarios elementos. ¡Antítesis dolorosa! de un pueblo creyente y morigerado, entusiasta y valeroso, al fin se llegará á formar una muchedumbre indiferente, ignorante y sin propia conciencia, que se dejará conducir á donde quiera, sea quien se fuere el que lo dirige. Con razón observa el publicista Baudrillart, que “cuando las verdades que presiden la sociedad civil han sido una vez pervertidas por el abuso de la fuerza, ¿quién puede decir los rodeos por donde ha de volver al orden, ni las escalas que bajo sus plantas han de romperse para que suba otra vez laboriosamente hacia un estado mejor y más justo?”

La sociedad que se aparta de la norma y prudente regla que la encamina al progreso y felicidad, ya extraviando las ideas que se refieren así al orden moral como al político, permanecerá fuera de quicio

y en desconcierto, y no será extraño que el desorden la invada totalmente. ¿Queréis prosperidad, y grandeza y virilidad para nuestro Estado? queréis la autoridad, y fuerza y poderío que le hagan respetable? Pues, si así lo queréis, trabajad con tesón por establecer el orden y la unidad, é infundid espíritu de rectitud, de justicia y cordura en los gobernantes, y luego veréis que el movimiento social es uniforme y armónico.

¡ Cuán grande y por todo extremo hermoso espectáculo nó será ver la fuerza constituida en servidora fiel de la justicia y del derecho, la libertad como centinela del orden que aborrece la licencia y el escándalo, y la justicia como augusta y grave defensora de los altos derechos de la sociedad! La libertad, dijimos, pero se asustan y ponen el grito en el cielo al considerar de lo que haría un pueblo todavía neófito, como el nuestro, para conquistar su libertad. Mas, no hay remedio, ni cómo evitarlo: habrá grandes crímenes, y licencia y escándalo; pero, pasado aquel perioso de vértigo, volverá á ser cuerdo y usará con parsimonia de ese precioso dón, cuyos futos son sabiduría y moderación, virilidad y justicia! Con toda verdad dice un escritor moderno: —“Si dais de improviso vista á un ciego, luego al punto le veréis deslumbrado y confundido hasta que, poco á poco, vaya acostumbrándose á distinguir los colores y los objetos”. De la propia idéntica manera pasa con los pueblos, cuando sumidos largo tiempo en servidumbre oprobiosa; pero luego, y pasado el primer ímpetu, ven que la libertad es útil y buena, y la dignifican y moran con ella.

Triste celebridad será siempre la del Poder que finca su engrandecimiento y prepotencia en la oposición y pugna con las ordenadas costumbres de los pueblos y en abierta contradicción con el sentir de los ciudadanos ilustrados. Cuando el mal ejemplo y peor dirección conducen á un pueblo á olvidar la moral; cuando se va relajando la buena disciplina que refrena, el temor respetuoso que reporta, las modestas costumbres que llevan camino de la virtud, tiene dentro de sí ese pueblo mísero la peor de las tiranías: la horrible tiranía de los vicios. Harto lastimados y tristes contemplamos el espectáculo de esta general miseria. ¡Qué desvaríos y futezas; qué rebajamiento moral! cuán dolorosa ausencia de la severa disciplina de una sociedad morigerada; cuán absoluta escasez de cívicas virtudes, de caracteres viriles y levantados!

Suele acontecer en tiempos de indecisión y pugna como los presentes, que las conciencias se depravan y dejan de ser frecuentados los caminos de la virtud, de la justicia y del verdadero patriotismo. No hay personas, ni clases, ni partidos que no se hallen inficionados de ese letal ambiente que á la postre corrompe y enerva hasta los más esforzados ánimos, llevándoles á tolerar la iniquidad y á hacer paces con la injusticia. Cierto,—y lo estamos palpando,—la paz reina en el Estado; paz temerosa y que á nadie satisface. Cuando las fuerzas morales y físicas de un pueblo han caído en postración, y uno como indiferentísimo impávido y silencioso de los ánimos se apodera, hay, á la verdad, cierto linaje de paz; pero no es ésta la que, reprimiendo y cas-

tigando, repara las injusticias, ni la que proteje los intereses legítimos, guiada por el bienhechor influjo de una política elevada y previsoras, justiciera y progresista.

Alguien nos dirá, por ventura: ¿á qué ocuparse en cosas que quizá no tienen remedio? Esto va mal, esto se pierde; resignarse y callar será lo mejor. A quien tal nos dijese le responderíamos, que tenemos para nosotros, como inconcusa verdad, que á las naciones, como á las familias, como á los individuos, no se les infiere daño alguno haciéndoles conocer los males que residen entre ellos, cuando al propio tiempo se aconsejan los medios de extirpar aquellos males y precaverse para lo porvenir. La verdad, por dura que sea, debe decirse siempre y donde quiera; y quien como nosotros escribe para el público, está en el deber ineludible de sostener sus fueros aun á riesgo de arrostrar persecuciones y daños. No la amenaza, no la fuerza podrán hacernos callar.

II

Cosa difícil, punto menos que imposible, fuera clasificar los bandos y grupos, gerarquías y clases de los llamados políticos. Tenemos entre nosotros—como los habrá en otros lugares—políticos elásticos, políticos prestigiadores, políticos de más de dos caras—y en esto le van en zaga al dios Jano—y damos y tropezamos con ellos al volver de cada esquina.

Pero éstos,—los á manera del dios Jano—son los más numerosos y por lo mismo la peor peste de la

República. Indicaremos las cualidades principales que los distinguen de los otros, para que sean fácilmente conocidos. Los veréis siempre y donde quiera ganosos de beneficiar en sólo su provecho toda situación; buscan medro en todos los partidos, bandos y facciones, y se revuelcan, y chocan y se agitan en el cenagoso fango de la intriga y la calumnia, prostituyendo honor, dignidad, conciencia. El norte y la pauta de conducta de estos políticos, estriban en el más absoluto egoísmo personal; todo lo explotan, y á todo se atreven, aunque luégo hagan mofa de sus mismas obras. Ni les exijáis proceder noble y caballeroso; ni les demandéis sacrificio alguno por la patria; ni queráis darles regla de buen proceder con altos, señalados ejemplos. Indolentes y ciegos, no vacilarán en sacrificar al amigo, y aun al hermano, si para el logro de sus siniestros fines fuese menester. Poseídos de ambición desapoderada, impávidos y como aturdidos, atropellan por todo . . . ¿No es tamaña desdicha que políticos de tan despreciable jaez se encuentren por todas partes en nuestras jóvenes repúblicas?

Siempre la fortuna ha sido deidad caprichosa y antojadiza, y gusta de jugar con los extremos. Se ufana y huefga dando pródigamente y de improviso sus mercedes á los ruines y á quienes menos las esperaban. Es,—y perdónese la comparación,—á modo de coqueta que presta sus favores y cambia de favoritos con la misma frecuencia y facilidad con que muda todos los días sus vestidos: bien se echa de ver, aun en esto, que es mujer la muy señora nuestra. Pedro, que apenas se sabe de la misa la media, y

que al correr de pocas semanas dió feliz remate á sus estudios en todo linaje de ciencias, alcanzó á ser por su VALÍA, director de oficina pública. El gobierno de los estados se halla, á las veces, confiado á la pericia, sagacidad y buen entender de quienes nunca abrieron un libro de ciencias públicas, ni frecuentaron las aulas de un colegio, y así van ótros y ótros, cuya enumeración será harto prolija y enojosa.

En un sentido general, pudiéramos llamar listos á los tales políticos, bien entendida la moderna acepción del adjetivo, puesto que el Diccionario de la Academia Española esté en ayunas al definir esta palabra. Así que, *políticos listos* vendrían á ser aquellos que mejor saben engañar y medrar, valiéndose para ello de los expedientes y recursos que les sugiriese un corazón malévoló, desnudo de todo sentimiento levantado y moral. La escuela de éstos profesa el principio de que el fin justifica los medios, por lo cual no hay acción, por criminal y violenta que sea, que no la justifiquen, cuando concurre al resultado que se proponían alcanzar, cuidando, eso sí, de revestirla de ciertas apariencias que encubran la maldad del hecho y les eximan de toda responsabilidad legal.

Si concretándonos á nuestra Patria, y echando cuentas con nosotros mismos, llamamos á juicio á nuestros hombres de época no muy remota, quedaremos confundidos y avergonzados al considerar lo que va de tiempo á tiempo. Nosotros vinimos al mundo y crecimos en medio de la agitación y del esfuerzo, del sobresalto y la lucha de nuestros mayores; y nos persuadimos hoy que para ellos no era vana quimera el amor patrio, ni rémora el temor, ni el sacrificio

imposible; ni tenían como virtudes el santo coraje que inflamaba su pecho, ni la lealtad, ni el absoluto desprendimiento. Pero los hombres de hoy, ¡cuán distintos se manifiestan! Indiferentes respecto á la cosa pública, y animados sólo del personal interés, superfluo sería que les pidieseis virtud, generosidad y grandeza en el obrar; si tal lo hicieseis, reirían irónicamente de vuestra sencillez. Para ellos las conveniencias personales serán el norte y regla de su pública conducta, y ni les irá un ardite en eso de lamer hoy la misma mano que ayer no más les vilipendiara. Sin salir de nuestra casa, preguntamos:—¿Fueron, por ventura, así nuestros mayores? Y tendréis que responder, sin vacilación ninguna, que no fueron así. Ellos regaron con su sangre el árbol majestuoso de la libertad, esperanzados en que nosotros podríamos descansar tranquilos bajo su sombra bienhechora. Pero, ¡ah! cuán infecundas han sido sus labores, cuán inútiles sus sacrificios!

Mas no, hay algo que nos consuela, que nos avigora en tan lamentable postración: es la juventud que, ávida de ciencia y llena de entusiasmo, se levanta con fortalecido corazón; ella, que en edad prematura ha sido aleccionada en la escuela del sufrimiento, sabrá restituir, con grandes esfuerzos y labor perseverante, los sentimientos de nobleza y dignidad, de valor y verdadero patriotismo. La juventud, decimos, radiosa y subidísima esperanza, que lleva en su corazón y en la mente los futuros destinos de la Patria, para la cual—lo aseguramos con acabada confianza—amanecerán días de vida y libertad, de ciencia y de verdadero progreso. Sí, porque la juventud sabrá

pelear con denuedo en la arena política, y en nombre de la razón y la moral, del derecho y la libertad, conseguiré el triunfo definitivo de la justicia y la verdad, proclamadas por la sana razón.

III

Útil y buen propósito nos ha movido en la presente labor. Queremos, y con todas veras, que no se esterilicen las peregrinas dotes de ingenio—no escasas por dicha en nuestra Patria—ni las intelectuales labores, fruto de aquél, de nuestra estudiosa juventud: queremos que la lengua patria alcance todo su pureza y gallardía, ahora que el desenvolvimiento de las ciencias y de las artes le invade con un tropel de palabras exóticas y extrañas, que nunca fueron conocidas de nuestros antepasados.

Dejemos que la política,—que harto daño nos causa, aun para corromper el lenguaje,—sea tenida por únos como abundante y sazonado manjar, y por otros como letal ponzoña que se mezcla en todos nuestros actos. Sin aceptar absolutamente ni lo uno ni lo otro, nos contentamos con repetir: harto daño nos causa la política. Tenemos para nosotros que cuando la licencia invade su campo, bien así como las regiones de la literatura, es perniciosa al progreso de la civilización de los pueblos, ora porque entorpece y lleva á menos la instrucción pública, ora porque empece el desenvolvimiento de las ciencias y artes útiles, ora, en fin, porque amengua la alteza del periodismo que tiene la noble audacia de censurar los desmanes del Poder dando pauta reguladora de buena gobernación.

Desdicha es, y muy grande, eso de vociferar de progreso y de libertad cuando todo adelantamiento se halla estancado, y la libertad convertida en desorden ó licencia, y la literatura prostituída y deslustrada por manos mercenarias: del propio modo y para disculpar nuestros propios descarríos solemos atenuarlos trayendo á la cuenta las ajenas faltas.

Pero la verdadera política, ésa que reconoce y practica la universalidad del derecho y los inmutables deberes morales de la sociedad: ésa que manifiesta por medio de la elocuencia de los hechos la eficacia del orden social y moral en la vida de las naciones, estriba en condenar la fuerza del Gobierno que prevarica patrocinando la injusticia, que trabaja sólo para el provecho de una clase ó de un partido, y que desconoce el mérito, por relevante que éste sea, de cuantos no le son adeptos. Mas, esta política vacilante y zumbona, sin norte ni idea determinada, que no se detiene en los medios que puedan concurrir al logro de sus fines, tiene que ser precaria, y da necesariamente funestos resultados: la ignorancia y la imbecilidad del epicureísmo y la relajación de las buenas costumbres, serán su funesto resultado. No olvidemos, pues, que la responsabilidad está en relación directa con la aptitud y con la instrucción, dice un publicista, y luégo añade, que la ignorancia de las muchedumbres constituirá siempre un cargo para las clases ilustradas que, por serlo, han sido políticas. Es, á la verdad, una vergonzosa confesión de ineptitud ese lamento constante del atraso é ignorancia de los pueblos.

Malos tiempos son los que corremos. Ser fal-

so, doble y disimulado en el pensar y el obrar ha llegado á ser mérito de honroso proceder, ejecutoria de virtuoso, prominente y sagaz. La sinceridad es peregrina en la política, y la palabra no es ya la intérprete fiel de los sentimientos del corazón, pero sí máscara con que se procura engañar y engañarse. El vil interés, y las personales conveniencias, atropellando por todo, rompen los lazos más sagrados y ofuscan las sublimes ideas de verdad y bondad, deber, patria y belleza, envolviendo en funestas nieblas la grandeza de los destinos del sér racional. Aquí, y sólo aquí, debemos buscar los funestos orígenes de los males que infestan las modernas sociedades.

Los dominios del arte literario son invariables y dilatadísimos, y se halla á sus alcances cuanto ha existido y existe en el mundo exterior y en el interno. Las escenas de la naturaleza y las armonías del espacio, cuanto palpita, y choca y se levanta dentro de nosotros, en fin, el hombre, tal cual es, le pertenece.

Decimos que el mundo exterior y el interno le pertenecen, por cuanto es un compuesto admirable de forma y de fondo, cual si dijéramos de espíritu y de materia, porque en tanto que el primero concibe y penetra la idea, la segunda la traduce con caracteres materiales que son las palabras.

El arte literario, además, aprovecha grandemente á los fines elevados de la sociedad, mejorando el sér moral y dirigiéndole á la concepción, nos atreve-

mos á decir, á la posesión de la belleza material é inmaterial, puesto que no es á todos siempre transmitida. ¿No lo vemos revelarse en todas las manifestaciones de nuestro espíritu? ¿No gustamos de sus encantos en las grâves y austeras enseñanzas de la Religión, en el foro, en las tribunas parlamentarias y en las especulaciones de la filosofía? ¿No son parte suya, y muy principal, los cantos del poeta, las relaciones de la historia y hasta las confidencias de una íntima correspondencia epistolar? Pero el poeta, valiéndose de la belleza para dar forma y colorido á sus creaciones, no debe perder de vista que su principal objeto es imprimir en la mente de los hombres una verdad, como quiera que ella debe ser su norte y guía, y también el término de sus aspiraciones.

Entre las especulaciones del humano entendimiento, ninguna, desde oscuros tiempos, mereció tan alta nombradía como la literatura; y á los hombres que á su estudio y conocimiento se consagraban, señaladamente al de la poesía, les apellidaron las gentes *lumberas del mundo*. Ella se explica y manifiesta por la grave y majestuosa voz de un pueblo culto y libre, por la cual da á conocer las necesidades de su existencia moral é intelectual, las ideas, y sentimientos y encontradas pasiones que agitan sin descanso á los hombres. Lazo común de los espíritus, ella interpreta las opiniones, gustos y errores de cada generación; lega éste como depósito á las edades subsiguientes, y, á la manera de un espejo fiel, refleja la imagen de los siglos que nos han precedido y hace columbrar los futuros destinos de los pueblos. De lo dicho deducimos que la literatura es la *genuina ex-*

presión de la sociedad. No, sinó, ¿quién dudará de que las artes y la literatura de un Estado son como la medida para valorar su vida moral é intelectual y las necesidades más levantadas de su naturaleza? ¿quién no verá en ellas el lazo estrecho, la identidad de aspiraciones y la fraternidad de los ciudadanos?

La poesía, como hija del sentimiento humano, es y será inmortal como el origen de donde procede, y su dominio ha de cesar cuando no haya un solo corazón que sienta y que se exalte; cuando el sol se apague y sea la naturaleza un inmenso campo estéril, silencioso y muerto. Todo aquí abajo está sujeto á cambios y mudanzas, ; como quiera que es ley ineludible de cuanto existe en el haz de la tierra. Vemos que las sociedades cambian y los tronos se derrumban; las tendencias del hombre cambian también ó se modifican; pero el principio vital que todo lo conserva y ennoblece, anima y levanta, no cambia, ni puede desaparecer. Hoy, como fué en pasados siglos, leemos con pasmo y admiración las grandes creaciones intelectuales de antiguas épocas. Consideramos que desde aquellas remotas edades, cuántas vicisitudes, y cambios y trastornos se han efectuado, ora en religión y costumbres, ora en instituciones y leyes. Mas la poesía, inmutable como es, salvó el tiempo y quedó ilesa en medio de las revoluciones de los antiguos pueblos. Y esto por cuanto la naturaleza no puede cambiar; porque las tendencias y sentimientos del corazón humano han sido y han de ser siempre los mismos. La *Ilíada* y el *Paraíso perdido*, la *Eneida* y la *Divina Comedia*, inmortalizando á sus autores, pasarán hasta la consumación de los tiempos, como

las obras maestras y únicas del ingenio y del humano esfuerzo.

El universo, este libro inmenso y magnífico del cual, como afirma un gran santo y gran pensador, son las criaturas otras tantas palabras que expresan un concepto de quien las escribió, constituye la fuente de la verdadera poesía, porque aquél nos lleva á la contemplación del Bien sumo y la Belleza infinita; bien y belleza que se funden admirablemente en esta sola palabra: *amor*. Y tanto es así, cuanto el principio y la tendencia del amor debe ser el bien, que es deleite, y felicidad y gloria que dilatan dulcemente el corazón levantando el alma á celestiales contemplaciones.

Hoy que, más que en pasados tiempos, es del todo indispensable abrir á la juventud que se levanta, nuevas sendas de adelantamiento y de grandeza para salvarla de la ignorancia que deshonra y de la pereza que corrompe, necesario es confortar el ánimo con grande esfuerzo y valor perseverante para que, creando un pueblo levantado y viril, renazcan el entusiasmo y la fuerza educadora que encaminan directamente á las grandes inspiraciones del arte.

1881.

MALEDICENCIA.

Hoy que hemos alcanzado, merced á los grandes progresos en todo linaje de inventos y de ciencias, tiempos de pugna, de odios y venganzas, más crudas, más despiadadas que nunca lo fueron; hoy que parece nos hallamos en pleno reinado del mal, con su gran cortejo de injusticias y absurdidades, en que los torpes y ambiciosos, los falsos y aviesos llevan palabra autorizada donde quiera, ora en las públicas reuniones, ora en la cátedra, los teatros y plazas; hoy, en fin, en que el periodismo, el drama y la novela son patrimonio casi exclusivo de los maldicientes, y díscolos y descreídos que deslustran la inocencia, empañan la honra ajena y hasta escandalizan á la misma desvergüenza; sazón es de traer á cuenta graves y elocuentes sentencias de un hombre virtuoso y de levantado ingenio, quien, con ser europeo y hallarse á centenares de leguas de nuestro suelo, ha sido de tiempo atrás, nuestro maestro y guía en eso de bien decir y mejor proceder. Gran desdicha la nuestra si no hemos alcanzado quizá úno ni ótro, aunque asistidos de la mejor voluntad y sana intención.

Hoy se murmura, se maldice y calumnia como la cosa más llana y natural del mundo; más aún: la ma-

ledicencia viene como á salpimentar casi toda conversación. Esto, por desdicha, pasa y se observa aquí, como en otras partes. Y nadie se cura del grave daño que con ello se causa á la honra, al buen concepto ajeno; y nadie piensa que basta la temeridad de un juicio, una palabra equívoca, una sospecha, quizá una sonrisa para engendrar la malévola murmuración y dar vida á un monstruo que lleva la infelicidad y la ruina á muchas familias á quienes ahoga en lágrimas, y en ocasiones, hasta en sangre.

La siguiente enérgica frase de Campoamor da cabal idea de los estragos que causa la calumnia :

“El rayo á la calumnia comparado,
“Es comparar al sueño con la muerte.”

Y esta ótra no menos enérgica del mismo poeta:

“La nube arrastra un nombre por el lodo,
Nombre que infaman las odiosas gentes,
Que siempre maldicientes
Encuentran algo que decir de todo”.

Pero escuchemos ya á nuestro recomendable autor y maestro, y no echemos en saco roto sus útiles enseñamientos:

“Maledicencia, murmuración . . . Pecados horribles, siempre conocidos en el mundo, pero hoy más que nunca frecuentes, como que los pueblos están divididos en infinitas parcialidades en el fatal camino de la segura perdición, y existen institutos é instituciones que no pueden menos de alimentarse con in-

fernal maledicencia so pena de condenarse á morir. Dígalo si no la prensa periódica: díganlo también los casinos—entre nosotros clubs;—dígalo toda entera la atmósfera que respiramos, impregnada de mefíticos miásmas, de chismes, enredos, injurias y calumnias; dígalo este continuo y jamás interrumpido afán de desacreditarse únos á ótros los hijos del mismo suelo, sin considerar que á hierro muere quien á hierro mata, que la herida causada por la maledicencia es peor mil veces para el ofendido que la acusación públicamente lanzada á su rostro; y que de todos los males ocasionados á un hombre, ninguno más irreparable que el que ocasiona la murmuración, hija de la humana flaqueza y perversión á que dan mayor pábulo las costumbres modernas. No hay más temible enemigo de la sociedad; ninguno que cause tantos estragos, ninguno que oculte con mayor artificio su veneno. No hay cosa más odiosa que el murmurador maldiciente que usurpa tiránico poder sobre la reputación de su prójimo, que le desacredita y le ataca allí donde no puede defenderse, cebándose en grandes y pequeños, en lo sagrado y profano, sin que ni aun las mismas testas coronadas, ni la majestad sublime de la desgracia puedan librarse de su persecución. No hay virtud á cubierto de sus tiros; no hay pureza á quien no manche su hálito emponzoñado, que empaña la inocencia más cristalina, deslustra la más brillante reputación y destruye la más eminente fama. Despedazada la buena opinión de un hombre, ¿cómo se la podrá restituir? ¿Cómo se volverá á encender la luz apagada? Desdígase cuanto quiera el maldiciente: ¿con qué industria conseguirá que gran número de personas, acaso un pueblo en-

tero, dèponga la mala opinión que él inspiró, y que fué autorizada por la inclinación natural á creer siempre lo malo y seguir lo peor? Tan cierto es que el daño de la maledicencia casi nunca puede repararse; y á pesar de ello, pocos pecados habrá hoy más generales. Se maldice en burlas, se maldice en la ceguedad de la ira, se maldice por pasatiempo; nada falta ya para que se estime una virtud el maldecir. Persona haya quizá que se precie de ferviente católico, de escritor concienzudo y escrupuloso, que practique públicamente todos los preceptos de nuestra santa Religión, y no se abstenga de maldecir en letras de molde, y de permanente manera, sin tomarse el trabajo de justificar con pruebas ó datos sus malévolas insinuaciones”.

Transcrita ya ésta, á modo de homilía, para enseñanza y aprovechamiento de nuestros lectores, sacar debemos de ella las necesarias consecuencias.—No maldigamos ni murmuremos; más aún: nunca consentamos en que se murmure en presencia nuestra; aun más todavía: huyamos del murmurador y maldiciente como de una peste, pues ya lo hemos oído: *no hay virtud á cubierto de sus tiros.*

Más faltos, menos abastecidos nos hallamos de voluntad, de amor, que no de luz, de fuerza: somos menesterosos de muchas cosas, porque en nuestro corazón no alienta la caridad, ni la cautela rige nuestra lengua.

No podemos resistir al deseo de trasladar aquí lo que en cierta ocasión decía con enfado el gran Aparisi y Guijarro.—“Lo que en medio de esta inmen-

sa lucha en que andamos todos revueltos más me daña y angustia, y en ocasiones, aunque curado de espanto, me indigna y como que me saca fuera de mí, es contemplar que en los presentes míseros tiempos, no parece sino que la falsedad ha sido erigida en sistema. Es una de las épocas del mundo en que más se ha mentido: se miente sobre todo y en todo; de arte, que me doy á imaginar á veces que hasta el aire está inficionado, y que al respirarlo se respira imposturas ¿Quién es el hombre, por larga paciencia que le asista, que no la vea alguna vez apurada, ó cuál el espíritu generoso que no se hastíe y cobre repugnancias invencibles, al ver combatidas y profanadas las cosas que respeta y ama, y su propia persona, y su propia dignidad, sólo con mentiras y siempre con mentiras?"

La cruel mofa y la grosera mordacidad; la necia costumbre de interesarse tan sólo de las exterioridades de la vida; la prosa calculadora de estos días, el funesto ejemplo de los apellidados doctos y desprecupados, van matando, han matado ya los nobles y subidos arranques del corazón, las grandes acciones de generosidad, de abnegación y de amor á la humanidad, en fin, el voluntario sacrificio, que es lo que más aproxima é identifica al hombre á la Divinidad.

No terminaremos este corto escrito, sin consignaraquí unos valientes é inspirados versos de *Jackson*, traducidos de la lengua inglesa á la nuestra por mano entendida y versada en esto de traducir bien.

Habla el poeta de la calumnia y dice:

Grano tras grano y piedra sobre piedra
La montaña soberbia se formó;

Abrupto peñascal, de cuya cima
Lanza la nieve lívido fulgor.

Grano á grano sus montes la calumnia,
—Cual reptil que se arrastra—levantó,
¡Y cada labio le agregó una piedra!
¡Y en cada boca se aumentó el horror!

Para el granito y el peñón gigante
Que el tiempo en la montaña acumuló,
Hay taladros, y hierros y constancia
Que romperán del monte el corazón!

Mas ¡ah! para los montes que con llanto
La calumnia satánica amasó,
¡No hay taladros, ni hierros, ni piquetas,
Sino la mano del supremo Dios!

1882.

DISCURSO.

Léido en la solemne apertura de las clases de la Universidad de Quito, el 1º de Octubre de 1879. (1)

ASUNTO.

Se explica las razones que le han movido á hablar.—De las universidades ; su fundación y desenvolvimiento ; rasgo histórico.—Objeto y fin de estos establecimientos literarios ; deben tener vida propia é independiente ; ideas é inclinaciones semejantes.—La intrusión de la autoridad política en los campos del arte y de la literatura, es dañosa y an-

(1) El autor recibió de la Junta Universitaria la siguiente nota de felicitación por éste discurso.—República del Ecuador.—Secretaría de la Universidad.—Quito, á 3 de Octubre de 1879.—Señor D. Roberto Espinosa, Profesor de lengua inglesa.—Obligada por ley de justicia y gratitud la Junta de gobierno de la Universidad, ha acordado presentar á U. el debido voto de aprobación y un testimonio de agradecimiento, por el interesante discurso que U. se sirvió leer el día 1º de los corrientes, para solemnizar la instauración de los estudios. Y si las galas del talento, la rectitud de las ideas y la nobleza del designio, realizadas en el discurso por la pulcritud y elegancia de la dicción, fueron parte muy principal en aquel acuerdo, lo son también en la sincera satisfacción con que lo comunico á U., seguro de que se dignará recibirlo como galardón honorífico, puesto que deslustrado por el medio que lo trasmite.—Quédome corto en los términos de la merecida alabanza, ora por fundado temor de lastimar á U. en la delicadeza de su modestia, ora porque no harán falta encarecimientos míos á una obra que, de suyo, se ha granjeado el justo aplauso de los Señores profesores de la Universidad, y alcanzará, cuando se publique por la imprenta, como lo ha ordenado la Junta, el de quienes la leyeren con ilustrado criterio.—Sirvase U. aceptar el distinguido aprecio con que me suscribo su muy atento, obsecuente servidor, *J. Modesto Espinosa.*

lipática.—Lo que debemos esperar de nuestra Universidad; incitación á nuestros profesores.—Cómo deben las universidades contrarrestar los males de la época presente.—Del trabajo intelectual como condición indispensable para la regeneración social y el adelantamiento de las ciencias.—El triunfo de la verdad, que perfeccionará la condición moral y social del hombre, estriba en las conquistas de la libertad cristiana.—Exhortación á la juventud.

SEÑORES:

Usanza suele ser harto común, en escritos á éste semejantes, y en ocasiones como la presente, comenzar ponderando la insuficiencia del que habla y la magnitud del deber que se le ha impuesto. Mas yo, señores, quiero en esta vez excusar semejante obligado exordio: y así lo quiero, sin afectar extremos de falsa modestia ni impertinente descoco, ya que nunca puede estar en tela de juicio la falta de merecimientos de quien, sin autoridad ninguna, va á expresar sus mal concertadas ideas. Declaro que el hecho de presentarme en esta tribuna me cuesta uno como sacrificio; pero la respetable Junta universitaria, franqueándome la entrada á este sacro recinto, ordenóme que hablase, y hube de obedecer; que nunca está bien rehuír en presencia de un deber ineludible, aun á riesgo de defraudar esperanzas quizá infundadas; y por mí, no lo dudéis, señores, que serán las vuestras frustradas. Mas la persuasión de que en torno mío sólo contemplo amigos, que no duros fiscales, ni curiosos noveleros é indiferentes, me estimula y alienta. Así, para resolverme, conté con vuestra indulgencia, que ella suele ser la compañera fiel de la que en vosotros reconozco y acato verdade-

ra superioridad. No sino, ¿qué autoridad y valía pudiera tener la indocta voz de quien mérito ninguno, que no fuese su grande amor á la ciencia, sabría ante vosotros alegar? ¡Ah, señores! las contrariedades y desdichas de la existencia han casi apagado mi voz, y puéstome, antes de tiempo, en el rápido descenso de la vida en el cual, mal nuestro grado, vamos empujados por fuerza irresistible y poderosa. Gran fortaleza se ha menester para encubrir con la serenidad del rostro los azares que nos afligen; para sofocar, á las veces, con risas nuestras lágrimas; para sostenernos á fuerza de energfa y de tesón, en el calvario en que á la Providencia plúgole colocarnos. ¿No es verdad, señores,—y algunos de vosotros podéis acaso atestiguar con vuestra propia experiencia,—que la sensibilidad es el peor verdugo de la terrenal vida del hombre?

Pero repito, señores, vuestra generosa benevolencia me da aliento para discurrir sobre algún tema literario; benevolencia que nunca me la podéis excusar, que motivos para merecerla sobrados los tengo. —En aquellos escaños contemplo á los que fueron mis maestros y mis guías, allá en mejores años, y á donde dirijo la vista me encuentro con amigos rostros.

En la perplejidad en que me hallaba por ver de dar con el argumento adecuado á mi discurso, resolvíme, por fin, á entretener vuestra atención por unos momentos, discurrendo acerca de las universidades literarias,—tema que harto bien se compadece con la solemnidad presente,—con ánimo de comprobar, que cuando estos santuarios de la ciencia están bien organizados y dirigidos, como por dicha se halla el

nuéstro, son el fundamento y la fianza más segura de la prosperidad y ventura del Estado. Os hablaré también del trabajo intelectual, cuando constante y bien regido, como indispensable antecedente para alcanzar los secretos de la ciencia por muchos ignorados. Por lo expuesto comprenderéis que mis ideas no podrán acomodarse á una tesis circunscrita ni determinada, y que no entra en parte de mi intento—ni para ello creo bastarme—el llamar á juicio de análisis á los varios ramos del saber que aquí se enseñan; para esto habría menester conocimientos de que carezco y de mayor espacio de tiempo que el que me ha dejado el tráfago constante de mis diarias ingratas ocupaciones. Así, no será mi intento aleccionar, que harto menesteroso y flaco soy de ciencia. ¿Ni cómo resolverme á ello, cuando en torno mío—y me complazco en repetirlo—contemplo á los que son y á los que pueden dignamente ser maestros, de quienes seguiré recibiendo agradecido útiles lecciones y consejos saludables?

La instauración de los cursos regulares en esta Universidad, famosa como la que más en la América latina, desde el pasado siglo, es un acontecimiento que justamente nos regocija y entusiasma; y más todavía, si paramos la consideración en las no remotas vicisitudes y pugnás por que ha pasado y que hacían presentir su total decadencia.

Nadie ignora que las universidades fueron fundadas por el Catolicismo, desde remotos siglos, para guiar á los hombres al cabal conocimiento de la ver-

dad, amaestrarlos en la práctica de las cristianas virtudes y, por este medio, llevarlos á la posesión perdurable de la verdadera felicidad. La historia nos enseña que el origen de estos establecimientos literarios, arranca desde el siglo XII de nuestra éra; pero es fama, y autores hay que lo sostienen, que la Universidad de París data desde la época de Carlomagno. A este gran centro de enseñanza, *hija primogénita de los reyes de Francia*, como lo llamó Carlos V, trataron luego de imitar, hasta en el nombre, todas las naciones europeas. La palabra UNIVERSITAS, en su recto sentido, se aplicaba, como hasta hoy, á una gran congregación de maestros y de discípulos: *universitas magistrorum et auditorum*. Es indudable que, para encontrar la verdadera organización de las universidades, tenemos que trasladarnos á los fines de la Edad Média; pues desde entonces constituía la universidad un todo del cual se derivaban los demás establecimientos de pública instrucción. Y fué tal su prestigio desde siglos remotos, que los Papas y los reyes le otorgaban privilegios y honores que aumentaban su grandeza y esplendor; pudiendo decirse que formaban unos como pueblos con vida propia é independiente, á los cuales el Poder civil respetaba y protegía, antes que atentar contra su independencia y prerrogativas, como nos ha cabido en suerte presenciar en los turbulentos y calamitosos tiempos que corremos. Lo que al presente se llama BARRIO LATINO en la gran capital de Francia, se denominaba en pasados siglos barrio de la Universidad, y desde aquellos tiempos formaron, los que la frecuentaban, una como república independiente, y activa y bulliciosa, como es hoy en día. Fué tal y tan

grande la nombradía que alcanzó la de París, que afluían á sus claustros muchos esclarecidos extranjer-
ros; entre ótros se cuentan Alberto el Grande, el es-
cocés Duns Scott, el español Raimundo Lulio, el in-
glés Rogerio Bacón y los italianos Dante y Bruneto
Latini. Pero Napoleón I, esa inteligencia pujante y
creadora, dió, con la ley de 10 de Mayo de 1806, la
más atinada y conveniente organización á la instruc-
ción que en aquélla se daba; obra que después que-
dó perfeccionada por los esfuerzos de los ilustres in-
genios, Cuvier y Royer Collard (1).

Para mí tengo, señores, que ni las contiendas y
disputas de la plaza pública, ni las políticas faccio-
nes, ni el encarnizamiento de los partidos, que tánto
caracterizan la dura condición de nuestros tiempos,
deben tener cabida ni asiento en estos augustos pe-
netrales, donde siempre deberá reinar una majestuo-
sa serenidad, muy sobre aquellas pequeñeces de los
hombres públicos. La virtud y la ciencia son púdicas y
delicadas vírgenes que velan el rostro y se esconden
amedrentadas cuando acentos destemplados asordan
su morada. Aquí, señores, operarse debe una ver-
dadera fraternidad entre vosotros, siendo una misma
inclinación la que os atraiga y congregue, os enfer-
vorice y hermane; una misma ambición, pero noble
y subidísima, la que os estimule y aliente, y, si ser

(1) Las universidades, dice Quintana, son como los eslabones
que en el inmenso vacío y lobreguez de la Edad Média, enlazan la ci-
vilización antigua con la ilustración moderna; como monumentos que
comprueban, aun en medio de aquellos tiempos feroces, el homenaje
que el valor y el poderío tributaban al saber y á la razón; en fin, co-
mo la gradería que, aunque informe, ha servido de punto de apoyo al
ingenio para desplegar sus alas y alzar el vuelo tan alto en las regiones
de la sabiduría y de los descubrimientos.

puede, unas mismas ideas, y gustos y opiniones los que en vuestra mente y corazón imperen; porque sin unidad no hay concierto, ni orden ni permanencia, así en el mundo moral como en el físico. Quiero acabar mi frase valiéndome de las palabras de un buen escritor.—“Aquí no dicta sus leyes la fuerza,—dice, hablando de los establecimientos literarios,—que no se manejan otras armas que las de la persuasión y del convencimiento; aquí el amor del Cuerpo es el de la humanidad, ni se da por precio la beneficencia.”

Nuestra Universidad ha menester, como todo cuerpo literario, vivir vida propia é independiente, como la tuvo desde su origen, con sus propios recursos y su libre y absoluta autoridad en las altas regiones de la ciencia; sin que deje de ser por ello deber imperioso del Estado atender con gran solitud á su adelantamiento y conservación, pero sin intervención directa en el régimen, constitución y disciplina de la Corporación (1). Hé allí el importante objeto á que debemos todos aspirar; hé allí el camino más fácil para dar á nuestro Cuerpo literario mayor prestigio y nombradía. Un hábil po-

(1) Mr. Thiers, en uno de sus elocuentes discursos parlamentarios, dice:—“No nos figuremos al Estado como un poder cuyas tendencias políticas se combaten en este momento, y á quien se rehusan afecciones. Preciso es ver en el Estado al Estado mismo, esto es, al conjunto de todos los ciudadanos, no tan sólamente los que son, sino los que han sido y los que serán, en una palabra, la nación, con su pasado y su porvenir, con su genio, su gloria y su destino. Cuando el Estado representa estas cosas; cuando representa en la antigüedad Roma, en los tiempos modernos Francia, Inglaterra ó Prusia, tiene derecho de querer que se haga del niño un ciudadano que, amando las leyes, ame el país y contribuya á la grandeza y á la prosperidad nacionales. Negar esto sería negar los derechos de la patria sobre sus ciudadanos.”

lítico, á la par que profundo literato (1), después de probar la fundamental antinomia que existe en los principios y medios de las dos autoridades, la política y la literaria, concluye con este notable rasgo.—“Síguese de aquí, que en la alta esfera de la teoría, no ya su confusión, pero aun la intrusión, aun la mera invasión de la una autoridad en el campo de la otra, sea á la vez antipática á su índole respectiva, mortal para los dos, y contraria á la naturaleza de las cosas.” Haced, Señores, siquiera una mental aplicación de este principio, concretándolo á nuestra Universidad, y luégo al punto confirmaréis la verdad que aquél encierra.

No há todavía un año que, desde esta misma tribuna, presagiaba una voz simpática y varonil, parando la consideración en vuestras virtudes, ciencia y patriotismo, que, á vueltas de pocos años, se habría restituido á este Establecimiento su antiguo renombre. Grato, muy grato me es declarar en este momento, que aquel feliz pronóstico va realizándose con sorprendente anticipación. Prueba de ello, señores, los últimos espléndidos actos literarios que aquí se han dado publicamente y que, con todas veras, hemos aplaudido.

Sazón es esta, señores Profesores, de que, á modo de estímulo, me valga de elocuentes palabras, como escritas, al parecer, para vosotros en los tiempos actuales.—*No sean parte á entibiar el ardor de vuestro celo las dolorosas turbulencias en que todos somos actores, víctimas y testigos; porque los grandes*

(1) D. Antonio de los Rios y Rosas.

períodos de movimiento intelectual y de auge literario, ó coinciden con ellas, ó vienen en seguida de las revoluciones. Y las cuitas, y amarguras, y pruebas, y desengaños, que son su triste cortejo, son también acicate á las almas de temple.—Así, con el saber que os recomienda, con el celo afanoso que os distingue, y penetrados de la magnitud de la empresa que nuestra sociedad os ha encomendado, seguiréis cumpliendo, sin desmayar, los ingratos y difíciles deberes anexos al magisterio.

En medio del afán tumultuoso y de la avidez insaciable con que hoy se busca la riqueza como único fin del hombre; al través de la indiferencia y el olvido en que se tiene á la virtud en los revueltos tiempos que corren; en medio, finalmente, del frenesí revolucionario con que al presente se hace cruda implacable guerra á la propiedad y al derecho, á la gobernación y al altar, deben las universidades católicas, como es la nuestra, contrarestar la invasión de tamaño mal, enseñando, antes que otras ciencias, el código de la moral cristiana que, por dicha, se auna y fraterniza con todos los ramos del saber humano. No es os esconderá, señores, que en ella estriba toda sólida y conveniente educación, y que tan sólo de ella puede prometerse la Patria una juventud llena de virtudes y de entusiasmo, de valor y de grandeza, de abnegación, de virilidad y de amor patrio. Ese código divino os enseñará, oh jóvenes, á ser verdaderamente libres, conociendo vuestros derechos y cumpliendo vuestros deberes; y la libertad,—que sólo es deseada y querida por muchos cuando tiene algo de exceso y de licencia,—jamás será escarnecida

por vuestros labios ni afrentada con vuestras obras;
porque harto sabéis que

No hay libertad do la virtud no manda,
Ni ciencia ni doctrina sin verdad.

Para que la civilización adelantara, con andar lento y trabajoso afán, hasta llegar á la altura en que hoy la contemplamos; para que se realizara la regeneración del mundo intelectual, necesario ha sido que hombres privilegiados con levantado ingenio sorprendieran los arcanos que la humanidad ignoraba, y, apartados del mundo y con mente abstraída, alcanzaran lo que éste nunca sabría revelarles. La comunicación beatífica con los genios divinales, que traen á nuestro oído los misterios y secretos por muchos ignorados, se opera únicamente en la soledad y el silencio, en el perseverante trabajo y la abstracción: que sólo á trueco de tamaños sacrificios y á costa de la consagración absoluta de la vida del hombre, nos han llegado las verdades primitivas de la ciencia y sus múltiples y sorprendentes aplicaciones. Allí están, para confirmar mi aserción, el aislamiento, y la paciencia y la austeridad ascética de los claustros; allí también las solitarias y continuas meditaciones de los filósofos; allí, finalmente las universidades foco de ciencia y de ilustración, teatro de honores y recompensas, de donde más que de otros establecimientos de enseñanza, brota el fuego de la crítica profunda y filosófica que viene acrisolando el conjunto de doctrinas, ora filosóficas, ora sociales.

Pero no place al Cielo otorgar con fácil mano las ratas dotes de ingenio peregrino. Señores, tris-

te y doloroso es confesar que el mundo se compone, en la mayor parte, no tan sólo de medianías, pero de vulgaridades, que en iumensa atropellada muchedumbre, corren á sepultarse día á día en el eterno olvido de las tumbas. Pero en cambio—y ved aquí la inexorable ley de las compensaciones—no tocaron las tristes realidades de la vida, ni experimentaron los grandes infortunios y dolores que acompañan á los seres superiores que, muy de tarde en tarde, aparecen en la escena del mundo. “Si es verdad que el ciego de Esmirna mendigaba su pan de los pueblos á quienes contaba las hazañas de sus heroes, dice un escritor moderno, con mayor certeza sabemos que los más esclarecidos entre los Homeros de la nueva edad heróica, compraron su corona de inmortalidad al triste precio de morir mendigos. Recorriendo la inmensa galería de los conocimientos humanos; repasando el glorioso catálogo de los hombres que, así en lo antiguo como en lo moderno, representan á los arquitectos y directores de la grande obra; registrando las páginas de aquel libro de oro que empieza en Homero para concluir con Cervantes, que alcanza desde Esquilo á Calderón, que llega de Herodoto á Mariana, de Pitágoras á Kant y desde San Pablo á Bossuet, apenas si nos es dado preguntar con intención de duda, si fuera de la congregación de la vida es general condición la medianía, si fuera de la dedicación exclusiva hay puesto para la gloria. La respuesta que nos dan las generaciones pasadas, no es en verdad demasíadamente lisonjera para los que se atrevan á creer con presunción orgullosa, que se pueden servir á un tiempo los altares de la ambición y los de la ciencia, y que el mismo carro en que el

mundo pasea en triunfo á los heroes del poder, sirve para volar sobre los siglos á través del éter de los cielos". Pero, señores, tal resultado necesario, que en sí lleva altísimos fines, no debe desalentarnos. El trabajo, como ley general de la humanidad, al propio tiempo que es uno á manera de castigo, tiene sus recompensas y fruiciones, y de aquí que con harta razón se haya dicho, que el trabajo santifica al hombre, bien así como la beneficencia le aproxima á la divinidad.

El hombre nació para la vida activa; su ocupación más digna y meritoria será siempre darse á la continua á intelectuales lucubraciones que, iluminando su espíritu, le lleven á entrever sus futuros magníficos destinos. Cicerón llamaba á aquellas ocupaciones pan de la juventud, regalo de la vejez, ornamento en las prosperidades y puerto y consuelo en los infortunios.

Contribuyamos, señores, al triunfo de la verdad con entera fe en el porvenir y con subidísimas ascensiones de corazón. El imperio del error es transitorio, desde que la ley general que al mundo rige es el bien y la verdad; antes que la historia y la experiencia así nos lo comprueben, hay un sentimiento íntimo, nacido de la propia conciencia, que nos demuestra semejante verdad. Huyamos de ese moderno filosofismo, descreído y material, inconsistente y orgulloso que, cuando no va á parar en el crimen, da luego en el exceso del escándalo. Quizá no registra la historia época de más encontradas opiniones, y tendencias y escándalos que ésta que corremos en el adelantado siglo XIX. Aquí se levantaron tronos, y

han de sobresalto desaparecido, volcados por la furia popular; allá, con escándalo inaudito, se ha negado á Dios, declarado desierto el Cielo, erigiendo altares á la razón humana y dictando sentencias de muerte contra toda autoridad legítima, contra todo sistema de orden establecido. Pero las turbulencias políticas y las desapoderadas ambiciones, los desvaríos de la razón y los extravíos de los pueblos, pasarán con su triste cortejo de males é infortunios, y en su lugar se asentará firme y permanente el orden de la justicia y el reinado de la virtud. Y cuando esto afirmo, con entera fe en lo porvenir, no se me esconde que á muchos será recio de creer, y que, dando en rostro á algunos de mis oyentes, se me llamará *pietista*; pero sea en buen hora, que yo, para propia satisfacción mía, recuerdo complacido esta sentencia de un pensador moderno.—“La perfección moral del hombre y la mejora continua de su condición social, es el final propósito de todo saber, de todo estudio, de toda duradera inspiración”. Sí, señores, porque la humanidad camina siempre, si bien trabajosamente, en pos de esta perfección real; porque las conquistas de la libertad cristiana al fin alcanzarán, después de rudos combates, la destrucción del mal; y la santa verdad y la augusta libertad formarán uno á modo de consorcio estrecho y amoroso, cual nunca vieron los pasados siglos; y día llegará, señores, y no se tardará, en que las aspiraciones del hombre hacia aquella perfección sean una realidad; en que el reinado de la justicia, de la fraternidad y del amor descienda á poner fin á las que, hasta hoy deploramos, tribulaciones y desdichas de las naciones. *Se conocerá que sois mis discípulos, si os amáis unos á*

ótros: ved aquí en estas divinas palabras la síntesis de la perfectibilidad humana á que llegaremos en el girar continuo de los siglos.

Jóvenes, para quienes el sol de la esperanza plácido irradia en los horizontes del porvenir; jóvenes, en quienes vive y alienta la fe profunda y el amor ferviente, los nobles subidísimos anhelos, los arranques generosos de entusiasmo y abnegación! no olvidéis que *los caminos de la perfección literaria no se hallan en las veredas de la tierra*: las excelencias del Sér criador, los hechizos de la naturaleza y los destinos de la humanidad en el correr incesante de los tiempos, serán siempre digno asunto á los vuelos de vuestra imaginación. ¡Dichosa, sobre toda ponderación, la república que cuente con juventud instruída y virtuosa, porque de ella depende el firme apoyo de las saludables instituciones, y será su antemural y su guarda; porque esta juventud es la llave del porvenir, y la esperanza y la corona del Estado! Dichosa mi Patria, oh jóvenes que me escucháis, porque os cuenta en el número de sus mejores hijos! Yo que he salido ya, con mal encubierto disgusto, de la risueña época de la vida en la cual vosotros os halláis, quiero, al daros mi sentido adiós, unir un voto y una súplica.—Ya lo véis: nosotros vamos pasando empujados, mal nuestro grado, por la corriente destructora del tiempo. Bien pronto quedarán vacíos nuestros puestos en el dulce hogar de la familia y en la mudable escena de la vida pública. ¿Quiénes serán los llamados á ocuparlos? Seréis vosotros, mis jóvenes compatriotas. Cobrad, si dable fuere, nuevos bríos para rematar la obra comenzada. Los esplén-

didos públicos testimonios de adelantamiento que habéis dado, en el corto tiempo corrido desde que se restauró á su antiguo sér este asilo de la ciencia, nos hacen esperar frutos más abundantes y sazonados de las enseñanzas que, en el nuevo año escolar, vais desde hoy á recibir. Creedme, la cristiana y sólida educación de la juventud, ha sido siempre y donde quiera la tema de mi vida, el más encendido anhelo de mi corazón: plegue al Cielo que nunca os desviéis de la luminosa senda que ella os traza. Y para cuando hayáis alcanzado palmas y coronas, como honrados, como eruditos, como virtuosos, pido al Cielo desde hoy sólo una gracia: que aplaudir me conceda vuestros triunfos.

NUESTROS HIJOS.

ESCENAS DE FAMILIA, POR ERNESTO LEGOUVÉ,
DE LA ACADEMIA FRANCESA.

La tierna relación que voy á traducir, del libro cuyo título dejo apuntado, causó profunda impresión en mi ánimo. Es que también tuve un Marcial, ó Abel, como llama el poeta al héroe de este relato: como este niño, vivió un año escaso, y fué el embeleso de la madre, la esperanza del padre, la luz y el contento del hogar. Mas, plúgole al Señor llamar á Sí á nuestro pequeño Nicolás, y con su partida enfermé de mal de muerte, y quedé á manera de mutilado, si así vale decirlo. El alma como que envejeció, y perdí toda esperanza de ventura aquí en la tierra. Y con el alma postrada y sin esperanza ninguna en este mundo, mal se puede vivir; y cuando las fuerzas materiales y morales del hombre desmayan y se embotan, mal se puede vivir. Mas, con eso y todo, un tesoro me ha quedado: ése que fortalece en el peligro, que en el dolor sostiene y da lenitivos en la muerte. Fe llamamos nosotros á ese tesoro. Ahora solamente comprendo en toda su extensión lo de que, si la fe no fuese la primera de las virtudes, sería la mayor felicidad del hombre; pero, por dicha, es ambas cosas á la vez.

RETRATO DE UN NIÑO.

Todos guardamos en la memoria y en el corazón una á modo de galería numerosa de retratos de niños. Aquellas figuritas rientes ó graves, lozanas ó palidecidas, vivaces ó pensativas, pero siempre

misteriosas sí, porque la infancia es el mayor de los misterios, como quiera que está llena de porvenir, y lleva en sí, en estado de germen, cuanto se producirá, y ¡ay! también cuanto abortará en nosotros! Aquellas figuritas, digo, han pasado por —ó se han posado en—nuestros ojos, bien así como una alegría santa, como una dulcísima esperanza, como un consuelo, como una lección.

Hoy, que me siento triste, quiero evocar uno de esos recuerdos que, bañando nuestro espíritu en la fuente de la melancolía, á la postre nos consuelan.

Harto niño era el héroe de mi historia cuando lo conocí; apenas si tenía un año.

¡Y debí tanto, tanto á esta preciosa criatura, que jamás la podré olvidar!

Cuantos, como yo, permanecieron en París, durante el sitio, saben que las duras, acérrimas pruebas que soportamos, no constituyeron el peligro, ni la fatiga de los guardias defensores de las murallas, ni las privaciones materiales, sino, ante todo y sobre todo, las privaciones morales; es decir, la ausencia de la esposa y de los hijos, la casa silenciosa y vacía, la mesa con un solo cubierto, y las largas angustiosas noches pasadas en completa soledad y desamparo. Con eso y todo, aquella criatura de casi un año, encerró para mí un centro de familia, y ved aquí de qué manera.

Habiéndole su madre dado á luz pocos días después de declarado el sitio, fué imposible salir de la

ciudad; de suerte que ella, con su esposo y el recién nacido, quedáronse en París. Yo, por rehuir á la tristeza de mi soledad, pedí á los padres del niño—á quienes cuento entre mis más queridos amigos—me permitiesen reunir, durante el sitio, mis escasas provisiones con las suyas para comerlas en agradable compañía. No hay para qué decir que mi demanda fué aceptada. Así que, transido de frío y todo yo taciturno y angustiado por las públicas desgracias, llamaba diariamente, á las siete de la noche, á la puerta de esta hospitalaria familia. Y cuando al entrar miraba, junto al fuego, á aquel tierno infante, sobre las rodillas de la madre, recibiendo de lleno la luz de la lámpara de familia, parecíame que tornaba á hallar mi propio hogar, y se suavizaba mi negra tristeza. ¡Hay siempre tal sosiego encantador en la presencia de cuanto es inocente y puro! y en las circunstancias en que nos encontrábamos, era casi una alegría este sosiego. Nunca he mirado un objeto tan amable y bello como aquel rostro. Apenas penetraba yo en el recinto, me sonreía dulcemente: decirse pudiera que quería consolarme. Con sus tiernas miradas y sus labios rosados y entreabiertos, con sus cabellos cortos, castaños y rizados, y con su hermosa cabeza que inclinaba afectuosamente hacia mí, se asemejaba del todo á una de las creaciones casi divinas de Correggio (1). Tenía los ojos negros de su padre, puesto que bañados de la límpida claridad de los azules ojos de la madre. Era tan dulce la ex-

(1) Todos saben que la gracia admirable de las figuras en los cuadros de este célebre pintor, no ha tenido quien la igualase. Y esa gracia se admira señaladamente en el cuadro del Nacimiento de Jesús donde las figuras de los niños son del todo divinas.

presión de su rostro, tan dulce y atractiva su tierna alma, que yo, en vez de llamarle por su nombre, Marcial, le llamaba siempre Abel.

Un día tuve la inmensa dicha de ser útil á este niño. Habíamos llegado á los últimos días del mes de Noviembre. Estaban casi agotadas nuestras provisiones; el niño principiaba á sentir el resultado de las privaciones de la madre. ¡Cuando empobrece la leche en la madre que cría, el infante palidece! y el hermoso Marcial palidecía!

Cierto día que cruzaba yo la esquina de una calle, una mujer, todavía joven, sale apresurada de su tienda y se encamina hacia mí. La reconozco al punto: era la carnicera de nuestro barrio.

—Mi buen señor, me dice, toda ella conmovida, permitidme os estreche la mano. El jueves pasado asistí á la conferencia que disteis, tocante al alimento moral, y me hizo tanto bien, que aquí me tenéis toda reanimada y conforme.—“Este hombre ha levantado mis ánimos, dije á mi marido. . . . está, pues, todo concluído, y de hoy más, no me oiréis quejarme”. Ved lo que os debo, mi buen señor! Luégo, mirando con inquietos ojos á izquierda y á derecha, como si temiera ser denunciada, me dijo en baja voz:

—¿Queréis un cuarto de carnero?
¡Juzgad si lo aceptaría!!

Hacia la tarde me dirigí á casa de nuestra patrona, envuelto en la capa hasta la barba; en llegando á ese albergue, suelto el embozo de súbito, á la manera que lo hace Almaviva en el Barbero de Se-

villa, y saco á lucir en alto mi cuarto de carnero crudo. . . . Superfluo fuera decir que fué saludado con un grito general de admiración. No obstante que en esos malaventurados tiempos los cuartos de carnero apenas si duraban más de un día, el nuéstro concluyó con la semana, pero quedó eterna mi gratitud para con la joven carnicera. Así tuve la dicha de ver restaurada la salud del pequeñuelo y reflorecido el carmín de sus mejillas. Confieso que en toda mi carrera de poeta, nunca he experimentado satisfacción más cumplida.

Después del sitio vino la Comuna. Entonces ofrecí un asilo en mi casa de campo al padre, á la madre y al querido pequeñuelo; y devolverles pude la hospitalidad que me dieron en París; hospitalidad igualmente útil para mí y para ellos. Hallábase ocupada una parte de la casa por oficiales prusianos, y oíamos, de la mañana á la noche, el ruido sordo y prolongado del cañoneo de los fuertes,

Mas, cuando la angustia tomaba creces en nosotros, cuando aquellos ruidos siniestros y temerosos y esta odiosa vista nos hacían mucho daño, tomábamos al niño y nos internábamos en el bosque; allí donde nada pudiésemos ver ni oír. . . . Lo sentábamos en medio de las silvestres y bien olientes violetas que empezaban á entreabrirse, bajo las tupidas frondas de los árboles, cuyas largas ramas se inclinaban casi hasta el suelo. Nosotros nos colocábamos en rededor del niño, á la manera que en los cuadros de Perugín se inclinan y arrodillan los fieles en torno á la bendita cuna, y los plácidos dulcísimos rayos de sus ojos rientes, irradiaban en nuestra alma uno como di-

vino resplandor En París lo llamaba yo *la grata lucecilla del sitio*; allá en el campo, nos consolaba su mirada de serafín; más aún, levantaba nuestro espíritu contentándolo

Pero ya imagino que adivináis el desenlace de mi corta historia. Habéis advertido que dije: . . . *yo lo llamaba, el niño me sonreía, él era . . .* ¡Ay! sobrado cierto es que todo aquello ya no existe! . . . Esta tierna florecilla tronchada, ¿es, por ventura, una nueva víctima que añadir debemos á cuantas nos ha arrebatado esta horrible y dura guerra? ¿Marchitaronla los rigores del sitio aun en el seno mismo y entre los brazos maternales? . . . No lo sé; pero lo cierto es que bien pronto un terrible golpe lo acabó casi de repente.

Harto raro es que los niños tiernos tengan una fisonomía particular; pero el niño de apenas un año, de quien he hablado, la tenía y muy marcada. Quedó impresa en mi mente y en mis ojos su mirada, como el sulco luminoso que tras sí deja una estrella errante al cruzar la extensión del cielo. Y semejante impresión dejó este niño hasta en los pequeñuelos. Bien lo recuerdo: algún tiempo después de su muerte, una prima suya,—graciosa niña de cuatro años,—se hallaba sentada, calladita y cavilosa, junto á su madre. De improviso, é irguiendo la cabeza, dice con vivacidad: ¿No es cierto, mamá, que Marcial tiene ahora pequeñas alas con que volar?

EL DESPERTAR DE DOS.

DE ERNESTO LEGOUVÉ.

¡Ah! cuánto son las palabras imágenes imperfectas de las cosas! En ocasiones una misma palabra tiene significación del todo diferente, y despierta en nosotros ideas enteramente contrarias, si difieren los objetos á los cuales la aplicamos. Ejemplo: ¿hay algo que más agrade y embelese que estas palabras:—el despertar de un niño? Y al propio tiempo, qué cosa más triste que estas ótras—el despertar de un anciano?

El niño se despierta, bien así como se entreabre la tierna flor. Como que las labores de la noche son para él y para ella. Más fragante, y fresca y lozana se ostenta la flor; el niño se despierta más sonrosado, y alegre y vigoroso. Húmedos y brillantes sus labios, parecen como cargados de rocío; sus cabellos cortos, rizados y graciosamente pegados á las sienes por el ligero sudor de la mañana, fórmanle una á modo de corona; sus piernas y brazos que asoman á medias y al descuido por sobre la frazada, semejan trozos de rosado, fino mármol. Apenas abre los ojos á la luz, empieza dulcemente á sonreír. . . . ¿A quién sonríe? . . . ¡Sonríe á la vida! Es una buena amiga á quien, placentero, vuelve á encontrar. Tan radioso, tan plácido es el rostro del niño, que nos hace sospechar que ha salido de un paraíso para

entrar en òtro. No baja pero salta, medio desnudo, del caliente lecho, y con ser que recién ha dado los primeros pasos, héle ahí en plena posesión de todas sus fuerzas; libre, festivo, inquieto, es todo agilidad y todo gracia.

Pero ¡cuán triste y lento es el despertar del anciano! Se hunde bajo las abrumadoras frazadas temiendo que el aire frío le haga daño; con trabajo soportan sus ojos la claridad del día: siente pesada la cabeza. Si padece alguna habitual dolencia, ésta despierta en él antes que él mismo despertara: vigilante como que le aguardase, pues aún no salido del todo de los limbos del sueño, cuando su enfermedad le dice al oído: héme aquí! Torpes se hallan sus miembros, como resortes gastados, y entra con trabajo en el pleno ejercicio de sus órganos; respirar, moverse, hablar, son otros tantos actos que no los ejecuta sin esfuerzo. Aun la resurrección de sus facultades no se efectúa por el pronto, pues renacen en él una tras de ótra: parece que sólo conoce la muerte, olvidando la vida.

Hé aquí, en verdad, dos espectáculos harto diferentes: risueño el uno como las auroras del vivir, sombrío el ótro como su temeroso y oscuro declinar.

Anciano, ¿quieres que tu despertar sea más plácido y hermoso que el del niño? Ello de tí depende únicamente. El niño, al despertar, sólo en sí piensa; tú, piensa en tus semejantes. Despierta el niño para jugar, para gozar, para ser feliz; los proyectos que forja para el día que comienza, son todos de placer y distracción. Tú, despierta á medi-

tar, á trabajar; despierta para sufrir pacientemente, y arregla en tu imaginación este nuevo día que Dios te concede en bien de la tranquilidad, y dicha y bienestar de cuantos te rodean. El niño tiene sólo por virtud el no hacer mal: que la tuya estribe en practicar el bien. A la verdad, nada conozco más hermoso, más poético y conmovedor que el himno dictado por el poeta al niño que despierta. Aquella figurita arrodillándose sobre el lecho al mandato de la madre, juntas sus manecitas que se ocultan entre las de la madre, y uniendo su débil voz al coro universal que glorifica al Creador, nos conmueve dulcemente y embelesa como la vista misma de la inocencia y la pureza. Pero, ¿qué pide á Dios en su plegaria? Le pide—harto conmovedora plegaria—salud para el enfermo, libertad para el preso, asilo para el huérfano, para el indigente pan (1).

¡Oh anciano! tú puedes todavía orar mejor y con más fruto. Pide á Aquel que tiene en sus manos las almas y el universo, pídele fervoroso que ponga en tu alma, que te dé la caridad que alimenta al pobre, la piedad que consuela al enfermo, el valor que quebranta las prisiones injustas, la paternidad que adopta al huérfano, y entonces, créeme, aún el himno del niño que despierta, no será tan hermoso, y plácido y magnífico cual la oración del anciano al despertar.

(1) Muchos de nuestros lectores conocerán la tierna y cristiana poesía del dulcísimo Lamartine, intitulada: "*Hymne de l'enfant à son reveil*."—Há muchos años la tradujimos, y de élla copiamos aquí las estrofas siguientes:

Da al enfermo salud, al pordiosero
El pan, que con clamores solicita;

Al huérfano infeliz techo y amparo,
Y libertad al que en prisión declina.

Al padre que tu ley teme y acata
Dale, Señor, Innúmera familia;
Y para que mi madre sea dichosa,
A mí ventura, paz, sabiduría.

Hazme bueno, Señor, aunque pequeño,
Como el ángel que veo cada día,
Cuando alegre despierto en la mañana,
Que ríe junto al lecho y de mí cuida.

Siempre desate la verdad mis labios,
Y resida en mi alma la justicia;
Dócil y temeroso tu palabra
Prenda en mi corazón y en él exista.

Que mis ruegos, Señor, á Tí se eleven,
Cual el humo de la urna que se agita,
Los ámbitos del templo embalsamando,
Por las ananas de un niño suspendida.

LA PEREGRINACION

A KEVLAAR.

TRADUCIDO DE H. HEINE.

I

La madre, inquieta y silenciosa, se deja estar en la ventana, en tanto el hijo permanece acostado en su pobre lecho.

—Guillermo, Guillermo, ¿no quieres levantarte para ver pasar la procesión?

—Madre mía, me siento tan enfermo, que no oigo nada, ni veo cosa alguna: yo sólo puedo pensar en mi muerta querida, y esto me despedaza el corazón.

—Levántate, hijo mío, iremos á Kevlaar. Toma tu libro de oraciones y tu rosario: la madre de Dios curará tu adolorido corazón.

Las banderas de la Cruz flotan al viento, se escuchan los sagrados cánticos con grave y majestuosa resonancia; la procesión recorre las calles de la gran ciudad de Colonia.

La madre y el hijo enfermo van también entre la abigarrada multitud, y ambos fervorosos cantan en coro:—“Gloria á tí, María”.

II

Nuestra Señora de Kevlaar está hoy ataviada con sus más ricos vestidos; tiene hoy día mucho que hacer, pues va á recibir una muchedumbre de enfermos y menesterosos.

Los enfermos preséntanle, á manera de ofrenda ó ex-voto, miembros del cuerpo humano forjados de blanca cera. Éste le ofrenda un pié, aquél unas manos, y así los demás.

Y al que ofrenda una mano de cera, la mano enferma quédale al punto sana, y al que ofrenda un pié de cera, el pié se le cura.

Muchos vinieron á Kevlaar con muletas, y ya los vemos saltar en la maroma; otros tocan ahora el violín á maravilla, y llegaron acá sin poder siquiera mover un sólo dedo.

La madre del niño enfermo tomó un cirio, con el cual forjó un corazón.—Llévalo, hijo mío, á la Madre del buen Dios, y ella pronto sanará tu mal.

El hijo, suspirando, tomó el corazón de cera, suspirando también lo colocó delante de la santa imagen; las lágrimas brotábanle á los ojos, en tanto que del corazón le brotaban estas palabras:

—“Gloriosísima María, sierva inmaculada y Madre de Dios, Reina y Señora del Cielo, oye mi queja.

“Yo vivía con mi buena madre en la ciudad de Colonia, la gran ciudad que por centenares cuenta iglesias y capillas á tí dedicadas.

“Junto á nuestra casa vivía la pequeña, la hermosa Margarita, con quien yo jugaba todos los días; ella acaba de morir.... María, aquí te traigo este corazón de cera; cúrame la herida de mi pobre adolorido corazón.

“Cúra mi harto adolorido corazón, y á grandes voces, por la mañana y por la tarde, cantaré con fervor:—Gloria á tí, María”.

III

El hijo enfermó y la piadosa madre dormían tranquilos en su alcoba. Llega de improviso la Madre de Dios, y entra callandito y de puntillas.

Se inclina sobre el lecho del enfermo; apoya suavemente la mano sobre el corazón de éste, sonríe dulcemente y al punto desaparece.

La madre vió todo esto como entre sueños, y vió más aún. Cuando salió de su letargo, oyó que los perros ladraban con fuerza en el patio.

Su hijo estaba allí, extendido sobre el humilde lecho, y estaba muerto; los rojos resplandores de la mañana reflejaban sobre sus pálidas mejillas.

La madre juntó piadosamente las manos, y piadosamente exclamó en baja voz:—“Gloria á tí, María!

EL CABALLERO OLAF.

I

Dos personajes, cubiertos con rojos mantos, se mantienen delante de la cúpula del templo; uno es el rey, el otro es el verdugo.

Y el rey dice al verdugo:—Imagino que concluirá esta ceremonia al comenzar el canto de los frailes; ten, pues, lista tu cortante hacha.

Se echan á vuelo las campanas, el órgano asorda los ámbitos del recinto sagrado, y el pueblo, en apretada multitud, sale del templo. En medio del abigarrado cortejo se hallan los recién casados, ostentando ricas vestiduras nupciales.

La novia es la hija del rey, y va triste, inquieta; pálida está como una muerta. Sire Olaf es el novio; camina sereno y con paso firme; en sus sonrosados labios vaga una plácida sonrisa.

Y sonriendo así plácidamente, dice al rey, que sombrío y taciturno se mantiene:—Suegro mío, con júbilo te saludo, aunque hoy debo entregarte mi cabeza.

Hoy ciertamente debo morir. . . . Pero, ¡ah! déjame vivir siquiera hasta la media noche, para celebrar mis bodas con un festín y alegres danzas.

¡Oh! déjame vivir, déjame vivir hasta que haya vaciado el último vaso de vino, hasta que la última

danza haya bailado Déjame vivir hasta media noche!

Y el rey dijo al verdugo:—Bien podemos hacer que se prolongue la vida de nuestro yerno hasta media noche. Ten, pues, lista tu cortante hacha.

II

Sire Olaf está sentado á la mesa del banquete de sus bodas; ya vacía el último vaso de vino. La esposa se reclina sobre su hombro y gime tristemente El verdugo se mantiene delante de la puerta.

Principia el baile, y Sire Olaf, abrazando á su bella y joven esposa, baila un arrebatado vals, y lo baila como que es la última danza, al siniestro claror de las antorchas El verdugo se mantiene delante de la puerta.

Lanzan los violines sus últimas agudas vibraciones; las flautas como que suspiran tristes y quejumbrosas; todos los espectadores tienen el corazón oprimido y angustioso viendo bailar á los esposos El verdugo se mantiene delante de la puerta.

Y en tanto que los convidados bailan en la resplandeciente sala, Sire Olaf murmura al oído de su bella esposa:—¡Oh! no sabes cuánto te amo! Cuán terrible frío deberá de hacer en la tumba!—

Y el verdugo se mantiene delante de la puerta.

III

¡Sire Olaf, Sire Olaf, es media noche! el

término ha llegado de tu vida! y la pierdes por haber seducido á la hija del rey.

Los monjes murmuran las plegarias de los agonizantes; el hombre del rojo manto aguarda, aguarda junto al negro tajo, armado de su hacha reluciente.

Sire Olaf ya baja las escaleras del palacio, y por donde va fulguran siniestras antorchas y lucen desnudas espadas.

Vaga una leve sonrisa por entre sus rosados labios, y abriendo su graciosa y sonreída boca, dice así:

—Bendigo al sol, bendigo á la luna y á todos los astros que esmaltan el cielo; bendigo también á las aves que pueblan de armonías el espacio.

Bendigo al mar, bendigo á la tierra, y á las flores que tapizan los prados; bendigo á las violetas, tan bellas como los ojos de mi esposa.

¡Desdichado de mí, que muero á causa de los bellos ojos de mi esposa, de esos ojos color de las violetas! . . . Bendigo también al agreste sitio embalsamado por las flores, donde por vez primera me juró amor eterno, me dió su amor mi adorada esposa

Y luégo el hacha reluciente y cortante del verdugo, quedó tinta en la sangre del caballero.

UN ASRA.

(DEL ROMANCERO DE HEINE).

La bella, la joven hija del sultán paséabase todos los días en los jardines de su padre. Ella, la hermosa joven, hacia la tarde, iba y venía todos los días cerca de la fuente saltadora, donde juegan y se alborotan las blancas aguas.

Todos los días, también al caer de la tarde, el gentil joven esclavo, se mantiene junto á la fuente saltadora, donde juegan y se alborotan las blancas aguas. De día en día perdiendo iba el color de su rostro, hasta que llegó á ponerse pálido como un muerto.

Una tarde se dirige la princesa con pasos lieros hacia el joven, llega y así le interroga:

—Esclavo, quiero saber tu nombre, y tu patria y tu tribu.

Y el esclavo responde:—Me llamo Mahomet, nací en el país de Yemmen, en Arabia, y pertenezco á la tribu de los Asra, de éstos que mueren siempre cuando aman.

LA CONDESA PALATINA.

Yuta, la condesa palatina, y su doncella cruzaban el Rhin, en una barquilla lijera, á la luz melancólica de la luna. Remaba la doncella, en tanto la condesa le decía:—“¿Por ventura, no ves aquellos siete cadáveres que nadando nos siguen? ¡Ah! y cuán tristemente nadan los muertos durante la noche!

“Fueron, no ha mucho, caballeros ebrios de amor y de ventura. Locos de pasión, cayeron entre mis brazos jurándome amor y fidelidad eterna. Y yo, para asegurarme de que jamás podrían quebrantar su juramento, los hice prender y ahogar al punto. . . . ¡Cuán tristemente nadan los muertos durante la noche!”

Rema la doncella, mas de súbito rompe la condesa en estrepitosa carcajada, que el eco de las vecinas montañas repite con tono lúgubre y burlón. Los cadáveres flotantes se enderezan dejando asomar hasta la cintura; hacen espantosas guiñadas con sus ojos vidriosos, y alzan las manos en ademán de prestar juramento. ¡Ah! cuán tristemente nadan los muertos durante la noche!

LOS NOVIOS PREDESTINADOS.

(DEL LIBRO DE LÁZARO DE H. HEINE).

Me miras, y lloras, y fantaseas que es mi desdicha lo que te hace llorar. ¡Mujer! tú no lo sabes; eres incapaz de comprenderlo! por tí, por tí misma tus ojos derraman esas lágrimas.

¡Oh! dime, dime por tu vida; ¿no ha tenido alguna vez tu corazón vaga sospecha, presentimiento súbito que te revelase que la voluntad de los hados nos había uno para otro destinado! Unidos, la suprema felicidad debía ser para nosotros; separados, ¡ah! separados, nuestra ruina era inevitable!

Escrito estaba en el gran libro del destino que debíamos amarnos. Estaba también designada aquí en mi pecho tu morada. Entre mis brazos habría de despertarse la conciencia de tu sér; y con mis caricias, y con mis besos, ¡oh! delicadísima flor! te habría librado de la torpeza de un sueño animal; mi aliento habría en tí inflamado la llama de las nobles pasiones humanas; te habría elevado hasta mí, alzado hasta la suprema vida . . . ¡oh! yo te habría dado un alma!

Ahora, cuando todos los enigmas se hallan declarados; ahora cuando la tenue arenilla acaba de deslizarse en la ampolleta; ¡oh! no llores, mujer; así debía suceder, no de otro modo. Yo me voy; pres-

to, muy presto me voy; y tú, ¡ah! tú, sola en el mundo, te marchitarás; sí, te marchitarás aún antes de desplegar todos tus encantos. Vas á apagarte, antes de haber sido inflamada; vas á morir, ¡estás ya muerta!..... y esto antes aún de haber vivido!

Ahora lo sé, lo comprendo todo. Sí, por Dios eterno, declaro que tú has sido la única mujer á quien he amado. ¡Suerte asaz amarga y harto cruel! La misma solemne hora en que se reconoce esta verdad, sea también la hora de separarse para siempre!.... las palabras de bienvenida son al propio tiempo palabras de adiós eterno!.... Hoy nos separamos, y nos separamos para siempre!.... ¡Ay! que para nosotros no existe ni la consoladora esperanza de volvernos á ver en otro mundo!.....

La hermosura tornóse en polvo....Luégo, muy luégo, tú también te desvanecerás, te perderás, en el ancho seno del vacío.....

Mas la suerte de los poetas es harto diferente: á ellos, los inmortales, los alzados, la muerte no será poderosa á aniquilarlos del todo. El aniquilamiento de esta baja tierra no se hizo para nosotros. Nosotros seguiremos viviendo en las altas regiones de la poesía, en la isla encantada de Analón, el país de las hadas.....

¡Adiós, adiós para siempre, hermoso cadáver!!

INQUIETUDES BABILONICAS.

La muerte me llama.—Yo quisiera, ¡oh, vida mía! dejarte en apartado bosque, en uno de esos bosques de pinos donde aullan los lobos, y los cárabos graznan; donde gruñe de una manera espantosa la hembra del jabalí salvaje.

La muerte me llama.—Fuera aún mejor, ¡oh, vida mía! que yo te abandonase en plena mar, cuando los fríos vientos del Norte solevantan las olas, y aparecen en las profundidades del abismo, con sus fauces entreabiertas, los tiburones, cocodrillos y todos los monstruos que duermen en esas simas.

Créeme, ¡oh, vida mía! créeme:—ni el mar turbulento y espumoso, ni las sombras del intrincado bosque, no son, con mucho, semejantes á la mansión donde ahora nos hallamos. Por horrorosos que sean el lobo, y el cárabo, y el jabalí y todos los monstruos marinos, París sustenta bestias todavía más repugnantes y furiosas.—París, la espléndida, la risueña capital del mundo; París que canta y que baila; París, el hermoso París, infierno de ángeles y paraíso de demonios.... Pensar que yo debiese dejarte sola aquí... ¡ah! esta sola idea me trastorna la cabeza, me vuelve loco!

Moscas negras, fatídicas revolotean al rededor de mi lecho con burlón zumbido; ora se posan sobre mi nariz, ora sobre mi frente.... ¡presagio fatal! Algunas de ellas tienen caras como de hombres,



ótras tienen trompas como de elefantes, á la manera del dios Ganesa de los Indios. Escucho dentro de mi cerebro un ruido á manera del que produce el trasteo de muchos muebles. Me parece que alguien, allí dentro, apareja su maleta de viaje; y que mi alma—¡oh, Dios mío!—que mi pobre alma va á partir aun antes de que yo mismo me partiese!!

REMINISCENCIAS.

I

¡Cuán lentamente se arrastra éste, como horrible limaza, que llamamos tiempo! Y yo, entretanto, yo permanezco aquí, inmóvil y sin cambiar nunca de sitio.

En mi oscura alcoba no penetra ni un rayo de sol, ni un destello de esperanza. Sí, sobrado lo sé: dejaré esta fatal morada únicamente para ser llevado al cementerio.

Acaso yo no muera sino después de largo tiempo; quizá no son más que espectros aquellos fantasmas que, durante la noche, pasean dentro de mi cerebro en abirragada procesión.

Pudieran ser quizá las sombras de la gran cetera de los dioses paganos, quienes de grado han escogido el craneo de un poeta difunto para dentro de él tener sus jolgorios.

Y á la mañana siguiente prueba, y prueba siempre, la pálida mano de un cadáver á describir esta dulce y loca orgía, esta nocturna bacanal.

II

Yo las miré reír, yo las miré sonreír, y luego caer las ví en el profundo abismo. Y oí sus sollozos y el estertor de la agonía, y presencié tan terrífica escena sin conmoverme.

Seguí, en traje de duelo, entre el cortejo fúnebre, hasta el cementerio; después.....no lo quiero ocultar; después, no lo ocultaré: comí con excelente apetito.

Pero hoy, ¡cuán tristes pensamientos me saltan! Pienso con toda la amargura de mi alma en aquella muchedumbre de amigas muertas mucho tiempo há. Un amor inflamado de improviso enciende insólitas llamas en mi corazón.

Vienen á mi memoria, sobre todo, las tiernas lágrimas de Julieta. El hondo pesar de haberla perdido, tórnase en encendido deseo, y día y noche la llamo tiernamente.

En ocasiones se me presenta aquella flor marchita, en el delirio de la fiebre; y siento que mis fuerzas se restauran, como si ella diese un alimento póstumo al fuego de mi amor.

¡Oh visión peregrina! estréchame entre tus brazos! Fuerte, más fuertemente aún! imprimé tus la-

bios en los míos, y así endulzarás la amargura de mi hora postrera!

III

Fuiste una niña gentil, casi divina, de ojos grandes y negros; tan graciosa, tan atractiva, pero al propio tiempo, tan fría! Vanamente esperé yo que llegase la hora en que se ábriera tu corazón para dar ancha salida al entusiasmo.

Pero el entusiasmo de aquellas cosas sublimes é inefables, que el sentido vulgar y la prosa baladí estinian en bien poco; ése que simpatiza con cuanto noble y alzado, bello y bueno hay en el mundo, y que fraterniza con cuanto arde, y sufre y dolorosamente se desangra.

Bien lo recuerdo: en otro tiempo íbamos juntos por las orillas del Rhín, junto á las veredas cubiertas de viñas en las tardes del estío. El sol reía; del amoroso cáliz de las flores se exhalaban embalsamados perfumes.

Los purpurinos claveles y las rosas nos enviaban sonrosados besos que ardían como llamas; y en la más humilde margarita como que se extinguía una existencia del todo ideal.

Y tú, entre tanto, tranquila caminabas junto á mí, ataviada con tu saya de blanco raso, casta y hermosa como las imágenes de los niños que pinta el pincel de Netscher. Tu corazón, dentro de tu seno, se mantenía como un pequeño ventisquero.

IV

Delante de los consejos de la razón, has sido absuelta de todo en todo. El fallo absolutorio contiene estas únicas palabras:—La atractiva, la graciosa niña nunca ha violado una promesa, ni con palabras, ni con acciones.

Si, ahí estabas; pero muda é inmóvil yo te veía, en tanto me devoraban activas, locas llamaradas. Es lo cierto que, aunque no atizabas el fuego, ni murmurabas palabra, mi corazón se vió forzado á condenarte.

Todas las noches, en mi intranquilo sueño, se alza una voz acusadora, y clama doliente y se queja contra tu mala fe y sostiene que me has arruinado.

Y esa voz trae sus pruebas y presenta sus testimonios y quiénes depongan; y siempre, al venir de la mañana, desaparece la acusadora, al propio tiempo que mi sueño.

Y esa voz acusadora, con todo su cortejo, viene á refugiarse en el fondo de mi corazón. ¡Ah! sólo una cosa me queda pertinaz en la memoria: ¡la evidencia de que tú me has arruinado!!

V

Tu carta ha sido para mí á la manera de esos relámpagos de tempestad que súbitamente iluminan la tenebrosa noche de un abismo. Ella me ha manifestado, con espantosa claridad, cuán profunda es mi desgracia! cuán horriblemente profunda!

Paréceme que te veo... sí, allí estás, sobreco-
gida de espanto y trémula y muda de compasión.
¡Tú, que en el desierto de mi pobre vida, te mante-
nías así, quieta y silenciosa como una estatua!...
Sí, bella eres como el blanco mármol; pero fría tam-
bién como el mármol!...

¡Oh Dios mío, Dios mío! ¿será menester que yo
sea tan desdichado?... Mas ella intenta hablarme;
prueba á hacerlo, y lágrimas copiosas brotan de sus
ojos: ¡hasta la dura piedra de mí se compadece!!

Pero lo que he mirado ahora, me ha postrado;
más aún: me ha estrangulado!... ¡Tú también, Tú
también, compadécete de mí, Dios mío, dame tu re-
poso eterno, y acábase por fin esta espantosa tra-
gedia!!

EN EL MAR DEL NORTE.

(DE H. HEINE.)

LA NOCHE EN LA PLAYA.

Está fría la noche y sin estrellas; el mar inquieto, y sobre el mar el sordo viento del norte, al modo que lo hiciera un viejo regañón, habla con voz gemebunda y misteriosa, y cuenta locas historias, cuentos de gigantes, antiguas leyendas llenas de combates heroicos, y, por intervalos, como que ríe y aulla á la vez, y todo aquello con tanta alegría feroz, con tanta

burlona rabia, que los blancos hijos del mar saltan al aire y lanzan gritos de contento.

En la playa, entretanto, allí sobre la arena donde la marea ha dejado su humedad, se adelanta un extranjero cuyo corazón está aún más agitado que el viento y que las olas. Por donde quiera que camina, hace con los piés saltar chispas del choque de las conchas; va cubierto de un manto gris, y camina con paso rápido, en medio de la noche y del viento, guiado por una lucecilla que tenuemente brilla en la cabaña solitaria del pescador.

Padre y hermano están en el mar, y sola del todo ha quedado en la cabaña la hija del pescador, con su hermosura que enajena dulcemente. Sentada está junto al hogar, escuchando el sordo chisporroteo de las ramas y el lento hervor de la calderilla. Arroja pequeñas ramas y luégo sopla, de suerte que los rojos resplandores se reflejan mágicamente en su rostro virginal, y sobre sus medio desnudos hombros que, blancos y deliciosos, asoman por entre su tosca camisa, y sobre la diminuta mano que sujeta el zagalejo que cierra su cintura.

Mas de improviso la puerta se abre, y el nocturno extranjero entra en la cabaña; lanza una mirada dulce y penetrante sobre la hermosa y blanca niña, que temblorosa se mantiene en su presencia, semejante á un lirio asustado. El caballero echa á tierra su capa, sonrío y dice:

—Ya lo ves, hija mía, que sé cumplir mi palabra, pues he regresado, y conmigo vuelven también

los antiguos tiempos en que los dioses del cielo se acercaban á las hijas de los hombres, y con ellas engendraron aquellas razas de reyes que llevan cetro, y aquellos héroes, del mundo maravilla.—Así, pues, mi querida, no te asuste mi divinidad, y hazme preparar, te lo ruego, un té bien caliente con delicioso ron, porque fuerte sopla el cierzo en la playa, y, en noches como ésta, también nosotros, con ser dioses, sentimos frío, y podemos coger un divino reumatismo y una tos inmortal.

EN EL CAMAROTE, DURANTE LA NOCHE.

Contra la azulada bóveda del cielo, donde fulguran bellísimas las estrellas, quisiera posar mis labios con ardiente beso y derramar torrentes de lágrimas.

Son esas estrellas los ojos de mi bien amada; escintilan y me envían mil cariñosos saludos, desde la azulada bóveda del cielo.

Hacia la azulada bóveda del cielo, hacia los ojos de mi bien amada, alzo devotamente los brazos, y ruego é imploro.

Ojos dulcísimos de atractiva lumbre, dad á mi alma la dicha, haced que yo muera, y que yo os posea, á vosotros y á vuestro cielo juntamente.

Arrullado por las olas y mis sueños, tendido sosegadamente me encuentro en mi camarote.

Al través de la abierta ventanilla, miro allá arriba las claras estrellas, dulces y adorables ojos de mi bien amada.

Y esos dulces y adorables ojos velan sobre mi cabeza, y brillan y pestañean desde lo alto de la azulada bóveda del cielo.

Durante largas horas contemplé dichoso la azulada bóveda del cielo, hasta que de improviso una espesa bruma me robó aquellos dulces y adorables ojos.

Contra la dura tabla donde se apoya mi cabaza soñadora, vienen á golpear las olas, las furiosas olas; allí se quiebran y murmuran á mi oído:—“¡Pobre loco! tu brazo es corto, y está el cielo tan distante, y las estrellas se hallan firmemente clavadas allá arriba con clavos de oro! . . . Vanos deseos, inútiles clamores! . . . Cuánto mejor harías en dormirte!”

Me soñé en una tierra desierta y estéril, toda cubierta de nieve blanquecina, y bajo la blanquecina nieve me hallaba enterrado, y dormía el frío sueño de la muerte.

Entre tanto, de allá arriba, de la sombría bóveda del cielo, las estrellas, esos dulces ojos de mi bien amada, contemplaban mi tumba, y los dulces ojos brillaban con victoriosa y plácida serenidad, pero llenos de amor.

DE LOS NOCTURNOS DE H. HEINE,

SUEÑO FATÍDICO.

Cierto: un sueño muy extraño me sobrevino; sueño que encantándome me asustaba al propio tiempo. Muchedumbre de lúgubres imágenes flotan aún delante de mis ojos haciendo estremecer mi corazón.

Era un jardín de belleza prodigiosa, y yo, alborozado, en él paseábame. ¡Cuántas flores hermosas me miraban! y yo, con cuanta alegría también las miraba.

Pájaros había que ensayaban sus tiernas melodías. Un sol resplandeciente reverberaba en un éter de oro coloreando la abigarrada grama.

El aire plácido y perfumado; todo era luz, y colores, y sonrisas; todo convidada á gozar de magnificencia tan peregrina.

En medio del jardín ostentábase una linda fuente de níveo mármol. Allí miré á una hermosa niña que lavaba un blanco lienzo.

Mejillas sonrosadas y ojos azules; rostro al cual servían de marco blondos y rizados cabellos. Como yo la mirase embelezado, comprendí que era para mí extranjera y harto conocida al propio tiempo.

La hermosa niña se daba prisa para concluir su obra, cantando este airecillo peregrino:—"Corre, co-

re adormida, agua pura de la fuente; lávame, lávame este cendal de blanco lino”.

Acerqueme á ella y preguntéle en baja voz:—
“Dime, graciosa y dulce niña, para quién es ese blanco paño?”

Y al punto me respondió:—“Prepárate, que estoy lavando tu sudario de muerto”.—Y al punto que pronunciara estas palabras, desaparecieron la niña y el panorama que me rodeaba.

Me hallé trasportado, como por encantamiento, al fondo de una oscura selva. Alzábanse los árboles hasta el cielo, y yo, todo inquieto y sorprendido, meditaba, meditaba.....

Mas, ¿qué escucho? qué sordo y distante ruido llega á mis oídos? es á la manera del que produce un hacha por robusto brazo manejada. Corro al través de los arbustos y malezas, y llego á un campo abierto y extendido.

En medio de ese campo se alzaba una corpulenta encina, y,—cosa extraña,—la misma hermosa niña, que en antes se me apareció, bregaba por derribar á golpes de hacha el grueso tronco de la encina.

Y golpe tras golpe, vibrando su luciente hacha, cantaba este airecillo peregrino:—“Fúlgido acero, fúlgido acero, derriba pronto el tronco para labrar sólidas tablas”.

Acerqueme á ella y preguntéle en baja voz:—

“Dime, graciosa y dulce niña, ¿para qué cortas ese tronco de encina?”

Y al punto respondiome:—“Urge el tiempo, estoy construyendo tu féretro”.—Y así que pronunciara estas palabras, desvaneci6se cuanto me rodeaba.

A lo largo y á lo ancho se extendía un terreno estéril, de un blanco ceniciento. No me daba cuenta de lo que me había acontecido, y me mantuve inm6vil y tembloroso.

Y como yo vagaba al acaso, columbré un objeto blanquecino; corrí hacia él, y he aquí que reconozco una vez más á la hermosa niña.

Hallábase inclinada hacia el suelo, ocupada en cavar la tierra con una piqueta. Me acerqué lentamente para mirarla: era á la vez un objeto que embelesaba y asustaba.

La hermosa niña, en tanto que con prisa cavaba, este peregrino cantarillo modulaba:—“Piqueta mía, piqueta mía de cortante acero, cava pronto una fosa larga y profunda”.

Y como me acercase á ella, preguntéle en baja voz:—“Dime, pues, ¡oh, dulce y bella niña! ¿qué significa esta fosa?” Y al punto me respondió:—“No os inquietéis, la fosa que estoy cavando es vuestra propia tumba”.—Y en tanto la bella niña hablaba así, ví que se abría la fosa ancha y profunda.

Y al mirar aquella fosa, un violento temblor de mí se apoderó, y me sentí impelido á la tenebrosa noche de la tumba!

LA BODA.

PESADILLA ROMÁNTICA.

¿Por qué se agita mi sangre y se subleva? Por qué con extraño y furioso ardor mi sangre se inflama? Siento que ella fermenta, que hierve; que mi corazón se halla cogido de furioso ardor.

Mi sangre hierve y se agita: es que tuve anoche un sueño horrendo, terrible pesadilla. El hijo aciago de la noche me visitó, y luégo con violencia trasportóme á cierto paraje para mí desconocido.

Era una hermosa casa donde resonaban los sonos armoniosos del piano, violines y otros instrumentos músicos, y donde todo resplandecía á la luz de las antorchas y bugías.

Yo entré al salón.

En él se había dispuesto de antemano una suntuosa comida de boda; muchos convidados hallábanse alegremente sentados al rededor de una mesa.

Busqué con mis miradas á la novia, y cuando la miré.....—¡oh, sin igual desdicha!—la novia era mi bien amada!!

Sí, ella misma, ataviada con la corona nupcial. El esposo era un extranjero á quien yo no conocía. Como aturdido y loco fuí á colocarme tras el puesto de honor que ocupaba la novia. No sé darme cuen-

ta cómo pude mantenerme del todo tranquilo en este sitio.

Resonaron nuevamente las armonías de la música; y yo me mantuve tranquilo, puesto que aquella explosión de alegría acongojaba, mataba mi alma. La felicidad se ostentaba en los ojos de la novia; el venturoso novio le estrechaba una de las manos.

Llenó el novio su copa, y después de haber humedecido en ella sus labios, presentóla cortesmente á la novia; ella se lo agradeció con una sonrisa, y bebió..... ¡Oh, desdicha sin igual! aquel vino rojo que bebía era mi propia sangre!

Tomó luego la novia una hermosa manzana, y se la presentó graciosamente á su novio. Este cogió el cuchillo y dividió la manzana.....! Oh desdicha sin igual! era mi corazón lo que partía!

Observé que se miraban con ojos lánguidos y dulces; un subido carmín coloraba el rostro de la novia. Entonces el novio abrazóla resueltamente y depositó un beso en la sonrosada mejilla..... ¡Oh, desdicha sin igual! la helada muerte también besó mi faz!

Yo sentía seca y trabada la lengua: era como un trozo de plomo que tenía dentro de la boca; no podía, pues, articular palabra.

El piano y otros instrumentos músicos tornaron á ensordecer los ámbitos del salón. Principió la danza, y la hermosa pareja danzaba también, confundándose entre la muchedumbre de danzantes.

Y en tanto que yo permanecía inmóvil, anhelante y mudo, los alegres danzantes giraban á mi redor en vertiginosos remolinos. Observé que el novio murmuró no sé qué palabras al oído de la novia; ella se ruborizaba, pero sin mortificarse.

Furtiva y calladamente se separaron de entre la turba y ganaron la puerta del salón. Quise seguirles, pero eran mis pies como de mármol; mi pecho se rompía, el dolor me petrificaba.

Me petrificaba el dolor. Con todo, yo no sé cómo pude arrastrarme hasta el umbral de la cámara nupcial. Dos ancianas, hoscas y harapientas, permanecían acurrucadas junto á la puerta.

Y conocí que la úna era la muerta, la locura era la ótra. Tenían puesto un dedo descarnado sobre la boca sin labios. Yo bregaba por entrar, y me ahogaba y desfallecía; finalmente me desaté en ruidosa carcajada, y risa tan estruendosa me despertó.

LOS DOS GRANADEROS.

ESCRITO EN 1816.

Dos granaderos de la guardia encaminábanse á Francia. Habían permanecido prisioneros largo tiempo en Rusia. Y cuando llegaron á nuestras campiñas de Alemania, inclinaron dolorosamente la cabeza.

Pues aquí supieron que Francia había sucumbido, que el valiente y grande ejército estaba destruido y prisionero el Emperador.

Con tan tristes nuevas los dos granaderos pusieronse á llorar. Y dijo uno de ellos:—¡Oh, cuánto sufro! mis antiguas heridas se renuevan, y siento que mi fin se aproxima.

Y el otro dijo:—“Todo está acabado! Y yo también harlo deseo morir. Pero allá lejos, en la Patria, tengo mujer é hijo, quienes perecerán sin mí.

—¡Qué me importan mujer é hijo! Si tienen hambre, que pidan limosna de puerta en puerta. Otros cuidados me atormentan. ¡El Emperador, el Emperador prisionero!

—Camarada, escucha mi pedido: Si muero aquí, lleva mi cuerpo contigo, y sepúltalo en tierra de Francia.

Me colocarás sobre el pecho la cruz de honor con su cinta roja; pondrásme el fusil en la mano y ceñirásme la espada al cinto.

Así, como un centinela, quiero permanecer en mi tumba, y esperar el día en que retumbará el estampido del cañón y el galope de los caballos.

Entonces el Emperador pasará á caballo sobre mi tumba, en medio del redoblar de los tambores y del chasquido de los sables; y yo, yo entonces, saldré de mi tumba, así armado, para defenderle, á él, al Emperador, al Emperador!

TRAGEDIA,

*Out, out, brief candle!
Life's but a walking shadow.....
Signifying nothing.*

Te apagaste al fin, luz de mí vida!
¿Qué será la vida ya sino una som-
bra..... llena de ruido y de furia,
y que nada significa?

SHAKSPEARE—MACBETH—
act. V—scene V.

I

Hay secretos misteriosos en este horrible juego de la humana vida, que nos llevan á creer en cierta disposición anticipada de nuestros actos y sucesos no efectuados aún, prósperos ó adversos, á cuya influencia nunca podemos sustraernos. Como que el alma présaga conoce y entrevé con anticipación lo que nos sobrevendrá. Y tanto es así que, de mí sé decir, que en ocasiones, he sabido lo que debía acontecerme mucho antes de que el hecho se realizase.

Esas tristezas y desfallecimientos que, sin causa conocida, nos acometen de sobresalto; esos anhelos íntimos y vagos de cosas intangibles, que parece como que estuviesen fuera del mundo corporeo; ese

deseo activo y grande de sustraernos á lo que viene á entristecernos, son á manera de prenuncios que nos notifican de algo extraño, doloroso ó grande que ha de sobrevenirnos próximamente. ¿Quién no ha sentido alguna vez la influencia del misterioso encadenamiento de las leyes del espíritu y de la materia, presintiendo aquél y temiendo ésta la realización de lo que está á punto de acontecer?

Tal consideración me saltó á la mente al querer narrar el trágico y lamentable suceso ocurrido con un joven de gran sensibilidad é ingenio, quien, por lo mismo, fué cual pocos desdichado (1). El hombre inteligente y sensible debe renunciar á la felicidad aquí en el mundo: en el mundo sólo hallará argumentos para padecer y nunca para gozar y ser dichoso. La sensibilidad es el verdugo de la existencia, y el ingenio, ¡ah! el verdadero ingenio, no tiene razón de ser en los términos del siglo XIX á que, no sé á la verdad, si por dicha ó desdicha hemos alcanzado.

II

Ricardo era hombre en quien, más que los años, los duros padeceres de su vida, le daban semblante de hombre provento. ¿Quién ignora que el padecer á la continua postra y envejece el cuerpo, si bien es cierto que pone al alma apta para aspirar á grandes cosas? Apenas contaba treinta años de edad, y ya precoces arrugas sombreaban su espaciosa frente en

(1) Esta relación no es, como pudiera creerse, pura invención; el suceso ocurrió no ha mucho tiempo, y quien lo refiere fué testigo de algunos de los hechos relacionados.

que alentaba el genio. Decirse pudiera que había vivido mucho, si se cuentan sus padeceres; porque los días se cuentan por años para aquel que, con el corazón quebrantado por el desengaño, vive en un piélago de tempestades y dolores.

De manera insidiosa había el amor penetrado hondo en el alma de Ricardo, solevantando en ella huracanes y tempestades. Presa de dolorosos combates, largo tiempo comprimidos, estalló por fin la pasión, activa, vehemente, que por término le trajo desolación y grande ruina. La ruina física y moral que en él se observaba, ponía espanto en el ánimo de sus amigos. ¡Cuánto y cuán de veras le compadecían!

Cuando con pasión profunda y persistente se ama cuando ésta nos domina y señorea en nosotros, ni la reflexión, ni el talento, ni la voluntad son bastante poderosos á acallarla. En este estado de ánimo, cuanto vemos y nos rodea nos conmueve y exalta, pues todo lo referimos al único sér que nos ocupa y subyuga. La luz y la sombra; cierta melodía que, de atrás, nos es conocida; un acento, una mirada, una sonrisa, todo, todo es argumento para trasportarnos de gozo ó para solevantar en nuestro pecho tan cru- das borrascas cual nunca las conociera el Océano.

Es lo cierto que el hombre que ama es esclavo: entregó de grado su albedrío, su voluntad, y sólo tiene amor y en él existe en regiones ideales de poesía y de esperanza. El amor es origen y término de todo lo excelso y grande que se concibe, y á él concurren todas nuestra ideas y aspiraciones; aspiraciones vagas y melancólicas que agitan el alma por la posesión del bien que anhela.

III

Y sucedió que Ricardo amaba apasionadamente á una mujer joven y hermosa. Y cuando se ama de veras, sólo se vive en amor y por amor: esclavitud tiránica que de grado, y aun contentos, sobrellevamos.

Todo dejó, todo lo olvidó, consagrado exclusivamente á amar á aquella mujer que debía ser, no muy tarde, causa de gran infelicidad para él. Y cuando se ama de esta manera, cuando el *imposible* nos cierra el paso destruyendo toda esperanza de felicidad según el mundo, se dan dentro de nosotros tremendos combates entre el deber y la razón y la propia invencible inclinación que nos fuerza á querer ser dichosos por un acto que la sociedad considera criminal. Combate desigual y monstruoso en que el vencimiento es la muerte de la ansiada felicidad á que aspiramos, y en que el triunfo es el remordimiento y la vergüenza, porque es esa misma felicidad alcanzada por la deshonra: es la fruición de la dicha, pero acibarada por la culpa.

Algunos años habían corrido, y apesar de los peligros, y contradicciones y dificultades, se amaban callada pero profundamente, y se veían á menudo, y renovaban sus mutuos juramentos de eterna fidelidad.

Pero—¡inestabilidad de los humanos afectos!—sobrevino un cambio inesperado: el corazón de aquella mujer se había mudado, y resolvió ausentarse para romper los lazos que á Ricardo le ataban. Cierro que no hay crueldad comparable á la de la mujer

que ha cambiado el afecto profundo en indiferencia mil veces preferible sería que en su seno alentase odio implacable: el odio es al menos recordación.

Y fué de noche. Ricardo, como solía, se encaminó á casa de su amada. Entra de improviso, y ella contesta á su saludo friamente. Ricardo permanece de pié, mudo, tembloroso. Sucédense momentos de silencio pavoroso, que es casi siempre precursor de alguna catástrofe.

Algo extraordinario y grande se agitaba en aquellos dos corazones, y sombras de muerte vagaban en derredor del aposento.

El amante rompió aquel pavoroso silencio, con voz enronquecida por la emoción le dijo:

—Con que, ¿será cierto, como me has escrito que estás resuelta á abandonarme?

—Irremediablemente, le contestó con frío acerto; mañana parto de aquí. Estoy cansada, hastiada de esta vida llena de sobresaltos y temores Vivir como hasta aquí me es imposible.

—No hay tal cosa! lo cierto es que mi amor cansa ya; que buscas otras impresiones, en fin, que ya no me amas!

—Sea, pues, como lo crees, replicó con marcado acento de disgusto.

Un rayo que de sobresalto hubiese caído á los pies de Ricardo, no le habría causado la impresión que aquellas palabras.

—¡Sí, porque ya me aborreces! Oye: de muchos días atrás vengo notando en tí un cambio funesto. Cuando vengo á verte, ya no me recibes con el cariño que en antes, y permaneces fría, silenciosa, porque ya me aborreces.

—Son aprensiones, replicó ella; aunque todavía te amo, es menester que esto acabe al fin tu amor ha de acabar un día, que quizá no tardará: quiero, pues, anticiparme á ese día.

—¡Jamás! le interrumpió Ricardo. Mil veces te he jurado amarte mientras viva. Te acuerdas, cuando enfermo y casi en agonía, besaba tu mano con mis labios abrasados por la fiebre. Te acuerdas pero para qué decirlo! bien sabes que entonces sólo pensaba en tí, y que tu nombre balbuceaba como una plegaria en tan supremo instante Bien sabes que por tí he dejado todo, todo, y que vivo solamente por tí y para tí.

—Sin embargo, te pido que me olvides, que vivas para tu familia y tus amigos, y les devuelvas el cariño que yo les he robado ¿No es razonable lo que pido?

—Pudiera ser pero yo sé decirte que únicamente la muerte podrá separarnos!

IV

¡Qué horrible contraste el de la voz burlona y ademán indiferente de aquella mujer con el intenso dolor que había penetrado hasta donde es posible en el corazón de Ricardo!

—Conozco en todo su horror, balbuceó éste, que las expresiones de tu ternura de otros días eran falsas y estudiadas; que la impaciencia que te dominaba, y que no podías sin esfuerzo ocultármela, provenía de que ya no me amabas. ¡Oh! á quién ama con pasión ardiente no es posible ocultar la mudanza ni el desvío por largo tiempo! Yo presentía que mi ruina se acercaba. ¿Ignoras lo que es amar intensa y apasionadamente? No imaginas qué infernal tormento es, después de haber confundido la propia existencia en ótra, ver desvanecerse, acabarse el más hermoso y santo de los sentimientos; ver descacer, y agonizar y morir el pensamiento de todos los días, de todas las horas, de todos los momentos, y amarrado fuertemente á ese amor que se creía lleno de vida y de esperanza, dar al fin con que todo fué fingido y estudiado? ¡Ah! dime, por Dios, ¿existirán más profundas agonías?

Y vacilaba como el que se halla entre el deseo y el peligro, entre la zozobra y la esperanza. Su pecho palpitaba con violencia, y sus labios temblaban con febril exaltación. Por fin, después de silencio prolongado, pudo continuar con voz entrecortada por la emoción :

—¡ Si supieras cuánto has sido para mí! Si supieras que has sido luz que ha alumbrado mi camino, mi inspiración y entusiasmo y el único objeto y centro de vida. Yo no te podré decir, pero has sido. todo, todo para mí.

Y ahora. dejarme, y para siempre, y así fría indiferente. ¡ Oh! yo no lo podré soportar!

Te juro que así que hayas partido, mi alma habrá abandonado, por mi propio querer, este miserable cuerpo!

— ¡Oh! no digas tal cosa! repuso ella. Míralo bien: será mejor que nos separemos como buenos, como antiguos amigos. ¿Qué te parece?

— Sí, dices bien: será mejor que nos despida, mos como amigos. Mas, por última vez siquier, ven á mi lado. Sabes que has sido la única mujer á quien he amado. Por tí hasta la muerte me será gozo inefable. Ven, acércate á mí.

Y la trajo á sí con mano convulsiva, y la sentó á su lado.

Después de contemplarla como enagenado; de acariciarla y besarla en la frente y en los ojos, le dijo:

— Cuanto soy y tengo, y más que tuviera, daría por tenerte siempre así, tierna, palpitante, y recibir luz de tu mirada y apagar mi sed de amor en tus labios.

Ricardo pretendió besarla segunda vez; ella se defendió bruscamente, y apartándose le dijo:

— Es tiempo de que te marches.

— No todavía, por Dios!

— Pero es preciso, y nos despedimos para siempre. Adiós!

Y ganó la puerta con presteza, dejando á Ricardo solo.

V

Sabido es que la pasión sobrecitada no se detiene ante ninguna locura, ni considera el peligro por grande que fuese. Ricardo tenía el cerebro abrasado, su fisonomía causaba miedo.

¿Dónde hallar frases que traduzcan fácilmente el caos de desesperación y de dolor que se arremolinó en el alma tenebrosa de Ricardo? La congoja de la agonía, el gemido hondo y prolongado que el corazón desgarró, son supremos dolores que sólo pueden sentirse, pero que no se describen.

VI.

En aquella fatal noche se oyó el disparo de una pistola en el cuarto de Ricardo; al ruido que produjo acudió la familia de éste. El cuerpo del infeliz suicida se retorció horriblemente sobre el pavimento: la cabeza estaba destrozada, y aún tenía el arma en la mano!.....

En este momento sonaban las diez en el campanario del monasterio vecino.

HAMBRE Y MISERIA.

¿Habéis pensado vosotros alguna vez lo que son las lágrimas de un niño que pide pan, al caer sobre el corazón de una madre?.....

Lote de la triste humanidad es el dolor, que nos recuerda su funesta caída; nadie puede sustraerse á su absoluto dominio, nadie alcanza á evitar su negra influencia. Veámoslo por hoy en una de sus faces, quizá en la manifestación más lastimosa y patética en que podemos contemplarlo.

Locke, profundo pensador y gran filósofo, afirma que el dolor del hambre es el más cruel de los dolores; de aquí deducimos que la muerte de hambre debe necesariamente ser la muerte más atroz y dolorosa.

Yo he visto en cierta ocasión y en una grande capital, un muerto de hambre; la víctima era joven y forastera en el lugar, y supe los antecedentes de tan lamentable suceso, y lo que entonces ví y sentí, nunca podría expresar.

Pero sin ir tan lejos, decidme, quienes quiera que seáis los que este escrito leáis, ¿podriais contem-

plar insensibles y como atrincherados en vuestro egoísmo, al niño, al anciano, á la mujer enhambrécidos? Permaneceriais indiferentes á la vista de un vuestro hermano, harapiento y aterido, ó sepultado en un lecho de dolor? ¡Oh! nó; no lo podréis, aunque queráis parecerlo! lo que tenéis de humanos os condenará.

Pues bien, venid ahora conmigo. Penetremos en la morada de esa familia que, como forastera y extraña en el lugar, no cuenta con el apoyo y solicitud de un amigo siquiera, para matar el hambre, desde que consumió su último recurso.

¿No observáis que la desgracia reina en esta pobre y oscura morada, en que se albergan la más profunda miseria, la desolación más espantosa? Los días son inmensamente largos para los desdichados que allí moran: son días sin pan, días en que no se prende lumbre en el hogar!

Vosotros los opulentos y regalados, que coméis bien y dormís mejor, que vivís en un mundo aparte, por así decirlo; que sólo cuidáis de vestiros y distraeros; que cerráis las puertas de vuestra casa y de vuestro corazón, la primera para evitar la presencia de los importunos que obstinadamente os piden, la segunda por ver de no alterar vuestra simulada quietud, teneos, no paséis adelante: vosotros no conocéis esta suerte de desgracias, no queréis conocerlas!

Y vosotros también los que vivís entregados al tráfago de los negocios del mundo, cuya sed de oro nunca se sacia; que no reconocéis las deudas del corazón; que rechazáis los lazos que os atan á la huma-

nidad volviéndoos solidarios de sus flaquezas y de sus privilegios; vosotros, excepción chocante, porción rastrera y deshonrosa de los hombres, quedaos en el umbral: lo que vierais, acaso os repugnaría sin sensibilizaros

Pero vosotros los humanos y compasivos, los que tenéis corazón y lágrimas, venid, venid. Mirad allí niños ternezuelos de rostros enjutos y enflaquecidos miembros, mujeres jóvenes y ancianos abrumados por tamaña miseria, y un hombre, todavía joven, entre ellos: es el padre de la familia, que sufre centuplicados tormentos, porque sufre y padece por todos.

¿Sabéis lo que pasa? Pues si no lo sabéis, oídlo:—Aquel desventurado padre, que salió por la mañana, ha regresado á la casa ya bien entrada la tarde. Se ha agitado, ha tragnado todo el día por la ciudad. ¿Qué lleva á los suyos que tan impacientes le aguardan? ¡Infeliz! su diligencia y fatiga han sido inútiles; sus manos y bolsillos vuelven vacíos, y ha perdido toda esperanza de hallar remedio á su infortunio.—*¡Nada! absolutamente nada!*—exclama sollozando, y ese *¡nada!* repetido tristemente por todos, encierra la inmensidad de una desdicha sin remedio, mucho de la angustia y paroxismo del que va á espirar!

Y el pobre padre se tira por allí, como aturdido y pasmado de tan grande abandono y desventura

¡Crueldad y pequeñez de los humanos! sólo ha encontrado indiferencia; quizá palabras desnudas de piedad. Ciertó: las sensaciones profundas, los ín-

timos dolores son indescriptibles, y este hombre, mudo y desatentado por la intensidad del sufrimiento, no ha podido explicarse delante de aquéllos á quienes se ha acercado, y ha vuelto sin esperanza
¿Y habrá quien niegue que en la vida se pasan tragos de amargura tan acérrima, que postran el cuerpo y abaten el espíritu?

Convenceos: el hambre, la miseria que no mendenigan, que se ocultan debajo de una levita negra, como alguien quizás lo ha dicho ya, es en ocasiones más digna de compasión que la que se cubre con los harapos del mendigo.

En el silencio y pavoroso continente del padre, conoce la madre cuanto en él se pasa, y este sér tan débil y sensible, tiene fuerzas para levantar el ánimo del esposo con tiernas esperanzadas palabras, que la madre únicamente encontrar sabe:—“Esperemos á mañana, dice; el buen Dios que sustenta á las aves del cielo tendrá misericordia de nosotros”.

Cual la planta marchita y enferma se reanima al soplo de las auras matinales, así aquel hombre levanta su abatido espíritu y vuelve á cobrar nueva esperanza, y el hambre como que se mitiga al influjo del suave bálsamo de esta hija del cielo, que cual mansa oleada salida de un océano de fe y de sentimiento, se escapa del corazón creyente de la cristiana madre que espera.

Vivimos siempre esperando y padeciendo siempre. La vida no es más que un deseo incesante, aspiración continua á un bien que no se alcanza; se alimenta de ilusiones que hoy nacen y mañana no son;

hasta que el implacable tiempo que sigue sin descanso su carrera, nos cierra el paso, y entonces conocemos, si bien tarde, que *la muerte es la única verdad de la vida.*

Pero prosigamos nuestra relación.

La madre, al pronunciar aquellas tiernas y sencillas palabras, ha hecho un supremo esfuerzo para contener los sollozos y serena mostrarse en la apariencia. Esa alma intensamente adolorida, padece las miserias de la vida en su manifestación más dolorosa, pero sufre y padece resignada, sin rebelarse contra la voluntad de Dios en quien espera. ¡Sublime ejemplo de fe y abnegación!

Como no hay lámpara, ni leña en el hogar, no se ven sus lágrimas que, deslizándose hilo á hilo por las mejillas, van tal vez á empapar el rostro del hijo tierno y enflaquecido que duerme en su regazo. El corazón se delataba en sus ojos, y la amargura del mayor de los humanos dolores, del dolor de una madre, despedazaba esa pobre alma.

Ya lo sabéis: en el banquete inmenso del dolor universal, han agotado estos seres á la saciedad cuanto en él de más tormentoso y amargo se propina.

El sueño, que aun de los desgraciados se apodera, cierra sus ojos; pero hay uno que no duerme: es el padre; medita, acaso presiente que mañana será como hoy, así como hoy ha sido igual á ayer ¿Quién podrá medir el abismo de dolor en que se hunde la esperanza del infeliz padre? Hijos con hambre, mujer con hambre y padre sin esperanza!....

¿Hay algo más angustioso y que tanto contriste nuestro espíritu? (1).

¡Feliz Religión la que consagra la caridad como la reina de las virtudes, la que enseñándonos á amar á nuestros semejantes hace que participemos de los dolores ajenos! Desgraciado del hombre que conociéndola no la ama y practica!

Res sacra miser, decían los antiguos; no es bien, pues, que olvidemos nosotros que la desgracia es cosa santa.

Para vivir la vida del alma; para alcanzar los goces puros é inefables del corazón, que no dan, por cierto, los deleites transitorios del mundo; menester es participar de las miserias de los demás, aliviar la desgracia del hermano que de nuestro auxilio necesita. Pero, ¡ah! cuán pocos se avienen con tan sagrado deber!” Se hace tan poco caso de las lágrimas que el padecimiento nos arranca; este nuestro siglo está además tan enseñado á burlarse de los ajenos dolores” Esto me decía ayer no más un respetable amigo mío: hagamos, pues, de manera que tal no se diga de nosotros.

Santa cosa es la desgracia; y donde veamos que se ha abierto ancho campo á su invasión, ahí debe estar nuestro puesto. Visto se está que tan sólo á la influencia de la caridad, puede el mundo conseguir su regeneración.

(1) No es ficción este relato: acabo de presenciar un espectáculo como el que se describe, y la dolorosa impresión que me ha causado, fuérame á escribir estas líneas. Si alguien, llevado del espíritu de cristiana caridad, quisiese conocer estas miserias para aliviarlas, yo le haría las necesarias indicaciones para que las encontrase.

Cuenta el Evangelio, que bajando un hombre de Jerusalén á Jericó, dió en el camino en manos de unos ladrones, los cuales le despojaron de cuanto llevaba, y después de haberle herido, dejándole medio muerto, se fueron. Pasó por el mismo camino un sacerdote, luégo un levita, y llegados cerca de aquel lugar, y viéndole, se pasaron de largo; mas, un samaritano que por allí caminaba, como viese á este moribundo, se acercó á él, movido de compasión, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino, y poniéndole sobre su bestia, lo llevó á una posada, y tuvo mucho cuidado de él; y en otro día, dando dos denarios al mesonero, le dijo:—“Cuídamelo, y cuanto gastares de más yo te lo daré cuando vuelva”.

Gracias á Dios; el Evangelio ha dado sus frutos entre nosotros: la caridad mueve muchos corazones, y hoy, sobre todo, veo á más de un buen samaritano que se detiene y se inclina en su camino para socorrer al caído y al necesitado.

Quito—1875.

CORRESPONDENCIA LITERARIA. (1)

Quito, y su casa, Abril 29 de 1886.

SEÑOR DON ROBERTO ESPINOSA.

MI QUERIDO AMIGO:

U. ha sido uno de mis primeros amigos en Quito y uno de los distinguidos literatos ecuatorianos, que me ha dado algunos de sus trabajos y que han servido de solaz á mi espíritu. La *Leyenda del Cielo*, *Carlota Temple* y sus eruditos discursos, han sido saboreados con gusto por mí y forman hoy parte de mis buenos recuerdos del Ecuador.

(1) Cuando se publicó esta *Correspondencia literaria*, escribió, á modo de introducción, las siguientes líneas nuestro queridísimo amigo el distinguido poeta, Señor Don Quintiliano Sánchez.—“No sólo literarias sino también patrióticas pueden llamarse las dos cartas que á continuación publicamos. El Señor Ministro español, D. Manuel Llorente Vázquez, se ha empeñado—noble empeño—en estrechar cada vez más las relaciones de la Madre Patria con las Repúblicas de la raza española. Lejana ya la tormenta, muertos antiguos rencores y olvidados mutuos agravios, nada más noble y digno que anudar otra vez los lazos que unían antes á la América española con la península Ibérica. Si nos constituímos en Nación libre é independiente, nuestra libertad es la de la cultura y la civilización; nuestra independencia es puramente política.—Subsiste, por lo demás, el estrecho y envidiable lazo de unión en idénticas y levantadas aspiraciones, en el perfeccionamiento de las artes, en el común cultivo de las

U. está, como otros distinguidos ecuatorianos de mi relación, entre los que cuento á otro Espinosa, quizá demasiado *modesto*, al Doctor Castro, Sánchez, Vázquez, Tobar y Echeverría, en la obligación de dirigir las ideas del país á cuyo frente intelectual se hallan.

U. tiene hoy por hoy y afortunadamente una doble obligación, puesto que se halla al frente de la Instrucción Pública del Ecuador.

Establecido por mí este principio, como deber para UU., lea usted con atención lo que sigue, que estaba preparado para publicarlo, y que si usted y sus amigos lo apadrinan, podrá ver la luz pública con la autoridad y el prestigio de nombres conocidos y respetados por el país.

ciencias, en la rica y armoniosa lengua castellana, en el mismo anhelo por las glorias literarias, y, lo que es más grande y divino, en la dulce lazada de la misma Religión, cuya preciosa herencia nos dejaron los hijos de España.—Nobilísimo orgullo, y bien fundado y mejor entendido, debe ser para nosotros volver los ojos á España, como los vuelven á la madre, los hijos ya adultos, libres y vigorosos, que de ella recibieron el sér y las primeras enseñanzas. Descender de la raza latina, ser prole de españoles, reputo yo como verdadero orgullo; pues, al leer la historia de España, su asombroso poder en los tiempos de fabulosa grandeza, su carácter caballeroso, sus religiosas miras, su heroísmo legendario y sus inspirados cantos, me conmueven gratamente, y es para mí ufanía hablar la hermosa lengua de mis mayores; esa lengua en que, á las veces, al recordar la Conquista, he solido mostrar indignación contra los primeros conquistadores, sin inculpar jamás el crimen á España, sino á los excepcionales tiempos en que se verificó el descubrimiento de un mundo.—Mejor que la diplomacia hábil y sagaz, hoy, la diplomacia del amor y la civilización, unen al Ecuador con la Madre España, y las artes, el progreso, la literatura y la poesía, anunciarán nuestras glórias, estables y duraderas, que no el fragor de los combates y las victorias, cuando “nos vencimos á nosotros mismos”.

Es antigua y desgraciada manía de varios poetas, literatos y políticos sud-americanos, el ocuparse poco lisonjeramente de la Madre Patria; ya con motivo de un artículo en un periódico sobre la *libertad*; ya con el de un canto al *Amazonas*, ó bien con motivo de un acontecimiento político.

Y es más desgraciada esta manía, por cuanto ellos son los que están al frente del movimiento intelectual en sus países y arrastran las masas, que reptan inconscientes lo que oyen.

Si ellos, los hombres ilustrados, los llamados á cultivar las ciencias, las artes, la administración y la política; los seres privilegiados llenos de instrucción; que tienen la santa y útil misión de educar al pueblo que dirigen, falscan las ideas y pervierten los sentimientos; ¿qué harán los que viven del trabajo natural y no pueden cultivar su inteligencia?

El único castigo para la conciencia de los que caen en esta manía, es envejecer y pensar. Diez años ó veinte después de escritos estos . . . desahogos, se arrepienten como la Magdalena.

Otro de los castigos, y no pequeño, es, como dice un poeta español:

“Que al maldecir el nombre de *Castilla* tienen que maldecirle en *castellano*”.

Lo más extraño de sus cantos al *Ávila* ó al *Amazonas*; á los *Andes* ó al *Condor*; á la *Independencia* ó á la *Libertad*, es que siempre se habla del *hispano feroz*; de la *metrópoli soberbia*; de las *tres*

centurias de esclavitud, ó de la *gloria del indio*, como si realmente todos ellos descendieran de Moctezuma ó de Mancocápac, y se derivaran por su origen de los Quitchés, ó los Cakchiquepeles; de los Aztecas ó los Muyscas; de los Güaranis ó de los Araucanos; de los Orejones ó de los Patagones.

Lo más extraño, como digo, es que todos ellos son blancos; que todos ellos son nietos de esos mismos *tiranos* que abominan, y derivaciones de la Patria que aborrecen.

Lo más sorprendente es, que durante esas *tres centurias* y con esa *soberbia de la metrópoli*, nadaban todos los países americanos en la abundancia, y la plata se empleaba hasta en la fabricación de los muebles más comunes.

Lo más raro es, que en tiempos de tanto atraso y dentro del coloniaje, se formaron las grandes figuras que hoy glorifican todas las naciones de Hispano-América.

Lo más extraordinario es, que se lea tan poco la historia de la Independencia y que se desconozcan tan por completo los elementos que entraron en la lucha.

Al lado de los patriotas había infinitos oficiales españoles y al lado de los realistas había numerosos jefes criollos.—No quiero hablar de los mercenarios extranjeros, porque esos eran hombres que vendían su sangre por un puñado de plata y la promesa del saqueo.—Las tropas de uno y otro lado estaban compuestas de blancos y hombres de color, y en mu-

chas ocasiones cientos de soldados prisioneros formaron parte de las fuerzas del vencedor. ¿Cuáles serían las ideas de estos soldados?

¡Cuántos secretos y cuántos juicios misteriosos guarda aún la historia de estos países!

¿No sería propio de los hombres inteligentes de la América española crear vínculos fraternales con la Nación que les dejó una civilización en sus catedrales, acueductos, pórticos, artesones, caminos y ciudades; que les dió su sangre para formarse; que les dió su religión, su lengua, su literatura, sus artes, su genio, sus ideas y sus leyes de Indias; y que les dejó por fin una gloriosa historia y una grandiosa epopeya en qué inspirar su heroísmo?

¿No sería natural que se acabase ya con esas frases gastadas y de mal gusto, propias de países baladrones?

Permítanme los hombres que cultivan las letras en América, que someta á su juicio estas ideas y escúchenme con benevolencia.

Escuchen un consejo y dénselo á sus compatriotas.—Que vayan á España, y no se queden en los *boulevards de París*. Busquen en España alguna manifestación que pueda mortificarles. Lean su prensa para ver si encuentran frases ofensivas para la América ó para sus instituciones, y eso que tanto difieren de las nuestras. Penetren en aquella sociedad, más fácil para ellos que para nosotros mismos, y se persuadirán que por nuestra parte se practica lo que yo me atrevo á aconsejar.

Que un americano se dirija á cualquiera notabilidad española, y se persuadirá con su contestación de que nosotros no tenemos preocupaciones ni odios.

Que pinte el Nuevo Mundo como lo cantó Quintana cuando dijo:

“Virgen del mundo! ¡América inocente!”

y se oirá en éxtasis, y España se enorgullecerá con la dicha y la gloria de América.

Que hable un Americano en una sociedad española, y se encontrarán graciosos, hasta los defectos de lenguaje, propios del clima en donde nació.

¡Para qué decir más! Este es un artículo y no un libro. Con lo dicho hay bastante para mi objeto, que es solicitar el sufragio de los hombres de buen entendimiento en América para cerrar ese libro de agravios que pretenden *tener abierto constantemente los hombres de ideas aviesas, con las que extravían los sentimientos generosos de los pueblos.*

¿Qué significa, pregunto yo, á los hombres inteligentes de este país, la estatua de Sucre en el teatro de Quito, pisando la cabeza del León español?

¿Es de buen gusto este símbolo? ¿Revela tacto político? ¿Es esa representación una prueba de cultura? ¿Es una demostración delicada de fraternidad y de respeto hacia la Madre Patria? ¿Deja España de tener veinticinco millones de almas por eso?

Acabemos, pues, con estas baladronadas, que

sólo podrán ser disculpables á raíz de la independencia, y acabamos por la iniciativa de los hombres de corazón y de inteligencia que están llamados á dirigir las ideas de sus conciudadanos.

Perdone U., mi querido amigo Roberto Espinosa, que haya ocupado su atención con esta larga carta escrita á la carrera bajo la impresión de sentimientos que cruzan espontáneamente por mi cerebro.

Suyo de corazón,

MANUEL LLORENTE VÁZQUEZ.

Quito, Mayo 7 de 1886.

EXCMO. SEÑOR D. MANUEL LLORENTE VÁZQUEZ,

MINISTRO RESIDENTE DE ESPAÑA EN EL ECUADOR.

MUY RESPETADO Y QUERIDO AMIGO:

Honra, y señalada, me ha dispensado U. con haberme dirigido su atenta é importante carta, fechada el 29 de Abril último. Poderosas razones, que U. conoce y que sería ocioso consignar aquí, han retrasado mi contestación.

Fuera vano declarar que harto me honro con la amistad distinguida que U. me dispensa, y mantenerla y estrecharla más, si cabe, será constante empeño mío.

Cierto que entre mis buenos amigos, los literatos

que U. nombra y entre los cuales me cuento como el último, se mantiene constante y vivo el empeño de mejorar nuestro país, encaminándolo por los senderos de la verdad y del positivo progreso. Algo se ha trabajado en este sentido, pero esta influencia será en adelante más activa y eficaz: contamos, para así esperarlo, con el apoyo de un Gobierno ilustrado y progresista y con el concurso de todos los hombres de letras y de sana intención.

La carta de U., bien así como esta contestación, tienen de ver la luz pública; pues en la suya hay alteza de ideas y buena doctrina que deben ser conocidas, aun para honra y satisfacción de quien es dueño de ellas.

U. ha recorrido y conoce las principales Repúblicas americanas de origen español; U. está en el Ecuador hace cosa de ocho meses, y conoce ya bastante nuestras costumbres, instituciones, historia, &c. Esto supuesto, ¿no es verdad que los ecuatorianos hemos sido mirados y sobrios en eso de denostar á la Madre Patria, aun en los días en que vivo se mantenía el resentimiento y cuando humeaban los campamentos de batalla? No, sinó lea U. á Olmedo, el Tirteo Americano, en su inmortal Canto á Junín, escrito recién pasados los días de las últimas luchas, y se convencerá U. con qué dignidad y alteza habla de las huestes vencidas, y eso que pone el discurso en boca del Inca ofendido; lea U. también lo que muchos años después han escrito modernos poetas del Perú, de Chile y Venezuela, y allí, á vuelta de cada hoja, topará U. con *el hispano feroz, la vetustata España, las tres centurias de esclavitud*, y más

frases que, á fuerza de repetidas, son ya indigestas y necias, y entonces confirmaré U. lo que llevo dicho: que los ecuatorianos hemos sido sobrios y mirados al hablar de la Madre Patria. El punto que trato es importante, y por lo mismo, quiero abundar en hechos que confirmen mi aserción.

Nuestro historiador, el erudito Sr. Dr. Pedro Fermín Cevallos, con ocasión del decreto expedido por el Congreso de 1836, mandando que se abran los puertos de la República á los buques mercantes españoles, dice:—"Era ya tiempo de renovar nuestros vínculos de sangre y afectos comunes con la Madre Patria, y estrechar nuestra amistad con el pueblo que, preferentemente á los demás europeos, debía ser invitado con ella". Luégo agrega, con motivo del tratado de amistad, comercio y navegación, celebrado en Madrid, el 16 de Febrero de 1840.—"Puede que algunos ecuatorianos y aun algunos americanos apasionadamente rencorosos contra el pueblo conquistador de nuestro continente, achaquen de inútil y hasta gravoso este tratado. Pero se debe considerar que el Ecuador no había podido ni podía perder sus afectos por ese pueblo al cual le unían vínculos de suma estimación, y el pueblo ecuatoriano apreció y festejó cordialmente el reconocimiento de su existencia política hecho por España. Ya no era tiempo de verla como á madre terca, sino como á madre, igual en obligaciones y derechos: pasados los sacudimientos de la guerra y calmadas las pasiones del tiempo que lucharon á muerte, debíamos cambiar de afectos y de lenguaje, y hablar con orgullo de nuestra raza".

Tres de los literatos y poetas más aventajados

que hoy en día cuenta nuestro Parnaso—los señores D. Juan León Mera, D. Luis Cordero y D. Julio Castro—al hablar de España se expresan en los conceptos que voy á copiar, y que U. los leerá complacido.

Mera, el inspirado, en su canto: *Últimos momentos de Bolívar*, pone en boca del héroe moribundo estos conceptos:

“Con tu valor ¡oh! España te he vencido,
Tu enojo contra mí temple el orgullo:
¡Soy de tu sangre! Mírame: el excelso
Ánimo alienta en mí que incontrastable,
Tras ocho siglos de sangrienta lucha,
Te dejó libre de agarenos hierros;
El ánimo que en polvo las legiones
Supo aventar del pérfido Coloso
Que te estrechaba en sus terribles brazos,
No hartos de ahogar imperios seculares”.

Y Cordero, en su bello canto *A la Raza Latina* se expresa así:

“Perdón ¡oh madre amada!
Perdón, si un día tus audaces hijos
Libertad te pedimos con la espada!
Tú nos diste la sangre de Pelayo;
Tú la férvida sed de independencia:
Castellano el arrojo,
Castellana la indómita violencia
Fueron con que esgrimió tajante acero
El que probó en la lid. . . . ser tu heredero”.

Castro, en su brillante discurso leído en la sesión pública que, en la celebración del Centenario del Li-

bertador Bolívar, tuvo la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Real Española, dice, con la gallardía y precisión de lenguaje que le son propias:—“Los odios no han sido implacables, y hoy el español y el americano fraternizan, conmemorando como glorias comunes de una sola raza las de allende y aquende los mares; de esa raza cuyo idioma hablamos, cuyos apellidos tenemos, cuya religión profesamos, y cuyos defectos y cualidades nos son comunes; de esa raza que combatió durante ocho siglos contra las agarenas huestes, que venció á los vencedores de Europa, que allá tiene Zaragoza, como acá tiene Cartajenas, y que, á impulsos de idénticos sentimientos, produce allá los Daoiz y los Velardes, como produce acá los Ricaurtes y Girardot. Por eso, y así como según la muy oportuna expresión de un distinguido literato, la España perdona al insurgente Olmedo, para engalanarse con el poeta, olvida también que Bolívar le hubo arrancado valiosísimos florones de su imperial diadema, y se acuerda únicamente que las glorias del héroe americano son las glorias de su raza, como de su raza son las de los comuneros de Castilla, y de cuantos allá han combatido por la causa de la libertad. Nuestro célebre Mejía, aquel cuya vez resonó con gloria tánta en las Cortes extraordinarias de Cádiz, en uno de esos brillantes movimientos oratorios que tan familiares le eran, pintaba la Monarquía española como un nuevo coloso de Rodas, con un pie en Europa y otro en América—*Quitadle, decía, cualquiera de las dos bases que lo sustentan, y se hundirá en los abismos.* ¡No! Las partes componentes de la antigüa España no se han hundido, y las de allá y las de acá andan á la par; siempre turbulentas é

ingobernables, es cierto; siempre de pronunciamiento en pronunciamiento, es verdad; pero también siempre camino del progreso, y siempre sacando saludable escarmiento de la historia de sus propias desventuras”.

Los odios suscitados durante la guerra de la independencia han pasado ya, y nosotros ni siquiera los recordamos; pues, bien alcanzamos, que el odio no es ni será ley de eterna vigencia entre gente bien nacida. El nombre de España no despierta animadversión en ningún ecuatoriano: en un español, vemos siempre un compatriota, un hermano.

Conocemos la historia de esa gran Nación y todos sabemos que hubo época en que *el sol se fatigaba para recorrer sus inmensos dominios* en todas las partes del mundo conocido ahora tres siglos. Y esa es también nuestra patria, amigo mío; pues para nosotros no es solamente la patria el estrecho suelo donde nacemos y que nos sustenta: la constituyen también la libertad que dignifica al hombre, el orden que le enaltece, la riqueza que le independiza y sustenta, en suma, la civilización. Y las nociones de orden, y la ciencia de la libertad, y el arte de la riqueza y, por fin, la civilización, con todo su cortejo de beneficios, nos lo hizo columbrar España en sus rudos conquistadores y esforzados guerreros. Bien será desacierto mío, pero sostengo que esta copia de inestimables bienes, vale más que todo el oro que de estas regiones se llevaron á la Península.

Se ha historiado todo lo malo que nos dejó España, silenciando maliciosamente y de caso pensa-

do, el bien y grande que nos hizo: su sangre y religión, sus leyes, sus nombres y lengua, en la cual, y para confusión de quienes reniegan aún de la influencia de España en estas comarcas, *tienen que maldecirla en lengua española*, como oportunamente cita U. Pero conviene hacer una importante y trascendental distinción. Los españoles de ahora tres siglos, es decir, los españoles de la conquista, no son, ni con mucho, parecidos á los que, á principios del presente siglo, poblaban el Continente americano. Usted comprende cuánto habrá avanzado la civilización en el largo decurso de tres centurias. Con razón dice el ilustre Quintana:

“Los mismos ya no sois; pero ¿mi llanto
Por eso ha de cesar? Yo olvidaría
El rigor de mis duros vencedores;
Su atroz codicia, su inclemente saña
Crimen fueron del tiempo, y no de España”.

Ha habido, y no ha mucho tiempo, escritores cuyo candor ha llegado hasta temer reconquista, y no sé ciertamente si por temeridad ó malevolencia han calumniado así á la Madre Patria. Bien penetrado está el mundo todo de que América es invencible; que es una como inmensa fortaleza, con un foso que mide más de mil leguas de ancho, y que está defendida por una falange de más de cuarenta millones de hombres libres. Mas, trayendo la consideración á otra parte, pregunto yo: ¿con qué fin intentar someter á un mundo civilizado? Pero debe saber U. que los que tal dicen ó así juzgan son los peores enemigos de la civilización, representantes del vetusto pasado; son, finalmente, los egoístas

aspirantes al mando personal, que extreman la susceptibilidad para hacernos desnudar la espada, en nuestros conflictos y disputas, con escándalo de los extraños. Los egoístas, dije, sí, esos ladrones del poder público, que causan en nuestros pueblos y entre hermanos, mayores extragos que los que nos trajera una conquista, porque nos ahogan en nuestra propia sangre, destruyendo en pocos días la difícil labor de la civilización en largos años. Lo que en estos días está pasando en nuestro Ecuador, subleva mi indignación, amigo mío, y me hace exclamar con frases de anatema contra los que, so pretexto de libertad, roban y derraman á torrentes la sangre ecuatoriana en fratricidas combates.

Pero volvamos á nuestro asunto.—La América Meridional, y singularmente la zona tórrida, es la región del globo donde más se desenvuelve y eleva la inteligencia, acaso por su pasmosa naturaleza, fecunda, soberana, magestuosa cual ninguna, y cuyos futuros destinos son tan grandes como desconocidos.—Con razón dice un poeta de nuestros días, al hablar de esta América, que *Dios levantó su trono de regalo y pasatiempo sobre esta naturaleza colosal*, y luego agrega: *Aquí son los cielos palacios de luz y de zafiro, tienen los mares por asiento perlas, pisan las bestias oro y es pan cuanto se toca con las manos Aquí hay una precocidad que adivina, un gusto que pule, un entendimiento que abarca, una imaginación que pinta y espíritu que vuela.* Lo dicho está poética, donosamente expresado, pero en cuanto á nosotros, y acogiendo las ideas del mismo autor, debemos agregar que, para que luzca el oro con to-

da su brillantez, tenemos que desprender el cuarzo que lo empaña, llamando la industria de los extranjeros con garantías y ofreciendo á la civilización domicilio de paz, para así aprovechar las grandes riquezas naturales de nuestro suelo.

Las identidades entre españoles y americanos, ora de religión y raza, ora de costumbres, leyes y lengua, y la frecuente comunicación entre ellos, van produciendo saludables beneficios y estrechando cordiales relaciones entre aquellos países. Tengo ya dicho, que pasaron los tiempos de esa vocinglería patriotera, y para de aquí en adelante, ya nadie traerá á cuento la *ominosa tiranía de las tres centurias* ni la *soberbia de la Metrópoli*; pues ya son frases gastadas y de pésimo gusto. A juicio mío, ha entrado en parte, y muy principal, para alcanzar estos importantes resultados, la sabia autorización dictada por la Real Academia Española de la lengua, en junta celebrada en 4 de Noviembre de 1870, para establecer Academias Correspondientes en las Repúblicas Americanas donde se habla la hermosa lengua de Cervantes. El señor don Fermín de la Puente y Apezechea, al noticiarnos tan fausta nueva, se expresa así: —La Academia tuvo para ello altísimas consideraciones de orden superior á todo interés político, que por lo mismo conviene que sean conocidas y apreciadas por los individuos de esas diversas naciones que, apesar de serlo, tienen por patria común una misma lengua, y por universal patrimonio nuestra hermosa y rica literatura". Tan útil como acertada disposición va dando beneficiosos resultados. Las relaciones literarias y comerciales pueden

quizá más que cuantos tratados públicos reconoce la diplomacia para hacer estables y leales los lazos de amistad que ligan á dos naciones. Ya lo dijo un esclarecido americano, que si la civilización va bien por todas partes, va mejor y gana más por el camino de las letras, porque éstas viajan llevando la luz que inunda en un instante el espacio y lo colora; y son como la artista que lleva el grano de la idea y que es arrebatada por el viento de las edades, para llevar á todas partes germen, árbol, flor y fruto. Las letras, en fin, han venido labrando este progreso que tenemos, esta civilización que nos honra, esta libertad que es nuestro orgullo. De aquí que no convenga del todo con la afirmación de U. de que, durante el tiempo de las colonias, *nadaban los países americanos en la abundancia, y se formaron todas las grandes figuras que hoy glorifican todas las naciones de Hispano-América.* Que entonces abundaban los metales que hoy andan por lugares distantes de estas regiones, no hay que dudarlo; pero de sólo este hecho no puede deducirse que nuestros abuelos fuesen más ricos que lo somos ahora. Conviene distinguir lo que va de una época á otra. Hasta principios del siglo que corre, la comunicación de las colonias con la Metrópoli se hacía muy de tarde en tarde, y era menos aún con otras naciones europeas. Entonces, y hablando generalmente, había completa ignorancia en el pueblo, y algo menos en la clase media. Las necesidades de nuestros mayores eran tan limitadas y las satisfacían con tan poco, que era costumbre, aun en las clases medianamente acomodadas, emplear la plata en el menaje de la casa. ¿Y por sólo esto asentaremos que fueron más

ricos que nosotros? A medida que va avanzando la civilización, aumenta notablemente la copia de necesidades creadas por ella. Con lo que hoy entre nosotros gasta una familia de medianos haberes, en el decurso de un mes, habría alcanzado para el gasto de todo el año en ótra de iguales proporciones en el siglo pasado.

Nunca podría desconocer que en los tiempos del coloniaje nacieron en estas regiones esclarecidos varones á quienes justamente hoy y siempre glorificarán todas las naciones de Hispano-América. Para no ser prolijo citaré pocos nombres de los que más de cerca nos pertenecen.—El quiteño Mejía, apellidado en España el Mirabeau americano, prodigio de saber y admiración en las célebres Cortes de Cádiz, por los años de 1809 á 1812, mereció la alta estima de celebridades como Argüelles y Galiano, y de quien hablan con encomio el historiador La Fuente, el erudito Menéndez Pelayo y otras celebridades de la Madre Patria. Olmedo..... declaro que para nombrar sus excelencias, no tengo frases que me satisfagan. Entre los guerreros, Bolívar, el genio de la victoria, la cabeza de milagrosas concepciones, el brazo que supo realizarlas y la lengua que supo hablar maravillas. Sucre, el agigantado, el cabal en todo; Maldonado, Espejo, Alcedo, Velazco y ciento más, ilustres por varios conceptos, nacieron en aquellos tiempos, y los más de los nombrados en tierra ecuatoriana. Pero esta es honra común para españoles y americanos.

Tengo como cierto que España es segunda pa-

tria de los americanos; en ella son acogidos con especial cariño, se les distingue, se les estimula y honra, presentándoles ancho campo en qué lucir las galas del genio. Compatriotas y amigos míos han alcanzado el cariño y distinciones de Campoamor, Menéndez Pelayo, Alarcón, Hartzenbusch, el Marqués de Molins y otras notabilidades de la Metrópoli. Por lo dicho hasta aquí, y más que podría agregar, se persuadirá U. de que en el proceso de la historia del Ecuador *nunca estuvo abierto el libro de agravios*; porque aquí, por dicha, no ha habido hombres aviesos que pretendieran extraviar, en lo tocante á la Madre Patria, *los sentimientos generosos de nuestros pueblos*. Hemos sepultado para siempre resentimientos pasados, alejando desconfianzas y recelos; nuestro norte y anhelo es hoy en día, tirar decididos y con esfuerzo simultaneo, por el camino del progreso que labra la ventura de las naciones: esta la grande, la sublime labor de los amigos de las letras en este país.

Estoy con U. del todo en eso de creer que es de mal gusto la representación del modelo forjado para erigir en esta ciudad una estatua al Gran Mariscal Sucre. Ante todo, debo advertir á U. que aquel modelo no tiene representación ninguna oficial ni nacional: es una muestra que el notable artista español, Sr. González Jiménez, ideó y modeló en yeso, ha cosa de diez años. Manos oficiosas lo sacaron á la luz, no hace un año, y lo hicieron colocar en el sitio donde U. lo ve ahora.

Por muchos se ha tenido como el emblema de

la grandeza americana, esta representación:

Coronada su sien de laureles
Y el león á sus plantas rendido.

Mucho me temo que, aunque bella la actitud, llegue á ser por la repetición impertinente y algo más que me callo. . . . Lo cierto es que, más que glorias de este jaez, necesitamos progreso en todo sentido. El heroísmo guerrero no es el medio más conveniente para representar necesidades reales y prosaicas de comercio, industria y agricultura, como las más urgentes en nuestra América, que va lenta y trabajosamente remontando las arduas pendientes del progreso. Necesitamos, ante todo y sobre todo, mayor población para utilizar las inmensas riquezas de nuestros extensos y ricos bosques de Oriente, que pueden mantener y hacer felices á los millones de habitantes que en el día sustenta España. Que venga el europeo con su industria, con sus hábitos, con su civilización, y como éstos son comunicativos, pegajosos, si así vale decirlo, pronto los veremos asimilarse en nuestro suelo. Que aumenten nuestros pobladores, pues sin grandes poblaciones no hay grandes cosas: siempre será mezquina, baladí la obra de pocos. Y, además, con población educada, seria y laboriosa, los sediciosos y vanos agitadores de las masas, se verían solos y desairados, en medio de un mundo activo y ocupado. Así pensamos aquí los que anhelamos por la dicha y prosperidad de la Patria, fundadas en el cultivo de las letras, el acrecentamiento de las industrias, el aumento de capitales, el sosiego de los ánimos y la unión de todos sus hijos.

El asunto, amigo mío, me ha dado ocasión para extenderme quizá más de lo debido y de los términos de una carta; y para no fatigar la atención de U., concluiré ya, reservándome para después el desenvolver en un escrito de más aliento algunos de los puntos en esta amistosa correspondencia someramente tratados. Entretanto, su carta será para mí prenda de cariño y ejecutoria de la elevación de ideas y grandeza de alma de su autor.

Créame U. siempre su veraz amigo y muy obsecuente servidor,

ROBERTO ESPINOSA.

CONTRASTES DOLOROSOS.

Desde que amaneció este día de gracia—24 de Diciembre de 1878—andamos á vueltas y cachetes con nuestro propio rebelde pensamiento, buscando traza y modo de zurcir, bien ó mal, un articulejo que, en alguna manera despertase interés en los lectores, y señaladamente en nuestras bellas lectoras de “El amigo de las familias”, que sí las tenemos y guapas y sensibles, y no pocas.

Tanto barruntar y cavilar, nos decidimos á escribir algo de *actualidad*, á manera de crónica, ó cosa parecida, aunque lo que digamos de nadie sea ignorado en veinte leguas á la redonda. Pero no es paradoja, ni cosa en estado de juicio, lo de que las cosas que más vemos, menos vemos; que lo que más nos empeñamos en ocultar más lo manifestamos, llevados de esta fatalidad humana de proceder siempre en sentido contrario de aquello que nos conviene é importa. Es que se suele ver sólo con los ojos del cuerpo, que no con los del espíritu. De aquí que tantas cosas de bulto y peso, pasen inadvertidas delante de nosotros. Resolvemos, tomar la pluma y

dejarla correr *à son aise*, como diría un francés, todo fué uno.

Nuestro ánimo, como de ordinario y por una fatal herencia, se hallaba empapado en téticas, dolorosas fantasías, y harta violencia ha sido menester hacernos para no salir, si bien no del todo, con nuestra mala tristeza y nuestros plañideros acentos, que desdirían con el general regocijo de la presente pascua y con el bullicio y chacoteo de las noches de zambra y de verbena, de regodeo y broma que se nos preparan.

Que la humanidad siempre, ó casi siempre, anda errada en sus caminos, y que este mundo que nos sustenta es un tejido de viceversas y de engaños, son verdades como un templo: la experiencia, siempre dolorosa, nos las viene confirmando día á día.

Suele decirse—y es sobrado cierto en un sentido complejo—que este mundo en que nacemos y morimos, es una mezcla informe de contentamientos y de penas, de perfidias é inconsecuencias, de mascaradas y crueles realidades. Por lo que hoy vemos y palpamos, así debe de ser. Tenemos por rareza que hombre hubiese que de esta ley general escapase; es uno á modo de contagio que á todos ó casi á todos nos toca. Flacos somos de voluntad, noveleiros é inconsistentes en nuestros propósitos, y nuestro espíritu se halla tocado á la continua de una como parálisis moral.

Queremos huír del dolor y bregamos porque és-

te no nos alcance; pero, cuanto más de él alejarnos pretendemos, nos fatiga y estrecha, nos ahoga y nos posee, cual si prisioneros nos tuviese en estrecho, aferrado círculo. Pocos séres predestinados llegan á esos gratos y misteriosos rincones de la vida, donde en voluntario olvido se refugian y viven resignados en el dolor, amando á sus hermanos y bendiciendo á Dios; pero éstos, por lo raros, no son del mundo. Lo frecuente, lo vulgar es que nos separemos como espantados del lado del que padece y muere, aun llevando, como llevamos, clavado el dardo en la parte más sensible del corazón.

Pero es el caso que pasados apenas tres días bailaremos; y en rápidas vertiginosas vueltas, ó en acompasados movimientos de sístole y de diástole —perdónese el terminillo— comunicaremos densas oleadas de loco entusiasmo y de febril alegría á los que, indiferentes quizá, por allí se estén ajenos á nuestro bullicioso y turbulento regocijo.

Alguien dijo que siempre la humanidad ha sido *danzante*. Así es verdad. David bailó furiosamente, los patriarcas del pueblo hebreo también bailaron, y bien creemos que habría bailado nuestro padre Adán con su Eva hechicera, allá en los risueños pensiles del paraíso. A la moderna civilización sólo se le debe la invención de los bailes *estrechos*, *íntimos* que, al decir de un buen pensador, son la fuente de los divorcios y el lugar donde se sacrifica la inocencia y pero no pasemos adelante.

El baile es una como palestra, donde entran en lid porfiada la belleza, el lujo, la moda. En este gran gimnasio son siempre las mujeres las que salen triunfantes; ellas, que como dice Ovidio, se cuidan más de ser vistas que no de ver. Pero para entrar á la lisa, cuánta diligencia y fatiga, cuántos desembolsos y contrariedades no han sido menester! Blondas, sedas, flores, diamantes y otra suerte de arreos son indispensables para la contienda; y no importa que el bolsillo del padre y del esposo queden tan vacíos y flacos como el de empleado cesante.

Ya lo dijimos; después de tres días bailaremos. Nuestra sociedad toda se ocupa y se preocupa en este acontecimiento. Los salones se aprestan, se adornan con gran lujo y profusión. Las invitaciones circulan por todas partes, y los mercaderes se presentan alegres por el buen negocio de sedas, blondas y guantes que están haciendo. Habrá, pues, si quiera cien parejas . . . ¡Qué asombro, qué maravilla!

Pero un gran designio tenemos en mientes y vamos á consignarlo aquí, esperando que no faltarán corazones humanitarios y generosos que quisiesen imitar al filantrópico y respetable Conde de Saint-Paul.

Fué el caso que, pocos años ha, dió en París un espléndido baile la opulenta Marquesa de N. En los regios salones danzaban unas como cuarenta parejas; y como suele suceder, personas hubo que fueron al baile, no á danzar ni á comer, ni á beber, ni siquiera á gozar con las armonías de la orquesta

atronadora, sino tan solamente á observar, y sufrir y compadecer.

Crecían la animación y el regocijo; pero nuestro Conde, allí presente, no participaba de la común alegría; por ahí se andaba solo, encogido y taciturno. La hermosa Elvira, niña de 18 años no cumplidos, hija única de la Marquesa, observó que el Conde no participaba de la fiesta, y acercándosele con ademán afable é insinuante le dice:—"Señor Conde, ¿queréis bailar conmigo?"—"Con mil amores, le contesta, pero yo seré quien dirija la danza".

Aceptada la condición, fué el Conde en busca de su sombrero. La curiosidad y la sorpresa se habían despertado en los concurrentes y las miradas de todos se fijaban en la extraña pareja. La música había cesado.

Toma el Conde el sombrero por el ruedo y obliga á la graciosa Elvira á tomarlo del extremo opuesto. Entonces, con voz alta y conmovida exclama:—"Para los pobres y enfermos, para los que tienen hambre y no pueden trabajar!" Y principió la pareja á recorrer los ámbitos del salón presentado el sombrero á los concurrentes. Un ¡bravo! general y estrepitoso ensordeció el aire, y luégo al punto cayó sobre el sombrero una abundante lluvia de monedas de oro y plata, relojes y aun anillos y brazaletes.

La fiesta continuó con más animación; los pobres y las viudas, los huérfanos y enfermos tuvieron abundante socorro, merced al artificio de aquel recomendable personaje.

Espantosa, terrible, asoladora es la epidemia del valle de Tumbaco. De pocos meses acá han desaparecido más de trescientos moradores de esas escasas poblaciones; hay en el día 730 apestados. No es tanto la fiebre lo que los diezma sino—vergüenza y honda pena causa decirlo—es el hambre, la desnudez, el desamparo! Sí, el hambre, la desnudez, el desamparo!

Hoy cae el jornalero atacado de la epidemia; y como ya no puede trabajar, no gana el sustento cotidiano. Aumenta la debilidad, disminuyen las fuerzas, la fiebre se señorea en el paciente, y en cuatro ó seis días muere el infeliz, víctima de la necesidad, y queda una familia en la miseria y algunos mueren de hambre.

Menester es que se sepa que escenas de grande quebranto y desolación pasan en los afueras de la ciudad, á dos leguas escasas de ella; que lo que allí se ve y se palpa, angustia el corazón y lo quebranta.

En el baile del próximo sábado habrá, no podemos dudar, uno ó más condes de Saint-Paul y muchas graciosas Elviras, que, aprovechándose de la mejor coyuntura, provocarán una colecta en favor de los infelices apestados de Tumbaco y de otras aldeas, que están sufriendo la más atroz de las muertes: la muerte de hambre! Si tal aconteciere, como lo esperamos, lenguas nos haremos en elogio de nuestra juventud, y noble y humanitaria la llamaremos, y bendeciremos el baile y á los que lo han pro-

movido. Pero si nuestras esperanzas salen fallidasah! tendrémole como burla amarga y cruel inferida á una tamaña desgracia.

En angustiosas terribles situaciones como la presente, es donde se manifiestan los grandes caracteres y se efectúan hechos sublimes de abnegación, de generosidad y sacrificio.

Nunca podríamos describir la santa y humanitaria conducta que lleva en las presentes calamidades el virtuoso párroco de Tumbaco, Dr. Pedro Marti; bástenos decir que San Carlos Borromeo ha tenido un fiel imitador en el siglo diez y nueve. Quédele, pues, al sacerdote abnegado la inefable satisfacción que se siente cuando se cumple el deber á influencia de las santas inspiraciones que Dios en ocasiones nos envía.

SUPPLICIO DE CARLOS I DE INGLATERRA.

RASGO HISTORICO.

La historia de los pueblos de la tierra se asemeja á un inmenso escenario que nos representa las mismas calamidades y errores, los mismos vicios y flaquezas en cada una de sus varias edades: prueba concluyente de que las aviesas pasiones, las mismas también en todos los tiempos, no han perdido su tiránico dominio sobre la humanidad delincuente, después del espantoso drama que causó el grande estrago de la primera culpa.

Así como no hay monstruo que no haya tenido sus encomiadores, al decir de un gran historiador, no ha habido tampoco hombre sabio, valiente ó virtuoso que no haya sido calumniado por viles difamadores. —Allí están Lutero y Enrique VIII, Galileo y Carlos I de Inglaterra. Es que no siempre la probidad, la sana filosofía y el buen criterio fueron el norte que guiara la pluma de algunos historiadores, los cuales, desconociendo el noble sacerdocio de su profesión, alteraron los hechos con menoscabo de la verdad, según su inclinación y simpatía, creyendo quizá que todo les es perdido, porque á todo se atreven. De ello me he convencido recorriendo atentamente á varios autores, antes de escribir estas líneas. He visto que lo que unos afirman, otros niegan; lo

que éstos encomian, aquéllos vilipendian. ¿Qué hacer, pues? tomar un justo medio, y con recta intención y sano juicio, aceptar lo más razonable y comprobado. He aquí el espíritu que me ha guiado en este escrito.

Entre la copia de asuntos de los cuales he podido disponer para ver de arreglar una narración verídica, á la par que instructiva, he dado la preferencia al trágico fin de Carlos I de Inglaterra, porque su magnanimidad y heroico valor, conmueven y arrebatan, y, además, porque todos gustamos de conocer los hechos notables que engrandecen á los hombres ó que los hundén en eterno oprobio: las grandes virtudes y los grandes crímenes sólamente se perpetúan en la memoria de las generaciones.

Corría el año de 1625, cuando un hombre que reunía en sí las raras cualidades que para bien gobernar se necesitan, aunque no del todo exento de faltas, subió al trono de Inglaterra, extirpando los abusos y echando fuera la gran muchedumbre de bufones y libertinos que atestaban la corte de su antecesor, Jacobo I, monarca débil y ambicioso, mal marido y peor cristiano; por lo cual, á poco andar de su gobierno pródigo y sin prestigio, se acarreó el odio y quizá el desprecio de los grandes y del pueblo, que no querían ser gobernados por un ridículo pedante, que reinaba como mujer, después de haber sido mandados por una mujer, que había reinado como hombre.

Carlos I, joven aún, casóse con Enriqueta Ma-

ría de Francia, mujer de rara hermosura, virtuosa y de carácter suave, pero francesa y católica; y este enlace fué la primera falta del nuevo monarca, al sentir del pueblo inglés, que entusiasta seguía la Reforma. Agregóse inmediatamente á dicha falta la de haber conservado la confianza que prestara su antecesor Jacobo al Duque de Buckingham, á quien unos llaman magnánimo y otros le califican de gran calavera, frívolo y ambicioso. Acaso éstos hablan con mejor conocimiento é imparcialidad del intrigante y presuntuoso Duque, quien, para desposarse con Enriqueta, en representación de su Señor, se mandó hacer un riquísimo traje de terciopelo guarnecido de diamantes, que le costó más de cuarenta mil libras esterlinas. Muy luégo este desleal caballero, se atrevió á requerir de amores á la Reina, por lo cual, el severo Richelieu lo despidió violentamente de la corte. El astuto y resentido Buckingham pudo influir en el ánimo de Carlos hasta el punto de resolverle á declarar la guerra á Francia, por vengarse del desaire recibido; pues aquel intrigante servíase de su talento sólo para dar pábulo, por medio de ardides y expedientes, á la perversidad de su dañado corazón. No estará por demás el que digamos que Buckingham, el aborrecido del pueblo y de los grandes, fué asesinado por Juan Felton, quien después se preciaba de haber expurgado el reino de tan terrible carcoma.

Prolijo sería detenernos en las frecuentes y encarnizadas guerras que entre católicos y reformistas se sucedieron durante el largo reinado de Carlos. Mas, para llegar al objeto principal de nuestro escrito, bástenos narrar someramente los hechos más notables que se efectuaron antes del suplicio del Rey.

Como el Parlamento le fuese absolutamente hostil, y habiendo convocádolo por cuatro veces, en el discurso de poco tiempo, nunca llegó á alcanzar los subsidios que solicitaba para asegurar su trono vacilante y defender el honor nacional comprometido. Bien al contrario este cuerpo declaró en tono amenazante y áspero, que sus providencias sólo tenderían á aliviar al púeblo, no á gravarlo, defendiendo á todo trance la libertad de la vieja Inglaterra. De aquí que el Rey llamase al Parlamento asamblea de víboras.

Pronto apareció el famoso escrito llamado petición de derecho, por el cual se pedía al Rey la supresión de todos los impuestos y cargos que no estuviesen autorizados por el Parlamento: ¡y el Rey tuvo la debilidad de sancionar una ley tan temeraria! Condescendencia fué ésta que bien pronto dió origen á otra exigencia de funestos resultados; pues ese cuerpo, orgulloso y envalentonado con semejantes concesiones, pidió, sin causa justificativa, la cabeza del ministro favorito de Carlos, Tomas Wentforth, Conde de Strafford, hombre valeroso, honrado é inteligente. ¡Y el angustioso monarca se vió obligado á consentir en la muerte de su adicto ministro, aunque no firmó la sentencia, como algunos historiadores lo aseguran! Pero esta excusa, ni el haber llorado su muerte, alcanzan á atenuar tamaña falta.

En la larga y sangrienta lucha que se siguió entre los realistas y los titulados amigos del pueblo, distinguióse entre los últimos el coronel Oliverio Cromwell, hombre intrépido, astuto y ambicioso, de carácter inconstable, fanático y pésimo orador. Al

fin Carlos, vencido, desalentado y perseguido, como tratase de refugiarse en la isla de Wight, cayó en manos de un partidario de Cromwell, y fué conducido prisionero á Londres. Un bill, sugerido por éste, declaró al Rey reo de alta traición por haber hecho la guerra al Parlamento y al pueblo. El desventurado Carlos compareció tres veces ante la Cámara, constituida en supremo tribunal de justicia, y fué finalmente condenado al último suplicio por setenta votos. En valde intercedieron á su favor algunas potencias extranjeras; en vano cuatro consejeros reales se ofrecieron voluntariamente sacrificarse por su Rey; vanas fueron también las ardientes súplicas de la hija de Carlos, la tierna Isabel, que arrodillada delante del verdugo de su padre, pedíale con lágrimas la vida de éste. El terco y feroz Cromwell se mantuvo incontrastable, y después de un prolijo discurso, en el cual hizo del inspirado, firmó la sentencia de muerte, sacudiendo luégo la pluma, en són de broma, al rostro de Enrique Martyn. He aquí como refieren los historiadores los últimos momentos de Carlos I.

El valor y firmeza que el Rey había manifestado durante los debates y en su larga prisión de dos años, en nada flaquearon cuando le leyeron la sentencia, por la cual se le condenaba á ser degollado en un patíbulo, como á tirano, traidor y asesino del pueblo.

Al salir Carlos de la Cámara, como oyese las exclamaciones burlonas de los soldados, díjoles: —“¡Miserables! por algún dinero haríais otro tanto con vuestros Jefes”; y como uno de ellos le escupiese en la cara, exclamó:—“Otro tanto sufrió el Sal-

vador del mundo". Para que se preparara á morir concedieronle tres días, que los pasó en su mismo palacio de Whitehall, frente á la plaza elegida para su suplicio. Pidió que se le permitiese ver á sus dos hijos, y habiéndoselo otorgado, condujeron á la prisión á la princesa Isabel y al joven duque de Gloucester. Debemos decir que tiempo hacía se hallaba Enriqueta refugiada en Holanda. Es de suponer cuán dolorosa y terrible sería aquella entrevista para el desgraciado padre.—Cuentan que tomando una mano de su hija apoyó su mejilla contra la de ésta, en tanto que sentaba sobre sus rodillas al duquecito. Hablóles de una larga separación, que debía durar hasta una entrevista en el Cielo, mientras que la sensible Isabel bañada con sus lágrimas la mano y rostro del padre. En tanto que pasaba esta escena en el calabozo, no dejaba de oírse á corta distancia un gran ruido de martillos; el niño, tentado de curiosidad y deslizándose por entre las rodillas del Rey, trepóse á la ventana.

—¿Para quién levantan esos hombres un trono cubierto de negro? preguntó candorosamente el niño.

—Es el cadalso para tu padre, le contestó el Rey con mal reprimida emoción.

Isabel lanzó un grito agudo y cayó desmayada. El niño no comprendía lo que aquello significaba; pero lo que le asustó sobre manera, hasta hacerle llorar, fué el ver á su hermanita caída. El infeliz padre sintió despedázarsele el corazón, y sufría mil muertes en una. Sesegados algún tanto los ánimos, y recobrado el sentido de la niña, hablóles así el Rey:

—“Hijos míos, hijos queridos; ya sabéis que van á matar á vuestro padre; prestadme, pues, atención á lo que voy á deciros:—Tú, hijo mío, aprende de mi experiencia á no afectar más autoridad que la necesaria, y no para satisfacción de los cortesanos, sino en bien de tus vasallos; y tú, mi amada Isabel, cuida de tu hermanito, y da á tu madre el tierno y postrer adiós que le envío”. Luégo al punto regalóles dos sellos adornados con piedras preciosas, diciéndoles:—“Conservad esta prenda en mi memoria; ¡es lo único que me han dejado mis implacables enemigos!” En el momento en que el Rey se disponía á bendecir por la última vez á sus hijos, entró el feroz capitán, á quien Cromwell había confiado la guardia, exclamando:—“Es hora ya de separaros, pues ha pasado el tiempo que se os concedió para esta entrevista”.

Carlos, con asombrosa entereza, elevó sus ojos y su corazón al Señor, acordándose quizá del suplicio afrentoso que padeció el Redentor del mundo por salvar á los hombres, y dejó que arrebatasen de entre sus brazos á sus hijos. No se cuidó ya sino de disponerse dignamente para alcanzar el reino de Dios. Asistióle en sus últimos instantes el venerable Juzon, obispo que fuera de Londres.

De temor de que el pueblo se sublevara y estorbare la ejecución—pues abrigaba aún afecto por su Rey—se construyó un estrecho pasillo de tablas, el cual, de la ventana de la prisión, conducía directamente al patíbulo.

Carlos durmió sosegadamente la última noche de su vida, y sólo de vez en cuando interrumpía su

sueño el constante sonido de los martillos. Dejó el lecho muy temprano y, abriendo la ventana de la prisión, alcanzó á mirar el patíbulo sin sobresalto alguno; se puso á rezar hasta bien entrada la mañana, y luego comió un pedazo de pan y bebió un vaso de vino. Pidió á su fiel criado Herbert que le trajese sus vestidos de gala, y se los puso al punto, y como hacía mucho frío, se cubrió con su capa, diciendo: —Pueden creer mis enemigos que tiemblo de miedo. Pocos minutos después, y en medio de numerosa escolta, se dirigió el Rey con paso firme y sosegado hacia el lúgubre cadalso; contempló tranquilamente los instrumentos del suplicio; después con gran entereza dirigió la palabra á la apiñada muchedumbre de curiosos que le cercaba, y concluyó el discurso perdonando á sus enemigos. Cuando el Obispo Juzon le daba el último consuelo, contestóle:—“Voy á dejar una corona percedera por otra de eterna gloria”. En este instante, un hombre misterioso que iba enmascarado, y se abría paso entre la multitud, ofrecióse ejecutar con sus propias manos la sentencia, y habiéndoselo otorgado, cortó de un sólo tajo la cabeza del Rey, y luego al punto, manando abundante sangre, mostróla al pueblo, el cual lanzó un grito de horror é indignación. (1)

Cromwell, el implacable Cromwell, quiso ver el cadáver del Rey, para gozarse sin duda en su obra, y cuando le hubo mirado atentamente, exclamó: —“Cuerpo bien formado, y que prometía vivir mu-

(1) F. Boudín, en su Historia de Inglaterra, asegura que este misterioso verdugo fué un noble señor que se valió de esta ocasión para vengarse de Carlos I, quien, cuando joven, había deshonrado á una tía de aquél.

cho tiempo". Pero la justicia de Dios no se tardó en manifestarse en contra del sanguinario Protector (1): alcanzó también á los parciales y vendidos jueces que condenaron al inocente, arrimados á la inícuo y altamente inmoral doctrina de Buchaman y de Mariana, en que se apoyaba su fanático caudillo. Poco tiempo después miraba el pueblo con horror á aquellos regicidas; las gentes honradas los señalaban con el dedo y huían de su lado cual si estuviesen apestados; el anatema general los perseguía, y, como á hombres que estuviesen fuera de la ley, se les mataba sin recelo ninguno. (2) ¡Cuán funesto no fué para la Francia, un siglo más tarde, el ejemplo dado por los asesinos del magnánimo Carlos II! Justo, muy justo es el anatema que las siguientes generaciones han lanzado contra tales monstruos y doctrinas.

(1) Hé aquí como narra el citado F. Boudín algunos pormenores de la vida y muerte de Cromwell.—“Durante su vida estuvo amenazado por asesinos que no dormían, de cuya persecución pudo sustraerse, merced al espionaje de una numerosa policía; mudaba todas las noches de dormitorio, y recompensaba con largueza á sus oficiales adictos; el numeroso ejército que conservaba recibía siempre adelantado un mes de paga. La inquietud que le agitaba y la tristeza que le consumía abreviaron su vida. Murió de una lenta calentura, temeroso del infierno y esperando la gracia. Se le hicieron exequias más suntuosas que las que se hacían á los reyes de Inglaterra.”

(2) El coronel Harrison, quién con el más vivo empeño votó por la muerte del Rey, fué juzgado y condenado cuando la restauración de Carlos II. Entre las razones que para su defensa adujo el acusado, hizo mérito del silencio que el pueblo inglés había guardado hasta entonces sobre la muerte de Carlos I; pero uno de los jueces contestóle: —“Se cuenta que un niño quedó mudo del terror que le causó al ver asesinar á su padre; más, aunque había perdido el uso de la voz, conservaba grabadas las facciones del asesino, y reconociéndole quince años después, en medio de una turba de gente, recobrando súbitamente la facultad de hablar, exclamó:—¡Ese es el que mató á mi padre! Harrison, el pueblo inglés ha dejado de ser mudo, y nos grita señalándote:—¡Ese es el que mató á nuestro padre!

DEL ARTE LITERARIO

EN LAS ALTAS REGIONES DE LA POESÍA. (1)

ASUNTO.

Origen de las bellas artes.—El arte durará mientras exista la humanidad; puede únicamente cambiar de formas.—Cómo se encuentra el arte en los actuales tiempos.—La literatura, que es la expresión de la sociedad, y la palabra el medio para que alcance su altísimo fin, se hallan sujetas á las vicisitudes de los pueblos.—Las tradiciones nacionales como auxiliar para las investigaciones literarias.—Necesidad del teatro para mejorar las costumbres.—Es un error preferir la forma al fondo, y al contrario.—La antigua Grecia artística y literaria; sacaba sus mejores inspiraciones de la mitología, la cual ha llegado á ser tradición muerta.—Decadencia de esa gran nación, cuya literatura y filosofía pasaron á Roma.—Origen celestial que los antiguos dieron á la poesía.—Sin inspiración, sin belleza y sin verdad no hay verdadera poesía; múltiple objeto de ella: Dios, la naturaleza y la humanidad.—El fin de la poesía es mejorar al hombre; se condena á los que suelen ponerla al servicio de las malas pasiones.—Gæthe y Byron, representantes de la nueva escuela.—Necesidad de formar una literatura nacional.

No sonará á nuevo, señores y amigos míos, que evoque, antes de principiar mi discurso, una memoria que, sola ella, está llenando en este instante toda

(1) Disertación leída en junta tenida en el Ateneo de Quito, el 12 de Julio de 1887.

mi alma y ocupa mi pensamiento en casi todos los instantes de mi vida; pues ella me ha dado siempre en trances difíciles como el presente, y hoy me dará, lo espero confiado, aliento, y fuerza y voluntad para salir airoso en mi empeño. Ya lo habréis adivinado quizá, porque conjeturo que también estará llena el alma de algunos de vosotros, en ciertas ocasiones, de ese santo recuerdo, que cuanto dulce es doloroso. Pero, desdichados y sin ventura los que veneramos solamente una alma, y una imagen y un recuerdo! Dichosos por todo extremo los que todavía le tenéis á vuestro lado, y recibís vida, y ciencia y ejemplo que seguir de ése como Dios en la tierra, que es amparo y contento en el hogar: el padre que os dió la existencia. Pongo, pues, este incorrecto trabajo mío bajo el amparo de esa sombra protectora, y desde el cielo—no es ilusión mía—su alma me escuchará y aceptará, como tributo de filial afecto, la pobre dádiva de mi escaso ingenio.

A lo extraño de ver en esta tribuna, no ya al joven ardoroso y entusiasta de otros días, sino al hombre en cuya frente han ido dejando sus huellas indelebles el tiempo y las amargas de la vida, será excusa, señores, la afición y uno como culto que ha prestado, desde temprana juventud, á los estudios literarios. Os confieso que aquella ocupación libre, amena y plácida, ha constituido el mayor encanto de mi existencia.

Y pues que de estudios literarios aquí nos ocupamos, bueno y atinado será que verse mi razona-

miento sobre el origen é importancia de la literatura, considerada como arte, y señaladamente en su aplicación á la divina poesía. Probaré á presentaros uno á manera de bosquejo de las excelencias del arte, con relación á los estudios literarios, que son la fiel expresión de las necesidades morales de un pueblo; de los beneficios que de ellos reporta la imaginación, y, echando mano á la historia, de las naciones donde haya campeado la literatura en todo su esplendor y gallardía.

No es maravilla que las antiguas tradiciones hayan puesto el origen de la poesía, de las ciencias humanas y aun de las bellas artes en la revelación divina, operada por medio de númenes superiores encargados de comunicarlas á los hombres. Bien se echa de ver que con esta fantástica creencia se ha querido enaltecer los misteriosos orígenes de los partos asombrosos de la humana inteligencia que han mejorado á los hombres y van asentando los fundamentales principios de la moral y del bien absolutos; alto, nobilísimo fin al cual concurren así los individuos como las naciones. De aquí que los filósofos, poetas y legisladores fuesen aclamados como hombres divinos, mereciendo un respetuoso culto, que nunca se tributaba á otro linaje de personas. Y no de otra suerte, que no sea por este justísimo tributo de admiración y perpetuidad, alcanzaron aquellos famosos operarios del porvenir el encumbrado título de fundadores del adelanto de los pueblos, maestros de las ciencias y las artes y guías de las advenideras generaciones. Pero entre aquellas

especulaciones del humano entendimiento, ninguna, desde oscuros tiempos, mereció tan alta nombradía, aun entre las bellas artes, como la literatura; y á los hombres que á su estudio se consagraban, fué á quienes señaladamente apellidaron las gentes *lumberas del mundo*.

El origen y fundamento de las bellas artes es la belleza, que la constituye el sentimiento más puro, y delicado y deleitoso que puede experimentar el hombre; y este sentimiento será tanto más vivo cuanto sea más evidente y clara su percepción. Es incuestionable que entre las bellas artes que más imperio ejercen en nuestro corazón, se cuentan la música y la poesía, singularmente en el presente siglo en que han alcanzado asombroso desenvolvimiento. Allí donde se reunen y compendian todas las creaciones maravillosas del genio; allí donde todas las subidísimas aspiraciones del hombre se realizan, cabe, sin duda alguna, mayor alteza y perfección, en las proporciones que nuestra alma, desprendiéndose del mundo corpóreo, se alce con ímpetu de amor á superiores esferas, donde aplaca la activa sed de lo infinito que aquí la abrasa y atormenta.

La historia de los pasados siglos nos enseña, y los monumentos hasta hoy existentes nos comprueban, que algunas de las bellas artes, señaladamente las plásticas, llegaron á tal grado de perfección en aquellas remotas épocas, que parece imposible, en estos tiempos y aun en los que están por venir, haya artistas y creaciones que superasen á los de que vengo hablando. ¿Habrà, por ventura, pregunto con un notable escritor, otro Apolo de más perfecto tipo,

de ejecución más acabada y asombrosa que el de Belvedere? Habrá, repito, algo que en magestad y sublime belleza pueda compararse con el Moisés de Miguel Angel? Y ahora, en lo tocante á la arquitectura, ¿quién concebirá y ejecutará obra tan colosal y grandiosa como el Partenón? quién, finalmente, como el divino Rafael, pintará rostros del todo celestiales y de hermosura tánta, cual sólo se verán en la gloria?

Pero conviene declarar previamente el sentido en que tomamos la palabra *arte*, y no se crea que en ello comprendemos únicamente los principios y reglas que deben observarse para ejecutar con acierto alguna obra. Esto sería materializar y reducir á estrecho círculo la inmensa esfera en que campea y se dilata el arte, el cual *es la facultad del sentimiento humano para bien expresar lo que se concibe, con sujeción á externas impresiones* (1). Mas esta facultad ó prerrogativa debe ser mejorada, perfeccionada por la educación y el estudio para ser excelente en las manifestaciones del sentimiento estético, educado en las puras fuentes de la verdad y de las más delicadas manifestaciones de la belleza.

No vacilo, pues, en afirmar que el arte, como intelectual manifestación, como resultado de la prolija labor espiritual y física del sér humano, nunca morirá, apesar de las evoluciones y mudanzas por que

(1) Dice Taparelli en su hermoso tratado de *de las causas de lo bello*:—“Sabiduría, prudencia, arte, son tres dotes operativas del hombre intelectual, de suerte que las dos primeras guían nuestras obras respecto al bien subjetivo, mientras que la postrera lo hace respecto á la materia externa; así que con la sabiduría y la prudencia el hombre hace buenas acciones, y con el arte *trabajos* buenos, *cosas buenas*”.

ha pasado, en pos de la absoluta perfección, y en la larga serie de los siglos corridos: será, pues, tan inmortal como las pasiones que acompañan al hombre en su viaje por el mundo. Acabará, sin duda, porque nada eterno permanecerá aquí abajo, pero esto sucederá cuando haya dejado de existir el último sér racional, cuando, fracasado este universo, ni vestigio quede de sus grandes maravillas. Cambiará de formas y de manera de expresión, pero no acabará nunca, lo repetimos, en tanto que la humanidad no acabe, porque *el arte tiene un porvenir inmortal, y ni siquiera puede recelarse que le dé muerte la ciencia*, como afirma un eximio escritor.

Pero lo que lastima y desconsuela en estos tiempos, es que el verdadero arte, que mucho tiene de divino, se halle rebajado, prostituído por el frío naturalismo y el desnudo realismo que hoy imperan en sus dominios; pues, como asienta un crítico francés, “falta á su misión y desciende de su dignidad cuando, en vez de alimentar en nosotros el amor de lo bello—esplendor de la eterna verdad—, el amor del bien—emanación de la eternal sabiduría—, no emplea su magia seductora sino en sujetarnos á la tierra y en tornarnos, como los compañeros de Ulises, aficionados únicamente á la materia y ávidos por los placeres de los sentidos”. El materialismo es, señores, el cáncer profundo y espantoso que lleva inficionada y enferma á la sociedad, y observamos, con grande pena, que aquel materialismo se manifiesta en nuestras costumbres y gustos, muy más quizá que en la doctrina filosófica de la época.

Caracterizar las tendencias del arte en estos

tiempos, no es obra fácil; el poeta artista tiene que ser representante del sentimiento de la humanidad; el intérprete infalible de la verdad y el precursor de cuanto grande y levantado prueba á realizar el humano esfuerzo. Si la poesía no nos hace oír su voz profética de regeneración y de inmortal esperanza; de grande estímulo y de fuerza, en medio del prolongado concierto de dolores y miserias que pueblan el mundo; si no infunde á las almas, aptas para el sentimiento de lo grande y de lo bello, los gérmenes de esta augusta y saludable regeneración moral y social; en fin, si no estimula el anhelo de acelerar aquel día de consuelos y bienandanza, no será nunca, no podrá ser, la profetisa de los venturosos tiempos que están por venir, ni la mensajera de los grandes, inmortales destinos de la humanidad.

Desliguémonos, señores, del pasado, ya muerto y acaso estéril para las presentes labores del entendimiento en el avanzado siglo en que vivimos: las rutinarias preocupaciones encorvan el pensamiento y lo rebajan. Bien lo sabéis: el arte no crece gallardo, ni se levanta magestuoso y viril, sino obedeciendo á la ley ineludible del progreso. No resistamos, pues, á esta tendencia vigorosa, cuyos orígenes se hallan en las entrañas mismas de la sociedad y que constituye la verdadera vida del arte. Y es por esto que la poesía que marcha con las sociedades donde mora, obedeciendo á la pugna y exaltación; al decaimiento y vicisitudes de ellas, viene á convertirse en eco, y manifestación y forma de la idea intelectual y moral de los pueblos.

El gran orador de los últimos tiempos—Don

Luis González Bravo—se expresa en estos levantados conceptos, al hablar de las excelencias del arte: “Las manifestaciones del arte, dice, se ofrecen á nuestras miradas como la ciencia del verbo exterior con que Dios se revela á sus criaturas, y con que el hombre, revelándose libremente á sí propio, y mirando á la perfección inmaculada, actúa su ideal y se sublima por la mediación de los sentidos hasta la comprensión y el sentimiento de su divino origen”.

Las bellas artes han sido siempre la genuína manifestación de las inclinaciones, costumbres y creencias en las distintas épocas de la vida de la humanidad, pero siempre embellecidas é iluminadas por la idea, la cual, aunque vaga y confusa en la mente humana, antes de haberse realizado en la ciencia y en las instituciones, ha asomado y despertado en el arte de un modo instintivo, pero magistral y profético. Y, hecho singular, los hombres de escaso entendimiento y más escaso criterio, echan menos la corrección y hasta la propiedad en las eternamente célebres obras maestras de la antigüedad, sin considerar en qué circunstancias dadas se ejecutaron. Y es que, como afirma un crítico moderno, “toman lo accidental por lo esencial”. El dominio de los severos é inflexibles preceptistas ha caducado ya, y ahora las artes campean libres y desembarazadas en los anchísimos dominios en que nuestra avanzada civilización las ha colocado. Coyuntura propicia fuera ésta para seguir discurriendo sobre la corrección ó forma y el fondo de las obras literarias, mas, de propósito deliberado, dejamos este importante punto para tomarlo muy luégo, y continuamos nuestras lige-

ras disquisiciones sobre la literatura en general.

Fuera harto falsa y mezquina la idea que se tuviese de la literatura, si sólo se la considerase aislada y sin traer á la cuenta su afinidad y necesarias relaciones con las demás bellas artes que forman los elementos de la vida social. Tiempos hubo, en verdad, en los cuales no se veía en las especulaciones literarias más que inocente recreo de mentes desocupadas, sin darlas conexión ninguna con los graves intereses y encumbrados fines que ocupan la existencia del hombre. Ciertamente, que tal aconteció con la literatura superficial y de gabinete, si así vale decirlo, de pasados tiempos; y podemos afirmar, sin intención de duda, que la constituían entonces versos volanderos y de ocasión, sin otro adorno para halagar la imaginación y adular á los poderosos, que los lugares comunes académicos y la frase pulida y elegante. Visto se está que aquellas producciones jamás ascendían á la purísima y luminosa serenidad que resplandece en las obras de verdadera inspiración, una vez que el sentimiento y la percepción de la cabal belleza no movían el ánimo de esos vates. No se os esconderá, señores, que, aun hoy en día, aparecen esos partos híbridos y deformes y que sólo alcanzan á comunicar pasajero aliento de vida, como que son creaciones de la desordenada imaginación y de las exigencias del momento.

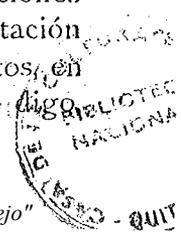
Empero hay una literatura, que bien podríamos llamarla *activa*; ésa que da elevación á las ideas, nacida de la pasión y el entusiasmo, y que la forman la inspiración, el estro y la fantasía; ésa que se mezcla en todos los acontecimientos de la vida humana,

ya prósperos, ya adversos; ésa, en fin, que se relaciona con los intereses y pasiones de la sociedad, en cuyo seno reside y alienta, y que necesario es buscarla en el conjunto de los grandes intereses que animan el mundo social y político. ¿No la vemos manifestarse en los discursos pronunciados en las tribunas y plazas públicas, en las graves enseñanzas de los ministros de la Religión y en las especulaciones de la filosofía? ¿No son parte de ella, y muy principal, los cantos del poeta y las relaciones de la historia? En suma, ¿no la vemos revelarse diariamente en todas las manifestaciones de nuestro espíritu en la vida práctica?

La literatura, así considerada, viene á ser la grave y magestuosa voz de un pueblo culto y libre, con la cual manifiesta las necesidades de su existencia moral é intelectual; traduce sus nobles aspiraciones y guarda las ideas, y sentimientos y pasiones encontradas que agitan á los hombres sin descanso. A manera de lazo común que ata las inteligencias, interpreta las opiniones y pugnas, gustos y errores de las pasadas generaciones; lega éste como depósito á las edades subsiguientes y, cual un espejo fiel, refleja la imagen de los siglos que nos han precedido y hace columbrar los futuros grandiosos destinos de los pueblos. En este concepto, la proposición tan general de que la literatura *es la genuina expresión de la sociedad*, viene á ser clara y precisa. No, sino, ¿quién dudará de que ésta y las ótras bellas artes de un Estado no sean la manifestación de su vida moral é intelectual, es decir, de las necesidades más levantadas de su naturaleza? ¿Quién no verá en ella el vínculo

estrecho, la identidad de aspiraciones y la fraternidad que ligar debe á los ciudadanos? Allí encontraréis necesidades de la imaginación, que concibe y realiza lo bello en las artes ya ideales, ya plásticas; necesidades de la inteligencia que busca lo verdadero en la conciencia humana por medio de la filosofía, compañera inseparable de la literatura, y en el mundo exterior por medio del estudio de las ciencias físicas; necesidades del sér moral, que tiende á practicar el bien, á simbolizar el infinito en los preceptos religiosos y á asentar la idea de la justicia universal, necesario elemento de las instituciones políticas, de la familia y de las relaciones de los hombres entre sí.

Pero sin la palabra, sublime y altísima revelación, emanada del seno mismo de la Divinidad, bien se echa de ver, señores, que nada, en orden á lo que llevamos dicho, existiría, como quiera que ella constituye el principal y el más precioso dón con que Dios quiso enriquecer al hombre, su creación predilecta; éste, por medio de ella, es apto á interpretar los secretos, las pasiones, los afectos más íntimos del alma y comunicarlos á los demás. Cosa admirable, señores; aquel soplo tenue y sonido fugitivo que, combinados misteriosamente, salen de nuestros labios, nunca mueren, porque llevan en sí la perdurable fecundidad del *verbo*. Cogidos á su aparición en el mundo por un arte maravilloso, casi divino, tiene el magnífico encargo de transmitir á las generaciones nuestro pensamiento, esto es, la idea, representación viviente de nuestro corazón, de nuestros afectos, en fin, de todo nuestro sér moral. La palabra,



cuando expresada con la debida propiedad, es la que da forma, y vida y movimiento á las concepciones de la imaginativa y vasto poder para alcanzar cuanto se desea, ya se la mire reflejada en los admirables versos de ingenios peregrinos, ya en las grandiosas estatuas y monumentos de pasados tiempos, ya, finalmente, en las dulces melodías de la música, el idioma de los ángeles.—“Así, siempre y en todo caso— permítaseme valerme, para acabar mi idea, de eloquentes expresiones de un orador de estos tiempos— cuando queráis conocer la fuerza vital de un pueblo, ninguna otra investigación podrá descubríroslo mejor que aquélla que se ejercite sobre la forma de la palabra, y por palabra entiendo la que habla, así en los sillares y cornisas del Partenón, en el mármol de Laoconte y del Apolo, en el gran muro de la capilla Sixtina y del Vaticano, como en los versos de la *Ilíada* ó de la *Divina Comedia*, por boca de Job, de Edipo, de Prometeo, de Hamlet ó de don Quijote; en la vibrante plegaria de Stradella, en las obras de Mozart, de Beethoven y de Rossini, ó con la voz del gran Demóstenes que todavía desde la roca de la tribuna ateniense resuena en las almas encendidas por el santo coraje del amor á la patria, y ondula viva y ardiente en el seno de nuestra civilización al través de veinte siglos”.

El cuadro que nos ofrece el pasado, á falta de una acción actual, proporciona al hombre pensador vastísimo asunto para las intelectuales investigaciones; de aquí el principal interés y mayor encanto que nos

prestan las tradiciones nacionales, venero rico y fecundo, entre nosotros todavía no explotado. Gustamos de los enseñamientos de la Historia,—inmenso espejo donde se retrata fielmente lo pasado y se refleja, del propio modo, el porvenir,—porque ella nos muestra el campo de la vida humana en grandes proporciones, y da pábulo á esa activa necesidad de actuar, que está como constreñida en nuestra alma, representándonos las épocas notables que han puesto en escena las pasiones ardientes y los grandes caracteres que han jugado importante papel en los públicos acontecimientos. La imaginación, en suma, al modo de hada bienhechora, viene como poderoso auxiliar, ofreciéndonos un mundo ideal muy mejor que éste real nos sustenta, donde hallamos seres más perfectos y larga serie de aventuras que desbaratan la tediosa monotonía, de nuestra inactiva existencia. De aquí, señores, el placer que nos causan las leyendas, novelas y representaciones dramáticas.

Pero el encanto de las buenas representaciones estriba en la que nos presentan embellecida imagen de la vida real; nos trasportan á un mundo ideal donde las facultades del hombre se desenvuelven y actúan con más libertad y eficacia; donde los seres que lo pueblan despliegan más vigor, así en la práctica del bien como siguiendo la aviesa inclinación al mal, y donde, finalmente, los acontecimientos, saliendo de la estrecha esfera de nuestras cotidianas costumbres, abren ancho campo á la actividad humana. Allí los sueños de la imaginación se realizan; allí se encuentran corazones formados para el

amor perfecto y la amistad sin reserva; allí gloria ninguna parece inaccesible. De aquí, señores, aquel delicioso sentimiento que alienta y avigora nuestro espíritu, y que es como sospecha de los perdurables goces celestiales.

Quien dijo que el principio de las bellas artes es el fastidio—, compañero obligado de la existencia humana—, entrevió una profunda verdad, en cuanto se relacionan con los misterios íntimos de nuestra naturaleza. ¿De dónde proviene ese fastidio abrumador sino de que nada aquí abajo satisface al hombre, que busca ávido y sin tregua un mundo mejor y más hermoso? De esa necesidad que todos sentimos de escapar del mundo real, y refugiarnos en otro de encendidos anhelos y amorosas ilusiones, emana la afición que nos lleva á las representaciones teatrales, en que se ofrecen á la vista, en abultadas proporciones, los ordinarios acontecimientos de la vida, viniendo á ser como suplemento á esta monótona existencia á que el estado social nos tiene sujetos. Además, el poeta necesita satisfacer á otras necesidades inherentes al sér humano, y que no podrán ser satisfechas ni con el bienestar más cumplido, ni con haber abarcado y profundizado muchas ciencias: las necesidades del corazón y de la fantasía, exigentes y poderosas en proporción del sentimiento, más ó menos activo, que anime al hombre; las pasiones todas, activas, fuertes y tumultuosas, que la sociedad refrena, y los sentimientos generosos que de ellas se derivan en ocasiones, hallan cabida en aquel mundo imaginario, donde impera el poeta con absoluto señorío. El rico, desgastado por goces pa-

ra él harto fáciles, y el hombre del pueblo, fatigado por sus cotidianas labores, van á buscar en el teatro, el úno refugio á su matador fastidio, y el ótro nobles y subidos sentimientos. El sacrificio, que lleva al heroísmo, y la santa abnegación, la blanda ternura, el puro y encendido amor, en fin, la verdadera fuerza del alma, allí se buscan y sólo allí se encuentran. A la verdad, señores, muy culpables son los que, en vez de aprovechar de tales disposiciones para alcanzar un fin moral, mancillan, dañan y corrompen las almas con la desvergüenza de cuadros obscenos y corruptores. No se os esconderá que en esas representaciones se ahoga el espíritu, avasallado por la materia; insustanciales, groseras y perniciosas escenas en que el vicio, desnudo ó mal ataviado, seduce á la incauta juventud. Y á fe, que á la generalidad del moderno teatro, comprende nuestra censura; lo intrínsecamente bueno, lo delicado, eso que enseña deleitando, lo que habla al alma, que no tan sólomente á los sentidos, forma la excepción. ¡Triste verdad que harto nos duele confesarla!

Con sobrada razón dice al respecto estas elocuentes palabras un crítico distinguido:—"Vemos hoy en la escena, que se santifica el honor que asesina; la liviandad que por todo atropella; que se representan como odiosas cadenas los dulces lazos de la familia; se condena á la sociedad por faltas del individuo; al suicida se da la palma del martirio; se proclama el derecho de rebelión y se somete el albedrío á la pasión; se hace camino del arrepentimiento el mismo de la culpa; en fin, se niega la virtud, se niega á Dios".....

Mas, no se crea por esto que pretendemos se cierren las puertas de ese recinto destinado á dar solaz y agradable pasatiempo á todas las clases sociales; nó, nuestro ánimo es que el teatro debe estar siempre al servicio de la verdad, de la virtud, de los sentimientos que educan moralmente al pueblo y que concurren á promover la verdadera, la cristiana civilización, con la reforma de las costumbres, sentimientos y tendencias. Pero el impío libertinaje de estos tiempos se vale de los teatros para poner en escena dramas abominables, condenados por la moral, por la conciencia de todo hombre honrado. No, sinó, ¿qué moral ni enseñanza se podrá sacar de representaciones en que se patrocina el vicio y se enseña el error en todas sus manifestaciones, vistiéndolas con los encantós de la poesía y la belleza teatral que despiertan las más activas y fascinadoras pasiones?

Proscríbase inexorablemente de la escena todo linaje de licencia, escándalo ó impureza que tienda á envilecer á los espectadores; empléese en todo caso la verdad, con sus propios atavíos, limpia y natural, y será el origen de las bellezas artísticas y morales; échese mano del mal con parsimonia y tan sóloamente como medio, y del bien siempre como fin, pero entrambos revestidos de natural colorido y expresión. Entonces, y sólo entonces, será la escena lo que debe ser: escuela de moral y buenas costumbres que dogmatiza, corrige y retrata, y que, deleitando, ilustra y mejora á los hombres.

Dejamos ya expuestos, si bien someramente, los beneficios que reportamos de la imaginación y de la poesía, que bien podemos llamarla hija suya. Si la literatura es, como no cabe duda, la fiel expresión de las necesidades morales de un pueblo, será imposible comprenderla sin averiguar y conocer hasta dónde se ha desenvuelto la vida moral de ese mismo pueblo. Sometida como se halla á las mismas vicisitudes y cambios que lo está la sociedad, no será inaccesible á las revoluciones y mudanzas del variable espíritu humano, como quiera que se halla compelida á seguirle en su camino, á reflejar las ideas y pasiones que agitan á los hombres y á participar de los intereses que les preocupan. La literatura no ha tenido, ni ha podido tener, el privilegio de permanecer inmutable en presencia de las revoluciones del mundo y sus catástrofes, de las vicisitudes de los hombres y del progreso de los tiempos. De aquí que no podamos apreciar debidamente las producciones literarias y artísticas de una nación, sin confrontarlas con la sociedad de donde emanan, como que son su necesario resultado. Esto asentado, nos atrevemos á afirmar, que estudiar la literatura de una nación, es compararla detenidamente con su existencia en todas sus manifestaciones; en su filosofía y religión, en sus instituciones y costumbres, en su historia y tradiciones. El tipo eterno y vivo del corazón humano, la inconstante y mudable condición del hombre en el proceso de los diferentes siglos que han corrido, y los profundos y opuestos cambios, ora en religión, ora en costumbres é instituciones por que ha pasado la humanidad desde las antiguas sociedades hasta la presente época, deben ser la norma y

regla para valorar las obras del arte y del ingenio.

Descendiendo de estas altas consideraciones ideológicas, necesario es que traigamos á la cuenta, pero para condenarlo, un error pernicioso que anda valido entre muchos modernos escritores, y que tiene nada menos que á introducir la anarquía, siempre funesta donde quiera que se halle, en los dominios de la gramática y de la retórica.

Prurito es, y muy generalizado, el preferir el fondo á la forma, ó lo que vale lo mismo, las ideas que entraña el escrito á la rigurosa observancia del conjunto de reglas, ora gramaticales, ora retóricas. Errados andan, á nuestro juicio, los que tal cosa sostienen, y los censuramos cuando vemos que adrede así lo practican. Un gran escritor, que por lo mismo es autoridad competente en materias de lenguaje y de gusto, nos enseña que el fondo y la forma están enlazados por la naturaleza con indisoluble parentesco, y tanto, que “de cualquier manera que se separen se llega con toda seguridad á la barbarie. Si las ideas se hallan forzosamente encarnadas en la forma, y son éstas las primeras que, al modo de los objetos materiales, hieren los sentidos, ¿cómo degradando la una se elevará la ótra? ¿cómo separar el signo del pensamiento, ó el pensamiento del signo? En su perfecta armonía estriban la belleza de las artes, el triunfo del ingenio y los verdaderos goces literarios.”

En cuanto adorno del espíritu, agrega el mismo crítico, “la elocuencia requiere una correlativa y común madurez en las demás artes; y como medio de

acción y persuasión, necesita de la violencia de las pasiones, del influjo de grandes intereses, ora populares, ora individuales: pero ni en estos aspectos, ni en ningún otro bajo el cual se la quiera considerar, puede ni debe jamás eximirse de la obediencia á los principios y reglas literarias; porque ellas no han venido á ser tales por la sola autoridad de Aristóteles ni de Horacio, sino por la autoridad soberana de la naturaleza, que es el tipo invariable y eterno de lo bello”.

Afirman y sostienen algunos autores, que hay oposición y una verdadera antítesis entre la corrección del lenguaje y propiedad en la forma y el genio inspirado y creador que no se detiene á considerar los preceptos gramaticales y retóricos. ¡Engaño lastimoso! La excelencia del pensamiento estriba, en buena parte, en la manera propia y atinada con que se expresa; y tanto es así, que las producciones que más se ajustan al arte, ya en los preceptos y buena distribución, ya en el empleo de imágenes propias y naturales, son las que más nos embelesan. Quien viola las imprescriptibles leyes del arte, no será correcto ni excelente en sus obras: lo falso y lo inverosímil, bien así como lo vulgar é incorrecto, nunca interesa la mente del hombre grave y reflexivo.

La literatura, cual ninguna otra ciencia, contribuye poderosa y eficazmente á adelantar el gran trabajo que ocupa á los pensadores de nuestra época, es á saber: resucitar el pasado, escondido aún en las brumosas nieblas de lo dudoso, con su propio carácter y fisonomía, y construir, sobre sólidos y permanentes fundamentos, la filosofía de la historia. Vos-

otros conocéis, señores, lo que hoy interesa más en el estudio de esta abstrusa pero amena ciencia: averiguar la vida real del hombre, desde su primitivo origen, su destino en las varias edades del mundo y, ante todo y sobre todo, estudiar la condición moral del ser racional. Conciliando así el carácter propio de cada sociedad y la peculiar fisonomía de cada pueblo, viene á ser la historia una como serie de experimentos, á modo de operaciones matemáticas, que hace en sí propio el género humano, y de las cuales el filósofo no hará más que sacar las necesarias conclusiones. El grande y valiosísimo servicio que prestará un día la historia literaria, será el de revelarnos los diferentes estados por los cuales han pasado el espíritu y la imaginación del hombre, transformaciones cuyas huellas ostensibles han guardado la literatura y señaladamente la poesía. Pero las modernas labores que audaces intentan descubrir lo desconocido, descifrar lo indescifrable, son como sublimes desvaríos, en que la verdad se encuentra confundida con la ficción, y de donde, á la postre, sólo se sacará duda y perplejidad para la mente.

Buscad en la historia la sociedad que más se haya aproximado al tipo ideal de la belleza, y que ofrezca el desenvolvimiento más libre y armónico de las facultades humanas, y tendréis necesariamente que encontrarla en la culta Grecia. Nada en ella estorbaba el libre vuelo de la actividad, y no tan sólo la poesía, mas también las artes y la filosofía, siguieron un camino uniforme, un adelanto progresivo y natural. Allí florecieron á la par todas las ramas de la

civilización: el arte de la guerra y la política se perfeccionaban juntamente con las bellas artes, la estatuaria, la pintura y la arquitectura. Esquilo, después de haber batallado en Maratón, como esforzado guerrero, alcanzó en noble palestra el premio de la tragedia. Sorprende á la verdad cierta identidad que se observa, y una como semejanza de familia, si así vale decirlo, entre esos poetas y oradores, filósofos, y artistas. Platón y Fidias, Sófocles y Demóstenes, al través de la diferencia de genio y de los distintos objetos á que aplicaban su inteligencia, tenían entre sí una fisonomía común, que es como el sello del carácter nacional. Sobrado cierto es que los pueblos que no tienen una literatura nacional, propia y, hasta cierto punto, original, se hallan reducidos á triste condición. Grecia, señores, podría ser mirada, aún en nuestros días, como el modelo de perfecta civilización, si nouviésemos que reprocharle la odiosa y cruel esclavitud doméstica, y la no menos reprensible en que tenía á la libertad intelectual. ¡Triste condición la humana en la cual la absoluta perfección nunca se encuentra! (1)

En esa admirable nación griega, y particularmente en el pueblo de Atenas, dotado de exquisito gusto, los ínfimos artesanos se mostraban sensibles á las bellezas de la poesía, y un rudo campesino conocía que Teofrasto era extranjero: tál era la refinada pureza de su ática lengua, la más hermosa del mundo. Atentas las circunstancias únicas y excep-

(1) Para confirmar nuestra aserción, allí está el suplicio de Sócrates, y lo de que Atenas sustentaba en su seno obra de 420.000 habitantes, de los cuales solamente 20.000 eran ciudadanos, los demás todos esclavos. Hay, pues, la proporción de un veinte por uno.

cionales del pueblo griego, podemos afirmar, sin temor de duda, que su elocuencia subió á tan grande altura, que nada se ha producido, así en antiguos como en modernos tiempos, tan acabado y perfecto, como los discursos de los oradores atenienses. Pericles y Pisistrato, Demóstenes y Temístocles fueron los príncipes de la elocuencia griega. Aquel pueblo, decimos, que tan felices dones poseía; pueblo viril, original y soberbio, á quien muchas naciones imitaron sin igualarle jamás, se perfeccionaba en los debates y en la actividad de la vida pública; encontraba vastísimo asunto á sus especulaciones intelectuales en una religión que animaba la naturaleza toda y cuyas ceremonias eran fiestas populares; en las grandes solemnidades de los juegos olímpicos, donde veinte repúblicas fieramente rivales, deponían las armas, dando tregua á sus querellas, para celebrar en común los magníficos triunfos de las artes y del genio creador. ¡Sublime y grandioso espectáculo, que si nuestra refinada civilización lo acostumbrara, la unión y la paz, el progreso y fraternidad de las naciones no fueran quizá vanos deseos y utopías, buenas sólo para ideadas y escritas, que no para practicadas!

La mitología pagana, que para nosotros es tradición muerta, uno como informe hacinamiento de vanos nombres y de ficciones sin encanto, que el gusto moderno debe proscribir de todo en todo, era para los griegos la fuente de sus inspiraciones y el fundamento de su filosofía (1). Ello se ve singularmen-

(1) Nuestra opinión acerca de la mitología y de las peregrinas dotes de la culta nación griega, concuerda con lo que sobre este punto

te en sus tragedias, magníficas derivaciones de las epopeyas del grande Homero; de Homero, ingenio sin segundo, que personificaba la Grecia artística, literaria y heroica. Pasmoso espectáculo, señores, aquél en que el trágico Esquilo saca á la escena las infernales Furias que persiguen á Orestes parricida; en que Sófocles, en su tragedia *Edipo-Rey*, asombro de los tiempos y maravilla del arte, le presenta errante y cargado con las venganzas del cielo y la

asienta el docto escritor, don Antonio Alcalá Galiano, en su erudito discurso leído en la Real Academia Española. Reprueba este literato la manía de apelar á la mitología en tratándose de argumentos modernos, y agrega: "Impertinente y excesivo es el uso que por largos años se ha estado haciendo de ella, considerándola como necesaria de la poesía.—El conjunto de los poetas de una nación, debe llevar por nombre el de Parnaso; toda inspiración proviene de la musa; y no hay batalla sin que en ella sonase la trompeta de Marte, ni borrasca sin que Eolo soltase los vientos y Neptuno entumeciese las olas, ni pasión amorosa sin que el ceguezuelo Cupido hubiese disparado sus flechas y herido con ellas á los enamorados, ni matrimonio sin que encendiese su antorcha Himeneo, ni muerte sin que interviniesen en ella las Parcas. Por aquí se hace la composición poética un trabajo á modo de obra mecánica, y los que se dedican al oficio de poetas, de allí escogen, sacan, ordenan y colocan los materiales. Así, vino á ser la mitología una como Farmacopea donde estaban apuntados los ingredientes para hacer las recetas.—Bella, hermosa era en su tiempo la mitología griega, como lo era todo en el arte de aquel pueblo, al cual concedió el cielo ingenio sin par, viva fantasía, idioma superior á todos cuantos han conocido los hombres, exquisito gusto, concepción cabal de la belleza, hasta en lo moral, en gran manera, así como completamente en lo intelectual; pueblo al cual parece imposible exceder ó siquiera igualar, y que entre otras ventajas tuvo la de no haber sido imitador, y ha tenido la de haber obligado á los demás del mundo, sus sucesores, á imitarle".—Mr. Gerusez, profesor de la facultad de letras de París, en su obra de la *Historia de la literatura*, abunda en este sentido, y destierra absolutamente á la mitología como cosa rancia, desgastada y de pésimo gusto en nuestros días.—Mr. de Lamartine afirma, en una hermosa poesía, que los dioses del Olimpo ya pasaron, y añade:

Cherchez les dans la cendre de Rome!

execración de las gentes, buscando, desatentado, seguro en los bosques consagrados á las Euménides; en que Eurípides, con sus admirables representaciones, hacía llorar y estremecerse á un pueblo entero. Estos autores ofrecen á la vista y consideración de los griegos objetos y personajes que armonizan con sus creencias y costumbres, y que, presentes siempre á sus ojos y en su mente, forman parte de su existencia. Y aquellos recuerdos, aquellas tradiciones de su mitología, los invocaban aun en sus transacciones políticas. Demóstenes, grande ingenio, que consagró su altísima elocuencia á la defensa de la más santa de las causas—á la defensa de Atenas, su hermosa patria—respondiendo cierto día á una grave acusación propuesta por enemigos implacables, principia y concluye su defensa por una invocación á los dioses y diosas del Olimpo. En Grecia, señores, encontramos todos los caracteres de una literatura nativa, original, única, que saca sus inspiraciones de los grandes infortunios de los hombres, de las catástrofes de los pueblos, de las humanas vicisitudes, en suma, del seno mismo de la sociedad que le da vida. Allí los grandes hechos se ejecutaron siempre por el pueblo, y aun la augusta entidad de los personajes trágicos, se eclipsó siempre delante de aquel gran personaje.

¡Inestabilidad de las cosas humanas! De aquella fastosa Grecia sólo nos guarda la historia la eclipsada memoria de su grandeza y de sus hechos, llevándonos á confirmar ésta como tesis: las naciones, bien así como las familias, como los individuos, tienen períodos de grandeza y decaden-

cia; períodos en que las artes y el saber viven y se mantienen en íntima y perfecta unión con el movimiento social, y otros en que, desconcertados el equilibrio y marcha armónica de los varios elementos sociales y políticos, las artes y todas las ramas del saber humano vienen á menos cayendo en lastimosa postración. ¡Que así por ignorados caminos se suceden, á la cultura y grandeza de los pueblos, épocas de postración y descaecimiento de sus vitales fuerzas, á lo que yo llamaría su decrepitud! En la decadencia de ese gran pueblo, y aún antes de que exhalara su último aliento, ya la literatura, la filosofía y las artes habían abandonado los aires del nativo suelo para ir á posarse en las colinas de la orgullosa y altiva Roma; de esa Roma que, sin ser nación esencialmente científica ni dada del todo á las bellas artes, alcanzó á producir un guerrero como César, un orador como Cicerón y poetas como Tibulo, Virgilio y Horacio; de esa Roma, señores, la altiva, la guerrera, domeñadora de sesenta y cuatro naciones fieramente rivales entre sí, de la cual se dijo que había hecho del orbe entero una sola ciudad:

*Fecisti patriam diversis gentibus unum
Orbem fecisti quæ prius orbis erat;*

de aquella gran ciudad, en fin, de quien se pudo decir esta sublime frase de vosotros conocida:

Ante quien muda se postró la tierra.

Pero es ya tiempo, señores, de exponer algunas

ideas, siquiera generales, tocante á la divina poesía, para dar cabal remate á este discurso.

La poesía, flor inmaculada del sentimiento, cuyo perfume al evaporarse deja en el alma la esencia de la belleza, música embriagadora y celestial que, al decir de un literato de estos días, "es la más elevada y noble expresión del humano pensamiento", se alza con mucho sobre las habituales manifestaciones de éste; sentimiento indescriptible, cuyos efectos se traducen en arranques subidos de entusiasmo, unas veces, y, en ocasiones, en vagas y melancólicas aspiraciones del alma, pero siempre en sublimes y encendidos anhelos de santo amor; aspiración hacia lo bello, lo perfecto, lo perdurable, que viene á ser á manera de alas con que el espíritu se remonta al cielo. Estaban en lo cierto los antiguos cuando no podían comprender á la poesía sino por la intervención directa de la divinidad.

En efecto, señores, no es posible ser poeta verdadero sin hallarse cogido de una como enfermedad del espíritu, porque en los goces y trasportes poéticos como que no se pertenece el alma del hombre, impelida poderosamente por fuerza superior y misteriosa que aspira á la concepción del tipo ideal de la belleza y luégo á su corporización. Arte que en dulcísimos cánticos y misteriosas vibraciones proclama las obras de Dios y que, en ósculo de eterno amor, une en estrecha lazada á la finita criatura con la inmensidad del Creador; dulcísima esperanza que gime, que ruega, que se exalta suspirando por las plácidas auroras de una perdurable y dichosa vida.

La incesante labor del pensamiento; las alternativas de transporte, de pugna de desfallecimiento; los caprichos de la inspiración rebelde á la voluntad que, ora la solicita, ora la repudia; los repentinos raptos y los abatimientos imprevistos del espíritu; esas vicisitudes del trabajo poético, y esos choques tenaces y constantes, han concurrido á señalar á la poesía origen celestial. Ella es, señores, la melodiosa voz del cielo que, oída en la tierra, nos hace soñar en los contentos perdurables, y los poetas unos como instrumentos involuntarios de aquel misterioso comercio,

Que en celestial y mística armonía,
Cual si fuera del cielo arrebatada,
Sus cuerdas se desatan dando al viento
En voces mil inextinguible *Hosanna*.

Este deseo ignoto y activo que alienta vigoroso dentro de nosotros; esas aspiraciones secretas y vagas que abundan en subidísimos anhelos más que en palabras, inefables, impetuosas, magníficas; esos desbordes de suavísima ternura del amante y sensible corazón, hallan un intérprete fiel en la poesía, y tan aína, que quien los siente y de ellos se penetra, no tiene más que dejarlos fluír, obedeciendo al sentimiento que le agita, para ser verdadero poeta. Esa inacabable armonía de la juventud, cuya gran resonancia deleita aun en la época de desencanto y decadencia de la vida; ese tesón perseverante y firme de mantener el hermoso ideal concebido en la primavera de la existencia, y guardado y acariciado con santa afección; ese como egoísmo saludable y digno— que yo llamaría caridad para con nosotros

mismos—que nos lleva á dedicar grande atención al propio destino, á las altas ascensiones del espíritu, en fin, á la purificación del alma inmortal, son grandes antecedentes para dar vida á la poesía, para nuestro mejoramiento, para guiar constantemente hacia la luz indeficiente nuestra inteligencia, y para perfeccionar nuestro espíritu levantándolo. ¡*Excelsior!* esta debe de ser la invocación íntima y fervorosa que se alce á la continua del fondo de nuestro pecho. ¡*Excelsior!* ascensión purísima, anhelo del alma extranjera por las veredas del mundo hacia la mansión de serenidad inacabable, de luz y de poesía. Quien se halla movido por tales sentimientos, expresado con palabras enérgicas, en suaves y armoniosos pensamientos, dará á la poesía aquella expresión magnífica y sublime, celestial y mística que gustamos á placer en las obras de Teresa de Jesús, la abrasada en los incendios del amor divino, del horaciano fray Luis de León, del profundo San Juan de la Cruz y de otros más, célebres en los pasados y modernos tiempos.

Hay en nosotros un sentimiento íntimo, indescriptible, que nos lleva dulcemente á las serenas regiones del arte poético. Manifestación sensible de la idea por medio de la palabra; dulcísimas aspiraciones del alma hacia el Creador, anhelo constante á contemplar la hermosura en su triple manifestación: Dios, la naturaleza, la humanidad; y ese sentimiento, cual armonía mística, eleva la mente y sumerge el alma en grata placidez como del cielo. He aquí, señores, el arte poético, creación exclusiva del hu-

mano ingenio, que es, al propio tiempo, lira y cántico, y que da vida y animación á todos los objetos de la naturaleza. De aquí que únicamente alcanzarán á ser grandes artistas, por medio de la elocuencia de la palabra, de los pinceles y de los sonidos, los que se inspiren tan sólo *en el tipo increado de la Eterna Hermosura*. Porque es singular prerrogativa del arte poético eso de dar vida y movimiento y multiplicidad á las ideas, fundiendo, por así decirlo, el espíritu con la naturaleza, y abrevándose en los manantiales de perenne vida, destinados á pocos seres favorecidos.

Y á aquel sentimiento vago y misterioso, activo é indefinible han llamado los poetas *inspiración*, que, para nosotros, es la plenitud del pensamiento y la mayor exaltación de las fuerzas intelectuales del hombre. De aquí, señores, que la poesía, sin ese *quid divinum* de los antiguos, no sea más que ruido armonioso y concertado de palabras, remedo informe de sentimientos no experimentados y confuso vacío de ideas. Tengo para mí que, demás de lo expuesto, jamás merecerá el nombre de poesía la composición intelectual que no estribe *en la verdad de la naturaleza, en la verdad de las ideas y en la verdad de los sentimientos*: ¡sublime y grandiosa trinidad que constituye la esencia y el prestigio de aquel arte encantador y celestial!

Es lo cierto que nunca el poeta llegará á una alzada y sublime creación, sino cuando, verdaderamente inspirado, levante el pensamiento con los vuelos de la imaginación á una esfera muy más alta que ésta donde se desenvuelve la vida prosaica y mate-

rial que aquí llevamos: es que la belleza sensual—estímulo de almas vulgares y apocadas—no podrá satisfacer al verdadero poeta. Sólo desde las regiones ideales del espíritu abarcará, cual en anchísimo círculo, las ideas, los sentimientos, los vaivenes, en fin, las tendencias de la humanidad entera en todas sus épocas y mudanzas; porque la poesía, inmortal como es, no está sujeta á cambios ni mudanzas; así que con razón afirma Macaulay—gran pensador y gran crítico—que, “desde que la poesía produjo sus primeras obras maestras, todo cuanto puede cambiar en el mundo ha cambiado. Se conquistó la civilización paso á paso, se perdió después, luego se reconquistó: las religiones y las lenguas, las leyes, los gobiernos, las costumbres y los modos de pensar han sufrido una serie de revoluciones; todo ha pasado, excepto los grandes rasgos de la naturaleza, excepto el corazón humano, excepto los milagros de ese arte divino que tiene por misión reflejar el corazón del hombre y los rasgos de la naturaleza”.

La poesía tiene, pues, un fin grandioso; los principios que la constituyen son eternos, inmutables, sin que se halle sometida á leyes transitorias que cambian así que su necesidad haya pasado. La *Iliada* de Homero, la *Comedia* del Dante y el *Paraíso* de Milton, bien así como el *Otelo* y el *Rey Lear* de Shakspeare, guardan hoy, y seguirán guardando en cien generaciones subsiguientes, el encanto, la frescura y el vigor que en pasados tiempos, porque tienen el gran privilegio de ser inmortales.

No se os esconderá cuán inmenso y múltiple es el objeto de la poesía, como quiera que el espíritu poético suele hallarse en contacto, como queda dicho, con tres diversos mundos: Dios, la naturaleza y la humanidad, y que en estas tres excelentes é inmensas fuentes del arte poético, se espacia, se abreva y embriaga. De aquí que siempre encontraréis á la poesía jugando importante papel, cuándo en los acontecimientos de la historia, cuándo en las vecisitudes y pasiones de la humanidad, cuándo, finalmente, en el inenarrable espectáculo de la naturaleza y en la contemplación del infinito poder del Creador. Así, pues, por la combinación y selección de esos varios elementos, alcanza el poeta á conmover el espíritu, á excitar la admiración, el terror y la simpatía, á arrancar lágrimas ó provocar la risa. Esto que acabáis de oír, lo resume admirable y sintéticamente el literato, Señor Marqués de Molins, cuando dice:— “La poesía, que es la más elevada expresión del pensamiento, ha de buscar en Dios, en la historia y en el corazón humano sus eternos manantiales”.

Pero la fiel y servil copia de la realidad, sean los que se fueren el lenguaje y la forma que para ello se empleasen, no alcanzará á constituir la verdadera poesía, pues nunca podrá aspirar á la alteza y predominio de sus partos sino creando, y tal creación estriba en la acertada elección y conjunto de los elementos de que dispone el poeta, y en la cabal concepción del idealismo. Sólo entonces reinará soberanamente la poesía, como quiera que nunca fué esclava, antes sí émula de la realidad, y cuyo destino es crear y seguir en sus creaciones, en cierta mane-

ra, los procedimientos de la Divina Inteligencia. Dios, ha dicho un ingenio esclarecido, *es el poeta por excelencia, y su primer cántico es el Verbo*, por quien todas las cosas fueron hechas (1). Él, Supremo ordenador de todo cuanto luce y maravilla en la creación, ha señalado sus portentosas obras con el múltiple carácter de la inteligencia y la hermosura, de la estabilidad y la fuerza, en fin, del amor íntimo. Los prodigiosos fragmentos que de su obra inmensa alcanzan á comprender nuestros sentidos, levantan el humano pensamiento á superiores concepciones abismándole en su infinita variedad: concibe en aquello que ya ve, y luégo tiende á realizar lo que concibe. Ved, pues, el gran poder de la imaginación que, dando alma y vida á todos los objetos, penetra en los misterios á donde la razón nunca podrá penetrar.

De aquí, señores, que yo no conciba poeta verdadero en un materialista, por aventajado ingenio que posea, y por más que los del gremio le enzalcen y dignifiquen. Cuando se quiera fundar la razón en el error, buscar la verdad en las tinieblas, la felici-

(1) Cuán hermosa y poéticamente dice el sabio P. Gratry, en su admirable obra, *De la connaissance de l'âme*.—*Toute votre Création, ó Dieu, est une parole, un poème et un chant que vous voulez bien exhâler. Les paroles, les syllabes de ce chant sont les êtres distincts, et tous ensemble, et toutes les âmes et tous les corps, sont un discours unique, l'image de votre idée et l'empreSSION de votre amour.* Y más adelante agrega:—*Dieu ne peut croître, ni lui, ni son amour, mais la créature croît toujours. La sphère d'amour grandit incessamment, elle fait ce qui est dit aux âmes: "Dilatez votre cœur et je le remplirai". Elle ne cesse d'agrandir son cœur et de le dilater, sous le soufifle intérieur, par un progrès que rien n'arrête, comme à la voix de l'homme s'étend autour de lui la sphère des ondes sonores, corps de la parole intérieure, sphère réelle, vivante, animée, dont le centre est la bouche qui parle, dont la surface s'avance à flots pressés dans l'atmosphère, et dont chaque point porte le mot entier.*—*Ainsi grandit la sphère divi-*

dad en las agrias veredas de la tierra y la belleza en las cosas y objetos puramente materiales, luégo al punto asistiremos á los funerales de la poesía. Bien se me alcanzó que de la mente de un descreído ó de un materialista, nunca brotará una centella de verdadera inspiración. A punto estoy, señores, de afirmar, si bien con honda pena, que el reinado de la poesía no es de este siglo en que vivimos, siglo prosaico y calculador, egoísta y descreído cual ninguno quizás. Placer siento, y muy grande, cuando leo al sentimental Chateaubriand, al dulcísimo Lamartine, el poeta de la juventud, del amor y de las lágrimas, al profundo, al par que sencillo, fray Luis de León; no así cuando paro la atención en los llenos y sonoros versos de Alfred de Musset, de Byron, Víctor Hugo y Quintana. Es que los primeros hablan á mi espíritu, le conmueven y exaltan: los ótros, que tan sólo hieren á mis sentidos, dejan la duda cruel y profundo desencanto en el corazón. Los tiempos de revolución, de licencia y descreimiento, que crían y nutren este linaje de literatura, han producido poetas y oradores que, con sus pensamientos sombríos y desesperados, desgarran el corazón postrando el ánimo y aniquilan el brillo suave de la estrella bienhechora de la esperanza que nos guía por las vere-

ne, plus vite que la parole humaine ne va d'un homme à l'autre, plus vite que la lumière ne passe d'un monde à l'autre. Rien dans tout l'univers ne croît, ne marche, et ne s'avance, et ne s'elance dans l'éternel progrès avec plus de vitesse et de tressaillement que ce flot magnifique de la parole de Dieu. Jamais elle ne s'arrête: son cœur augmente toujours de profondeur et de capacité: son âme se développe sans cesse: toujours en elle de nouveaux points paraissent à la lumière, et chaque fibre nouvelle de ce cœur bienheureux rencontre et boit toujours la plénitude de la lumière et de l'amour, ce rayon d'une force infinie, le Verbe, qui se verse en tous sans s'affaiblir.

das de esta mísera existencia. “Cuando la duda se convierte en negaciones, despedíos de las bellas letras”, dice un hombre de gran seso. Los cantos que no emanan de un sentimiento apasionado y profundo, veraz y necesario, tendrán harto escasa vida, bien así como toda obra de circunstancias, de suyo efímera é inconsistente, que no sea la expresión de verdaderos afectos, en suma, que no conmuevan nuestro espíritu deleitándolo.

Habréis observado, señores, que los grandes poetas y artistas del primer tercio de este siglo tienen cierto carácter, y filiación y tendencia casi uniforme que caracteriza notablemente su poesía:—la contemplación y el retorno á la naturaleza y el sentimiento de la igualdad humana y del amor puro y alzado. En Rousseau, Saint-Pierre y Lamartine se marca admirablemente esta tendencia. En ellos la individualidad desaparece, el egoísmo no es siquiera conocido. Ellos, los grandes y dignos, nos llevan con mente plácida por los ruseños campos de la esperanza y el amor, de la luz y de los infinitos anhelos, que nos hacen entrever anticipadamente el grandioso porvenir de la humanidad, allí donde todo es resplandores y fuerza, cánticos y armonías.

Jesús, el Hombre-Dios, Verbo poético del Eterno, vivió, ora en el desierto y la montaña, ora también en las orillas de la mar y la campiña, contemplando la grandeza y la gloria de su Padre, y compadeciendo la miseria y pequeñez de los hombres. Así, no debe admirarnos que la poesía se refugie en la naturaleza y que de allí saque su inspiración y consuelo en estos no muy dichosos tiempos. Virgilio, el poe-

ta más grande de la antigüedad, piensa y escribe como si fuera cristiano. De aquí que el poeta que vive de anhelos y esperanzas, tenga que apartarse á la soledad. Pero si en sus solitarias labores no entra en parte principal el amor á la humanidad, nunca será gran poeta. En este sentido, Rousseau y Saint-Pierre, ya nombrados, son poetas muy más grandes que Goethe y Byron; y no os sorprenda mi afirmación, señores. Lazo ninguno liga à estos dos poetas con los demás hombres; son una personalidad exclusiva y rehuyen ser cosmopolitas, esto es, ciudadanos de todo el mundo y actores en el gran desenvolvimiento necesario y legítimo de la humanidad, creyéndose libres y extraños á sus derechos y deberes. Con harta razón dice el sabio crítico Leroux, juzgando al mayor y más grande poeta de Alemania:—“Goethe participa de los defectos de su país. Así, la poesía desposeída de la esperanza que se consagra toda á la humanidad, retorna á la individualidad y al egoísmo” (1).

Byron es, sin duda, el representante de la nueva escuela literaria, personal y exclusivista, fundada en el primer tercio del siglo á cuyos términos hemos alcanzado. Byron, señores, que al venir al mundo trajo consigo singulares excelencias y prerrogativas únicas, junto con antecedentes del todo funestos y contrarios, que concurrieron á hacerle desdichado, para que en él también se cumpliese la inexorable cuanto ineludible ley de las compensaciones que ri-

(1) *Goethe a le défaut de son pays. La poésie donc, privée de l'espérance qui s'applique à l'humanité tout entière, tourne à l'egoïsme.*— Considerations sur la poésie de notre époque.

ge soberana en esta mísera tierra que nos sustenta. Tuvo ingenio y hermosura, nobleza y gran caudal; pero tales prendas se hallaban entremezcladas con antecedentes de humillación, de pugna y de bajeza. Sus primeros cantos—escritos en los albores de la juventud—fueron recibidos en su patria con frialdad y hasta con desprecio. Mas, al andar de poco tiempo, se conquistó la admiración, el aplauso y respeto hasta de los mismos que en antes le menospreciaron. En las frecuentes explosiones de su alma ardorosa y ávida, maravillosamente vertidas en sus inmortales y apasionados cantos, veía la Nación inglesa al poeta más grande de su tiempo. Desterrado voluntario—porque mal se avenía con el orgullo y frialdad del pueblo inglés—se refugió en extraña tierra, donde, desgastado por la intemperancia, los placeres y sufrimientos, y consumido por el activo fuego que ardía en su alma, murió á la prematura edad de 36 años. Así acabó el poeta más grande del siglo que corre. Con cuánta verdad dice Lord Macaulay, hablando de Byron:—“Ningún escritor tuvo nunca á su disposición tan grande cosecha de menosprecio, de elocuencia, de misantropía y de desesperación; su caudal era inagotable, y ni el arte podía ser eficaz á dulcificar, ni tampoco las derivaciones á disminuir, la impetuosa corriente de sus ondas siempre amargas. Nunca se vió en la monotonía variedad semejante á la que él desplegó; pues desde la carcajada del loco hasta el lamento más dolorido, pulsó todas las notas de la angustia humana, y repetía siempre, que *la desventura y el dolor supremos son el patrimonio de los seres superiores.*

Purificar y levantar el alma con el grandioso espectáculo de la universal belleza, poniendo en ella sentimientos de amor y de admiración; fortificarla con la pintura de las malas pasiones, miserias y efímeras grandezas de la humanidad, en una palabra, ennoblecerla vigorosamente para impelerla, guiada por la luz de la fe, hacia mejores destinos, será siempre el novilísimo fin de la poesía; y, cuando así, será también el poderoso auxiliar de la moral y el mejor instrumento de civilización. No se os esconderá, señores, que sin la poesía, la humanidad, encorvada siempre á la tierra, desde su caída funesta, comprimida en el estrecho círculo de las necesidades físicas y de los materiales intereses, sería no más que el complemento del reino animal, y nunca la eterna y sola intermediaria entre Dios y la naturaleza. Así, ¡cuán ciegos son los que las desconocen y mancillan, cuán culpados los que la degradan y desnaturalizan! Y qué diremos de aquéllos que, hartos á menudo, la ponen al servicio de mezquinos intereses y de pasiones bastardas! Qué de aquéllos que hacen de la poesía instrumento de blasfemia y corrupción para depravar al hombre! *Corruptio boni pessima*, se ha dicho con sobrada y dolorosa verdad, y aplicando á la poesía, ó más bien á la literatura en general este antiguo y sabio apotegma, veréis que sus resultados son funestos y terribles.

Acaso la historia, en sus relaciones, no registra un siglo más utópico y dado á los desvaríos de la imaginación, que éste al cual hemos alcanzado. Imágenes brillantes, lujoso atavío, amaneramiento en la forma y nuevos y elegantes giros, es lo que á

menudo observamos en la poesía contemporánea. Bien sabido es que el análisis frío y material y la labor, antes mecánica, que no resultado de un vivo afecto, alejan el sentimiento, la inspiración y los vuelos de la ardorosa fantasía. Tan sólo un corazón suavemente inflamado al vivificante calor de la fe cristiana, que se eleva y exalta con la consoladora esperanza de mejor y perdurable vida, sentirá de una manera blanda é inefable, y podrá traducir en dulces cantos, aquellos castos, indefinibles afectos que de su alma y corazón se enseñorean. Con sobrada razón exclama un autor esclarecido:—“Desgraciado del poeta que separa lo bello de lo bueno, y hace de la literatura, en vez de un apostolado social, instrumento de elogios venales ó de impúdicas distracciones!”

Digimos ya que los pueblos que no se han formado una literatura nacional, propia y, hasta cierta medida, original, se hallan reducidos á pobre condición. Para no ser contados en este número, debemos desterrar la servil y mezquina ocupación de ser imitadores de literaturas extrañas, que del todo desdican con nuestra naturaleza, educación y costumbres. El estudio bien dirigido, la copia de buena doctrina y la continua meditación, producirán ingenios esclarecidos y hombres de letras que emularán á los de otras naciones.

Tiempo es ya de que esa porción escogida y numerosa de nuestra juventud, que lleva en sí las esperanzas y el prestigio de la Patria, y que la estamos viendo levantarse inteligente, ambiciosa de ciencia é

inflamada en noble ardor, marche por el no muy frecuentado sendero de las buenas letras y llegue, con perseverante y fructífera labor, al andar de los tiempos, á formar y establecer la literatura patria. En la época actual, como que las inteligencias se desenvuelven con pasmosa precocidad entre nosotros, dando, harto temprano, bien sazonados frutos. Tenemos ya valiosas producciones, de índole enteramente nacional, de nuestros más aventajados literatos (1). Está, pues, el camino señalado, y hoy, más que en pasados tiempos, contamos con una muchedumbre de jóvenes inteligentes, estudiosos y de febril actividad, cuyos trabajos literarios, que de algún tiempo atrás vienen viendo la luz pública, nos sorprenden agradablemente (2). La generación que se levanta está llamada á labrar la ventura de la Patria. Si nuestros padres nos conquistaron inde-

(1) De entre las varias obras que lleva escritas y publicadas el Señor D. Juan León Mera,—acaso el literato más distinguido y laborioso de nuestra Patria,—sobresalen, entre otras cualidades, por su índole nacional, donaire y originalidad, *La Virgen del sol* y la incomparable *Cumandá*, que justamente ha merecido grandes elogios de la prensa americana y europea.—D. Julio Castro lleva publicados los romances intitulados *Benito el torador*, *Un matrimonio en mi barrio* y otros de indisputable mérito. *La Hija del Shiri*, de D. Quintiliano Sánchez, nos recuerda los romances de Góngora, Lope de Vega y Saavedra: tales son la destreza y donosura con que el autor maneja la lengua y la fluidez y sonoridad de sus versos. Tenemos entendido que D. Luis Cordero, D. Remigio Crespo T. y D. Tomás Rendón han escrito igualmente obras de carácter puramente nacional.

(2) Larga sería la enumeración de todos los jóvenes que en la actualidad se distinguen en el campo de las buenas letras; contémosnos con nombrar siquiera á algunos: Vicente Pallares P., J. Trajano Mera, Eduardo Espinosa, Pedro Pallares A., Clemente Ponce, Alvaro Terneus, Camilo Daste, Víctor L. Vivar, Atanasio Zaldumbide, López, Celiano Monje, Antonio Quevedo, Víctor Manuel Gángotena y ciento más.

pendencia y libertad, y si no queremos que sean estériles sus sacrificios, infecunda su sangre derramada, prestemos, señores, estímulos á la juventud y démosle buenos y altos ejemplos; así, no lo dudéis, mejorará el estado y condiciones de nuestra sociedad, y vendrá sobre nosotros todo linaje de bienes, y se podrá decir con segura confianza:—El Ecuador es nación civilizada; y obligaremos á las naciones del viejo Mundo á confesarlo.

No sé si ha correspondido lo que dejo expuesto al asunto que me propuse tratar, ni si en el empeño he salido airoso. Niego á los censores oficiales y de oficio el derecho de hacer proceso por no haberme ceñido del todo al plan indicado en el comienzo de este escrito: serio compromiso no contraí, ni pude haberlo contraído, conociendo lo dificultoso de cumplirlo, y atento también mi carácter—impaciente y febril hasta un extremo—, mis inclinaciones y flacas fuerzas. Hecha esta salvedad, y dirigiéndome sólo á vosotros, mis amigos y compañeros, os confieso que me hallo fatigado, y que resuelvo poner aquí punto final, pidiéndoos antes, eso sí, me otorguéis nuestro perdón, por lo poco que haya alcanzado en la indigación de los puntos propuestos, bien así como por la poca destreza que en ello he manifestado: y me lo perdonaréis, lo espero, en gracia á mi anhelo y constante inclinación al estudio de este linaje de ciencias que, como dulce manía, ha ocupado los mejores años de mi vida. Acometí la empresa con acabada voluntad, si bien con el temor

de salir desgarbado y como justador corrido en este respetable palanque. Pero hay inclinaciones naturales y persistentes que fuerzan, que urgen, que violentan la que se las opone, poderosa voluntad; y yo, señores, á ellas he cedido, y por eso me habéis visto en este sitio.

HUMANAS COMPENSACIONES.

Muchas veces me he preguntado:—¿Por qué será que los hombres de superior talento son siempre melancólicos y casi siempre desdichados? ¿Por qué las raras dotes con que de tarde en tarde vienen al mundo ciertos hombres se hallan compensadas con crueles amarguras? ¡Oh Byron, y Espronceda y Peza! ahí estáis vosotros para confirmar lo que llevo dicho, y lo que iré diciendo todavía. El asesino y verdugo de la vida es la melancolía, ó lo que es lo mismo, la aflicción, consecuencia de los estériles anhelos con que ocupamos la existencia. No es, pues, maravilla lo que afirma un médico filósofo, y es *que las cuatro quintas partes del género humano mueren de aflicción.*

Los poetas y los médicos—que á tanta distancia se hallan unos de otros—han definido á su manera la melancolía. Dicen, pues, los hijos de Apolo, que es una enfermedad del espíritu, del todo extraña á las almas vulgares, y cuyo principio suele producirse en todo corazón sensible y bueno, causando al que la padece el raro fenómeno de experimentar placer y amargura, risas y llanto.

¿Habéis visto alguna vez sonreír á una mujer hermosa? La habéis oído suspirar con la ansiedad infinita de su alma apasionada? Sí, que recordaréis haberlo visto y oído, allá en lo recóndito de vuestros gratos, perfumados recuerdos, pues esa dulce impresión nunca se borra. Acaba de afirmar un poeta, que á un hombre, después de mirar una sonrisa de este linaje y de oír una voz como robada del cielo, no le queda otra cosa que contemplar sino es el cielo mismo.

Cuando la mujer ama con el corazón, si ríe, ríe melancólicamente; si suspira, su acento es dulce y flébil como de arpa eólica. Porque la melancolía es compañera inseparable del verdadero amor, y mal se aviene con la bulliciosa alegría; busca la soledad y en ella vive en grata compañía con la esperanza y los recuerdos.

Pero nos separamos del principal asunto de este escrito. Dijimos que los hombres de superior talento y de gran sensibilidad sienten y padecen más que el común de los humanos; y ésto porque sus mismas facultades como que multiplican sus penas y les llevan á juzgar que es abismo sin fondo la desventura de su corazón.

Pero los médicos dicen también—con el lacónismo y gravedad que caracteriza al respetable gremio—que la melancolía es una *neurosis*, ó dolencia nerviosa, la cual, partiendo de la cabeza, manifiesta sus principales efectos orgánicos en el vientre.

Bien se echa de ver cuánto dista lo que afirman

los discípulos de Apolo de lo que sostienen los Esculapios y Galenos. Sea de ello lo que se quiera, lo cierto es que todo hombre que viene al mundo con dotes peregrinas, padece melancolía, llevando como inseparables compañeras tristeza y crueles angustias.

Hay corazones padecidos, corazones que manan sangre á la continua, y que tienen la sublime virtud de guardar escondidas las santas silenciosas penas de la casa; porque lo íntimo, lo más doloroso que guarda nuestro corazón, no lo revelamos sino en situaciones supremas: el alma como que teme fiarse de otra alma, y así vivimos en el secreto de nuestra ilusión, de temor de afigurarnos aún más al comunicarlo á ótro. Es que fiamos nuestro propio dolor únicamente al amparo de nuestra misma compasión.

El dolor, cuando ya no cabe dentro de nosotros, nos despedaza las entrañas para buscarse salida, al modo que lo hiciera un tigre felino.

Mi excelente amigo, D. Carlos R. Tobar, quien siendo buen médico es mejor literato, afirma, en un sustancioso escrito sobre la hipocondría—sinónimo de melancolía—que ésta es una enfermedad eminentemente nerviosa, caracterizada por cambios notables en las facultades intelectuales, afectivas y sensoriales; y luégo agrega, “que los individuos ricamente dotados de facultades intelectuales; los de ardiente y fecunda imaginación, de ingenio vivo y travieso, están expuestos á que el exquisito sistema nervioso *peque por carta de más*; las grandes inteligencias están separadas apenas por una línea de las grandes locuras”.

Esto sentado, y para comprobar más lo que llevamos dicho, lo cual se reduce á evidenciar, que nada hay perfecto en lo humano, traeremos á la memoria algunos hechos de autenticidad notoria.

San Ignacio de Loyola, sabio y gran santo, tuvo durante su vida fuertes accesos de melancolía; vivió triste y reconcentrado, y cuando ocurrió su muerte, en 1556, y como hiciese la autopsia del cadáver el famoso anatomista Realdo Colombo, encontró unos cálculos biliares que habían penetrado hasta la vena porta.

Bolívar, desengañado y afligido de ver cuán estériles serán sus titánicos esfuerzos para dar independencia y libertad á un mundo entero, muere de aflicción, y no en edad avanzada, lamentando la ingratitud de su patria y las traiciones de sus amigos.

Lord Byron, el hombre excepcional de nuestro siglo, el gran poeta que así exclamaba en sus congojas: *hay exuberancia de vida en nuestro despecho, hay gran vitalidad de veneno!*, afirma, que sólo se ponía á escribir para distraerse de las realidades, refugiándose en el ideal, *aunque el ideal fuese más horrible*, y escribiendo á su querida hermana Augusta llegó á decir: *There is many a pang to pursue me*. Sabido es que Byron murió joven y en destierro voluntario.

William Cooper, hipocondríaco, alma de fuego y loco sublime, nos dejó en versos inmortales la memoria de sus dolores y desdichas.

El Dante, siempre sombrío y taciturno, y casi

siempre perseguido, escribió en el destierro su *Comedia*, poema inmortal en todos tiempos. Milton, ciego, abrumado de infortunios y miserias, vendió por cinco libras esterlinas su *Paraíso perdido*, y Cervantes, siempre pobre y errante, prisionero unas veces y ótras herido, llevó una vida trabajada y borrascosa.

¿Quién ignora que Sócrates fué perseguido por el Areópago, Colón por sus émulos, Galileo por la Inquisición y la ignorancia de los hombres de aquel tiempo? Tan contrariado se vió este gran sabio, que en carta escrita á su discípulo Renieri exclama despechado:—“Mi vida ha sido únicamente un tejido de accidentes y sucesos tristes, que la paciencia de un filósofo apenas puede mirar con indiferencia”.

Se sabe que Newton, en los últimos años de su vida, llegó á ser un hipocondríaco rematado. ¿Y cómo no había de serlo, desde que gastó su vida toda en buscar la armonía en el orden físico y en el moral que parece contradecir este mundo que nos sustenta? Cansado de sufrir contradicciones y reveses, llegó á decir este sabio:—“Ya no quiero pensar en la filosofía: persigo una sombra vana, y en ello pierdo el tesoro de mi tranquilidad”. Dolencia semejante á la de Newton acompañó siempre á Pascal, bien así como á J. J. Rousseau, Gross y otros ciento.

Fué el día tres de Mayo de 1821, dos días antes de la muerte de Napoleón. Como se encontrase este augusto enfermo agobiado por la pesadumbre y el dolor, dijo á su médico, el doctor Antomarchi, mostrándole el pecho con gran agitación:—

“Aquí, doctor, aquí está el mal!” Este le presenta al instante un frasco de álcali para que lo aspirara, á lo cual el destronado enfermo contestóle con un tantico de mal humor:—“No, hombre, no es debilidad: es la fuerza que me ahoga; es que la vida me mata!”

Voltaire, el cínico Voltaire, escribió á su amigo y confidente el mariscal Richelieu, que *nunca había estado alegre sino de prestado*; y el bribón de Lutero solía decir, no se si de verdad ó hipócritamente:—“Porque á las veces me muestro alegre y tranquilo, muchos se imaginan que voy pisando flores..... ¡Ah, sólo Dios sabe cuán apenado llevo siempre el corazón!” Y á la verdad, juzgo que no les faltaba razón á aquellos personajes para así expresarse: no fué poco lo que hicieron para que la tristeza y los remordimientos se albergasen en su pecho.

Chamfort, excelente poeta, opinó, que ningún hombre de talento, á los cuarenta años cumplidos, podrá estar alegre ni un minuto; pero en ello no le fué en zaga el dulcísimo y malogrado Chenier, quien buenamente nos dice:—“Que todo hombre que ha llegado á los veinticinco años sin ser un misántropo, prueba que ha venido al mundo sin corazón”. De cierto fué temerario el Señor de Chateaubriand, cuando confesó que su defecto capital era el fastidio, el tedio á todo el mundo y la duda perpetua; y, cuando ya anciano, dejó escapar de sus labios esta melancólica queja:—“El viento que sopla sobre una cabeza despoblada, no viene de ninguna ribera feliz”.

Oíd, finalmente, una confesión del insigne La-

martine, el poeta de los recuerdos y las lágrimas; el hombre avezado á las desgracias é infortunios:—“No soy sino un punto sensitivo y doloroso de la Creación: pasajero insecto nacido en las tinieblas y el dolor para morir, viviendo sólo una tarde, en las tinieblas y el dolor”.

Concluyamos.

De cuanto dejamos expuesto, lógicamente se deduce: Que la inexorable ley de las *compensaciones* rige los destinos de la pobre humanidad, y que toda relevante cualidad, llámese talento, riqueza ó hermosura, está compensada inevitablemente con padecimientos y desventajas que forman, en cierta manera, el equilibrio providencial que observamos en la Creación.

Así, no envidiéis al sabio, ni al poeta, al hombre de ingenio, ni al ilustre guerrero. No, no les envidiéis; porque en medio de sus triunfos y sus palmas, de su gloria y sus honores, llevan siempre oculta la herida que está manando sangre. Sus dolores son ciertos é inciertos y fugaces sus placeres; conocen la miseria de las realidades de la vida en su manifestación más dolorosa, y no encontrando aquí abajo la dicha ideal que se forjaron, acaban por cobrar tedio á la vida, la cual es para ellos suplicio inacabable. El mundo, que juzga sólo por las exterioridades, considera felices y dignos de envidia á muchos que, si se conociese su interior, antes merecerían compasión.

Hay corazones padecidos, corazones que manan sangre, que tienen la sublime virtud de llevar

escondidas las que llamaríamos santas penas del hogar, para combatir las cuales no bastan en ocasiones una cristiana resignación ni la filosofía más encumbrada. El dolor, cuando ya no cabe dentro de nosotros, nos despedaza las entrañas al buscarse salida del corazón, al modo que lo hiciera un tigre fenino, ya lo hemos dicho. El dolor, sí, el dolor es lo que más desgana nos causa de la vida Sufrir callada y secretamente, cual si fuese una expiación, es como una necesidad en los poetas y en los hombres de ingenio y de sentimiento, los cuales, cuando escriben, escriben con la sangre de su alma, y así eternizan sus esperanzas, siempre ilusorias, sus congojas, siempre reales y punzadoras.

Tan sólomente lo que el dolor nos dicta, vivirá perdurable en la memoria de los hombres.

PENSAMIENTOS.

Tengo para mí, que la perfección llegaría á ser una cosa harto enojosa para nuestra veleidad humana, y el placer, sin variedad ni contrastes, vendría á ser un suplicio por todo extremo cruel.

El hombre no es grande sino de rodillas, dijo un *enorme poeta*, y lo dijo, sin duda, para enaltecer el mérito de la plegaria, la cual es tan vitalmente necesaria al espíritu, como es la respiración al cuerpo. El hombre ha necesitado de un Dios, y los que no han creído en el Dios verdadero, se le han forjado á su capricho para adorarle, y también para maldecirle: la maldición que toma el nombra de Dios es la blasfemia de la plegaria. El que nunca ora, dice un escritor de ingenio, tiene de maldecir y blasfemar á la continua.

Las lágrimas que en presencia de una tumba recién abierta tiemblan en las pupilas de la viuda y del huérfano que miran al cielo, son la plegaria más honda y fervorosa y que va derechamente al seno de Dios. ¡Cuánta resignación y fuerza no se alcanzan elevando con fe los ojos al cielo!

Dios que da el reposo á los muertos y la pasión.

á los vivos, no puede consentir que la virtud, aunque siempre combatida aquí en el mundo, sucumba á las aeometidas del mal: la virtud demanda gran esfuerzo, y por lo mismo engrandece y dignifica al hombre que la posée.

El amor, cuando verdadero y profundo, es cosa sagrada, y posée la alta y singular prerrogativa de imprimir carácter perdurable y más que humano, bien así á los grandes dolores como á las íntimas alegrías que nos da.

A fuerza de cálculo, de prosa y de razón filosófica, se acabará por difamar á Dios y degradar sus obras: el orgullo humano pretende ser el corrector de las creaciones del Divino Artífice.

La pasión casi siempre se revela por músicas y risas, por tempestades y por lágrimas: lo que comienza como idilio, suele acabar como tragedia.

Tengo horror á la quietud: la idea de un bienestar no interrumpido, de calma inalterable, me enfada, me asusta. Yo tengo para mí, que la vida debe ser pugna y contraste para sentirla con evidencia. Las fuertes sacudidas del corazón exaltan la mente y la ponen apta para grandes creaciones. La dicha peremne, el sosiego continuado deben enmohecer el alma y acabar con las fuerzas físicas. Los peligros, y tempestades y pugnas son el mayor argumento para sentir *realmente* la existencia.

Sea corta ó larga nuestra vida, esto no importa: lo importante es que sea vida, que la sintamos llena, vigorosamente, que tengamos conciencia, evidencia de ella, en fin, que nos penetre su actividad, que saboreemos su hermosura.

El hombre no muere, se mata, acabo de leer en un buen libro. Pregunto yo: ¿por qué se mata? qué es lo que le mata? En otra parte asenté, que el peor asesino y verdugo de la vida es la sensibilidad ó lo que es lo mismo, la aflicción, consecuencia de las pasiones mal regidas, causa de la apoplejía moral, que paraliza el pensamiento, de las lágrimas de sangre, que matan la esperanza de la vida. Así que, sobrado cierto es esto que afirma un célebre médico:—*Las cuatro quintas partes de los hombres mueren de aflicción*; verdad, y he observado en cuantos he conocido y cuyo trato he frecuentado, que todos, ó casi todos, llevamos la herida oculta; un algo tormentoso que con vivo empeño procuramos esconder: ese *algo* es patrimonio universal de todo nacido, y se lleva dolor. De aquí deduzco que la humanidad es hartó desdichada, y que el desdichado que se mata, sean los que se fueren los medios de que ha echado mano, merece, por lo menos. indulgencia de los hombres *graves*.

La muerte es un hecho tan natural y necesario como es el nacer; ¿por qué, pues, inquietarnos y mirar con horror aquel trance? Quien vive sólo temiendo la muerte, ha dejado, en cierta manera, de existir. Y de otro lado, un mal que de antemano

se prevé, pierde mucho de su intensidad: quien ha aprendido á despreciar la vida no rehusa la muerte. Si somos todos en el mundo desgraciados, consideremos que *siempre muere tarde el que ha vivido desdichado*. Hay que sobrellevar sin quejarse aquello que es inevitable.

Dígase lo que se quiera, es lo cierto que la dicha y preponderancia de los malos y los ruines, es siempre una gran calamidad para las gentes de bien que tienen que soportarlos. A lo más se puede aconsejar que se les sufra con paciencia.

La adulación, la lisonja, el exceso de atenciones fueron tenidos en otro tiempo como vicios; pero hoy están muy de moda, y vemos que se prodigan con extremo, ora al magistrado y al ministro, ora también al necio y al ignorante, con tal que á éstos la caprichosa fortuna les haya colmado de riquezas y favores que nunca los merecieron.

Cuando la opinión pública ha afrentado á un hombre, sea justo ó injusto el castigo, ¡ah! cuán difícil es alcanzar que su reputación se restablezca, que del todo se olvide la estigma que le puso!

Seamos claros: lo que más nos importa, como hombres ingenuos y leales, es parecer, no como se nos juzga, sino como realmente somos. La fortuna tiene á menudo sus veleidades chocantes: prodiga con exceso sus favores á los menos dignos, en tanto

que los hombres de mérito relevante, yacen olvidados, sino despreciados.

El verdadero patriotismo se mantiene y avigora con el recuerdo de los grandes, notables hechos dejados por hombres esclarecidos; por un subido sentimiento de afecto y de admiración para con las celebridades patrias, y, en suma, por el respeto y veneración con que se mantienen las instituciones y la gloria nacional. Pero hoy—y acá para entre nosotros—se llama patriotismo la vocinglería, y quizá la intriga y el engaño.

¡Cuánto de desagradable é insufrible no halla en la cerrera de la vida aquel que ha vivido largos años! En la vejez lo que no se sufre, y aun se odia, es la plenitud de vida que se ve en la juventud.

Ni las pugnas y vicisitudes de la vida pública; ni los inopinados golpes de fortuna volitaria, pueden alcanzar á inquietar la firmeza de carácter del hombre de ciencia, y con todo—¡pobre condición humana!—una rencilla doméstica, una palabra picante, una guiñada de su mujer, dan al trasto con toda su filosofía, firmeza de carácter y energía. De aquí, que no haya filosofía que se sobreponga á los sinsabores domésticos.

Orgullo y dolor. La condición humana se halla del todo sujeta á estos dos funestos compañeros, hijos de nuestro egoísmo, y acontece—extraño fenó-

meno—que aun en el hombre pusilánime, triunfa el primero en las recias acometidas del segundo: el orgullo tiene virtud milagrosa, pero es en el aciago campo del mal.

Pregunto yo:—¿Qué es nuestra alma? cómo conocerla y distinguirla? ¡Miserables de nosotros! Ignoramos las causas de muchas cosas, que si bien las observamos y distinguimos, no consienten explicación que satisfaga: aquí la parte que conoce y siente el espíritu. El más desdichado, ignorante y pobre de los hombres es el que hace como que niega la existencia del alma.

¡Cuán pobre y miserable es el que tiene miedo de la pobreza! Ignora—¡el ignorante!—cuántas virtudes ella encierra, y cuán aptos nos pone para ejercitarlas sin esfuerzo, y cuán por encima nos coloca de las cosas baladíes del mundo; pero esto acontece cuando el hombre se halla asistido de verdadera, de cristiana filosofía.

¡Oh Religión de Cristo! ciencia del alma, objeto y centro de nuestra vida, manantial de esperanzas y consuelos, sin tí no hay verdadera poesía, porque donde faltas, allí la ausencia de verdad, de bien y de belleza. El poeta cristiano es el intérprete fiel de la verdad y el precursor de las magníficas, saludables transformaciones que deben operarse en el mundo.

Estamos presenciando la ruína, el aniquilamiento.

to de las virtudes que levantan y vivifican al hombre; el amor, el puro y santo amor, principio y grande bien de la humanidad, se halla casi del todo extinguido, habiéndole reemplazado el egoísmo estéril y frío. Sin el renacimiento de las virtudes cristianas, sin la resurrección del amor, que es luz, y vida y esperanza, la humanidad se pierde, porque el hombre vivirá sólo para sí, y todo lo referirá á sí.

La vida facticia y tumultuosa que nos hemos forjado; el trato ineludible de una sociedad, si no deprabada, á lo menos superficial y falsa, y que nunca satisface nuestros anhelos; el espectáculo del imperio de la fuerza que produce injusticia; la doblez y el escándalo mostrándose desvergonzados donde quiera, son argumentos harto poderosos para que en pechos honrados y bien nacidos se albergue uno como orgullo, pero noble orgullo, que no tan sólo nos hace despreciar á los farsantes de la comedia del mundo, pero que nos coloca inaccesibles á sus maquinaciones y encono.

¡Libertad! independencia! Cosas peregrinas! Todo hombre las proclama, las desea, las busca con grande empeño, y al fin llega á alcanzarlas y ser señor y dueño de ellas. Mas—hecho singular—vemos á menudo que la libertad esclaviza al hombre, siempre voluble y antojadizo, y que, usando de la independencia en sus actos, llega también á la esclavitud. Es lo cierto que el mejor medio, y el camino más seguro para alcanzar la libertad y la independencia, es la obediencia. Si obedecéis, y *practicáis mis palabras*,

conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres, dijo la Verdad Eterna.

Consuelos, alegrías en la tierra ¡desvaríos! Nadie los conocerá, nadie los alcanzará, sino después del conocimiento real, de la posesión viva y activa del dolor, que es consecuencia del mal, y señor y rey de todo lo creado. Todo aquí abajo sufre, y gime y dolorosamente se desangra; el espectáculo del dolor nos cierra por todas partes: atrévase á negarlo quien lo pueda.

La voluntaria aceptación del dolor y el desamparo y la sublime resignación de ver nuestro hogar, antes risueño y bullicioso, ahora triste y desolado, infunden, á la postre, en nuestro ánimo cierta placidez, y calma y bienestar, que es mucho como la fruición que da la felicidad.

Una cosa he observado que me entristece y me aflige:—veo en estos tiempos de tanta civilización, que la risueña, la suave, la angélica adolescencia, adelantándose precipitadamente á la vida, se transforma de improviso en una virilidad prematura, y por lo mismo, mustia y con escaso vigor. Los niños de hoy son más hombres que lo que fuimos nosotros cuando contábamos veinte años. El club, el casino y el *restaurant*, apenas si nos eran conocidos de nombre.

Cuando en una noche diáfana y despejada, so-

lo y abstraído me encuentro, y veo encima de mí cosas grandes, prodigiosas, creo columbrar una á manera de inmensa escala que gradualmente lleva mi pensamiento á altísimas, misteriosas regiones.... ¡Oh, Dios! oh, Dios mío! hasta cuándo esta cárcel y estos hierros; hasta cuándo aquellos símbolos maravillosos, que apenas alcanzo, y que me hacen saborear tu poesía y admirar tu poderío, me mantendrán ansioso y deslumbrado en este oscuro, estrecho circo que llamamos tierra? ¿Hasta cuándo no tendré vista y penetración bastante para aprender á leer en los mundos visibles los altos destinos para que los criaste y las inmutables leyes que rigen la invisible vida de nuestra alma? El mundo físico, que tan bello se ostenta á nuestros ojos, no es más que un gran libro abierto para que aprendamos á leer, y es Dios el maestro que nos enseña y dirige.

Las grandes impresiones que sacuden fuertemente nuestro espíritu, imprimen en el alma, por cierto fenómeno misterioso, no sé qué fecunda alteración, de donde se desprende, prodigiosa y febril actividad en nuestra vida. Entonces, y en medio de solemne y persistente pugna, se manifiestan con brillo y con alteza desudados la energía viril del hombre y su fuerza avasalladora.

Santas esperanzas, encendidas aspiraciones hacia la plenitud, la estabilidad de la vida, cuánto llenáis mi alma de dulzuras como del Cielo. Aquí no descansamos nunca: marchamos siempre. La vida tiene de ser, ó ascención constante y siempre cre-

ciente, ó descención sin tregua. Perseguimos, pobres y á las veces cansados extranjeros, la patria deseada, permanente, radiosa, inmensa, y vamos dejando por el agrio y desierto sendero que penosamente cruzamos, girones de nuestro sosiego á la par que de nuestra inocencia. ¡Oh Dios! ¿es ésto vida, por ventura? ¿Por qué sólo la muerte ha de acabar con nuestras tristezas y pesadumbres? ¿No habría sido mejor no haber nacido? . . . Así blasfeman las pasiones cuando se desconocen los altos, magníficos destinos de nuestra alma; así juzga la razón extraviada que no conoce, ó no quiere conocer, que *no es la tierra el centro de las almas.*

Lo que puede entretener, quizá hasta encantar nuestra pobre vida, consiste á las veces en forjarnos un afecto, un amor, siquiera sea ideal, que nos levante, que nos mejore y entusiasme, que constituya una religión, una poesía, á cuya influencia se ennoblece la pasión y se disculpan las faltas. Somos tan poco exigentes, en ocasiones, tan contentadizos, que un sueño de loco, una vaga fantasía nos satisface y entusiasma. ¡Pobres niños! cómo no juega la suerte con nosotros y con nuestros insensatos deseos!

La prosa, árida é insípida de la vida real; sus tristezas y desfallecimientos, sus engaños y depravaciones, vuelven al hombre pensador, sino escéptico, egoísta en cierta manera. La virtud, la alteza de carácter, la verdadera ciencia; se refugian en algún rincón, apartadas de la algazara del mundo, donde

casi siempre se consumen y desaparecen estérilmente y sin ser conocidos.

La virtud no es dón ni privilegio vinculado en determinadas familias ó individuos, como son las riquezas, el talento y el poderío. Ella está á los alcances de todos, y quizá se alberga con más comodidad en el pecho del humilde y del menesteroso, en quien nada hay que le haga violencia, ni que le sea extraño.

INDICE.

Prólogo.....	I
Discurso leído en la recepción solemne en la Academia Ecuato- riana.....	3
<i>Intus</i>	49
Julio Zaldumbide.....	59
Leyenda del Cielo.....	65
La política actual en sus relaciones con la literatura.....	115
Maledicencia.....	131
Discurso leído en la apertura de las clases de la Universidad de Quito.....	137
Nuestros hijos— <i>Escenas de familia</i>	153
El despei.....	159
La peregr..... <i>—de H. Heine</i>	163
El caball.....	166
Un Asra.....	169
La Cond.....	170
Los novi.....	171
Inquietu.....	173
Reminiscencias.....	174
La noche en la playa.....	178
En el camarote.....	180
Sueño fatídico.....	182
La boda.....	185
Los dos granaderos.....	187
Tragedia.....	189
Hambre y miseria.....	199
Correspondencia literaria.....	207
Contrastes dolorosos.....	227
Suplicio de Carlos I de Inglaterra.....	235
Del arte literario.....	245
Humanas compensaciones.....	287
Pensamientos.....	295
